This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

HARVARD
COLLEGE
LIBRARY

Preservation facsimile
printed on alkaline/buffered paper
and bound by
Acme Bookbinding
Charlestown, Massachusetts
2003

Digitized by Google

Digitized by Google

N. OLLER

LA MARIPOSA

Digitized by Google

Harvard College Library.

BEQUEATHED BY

CHARLES DUDLEY MARCH,

OF GREENLAND, N. H.

(Class of 1880).

Received Sept. 9, 1889.

Digitized by Google

Rom
2685
2

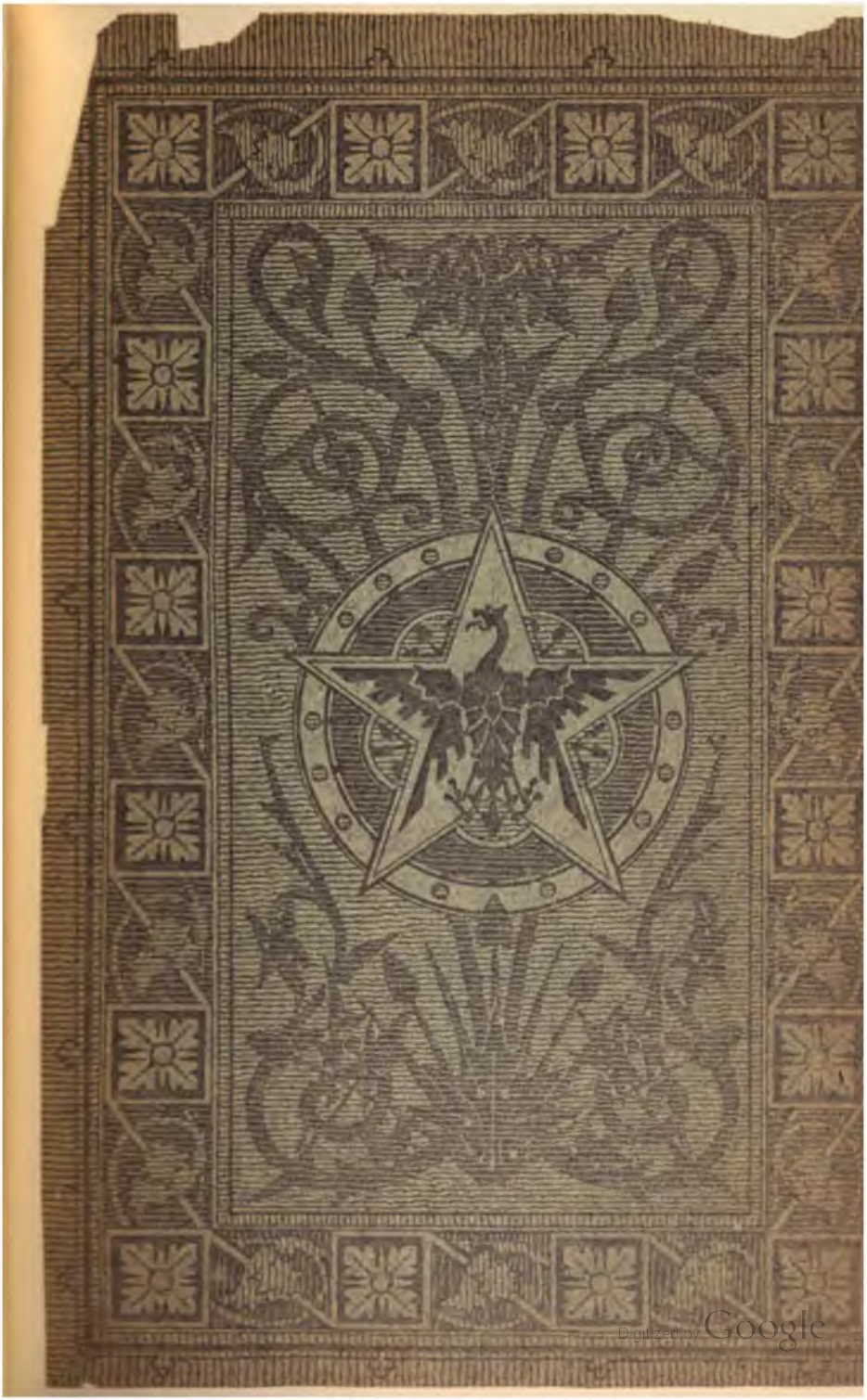
N. OLLER

LA

MARIPOSA

Digitized by Google

Digitized by Google



Digitized by Google

Digitized by Google

LA MARIPOSA

NOVELAS SUELTAS

Digitized by Google

ES PROPIEDAD

Digitized by Google

NARCISO OLLER

LA MARIPOSA

EL CHICO DEL PANADERO - EL TRASPLANTADO
RECUERDOS DE NIÑO - ANGUSTIA
UNA VISITA - EL BOFETÓN - MI JARDÍN - LA PEOR POBREZA

Novelas traducidas del catalán por

FELIPE B. NAVARRO

Precedidas de un estudio del mismo y una carta-prólogo por

E. ZOLA

Ilustración de D. Baixeras

BARCELONA
BIBLIOTECA «ARTE Y LETRAS»
DANIEL CORTEZO y C.ª - Calle de Pallars (Salón de S. Juan)
1886

Digitized by Google

Rom 2685.2

Establecimiento tipográfico-editorial de DANIEL CORTEZO Y C.ª

Digitized by Google

CARTA DE EMILIO ZOLA

Á MR. A. SAVINE

traductor de «La Mariposa» en lengua francesa

MI QUERIDO COMPAÑERO:

Me pide V. mi opinión sobre LA MARIPOSA, novela de Narciso Oller, que ha traducido usted del catalán y cuyas pruebas me envía. Confieso á V. que es grande mi confusión, convencido, como me hallo, de que es de todo punto imposible juzgar de una novela mediante una traducción, por buena que ésta sea. Mi ignorancia de la lengua catalana no me permite recurrir al texto y saborear en él el talento del autor en el mismo suelo que lo ha producido y con su propia vida y aroma. Seré, por lo tanto, poco afirmativo, y me contentaré con comunicar á V. una impresión relativa.

La novela, tal como acabo de leerla, según la traducción—que, por lo demás, honra á V.,—me parece un estudio notable, con personajes ligeramente idealizados, que se mueven en un medio muy exacto. Vese allí la vida cruel, pero vista

Digitized by Google

por un talento enternecido. Agítase Barcelona en las descripciones con intensa realidad, al paso que los personajes, los peores como los mejores, caminan á cierta altura sobre el suelo. Esto no lo digo como censura ni como elogio, sino únicamente para hacerlo constar.

Entrando ahora en detalles. ¿Sabe V. que Luís (La Mariposa), el salteador de corazones, que va de la rubia á la morena, es una lindísima figura de amante, adorable y feroz sin saberlo?

Como en el fondo es inconsciente, no se le odia, aun siendo criminal. No conozco en las novelas francesas una encarnación del egoísmo juvenil y amoroso, trazada con más soltura. La pobre muchacha á quien hace morir, después de haberla seducido y abandonado, Toneta, me ha parecido también dibujada de una manera encantadora, á un tiempo inculta y creyente, muy del pueblo en el fondo, aunque elegíaca. Más todavía me han cautivado las figuras secundarias, las figuras populares... Todas ellas van, vienen, gritan, con sangre de verdad en las venas; Doña Pepa sobre todo, que debe de ser admirable de realidad.

¿Será preciso ahora que le diga á V. que el drama final no me agrada? La escena en que Toneta tropieza con el entierro de un niño, cree que es el suyo y se lanza sobre el ataúd, antójaseme de un efecto patético algo burdo. Por otra parte, ¡qué amabilidad la del acaso, en el desenlace, haciendo que Luís se engañe, siguiendo por las calles á una mujer que es la caritativa Doña Mercedes, para llegar así á la cabecera de Toneta, de su víctima, moribunda, á fin de que la última página encierre una lección moral! No insisto; deseo únicamente poner de relieve en el conjunto del libro, por sus cualidades como por sus defectos, la indisputable originalidad de Narciso Oller.

He leído, porque, si no me engaño, V. mismo lo ha escrito, que Oller procede de nosotros, los naturalistas franceses.

Respecto al marco de su cuadro, al corte de las escenas, al modo de colocar los personajes, quizá sí; por el alma de sus obras, por la concepción de la vida, no y mil veces no. Nosotros somos positivistas y deterministas, ó por lo menos, tratamos de no hacer con el hombre más que experimentos, y

Digitized by Google

él, Oller, es ante todo un narrador á quien su propia narración conmueve, y que lleva hasta el último extremo la emoción, aunque sea á expensas de la verdad. Y repito que esto no es criticar; es decir lo que siento, tanto más, cuanto que mi simpatía por el novelista ha crecido á medida que más lo he visto diferenciarse de mí, á quien habíanme dicho que se parecía. No, hay en él personalidad resuelta y marcada, y que es como la eflorescencia de su talento y de su raza.

Lo único que cabe asegurar es que también él ha sido arrastrado por la grande evolución moderna, y que el viento de verdad que en Francia sopla, sopla también en España. De aquí nuestro parentesco más allá de la frontera.

Usted quizá recuerde que una mañana conversamos juntos acerca de ese hálito de naturalismo que pasa hoy sobre la envejecida Europa. Por donde quiera, en España, en Italia, en Holanda sobre todo, hasta en Alemania é Inglaterra, sin contar la Rusia, donde se inició, por donde quiera el romanticismo agoniza, bajo el nuevo espíritu de observación y de experimento. Es un hecho; la victoria se extiende de día en día. Y le hablaba yo á V. de uno de mis deseos, uno de esos deseos que nunca se realizan, el de estudiar ese movimiento, investigar sus causas y determinar sus progresos. ¡Pero qué tarea habría que emplear!

Por esto, para atenerme sólo al país vecino, me ha rogado V. que, á propósito de La Mariposa, le exprese mi opinión sobre el naturalismo en España. Confieso desde luego mi ignorancia en la materia; leemos aquí rara vez novelas extranjeras, y necesitaría, para contestar, un trabajo preparatorio considerable; además, lo poco que sé, me perturba. Por ejemplo, en aquella tierra nos defiende—y por ello tengo personalmente que agradecerle mucho—la Sra. Pardo Bazán, que es católica militante. Imagínese V. mi estupor; indudablemente el naturalismo de esa señora es un naturalismo puramente literario.

Hay que convenir, á lo que pienso, en que las evoluciones literarias son como las ráfagas de viento que arrebatan y siembran los puñados de semilla por los campos vecinos; según es el terreno, brota la planta y sigue la misma, aunque se convierta en otra: según es la nación, la literatura echa

Digitized by Google

ramaje distinto y obtiene del genio y de la lengua nacionales, flores de esplendor original.

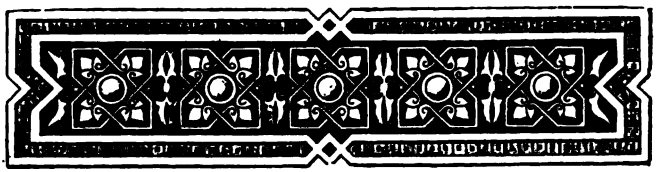
Esto es lo que leyendo LA MARIPOSA he sentido, y por ello envío á Narciso Oller, no los estímulos de un precursor, sino el apretón de manos de un hermano (1).

EMILIO ZOLA.

Medan 15 de Octubre de 1885.

(1) Traducción de *La Época*.

Digitized by Google



Narciso Oller

Es seguro que la lectura de la novela y bocetos que constituyen el presente libro sugiera á ciertos lectores el epíteto de naturalista aplicado á su autor á impulsos de reminiscencias y prejuicios tomados en obras y críticas modernas.—Deber es del que esto escribe advertir y consignar que no cuadra á Narciso Oller tal calificativo, en la acepción que le han dado tanto los apasionados adversarios, como los entusiastas admiradores de esa tendencia literaria, si nueva en otros países, de ilustre y acreditado abolengo en España.

Completamente ageno á exóticas influencias; con absoluta independencia en el concepto y en la forma, ostentando una originalidad sin ejemplo entre los modernos escritores españoles, presentóse al público el autor de *La Papallona*, con sus primeros *estudios*, encantando con la novedad y frescura de su inspiración, seduciendo con la profundidad de sentimiento, subyugando con la fuerza y energía de la observación. Muchos críticos lo han reconocido así en España y en el extranjero y hasta en las heladas regiones de Rusia produjeron tal efecto su estilo y concepción. Nada, pues, digo hoy acerca de este punto que no hayan dicho ya plumas más autorizadas que la mía. Los *Croquis del natural* fueron una revelación, confirmada muy luégo por otros trabajos, ya premiados por

Digitized by Google

el Consistorio de los Juegos florales en Barcelona, ya por el público en las librerías y la crítica en la prensa española y extranjera. La *Papallona*, el *Escanya-Pobres, Vilaniu*, han sido sucesivas condensaciones, en diversa forma, de la fecunda elaboración que en la mente de su autor fueron realizando la intensidad del sentimiento y la perspicacia ante la realidad.

Y este es el carácter distintivo de la facultad creadora de Oller. Bastárale la discreta destreza con que emplea su idioma, así en la descripción objetiva y los análisis subjetivos como en la gráfica reproducción del lenguaje imaginado, personal, del catalán moderno, para que un retórico del antiguo régimen le diera el dictado de clásico; sóbrale con eso para sujetar al lector con irresistible atractivo, que la prosa de Oller tiene, como pocas, el mérito de la sobriedad de la expresión en la más cabal complexidad de la idea. Pero el fundamento de su originalidad, la sólida consistencia de su personalidad artística independiente reside en esa facultad espontánea que posee, libre de todo artificio, para encontrar, por modo peregrino, aquella poesía que dimana naturalmente de la realidad de la vida; la que resulta á cada paso en la existencia común, del suceso más inesperado, del personaje más vulgar, del sentimiento más conocido, y véase cómo, mientras unos le creen naturalista, quizás por este efecto hondo y conmovedor que producen las obras de Oller, ha merecido ser motejado por otros de idealista, cuando el mérito más relevante, que á mi entender posee, es haberse conservado, sin propósito preconcebido, á igual distancia de los dos extremos hacia que divergen los novelistas contemporáneos. Y no es que por esto pueda decirse del valiente pintor del *Escanya-Pobres* que es un ecléctico. Oller es ageno á toda escuela y sus creaciones no pueden admitir lógicamente comparación con las de ningún otro novelador. Arrancando de la estricta realidad de la vida, dentro de ella se mueven siempre, sin frisar con la caricatura en lo cómico, sin llegar nunca á tocar en los límites del melodrama buscado, en lo grave y serio, pero haciendo siempre sentir hondo, así en la simple y concisa descripción de un carácter, como en la relación fría muchas veces de una situación, de un sentimiento.

Digitized by Google

Que es preciso conocer las cosas para juzgarlas, sentencia es propia del legendario Pero Grullo, mas, por desgracia, con harta frecuencia olvidada ó desconocida por críticos de toda categoría. Así, es muy expuesto á error tachar de idealista una concepción por su simple trasunto, sin conocerla en la realidad de donde está tomada, como no se puede juzgar del parecido de un retrato sin conocer el original; y hay en este punto los mismos escollos con que se tropieza al tratar de lo inverosímil en las obras de arte, acerca de lo cual tanto se ha dicho. Las idealidades que puedan hallarse en las obras de Oller, no son suyas ciertamente, sino de los elementos que las constituyen, y es el autor tan ageno á esos efectos, que ni siquiera en el procedimiento de exposición puede razonablemente encontrarse intención alguna de idealizar lo que, aun descarnadamente presentado, guarda en sí un fondo ingénito de profunda poesía. Podrán tacharle quizás quienes con alguna ligereza le juzguen, de que prescinde casi siempre de combinar los dos elementos antitéticos que por las reglas de antiguos preceptistas, que hoy parecen resucitar donde menos pudiera esperarse, han de constituir necesarios contrastes; pero no es á mi entender el discretísimo novelador catalán muy dado á los sistemas, y su libre inspiración, guiada, tan sólo, por la más honrada sinceridad, se aparta de toda combinación de luz y sombras que no le dé el natural. No lo copia servilmente; lo interpreta, según entienden los pintores maestros, lo dispone, acentúa ó suaviza, sin alterarlo, para que llegue hasta lo más íntimo del conocimiento la noción de su obra, sin que en este proceso pierda un átomo de su vitalidad, antes se aumente su intensidad cual si se percibiese al través de un delicado y desconocido micrógrafo.

Para quien conoce el país y ha vivido la vida de Cataluña, no es dudoso que los asuntos tratados en las obras de Oller encarnan dentro de las esferas más concretas de la verdad. Siéntese el calor del espléndido sol que ilumina la grandiosa ciudad del Mediterráneo, las fecundas campiñas catalanas; percíbese la suave caricia de la brisa marina que difunde por la pintoresca Rambla la vida y la alegría, óyese el confuso rumor de su pueblo de obreros é industriales de que Toneta, Madrona, la Sra. Pepa, Lorenzo en *El Bofetón* y tantos otros

Digitized by Google

representan en diversos aspectos y situaciones la más cumplida personificación. Pero con ser tan cabal pintor Narciso Oller, no se le puede considerar como escritor meramente objetivo. Sus libros no son tan sólo obras de profunda observación así psicológica como objetiva, sino que desde sus comienzos, así en los *Croquis del natural*, como en las *Notas de color*, como en los bocetos que luégo ha ido trazando, se advierte siempre un fondo de natural filosofía que le caracteriza de novelista pensador. No cabe denominación más ajustada á la verdad que la de bocetos á sus breves relatos, pues en todos ellos se encuentra el germen, el *substratum* de un drama ó de una comedia de costumbres, expuesto en sabroso relato. Así ha sucedido con *La Papallona*, con *Vilaniu*, desarrollos respectivos de los estudios que tituló el autor *Un estudiante*, *Isabel de Galcerán* y en los cuales si no ha pensado en resolver problema alguno, estimando con gran acierto que no debe ser esta la misión del novelista, ha presentado situaciones y sucesos de la vida común resueltas con arreglo al conocimiento que de las condiciones propias de la sociedad contemporánea le han dado una experiencia de ella no corta y un gran sentido práctico, adquirido no en esas ideáticas suposiciones que constituyen la base de muchas novelas de las más celebradas, sino en hechos acaecidos y personalmente observados.

La carrera literaria de Narciso Oller cuenta pocos años, pero acaso ningún otro escritor español ha logrado en tan breve tiempo mayor nómbre, en el extranjero sobre todo. Cuando, fuera de Cataluña, apenas era en España conocido, teníanse ya en mucho sus primeros trabajos en Francia, en Italia y en Rusia. Á sus dos primeros volúmenes de estudios sueltos—*Croquis del natural* y *Notas de color*—sucedió su primera novela *La Papallona*, que con el título traducido literalmente se publica hoy en castellano, después de haber sido publicada en francés por el distinguido crítico de literatura española M. Savine y presentada en Francia por la notable carta-prólogo que en esta edición se copia, distinción que es el segundo escritor en alcanzar. El *Escanya-Pobres*, acabado estudio del vampiro usurero de las poblaciones rurales; *Vilaniu* su último y más importante libro, han completado sólida-

Digitized by Google

mente su reputación de novelista, ya por dicha justamente reconocida por los primeros literatos y críticos de España. En suma la carta de Zola que precede á este ligero bosquejo de la personalidad literaria de Narciso Oller, es la prueba más concluyente de su mérito, y después de ella pálido tenía que ser lo que yo pudiera decir, con tanto mayor motivo cuanto que no es este lugar propio para formular crítica alguna de las obras que se van á leer.

Como presentación de su autor á los lectores castellanos, paréceme que con lo dicho basta y aún quedo con el temor de que en ello haya no poco de sobra, aunque á la propia convicción y á la desapasionada simpatía todo haya de parecer poco para la exposición, pálido para el encomio.

F. B. NAVARRO.

Digitized by Google

Digitized by Google

La Mariposa

Digitized by Google

Digitized by Google

I

EMPEZABA á bañar el rejuvenecido sol de Abril los pisos terceros de Barcelona á quien acaricia juguetona, meciendo los árboles, la fresca brisa del mar; no se veía aún por la Boquería á las cocineras de blanco delantal, rizoso peinado y planchadas corbatas, antes lucidas por sus señoras, pero sí un enjambre de mozos de fonda y de menestralas que se disputaban las mejores piezas, la fruta más primeriza ó los artículos más baratos, cuando saliendo por uno de los altos pórticos de aquella plaza tres mujeres, revueltas en la confusa corriente de compradores cargados con grandes cestas que, cual cuernos de la abundancia, rebosaban por la entreabierta tapa frescas verduras, plateadas colas de pescados y doradas ó carminosas frutas, atravesaron precipitadas el arroyo y buscaron tranquilo refugio al pié de un árbol de la Rambla de las Flores.

Era una de ellas la señora Madrona, mujer ya entrada en años, corpulenta, morena y de gigantescas facciones. Llevaba el traje de nuestras obreras, de colores

Digitized by Google

grises y morados, tocada con pañuelo de seda que dejaba ver la ya menguada cabellera que empezaba á platearse y todo su conjunto delataba un carácter reservado y recto.

La otra era bajita, gordinflona, pero de carnes flojas. Su color quebrado y la complicación de arrugas que en todas direcciones le surcaban el rostro, mal cobijado por una mantilla de casco que le caía al desgaire sobre el pañolón alfombrado con que encubría la persona, iba pregonando esa pobreza trabajosamente disfrazada, que tan sólo arraiga en las grandes ciudades y envuelve con engañosos goces el más duro martirio del trabajo. Acompañábala un cuarterón de criada maltrecha de ropas y harto cargada con tan gran cesta, que la desequilibraba con su peso; á la sazón despedía para casa á la rapaza, agobiándola con tal retahila de órdenes y contraórdenes, que era imposible recordarlas sin ayuda de taquígrafo.

—Anda, que yo llevaré la fruta—decíale su ama, balanceando con sus manos de ajada piel un gran pañuelo agarrado por las cuatro puntas á guisa de pesado bolsón y henchido de objetos abultados.—Anda, muchacha, anda y no olvides nada de lo que te digo.

—Está bien, señora. Vaya, queden ustedes con Dios —contestó alejándose la pobre chica, pareja como hecha de encargo para el cazador de nuestro ejército, bajo el doble aspecto de su inconcebible brío y de su menguada estatura.

—Vamos ahora á lo nuestro—comenzó la señora Madrona en cuanto se volvió á ella doña Pepa.—Usted habrá dicho: ¿qué papel me está haciendo hacer esta señora con la frutera? Pero yo le diré á usted. Ya ayer me habló de esto ella, pero me dijo que usted tiene huéspedes.

—¿Y qué?...

—Verá usted. No importa nada, es claro; pero las

Digitized by Google

gentes hablando se entienden, y poco á poco se va lejos, ¿no es verdad? Yo soy de un natural que me gusta cada cosa en su puesto: la joven de que le he hablado á usted para costurera no es hija mía, pero es lo mismo que si lo fuese ¿estamos? No tiene padre ni madre: ¡Dios los tenga en su gloria! Buenas personas que eran y muy amigas, cuando aún vivía mi marido, que Dios haya. Quiero decir que viendo á la Toneta...

—¿Se llama Toneta la chica?

—Para servir á Dios y á usted. Pues, como iba diciendo, viendo entonces á la Toneta, cuando murieron sus padres, que murieron desgraciadamente en la fábrica donde trabajábamos también mi marido y yo, allá en la fábrica de Castellfort, que estaba al pié de la Muralla de Tierra á cuatro pasos de San Antonio... que hoy como todo se cambia ya la han enterrado las casas de la calle de Ronda...

—¡Ah! sí, sí, que tenía una verja grande con un gran escudo de hierro en lo alto.

—¡*Ecoli quá!* Pues por entonces era la Toneta una niña como mi Sión; tenía unos cinco años, poco más, poco menos, y viéndola yo desamparada en medio del arroyo, como quien dice, ¿qué había de hacer? Recogerla. En casa nadie se había de oponer poco ni mucho; allí todos decimos aquello: Dios da el frío conforme á la ropa. Yo soy de un natural que por más trabajos que haya pasado, nunca me he dejado acobardar. Y bien dice el refrán: á quien madruga, Dios le ayuda; y yo, ¿estamos? con la confianza en Dios, cuando me veo con el agua al cuello, siempre pienso: «Dios dirá.» Pues ¿querrá usted creerme? Siempre he salido adelante.

Á doña Pepa, que ya empezaba á impacientarse como todo hablador obligado á escuchar, se le convertían á cada instante los sentidos á otros objetos: ya se entretenía contemplando cómo las floreras iban ador-

Digitized by Google

nando sus puestos, escalonando en las mesas los matizados mazos de flor cortada que sacaban de los grandes cestos en forma de bateas en que venían, ya, mirando á otro lado, enfilaba los ojos á los portales del mercado, atestados con la abigarrada muchedumbre que bullía entre las pilas de provisiones, como enjambre en colmena. De vez en cuando alcanzaba algún concepto de aquel bullicioso parlamento y reconstruía el diálogo, á su modo, sin pararse á demandar aclaraciones sobre lo que de él se le escapaba. Con esto y todo, la señora Madrona parecía estar aún lejos del punto de parada en su charla. ¿Qué hacer?

—Tomé conmigo á la Toneta, la crié como á mis hijas, y ya se sabe, donde comen tres, comen cuatro y una vara de percal más ó menos, no había de hacernos más ricos ni más pobres.

—Mire usted, mire usted—dijo de pronto doña Pepa, señalando un convoy de *breaks* que avanzaba llenando el espacio con estruendo de terremoto en aquellas horas de escaso movimiento.

Ambas fijaron la atención en los carruajes ocupados por gente joven y alegre y que pasaron como una exhalación con sus tiros de cuatro caballos medio escapados y cubiertos de cascabeles.

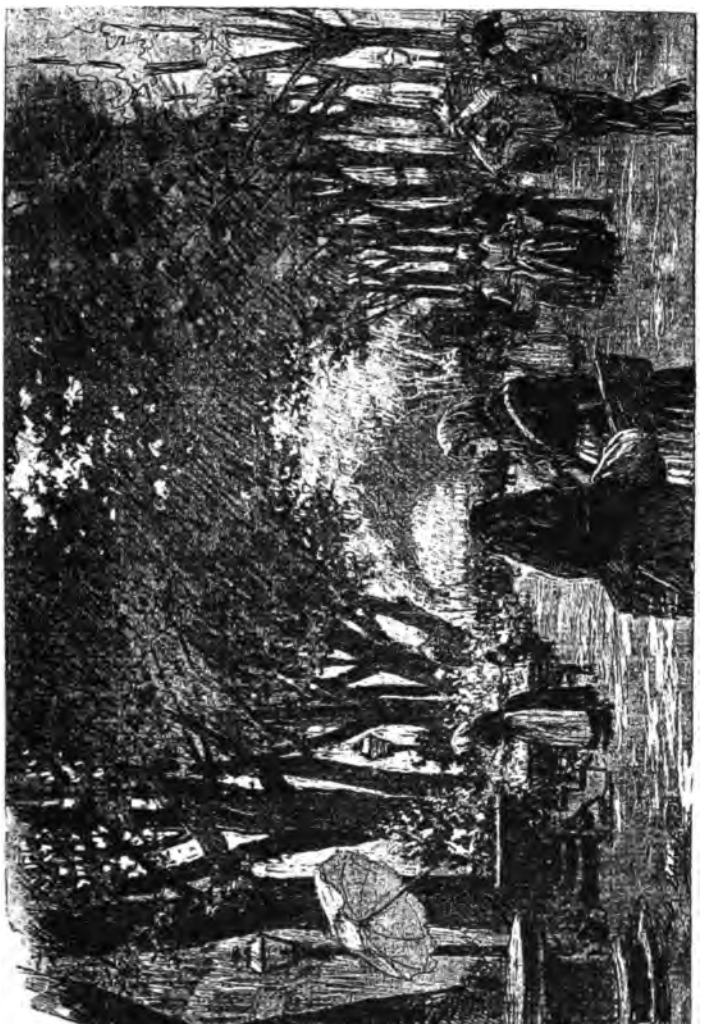
—¡Cómo se gasta en Barcelona! ¿Qué cree usted? Pues todo ese señorío se va ahora al campo y con el dinero que se gastará en vinos y cigarros tendría una para vestir un año.

—¡Ya lo creo! Además, quería decirle que á la Toneta la he criado como Dios manda y que si usted tiene en casa señoritos, por todo el oro del mundo no consentiría en exponerla á que me la perdiesen ¿está usted?

—¡Mujer de Dios! ¡Usted no sabe quien soy yo! Ni sabe tampoco quiénes son las personas que tengo en mi casa.

—¡No se ofenda usted, por Dios! No he dicho eso

Digitized by Google



Digitized by Google

Digitized by Google

por agraviarla... Sólo quería decir que pudiera haber un descuido... y que una muchacha así es una flor... un espejo que cualquiera cosa puede empañarla...

—¡ Oiga usted !—interrumpió la pupilera acentuando las palabras y haciendo una pausa para tomar aliento.—Usted es persona que me gusta mucho porque veo que á las dos nos cortaron por el mismo patrón ; tanto es así, que, hija, por lo que á mí toca,.por las criadas, entiéndalo bien, por guardar á las mismas criadas, no me muevo yo de casa en todo el santo día, sino es para venir á la compra. Y crea usted que este trabajo podría muy bien ahorrármelo, ya lo creo ; porque, gracias á Dios, en mi casa no hay más que personas decentes, lo que se dice gente escogida. Hija, ni el más pequeño atrevimiento, ni una palabra más allá de lo que la ley de Dios manda, dejaría yo pasar en mi casa ! Ya le digo que no sabe usted quién soy yo, ni cómo las gasto. ¡ Pues vaya ! Á la primera los plantaba á todos de patitas en la calle... ¡ Mire usted ! sin ir más lejos, hará ahora tres meses que un joven muy guapo, muy buen mozo, que tenía de huésped, con la excusa de haberse *equivocado* de puerta, se me metió una noche en mi cuarto. ¿ Sí ? pues á la mañana siguiente lo despedí. Ya ve usted, una es viuda y es preciso que se guarde como si fuese soltera ! Al día siguiente el anuncio en el diario : *Una señora viuda que habita un tercer piso con buenas vistas*, etc., *admite un caballero con asistencia. No es casa de huéspedes*. Sí, hija, porque la verdad es que mi casa no es precisamente casa de huéspedes, no ; allí se vive en familia. Yo soy muy blanda de corazón ¿ está usted ? y tomo tanta ley á las personas, que bien lo dicen los muchachos que tengo : usted es nuestra segunda madre. Pues sí, al otro día del anuncio ya tenía ocupado el cuarto... Hoy por hoy ¿ sabe usted por qué busco costurera ? Porque me repase y remiende la ropa de los *señoritos ;* que no quiero que vayan des-

Digitized by Google

trozados, y dos muchachas y yo no damos abasto. Yo me atosigo, me mato y... vaya, no hay tiempo, los días son cortos. Ya ve usted, ¡somos nueve en la mesa!

—¡Nueve!... Vamos, pues ya necesita usted un buen cuarto.

—Nueve, hija, nueve; nueve que comen por veinte y destrozan por una docena! Pero ha de saber usted que fuera de don Ignacio, un caballero que hace ya diez años que está en casa, que lleva los libros de la fábrica de jabones *El Esplendor*, fuera de este señor que tendrá unos cuarenta y tres años, los otros ocho todos tienen menos de veinticinco, y usted ya sabe cómo comen los jóvenes. En fin, ya ha visto usted la cesta; yo no sé matarlos de hambre como hacen las verdaderas patronas de huéspedes. ¡Pues no faltaba más! Mire usted, tengo entre otros un joven, don Luís, que muchos días dispone lo que se ha de comer, porque yo misma se lo pido; es un señorito muy bueno, alegre como unas castañuelas, servicial, vivo como una *mariposa* que le llamo yo, y como tiene un genio tan amable me empeño en darle gusto...

—¡Ay qué sargentón!—exclamó la señora Madrona, aludiendo á una muchacha, desgalichada por lo hombruna, y que andaba retozando y riendo descompuestamente con un artillero allí cerca.—¡Mire usted, mire usted eso!

Y era que mientras la criada se desternillaba riendo y apretándose los ijares con las manos, las plegadas cintas del delantal blanco revolando al aire, el soldado se atestaba los bolsillos con la fruta de la cesta que la maritornes se había dejado abierta en el suelo.

Aquello indignó á las dos mujeres. La señora Madrona, no pudiendo contenerse, increpó á la muchacha, y el soldado haciéndose el desentendido se escabulló Rambla abajo, pelando una naranja, mien-

Digitized by Google

tras doña Pepa, envalentonada con la retirada del artillero, llenaba de dicterios á la mozallona, quien todavía desde los diez pasos respondía tratándolas de entrometidas y deslenguadas.

—¡Cá! si hay una cáfila de estas gandulonas! Ya ve usted á quiénes mantienen las señoras que no van á la plaza; la mitad de lo suyo va á parar á los cuarteles! Si siempre lo he dicho; ¡desgraciado del hombre que no encuentra una mujer de su casa! y la mujer de su casa no tiene otro remedio que hacer como nosotras, venir á la plaza. ¡Hum! ¡Muchas candelillas hacen un cirio pascual! ¡Eso es!

—¡Y que es verdad!—dijo la señora Madrona deseando ya acortar la conversación.—Pues con lo que me estaba usted diciendo, no tengo reparo en enviarle á la chica... pero ya le digo á usted: ¡mucho ojo! porque los jóvenes de hoy me hacen temblar, y tanto á la Toneta como á mis hijas, les tengo prohibidos los noviajos. Demasiado pronto les llegarán los quebraderos de cabeza. Hoy por hoy no quiero verlas con ningún hombre y mucho menos con los que no son de nuestro parigual, ¿está usted?

—Bueno y... la chica ¿sabe coser bien, hacer pespuntes, dobladillos, en fin, todo lo que hace falta, por si un día tuviese una el capricho de hacerse un vestido?

—Ya lo creo que sabe mucho de todo; si hasta ahora ha estado trabajando en el *Jazmín* y siempre que allí les aprieta la obra le dan trabajo para casa...

—Pues qué ¿la ha sacado usted del obrador?

—Sí; verá usted. Á nosotros nos han favorecido mucho siempre los señores de Castellfort. Desde la desgracia que le he contado, siempre han sido nuestro paño de lágrimas, así es que yo no les puedo decir que nó á nada. Murió el señor, y su hijo, don Miguel, lo mismo que el padre: «Madrona, ¿qué te hace fal-

Digitized by Google

ta?... Aquí lo tienes.» Y esto vale mucho, hija, para los pobres!... Don Miguel se casó, y la señorita, que es un angel de Dios, se prendó de las manitas de la Toneta y me la pidió para que fuera á su casa un par de días á la semana. ¿Qué le había de decir?... Pero era el caso que en el *Jazmín*, si no las pueden tener seguras todos los días, no las quieren, y así es que ahora tenemos que avisparnos, para ver si entre unas casas y otras se puede juntar el jornal... Con que la quiere usted el lunes, ¿eh?... ¿Calle de Roig, me ha dicho?

—Sí; en el portal del zapatero. Que venga tempranito ¿eh?

—No faltará, no tenga usted cuidado. Vaya, me he alegrado de conocerla... Á ver si se llevan bien, á ver.

—Ya lo creo. ¡Con Dios! que haya salud! Vaya usted á verme algún día, si le viene bien y charlaremos un rato.

—Sí; sí que iré.

Y separáronse confundiéndose entre el hormigueo de la muchedumbre que iba creciendo á medida que el sol iba deslizando sus rayos de oro por entre los claros del follaje de los plátanos que entolda la hermosa Rambla, á guisa de extenso y pomposo emparrado.

Digitized by Google

II

Luís, á quien se refería doña Pepa, estudiaba cuarto año de derecho, y era en efecto simpático por todo extremo. Poco amigo de hacer el *dandy* ni de pasearse, puesto de veinticinco alfileres, y sufriendo empujones, como se pasea en Barcelona; menos aficionado aún á la vida de los salones y de los cafés, se complacía en apartarse de los barrios del centro (ó de la gente elegante) y al caer en la casa de huéspedes de la calle de Roig, se encontró en ella como el pez en el agua. No tardó en ver que le había hecho gracia á la patrona, que aquellos barrios abundaban en obrerillas avispadas, y cuando se asomó al balcón de su cuarto y percibió el rechinar de las limas, el martillar sobre los yunques, y escaparse de todas las puertas de aquella calle de talleres y tiendecillas los ruidos discordantes del trabajo, parecióle que llegaba hasta él una vaharada de Ripoll, su pueblo natal, que venía á rejuvenecerle y le ensanchaba el corazón.

Sencillo en su trato, alegre como unas castañuelas y con más letra menuda que un breviario, para tratar á

Digitized by Google

cada cual como á su genio correspondía, pronto se hizo el amo del barrio. Entraba y salía en todas las casas cual si fuesen suyas, con todos gastaba bromas, aconsejaba á quien quería consejos, zalameaba á las

madres y de paso requebraba ó enamoraba á las hijas, terciaba en las peleas de vecindad para cortarlas con alguna de sus ocurrencias; improvisaba bailes con sus compañeros y las muchachas vecinas, dentro de una tienda ó en el comedor de su patrona, al compás de un organillo que por una peseta sonaba toda una tarde, y concluyó, en una palabra, por ser el sueño

Digitized by Google

dorado, el bello ideal de todas aquellas chicas. Por do quiera que iba brotaba el contento, y abría los labios la risa como hace que se abran las flores y que exhalen aromas el sol al bañar con sus rayos la campiña.

—En cuanto le vemos venir á usted ya estamos diciendo: ¡Ahí viene el torbellino!—decíanle á veces con la mayor franqueza las vecinas; pero la verdad es que á todas ellas se les iban tras él los ojos y que la vecindad en peso le hubiera dado hasta la camisa. El zapatero le hacía por dos duros los borceguíes que vendía en tres; la frutera le daba la fruta poco menos que de balde; para él eran los primeros claveles, los más pomposos pensamientos que se abrían en las macetas de aquellos balcones, y las camiseras del cuarto cuarto del n.° 8 le hacían los cuellos á real, á dos reales los puños, y le proveían de corbatas á precios inverosímiles.

Pues en la casa de huéspedes, ninguno de sus compañeros estaba como él atendido y cuidado: doña Pepa se dejaba gobernar por él; las criadas volaban á su cuarto en cuanto le oían llamar ó pedir alguna cosa. En cambio él hacía la vista gorda al ver disminuir cada día los terrones de azúcar que traía del café y guardaba en un cajón para hacer naranjadas; les daba cuartos algún domingo para que fueran por la tarde al teatro, á Romea ó al Odeón, y hasta las había zarandeado alguna que otra vez en los bailes de la calle de la Canuda ó en la Sala Oriental.

Su figura bien proporcionada y no muy alta, como suele ser la de nuestros montañeses, revelaba fuerza y robustez. Su modo de vestir sencillo, la manera graciosamente descuidada de llevar puesto el sombrero y la americana, dábanle un aspecto de artista, más bien que de estudiante de leyes. Una barba finísima y rojiza rodeaba su rostro ovalado, suavizando el áspero relieve de sus estiradas facciones de sátiro. Tenía

Digitized by Google

abombada la frente, y como las enredaderas coronan los peñascos, por ella le caían con frecuencia rizosos y obstinados mechones. Sus ojos negros y vivos así como sus labios gruesos pero elásticos, eran los más sumisos esclavos de su voluntad. Cuando se exaltaba echaban llamas, cuando suplicaba los bañaba suave dulzura. No miraba ni escuchaba sin que se le frunciesen ó cerrasen las ventanillas de la nariz, ni más ni menos que si para él, el sonido, la luz y hasta las mismas ideas fuesen cargadas de olores, ó como si su extremada sensibilidad se conmoviese al percibir las vibraciones de la materia, imperceptibles para los demás.

Era cosa averiguada que su genio valía más que la caja de un banquero. Cuando llegaba á Barcelona alguno de su familia y se lo encontraba tan bien provisto de ropa y calzado, sin que hubiese enviado á su casa grandes cuentas, no acertaba á comprender el milagro. Él contestaba que se explicasen cómo va tan limpio y apuesto el soldado que sabe manejárselas, y terminaba las explicaciones con risas llenas de simpática travesura.—Esos son quintos de la milicia armada—decía—yo lo soy de la togada; ahí está el misterio. Á veces aún los sorprendía más, presentándose en la fonda con billetes para el teatro, ó con un coche para ir á paseo, que al dejarlos nadie pagaba. Lo primero lo sacaba de sus

Digitized by Google

amistades entre fundadores de sociedades dramáticas, y en cuanto al coche, allá él se entendía con un cochero de punto que vivía en su misma calle.

Su simpatía era de tal índole, que alcanzaba á ahogar la envidia de sus compañeros. Harto bien veían que en aquellos dominios se encontraban postergados, desempeñando, á lo sumo, el papel de comparsas; pero como á veces se sentían atraídos por su *buena sombra*, ni le echabán á él la culpa ni veían á quién podérsela echar. Allí no había artificio, ni afán de predominio; era la naturaleza que se imponía, y ¿quién culpa á la naturaleza? Por otra parte, Luís siempre los atendía, los quería sinceramente y lejos de menospreciarlos ó de prescindir de ellos les hacía compartir sus distracciones y sus gustos.

Solamente con dos de los huéspedes no acertaba á hacer por completo buenas migas: don Ignacio, hombre huraño, que de ordinario no decía una palabra durante toda la comida, y Tomás Llassada, á quien solían llamar el *americano* todos los de la casa, no más que por haber estado, de chico, en América; adonde el tarambana de su padre tuvo que emigrar, logró rehabilitar su nombre y acabó por hacerse rico.

Deseoso de que su hijo pudiese con el tiempo mejorar el cultivo de sus ingenios, le había enviado á la Península á que se hiciese ingeniero industrial; pero quizás por aquello de que la cabra siempre tira al monte, Tomasito llevaba camino de salirse de la carretera y echar por trochas y malos pasos. Su padre, que, ya enriquecido, no tenía para qué refrenar su ingénita prodigalidad, nada escatimaba al estudiante, á quien quería como á las niñas de sus ojos, esperando digna recompensa á aquel comportamiento suyo. Pero, desgraciadamente, el Tomasito salió un epicúreo de primera, muy poco dispuesto á hacer cualquier cosa que no le viniese bien. Nada aficionado á los libros, ni si-

Digitized by Google

quiera se tomó la molestia de averiguar hacia dónde caía la escuela; el primer amigo que hizo en Barcelona lo llevó al café de Francia á jugar al billar, su diversión favorita, y allí consumía la mayor parte del tiempo y del dinero. Obstruída la fuente del sentimiento por el hielo de sus doctrinas, no se tomaba la menor molestia en cumplir sus sagrados deberes; indiferente á todo como nadie, ya con nadie se enfadaba nunca, mientras á cualquiera sacaba de quicio con su sonrisita de máscara griega que parecía haberse estereotipado en su rostro chupado y de color de momia.

Bien se deja comprender qué mal habían de poder compaginarse este temperamento de precoz vejez y los hábitos y pensamientos de aquella *mariposa* atolondrada, toda juventud, toda entusiasmo, toda espontaneidad; y así es que con mucha frecuencia surgían entre ellos graves rifirrafes, de los que salía siempre lastimado el que más corazón tenía. Tomás hablaba de la mujer como de una máquina; Luís protestaba, evocándole con la imprudencia de los pocos años, el recuerdo de su madre; mientras asustado de haberlo hecho, miraba á su contrincante, se encontraba con su imperturbable risita y que con su encogimiento de hombros de sarcástica indiferencia completaba la respuesta. Cuando oía referir las bromas inocentes de Luís y las muchachas de la vecindad, le llamaba simple y le compadecía. En suma, éste y don Ignacio eran los únicos que no tomaban parte en todo aquel jaleo.

Pero como todos los genios están como si dijéramos tallados á facetas, y una de las más determinadas de Llassada era la de ser, cuando quería, muy decidor, como no se tratase de opuestos gustos, Luís, ardiente admirador de todo ingenio, apretaba al americano cuánto podía y le pinchaba para escucharle y aplaudirle. Al fin y al cabo, si Tomás era esclavo de su frial-

Digitized by Google

dad de corazón, éralo Luís de la vehemencia de sus entusiasmos, y si toda su simpatía dependía de aquel generoso derroche de alegría y atolondramiento, los efectos de su conducta eran muchas veces tan lastimosos como los de la de Llassada. Con que bien podían dispensarse uno á otro.

—¿Qué sabes tú? ¿Qué sabes, si en tu vida te has tomado la molestia de tomar nada en serio?—decía el americano cuando oía á Luís combatir sus teorías.

—Sí, ¡como tú te has quemado tanto las cejas estudiando!

—Si no lo he hecho, he pensado más que tú, *maese Foguillas*.

Con este apodo le motejaba.

—¡Viva la modestia!

—La modestia es otro de tantos fingimientos que sólo á gente chirle puede deslumbrar. Nadie está libre de vanidad, muchacho, y todo el mundo estima en más su propio valer que el del prójimo. La vanidad absoluta es censurable, porque nadie lo reune todo; pero

Digitized by Google

la vanidad relativa, como es la mía creyendo que tengo más mundología que tú, más serenidad de juicio que tú, es tan legítima como la tuya cuando crees que tienes más sentimiento...

—¡Vaya! ¿Ya volvemos á las filosofías de siempre?—acababa por decir Luís.—Vamos, vamos, hoy te acompaño á echar unas carambolas.

Y como de ordinario tales discusiones surgían á los postres, hora de los corolarios de la conversación que ha amenizado la comida, levantábanse de la mesa con los demás estudiantes y salían juntos, dejando á las muchachas y á doña Pepa entretenidas en comentarios de sentimiento que resultaban siempre favorables á Luís, contrarios al americano. Entretanto el silencioso don Ignacio, con la nariz sobre el periódico, los codos sobre la mesa, tan tranquilo como si se encontrase solo, se enteraba de la política y saboreaba con delicia el único puro que se permitía fumar los días de trabajo.

Digitized by Google

III

El lunes por la mañana presentóse Toneta con puntualidad militar. Desde la primera ojeada le gustó á doña Pepa. Era una muchacha de unos veinte años, alta, bien formada, morena arrebolada, de airoso andar, serio continente y modesta mirada. Su acentuado perfil y cierto pliegue vertical en el entrecejo que fruncía muy á menudo, daban á su rostro extraordinaria seriedad, dejando entrever un carácter firme y resuelto que caía á maravilla á la majestad total de aquella figura escultórica. Hablaba con un orden y una claridad sorprendentes en personas de su clase, y su voz, acentuadamente acontraltada, llegaba hasta el corazón con especial encanto. Los aficionados á todo lo extraordinario hubiesen dicho acaso que había sido robada de alguna cuna de blondas.

Como ya empezaba á sentirse calor, doña Pepa le puso el costurero al lado del balcón de su cuarto, corriendo la cortina listada de azul para templar la luz y que corriese el fresco. Sentóse luégo al otro lado de la mesita y encaminó la conversación á alabar su casa, á tranquilizarla con respecto á los estudiantes á quien parecía temer la señora Madrona, y que seguramente

Digitized by Google

para nada tenían que llegar hasta allí, y á escudriñar, al mismo tiempo, el pasado y el presente de la costurera. Su prolija charla duró cerca de hora y media, y en ella salió punto por punto toda la conversación de la Rambla.

—Mire usted—decía Toneta—no debe usted extrañar nada de lo que le diga la señora Madrona; me quiere como madre, como yo no podré pagarle nunca, y bien puede decirse que tiene más cuidado conmigo que con sus mismas hijas, quizás porque me ha conocido más desamparada. ¡Es muy buena, mucho! Y lo que más la horroriza es el temor de que podamos caer en manos de un mal hombre... Tanto que algunas veces nos da risa, porque al oirla cualquiera creería que nosotras no tenemos conocimiento para distinguir á los buenos de los malos... ¿Usted sabe lo que me ha predicado ayer y hoy?... «Que no hagas caso á ningún estudiante, que no te dejes acompañar por la calle... cuidado con decir á nadie dónde vives...» Figúrese usted; como si yo fuese alguna gran cosa, para que todo el mundo se enamorase de mí, para que todos vayan á querer seguirme y venir á verme á casa!... En fin, es tanto lo que teme al qué dirán, que estoy segura de que si me viese con algún joven ó notase que me paseaban la calle, como se hace con muchachas muy honradas, de fijo que me echaba de casa; ¡oh, sí! me echaba de casa.

—¿Con que tan rigorosa es?

—En estas materias, mucho, como no puede usted figurarse. Pero la pobre lo hace con la mejor intención y debemos respetarlo; y lo que es yo, me guardaré bien de desobedecerla en este punto ni en otros tampoco, aunque sólo fuese por evitarle la pena que le causaría. ¡Pobre señora Madrona, después que ha hecho tanto por mí!

—Señora, aquí la buscan á usted—dijo una criada

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

asomando la cabeza por entre la entornada puerta.

Salió la patrona y á poco percibió Toneta estrépito de carreras que iban acercándose. Á la criada habíale faltado tiempo, en cuanto sintió rebullirse á Luís en su cuarto, para ir á participarle que tenían en casa una costurera como un serafín y que doña Pepa parecía querer tenerla allí encerrada bajo un fanal. El estudiante pegó un brinco como si hubiese sentido ascuas en las plantas de los piés. Una chica desconocida y guapa cuando ya estaba casi harto de las del barrio era para él un premio de la lotería.

—¿Que la quiere guardar bajo un fanal, dices? Vete y llama á doña Pepa.

Rogó, pidió, suplicó, puso en juego todas sus artimañas zalameras, movió á Roma con San Pablo para amansar á aquel Cancerbero con bata muy replanchada, á cuadros, y viendo que se le escabullía con el intento de encerrar bajo siete llaves aquel tesoro, apretó á correr tras ella y asiéndola cómicamente por el cogote, entró con la patrona en su cuarto.

Dejóse doña Pepa caer sobre una silla resoplando; Toneta, al pronto muy sofocada, acabó por tener que ocultar la risa con la costura al oir las chistosas ocurrencias del estudiante que hacían retozar la risa sobre el vientre de la buena de la patrona, más colorada que un pavo.

—¡Pues hombre! Cualquiera diría que soy yo un ladrón y usted una reliquia: dice que no he de mirarla á usted, Toneta. Me han dicho que se llama usted Toneta...

—Es verdad. Pero si es que le gusta á usted mirar caras feas, bien puede usted mirar la mía.

—Sí; yo tengo ese mal gusto—dijo el estudiante con acentuada ironía. Y luégo encarándose con la patrona: —¿Ve usted? ya tengo su permiso; ya no me hace falta alguna el de usted.

Digitized by Google

—Hombre ¡vaya usted á paseo!—exclamó doña Pepa riéndose todavía con un gusto que delataba cómo le tenía sorbido el seso la *mariposa*.

Luís cogió una silla y allí se quedó charlando buena parte de la mañana, para volver por la tarde, ya solo, ya en presencia de la patrona. Encontró bonita, muy bonita á Toneta, y ésta quedó prendada de la desenvoltura, de la gracia, del corazón del estudiante. No se cruzó entre ambos una sola palabra de amor; hablaron de mil cosas indiferentes y sobre todas ellas manifestó Luís un criterio tan original, ingenioso y regocijado, que encantó á la costurera casi tanto como la forma ligera y franca con que lo vestía.

Llegó la hora de marcharse, y mientras Toneta se ceñía al cuerpo el airoso mantón y hacía sobresalir sus diminutas orejas del pañuelo de la cabeza, volviendo la espalda á Luís, éste, recorriendo embelesado con los ojos el elegante contorno de todo aquel esbelto cuerpo, murmuró:

—¿Si quiere usted que la acompañe, Toneta?

—¡Eso sí que no!—contestó ésta muy resuelta y encendida al mismo tiempo.

«Vaya, pensó; ¡puede que tuviese razón la señora Madrona!» Y el corazón le dió un vuelco, como si realmente la hubiesen insultado.

El estudiante no insistió, y viendo ella que callaba, pronto recobró la buena opinión que de él había formado. Tranquilizada de nuevo y desvanecido el rubor de sus mejillas, alargó la mano al estudiante y se despidió de él modestamente. Ya en el descanso de la escalera y hablando con la patrona, le dijo:

—¡Vaya, vaya! Que tiene usted en casa un señorito muy divertido.

—Sí; ya lo ha visto usted, es un diablo que nos está haciendo reir todo el día—contestó doña Pepa, repitiendo luégo por vigésima vez:—Hasta el lunes, ¿eh? ¡No me olvide usted!

Digitized by Google

Y por el hueco de la oscura escalera se oyó la voz de Toneta que, acompañada por el martilleo del zapatero del portal, decía:

—¡No tenga usted cuidado, no tenga usted cuidado!

Toneta atravesó la calle del Hospital y cortando por el pasaje de Bernardino, se encaminó hacia la calle de Montserrat donde vivía. Andaba procurando evitar con continuos quiebros los encontrones de la multitud de obreros que á aquella hora de retirada inundaba todo aquel barrio, envuelto todavía en las penumbras del crépúsculo. De vez en cuando miraba atrás, temerosa de que la siguiera el estudiante. Á veces creía descubrir

Digitized by Google

su busto por entre las oleadas de blusas y cabezas que se agitaban á su espalda, y parecían espesarse más y más en los confines de su visual. Cuando esto sucedía, acortaba el paso, dejaba avanzar la ola en que había fijado la atención, y una vez convencida de que no era él, proseguía su camino con mayor rapidez, que aflojaba de nuevo al llegar á las esquinas, temiendo en cada una tropezar con el estudiante al revolverla; pero una tras otra fueron desfilando sin el temido encuentro y, por fin, hubo de acusarse á sí misma de tonta, por haber sospechado siquiera por un momento, que un señorito como don Luís pudiese pensar en ella y pusiese tal afán en averiguar dónde vivía. Al cruzar la calle Nueva y así meditando, sintió de pronto como si le faltase el suelo. Delante del escaparate de un armero, en donde se multiplicaba la esplendente luz de grandes aparatos de gas, estriándose en el brillo de las acicaladas armas, vió á Luís entretenido con una *desgraciada*. La claridad que había en aquella calle y sobre todo el raudal de luz que salía de aquel escaparate, los hacía destacarse con todos sus detalles y no había lugar á duda: era Luís. El primer movimiento de Toneta fué apartarse de ellos, echar por la otra acera; pero sin querer, desviaron sus pasos y se encontró casi rozando con aquella pareja. Con el rabillo del ojo primero, después fijando ya directamente la mirada, vió con alegría que también aquella vez se había equivocado. Era un desconocido. ¡Cómo demonios había podido suponer con tan poca aprensión al pobre estudiante! ¡Y cómo era que le confundía con tanta gente! ¿Acaso se parecía á todo el que llevaba levita? ¿Tan adocenado era que se le pudiese confundir con cualquiera? Y otra vez se acusó de tonta y de injusta además; porque, seguramente, Luís no le había dado motivos para creerle degradado, y al reconstituir ahora con la imaginación su figura, bien veía

Digitized by Google

que era guapo, airoso é inconfundible. Así pensando, lleno su espíritu de Luís, llegó á casa y más de una vez hubo de morderse la lengua para no explicar á las hijas de la señora Madrona el *conocimiento* que había hecho aquel día. Luégo se metió en la cama y soñó con el estudiante.

Digitized by Google

Digitized by Google

IV

Quedóse Toneta el día siguiente trabajando en casa. Levantóse tempranito, se lavó y peinó, enfadándose varias veces contra la rebeldía de un mechón de pelo y, una vez aviado su cuartito, abrió de par en par el balcón, para sacar al sol al jilguero. Tendió la vista maquinalmente á lo largo de la calle de Montserrat y su prolongación por la de Guardia, las cuales se veían á vuelo de pájaro desde aquellas alturas, como se ve un desfiladero desde la cumbre de una montaña. Pasaban por ellas carros y obreros que iban al trabajo; los mismos, quizás, que de él venían la víspera, cuando Toneta volvía á casa tan pensativa. La claridad de aquella hora, casi crepuscular en la parte más honda de la calle, le reprodujo la pasada escena volviendo á ver, con cierto gozo, la imagen de Luís á quien tan lastimosamente confundiera. Apoyada en la barandilla, destacándose entre el poético marco que formaban al balcón las enramadas balsaminas y correhuelas que crecían en dos cajones, cuajados además de pensamientos y fragantes violetas, pasó buen rato con la imaginación abstraída, perdida la mirada, inconsciente de la propia existencia, hasta que la señora Madrona la hizo volver en sí, sobresaltada.

Digitized by Google

Se entró entonces, despidió á aquella buena mujer y á sus hijas que se iban á trabajar, y arrimando ella al balcón la máquina de coser y poniéndose al lado el cesto de la costura, empezó la cuotidiana tarea. Contra lo acostumbrado, aquel día se le eternizaban las horas, contadas, desmenuzadas, por el cric-cric de la aguja. Durante su transcurso, se le encogió y ensanchó el corazón con tanta facilidad y frecuencia como el de una histérica; los mismos recuerdos, idénticos objetos se le presentaban, ya alegres, ya tristísimos. Pensaba en los padres que le arrebató la muerte, en su orfandad, y una lágrima traidora nublábale los ojos; mas, de pronto, cual si algún desengaño cruel le hiciese envidiar aquel otro mundo mejor, decía para sí: «¡dichosos ellos!» Luégo interrumpía la costura y echando una mirada en torno suyo exclamaba alegremente:

«¿Pero de qué me quejo, también? ¿qué más puede desear una pobre huérfana como yo? Esto es un rinconcito de cielo; tengo flores, mi jilguero, la máquina que al fin he podido acabar de pagarla, mi camita de hierro con un buen colchón y un jergón pomposo, mi cómoda... Verdad es que el espejo me ha parecido hoy muy turbio; pero voy á comprarme otro más claro. ¡Luégo este balconcito con un sol tan hermoso, este balcón que es un coche parado! ¡Pues apenas veo cielo y azoteas!... ¿Hay nada tan divertido como la vista que desde aquí tengo? Aquellos señores aficionados á las flores que suben á regar sus tiestos, de bata y gorro; aquellas criadas que tendiendo ó estirando ropa, la dejan en el suelo de repente y se agarran y se desgreñan con las de la azotea vecina ó se insultan á grito herido ó desgañitándose con las que se asoman por las ventanas del patio; aquellos oficialitos que juegan al escondite con las bailarinas del número 4; aquel jovencito picarón que se pasa las horas muertas al lado de aquella muchacha con el libro en la mano

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

comiéndose los dos con los ojos; aquellos palomeros... Apostaría á que es estudiante ese muchacho. Tiene un aire, así, de picardía, como Luís... ¡Pobre Luís, qué calumnia le levanté ayer!... vaya, y ¿por qué habré soñado esta noche que se ahogaba? ¡Qué angustia me daba el ver que no se agarraba á mis brazos, ni á la cuerda que le había echado! ¡Mire usted qué he ido yo á soñar!... Yo que nunca me he embarcado, encontrarme metida en un barco y viendo que me seguía nadando desesperado Luís. ¡Qué afán, qué pena tan grande, cuando lo veía que se iba quedando entre el tumulto de las olas!...»

Y al llegar á este punto dió un suspiro muy hondo, al mismo tiempo que envolvía de nuevo su pensamiento densa niebla, y abocada sobre la máquina, con los dedos casi pegados á la aguja, veía desenvolverse el lienzo cual blanca nube que se evapora, al otro lado de la mesita. Éxtasis extraño en que desaparecía el mundo que la rodeaba; latíale descompasado el corazón, la razón permanecía adormecida y el alma se le anegaba en un abismo de amarga dulzura en el cual se mecía displicente el sentimiento. El pié que impulsaba la máquina fué aflojando el movimiento, inconscientemente, el volante dió vueltas con creciente lentitud, y la aguja adormeciéndose á su vez pespunteó primero á saltos, luégo con blanda caída, hasta que todo paró en la máquina, como si la hubiese embargado el mismo éxtasis. Toneta quedó buen rato con la cabeza sostenida sobre la mano izquierda, con la vista perdida en la azul inmensidad del cielo por donde se deslizaban burullones de espuma transparentes y llenos de luz, como encendidas bocanadas de humo.

De pronto la conmovió cierto sacudimiento misterioso y volvió á su tarea con mayores alientos; pero los éxtasis, las cavilaciones, los recuerdos tristes y las reflexiones dulces, fueron enseñoreándose de su sér,

Digitized by Google

unos tras otros, durante el día entero, intercalados siempre con una pregunta á que ella misma no contestaba y que vibraba en su cerebro como la frase caprichosa que salpica las sonatas de Beethoven. «¡El lunes! ¿Cuándo llegará el lunes? ¿Cuándo será lunes?»

Al cenar, sus amigas la Sión y Angelita observaron que estaba más distraída que de costumbre. Á lo mejor, con el codo encima de la mesa, la mejilla sobre la mano, quedaba un rato con la vista fija en el bruñido reflector de la lámpara de petróleo colgada en la pared y permanecía indiferente, sorda á la conversación que animaba la cena.

—Oye, muchacha; ¿tienes hoy la cabeza á las once? ¿Quieres ensalada ó no?—decíale la Sión, sacudiéndole cariñosamente el brazo.

—¡Es verdad! ¿En qué estás pensando, mujer?—añadían á dúo la señora Madrona y Angelita.

Toneta se ruborizaba como si le hubiesen sorprendido un sentimiento oculto, reía afectadamente, decía que lo que tenía era sueño, y procuraba *espabilarse* comiendo muy deprisa, para caer de nuevo, á poco, en nueva abstracción.

Apurada se hubiese visto si hubiera tratado de explicarse lo que tenía: en resumen, nada. La cabeza como hueca y dentro de ella resonando aquel bullicio resuelto siempre en la misma cantilena; «lunes, ¿cuando será lunes?»

Por otra parte, inquietábala el afan de referir ocurrencias y chistes de Luís, y si no lo hacía era por miedo al rigor de Madrona, siempre suspicaz.

Fiando en la Sión, muchacha reservada y discreta, más que en Angelita á quien alguna vez había tenido que motejar de *lengua larga*, aprovechó un momento en que se quedaron solas en el balcón, después de cenar, para esplayarse. Mañosamente llevó la conversación á dar en la calle de Roig, y aunque habló refrenan-

Digitized by Google

do el ímpetu de sus entusiasmos más tiernamente expresivos, sin ser más exaltados, bajo la influencia de la poesía de la luna y de la soledad de la calle, se sintió al retirarse á su cuarto, con el corazón más libre y desahogado.

Digitized by Google

Digitized by Google

V

Por uno de esos caprichos que ofrece la vida con más frecuencia de la que logran ver los espíritus poco observadores, Miguel Castellfort, joven tranquilo, reflexivo, melancólico, apartado del mundo y entregado al trabajo en cuerpo y alma, se había enamorado de una mujer que era un torbellino, toda expresión, siempre alegre y decidora, exponiéndose á veces á dar qué hablar por la afición á lucir su inagotable ingenio, bien que su reputación estaba bien cimentada por la formalidad de su carácter, por su conducta irreprochable y su bondad á toda prueba.

Hija de un patriota, metido siempre en conspiraciones y motines, tuvo que seguir, siendo niña, la azarosa vida de su padre, quien ya huía á Francia por atajos y montañas, ya buscaba hospitalidad en Italia, ya se refugiaba en Inglaterra, pasando á cada momento por esos trances del político militante, que tan pronto lo elevan hasta la mesa de los reyes, como lo humillan hasta los mugrientos manteles de los *restaurants* á seis cuartos. Creciendo en medio de este vaivén de la

Digitized by Google

suerte á la desgracia, de la desgracia á la suerte, si Merceditas había podido fortalecer su espíritu como pocas, también había aprendido á no dar al mundo más importancia de la que debe tener, para quien está en el secreto de los hilos que le hacen bailar, y por ende, se había acostumbrado á cierta independencia, profesaba una indiferencia hacia todo aquello que no fuese verdaderamente fundamental, que ciertamente debía sorprender á cuantos no la conocieran á fondo.

Su padre, viejo ya y harto de aventuras, tras haber corrido tanto mundo, había vuelto á su patria á esperar tranquilamente la muerte entre sus dos hijas que, huérfanas de madre, habían tenido que acompañarle siempre. Bien se deja entender que quien tan agitada vida había llevado, había de encontrarse á la vejez sin dinero, y más si se tiene en cuenta que aquel patriota no había sido un *patriotero* ó *busca-vidas*, sino un hombre lleno de buenos deseos y de tan desaforada imaginación, como es preciso para jugarse la existencia á cada paso, para traer la libertad á España. Así es que aquella trinidad vivía con angustiosa modestia, cuando la casualidad la puso en contacto con el mayorazguillo de Castellfort, casi un potentado, disfrazado de simple fabricante. Mercedes y Miguel se gustaron, acaso en virtud de la ley del contraste, que tiene secreto imán para realizar sorprendentes armonías, quizás porque entrambos padecían misantropía aunque de contraria naturaleza; tal vez, en fin, porque á los dos unía un mismo sentimiento de caridad, un amor igualmente exaltado hacia todo lo bueno y todo lo grande.

Sí; porque aquel joven tímido y reservado por excelencia, era entusiasta y lo era de verdad; sólo que sus entusiasmos eran íntimos, no salían del sagrario de su corazón, cual si hubiese temido profanarlos exponiéndolos á descompuesta acogida del público, quien grita y gesticula, las más de las veces, antes movido

Digitized by Google

por la vanidad ó la moda, que por el fuego sagrado de un sentimiento sincero.

Preciso es conocer algo de su historia de niño para comprender bien esa fase recóndita de Miguel. Es necesario saber que con la libertad que le concedía su padre todas las noches, para que diese el conveniente esparcimiento al espíritu, fatigado por el trabajo del

día, nunca se acercaba á los teatros, sino cuando se presentaban en ellos espectáculos extraordinarios, artistas de justa nombradía. Entonces, con la cabeza baja, la mano derecha sobre el pecho por entre la abrochada levita y los gemelos en el bolsillo, emprendía el camino, saboreando ya de antemano las delicias que le aguardaban y ocultándolo por eso mismo de tal modo, que cualquiera hubiese creído que iba á velar á un enfermo. Metíase en el teatro, se hacia un rebuño en la butaca ó se confundía entre el público; y en el seno de aquel recogimiento, lloraba de gozo ó se des-

Digitized by Google

hacía en aplausos, entregado en cuerpo y alma al espectáculo, sin que se le viese hacer otro movimiento que algún gesto de contrariedad si por desgracia le tocaba soportar algún vecino hablador ó insustancial. Eran aquellas sus horas de supremo goce, los mejores momentos de su vida, sobre todo cuando el artista era *una* artista, fuese del género que fuese.

En tal caso, había que ver cómo aquella imaginación, tan fría en apariencia, se enardecía hasta el punto de llegar á confundir la emoción estética con la admiración personal; á convertir el entusiasmo de espectador en una especie de amor platónico hacia la mujer que le había conmovido, fingiendo afectos pura y simplemente artísticos. Cuando esto le ocurría, no tardaba en filtrarse como una sombra por entre los bastidores, sólo para ver de cerca á aquella *diva*, sin atreverse nunca á hablarle, envidiando, aborreciendo, celoso, á los osados que profanaban su *camerino*, que verdaderamente era para él sagrado *camarín;* esperando luégo, amparado por las tinieblas, su salida del teatro, para correr disimuladamente tras del coche y ver dónde posaba aquella *señora de sus pensamientos;* espiando al otro día todas las entradas y salidas del hotel y mirando con amor cuanto le traía algún recuerdo de *ella*, hasta á aquellas mismas *partes* de la compañía á quienes suponía estrechamente unidas á *ella*. Y todo esto lo hacía Miguel sin comunicarlo á nadie, sin dejar su aspecto triste é indiferente, saboreando con religiosa discreción las más dulces y candorosas fruiciones.

En una sola ocasión, y gracias á los buenos oficios de un amigo, se atrevió á entrar á saludar á una de aquellas *estrellas*, quien por lunática manía del público no había caído en gracia á los barceloneses. Diòle la compasión toda la valentía que la admiración le embargaba. La actriz se quejó amargamente de la frialdad del público, manifestándose muy abatida, desconfiada en

Digitized by Google

su genio, desesperanzada de los éxitos que iba á buscar á los Estados-Unidos. Salió Miguel tan contristado, excitado y afligido de la entrevista, que en cuanto llegó á su casa escribió con mano febril la siguiente epístola:

«No se llega á las cimas del arte, sino por una senda sembrada de abrojos. La belleza sólo es uno de los caracteres de la verdad, estrella siempre oscurecida por los velos de la duda, que la humanidad perseguirá eternamente, con el mayor anhelo, para reconquistar la felicidad que perdieron sus primeros padres en el Paraíso.

»Jesús quiso predicar el bien, que es otro de los caracteres de la verdad y crucificado murió. Apenas ha existido descubridor alguno que haya podido coger el lauro de gloria que de hecho le pertenecía, y, en consecuencia, que haya sido feliz.

»Eternamente estarán en pugna el saber con la ignorancia, el sentimiento con la insensibilidad, y de nada sirve que el sabio y el artista se duelan del trato que les da el vulgo. Nacer artista ó sabio vale tanto como nacer desventurado.

»El genio inventor, el sentimiento creador son privilegios que avasallan, y el vasallo aborrece siempre al señor, por noble y grande que éste sea. Al fin y al cabo el vasallo no hace más que obedecer á la voz del orgullo humano, que las muchedumbres confunden con la dignidad.

»Es preciso, pues, armarse de voluntad y resignación para sostener esa lucha de titanes y no escuchar otra voz que la del sentimiento de la misión que viene uno á cumplir en la tierra.

»Hablar de desengaños é ingratitudes viene á ser lo mismo que decir: —no soy superior, debo figurar entre el vulgo que es víctima de continuas sorpresas.—Para el hombre, para la mujer que vale lo que V. no hay desengaños, ni la ingratitud puede venirles de nuevas;

Digitized by Google

más debe sorprenderles encontrar llano y abierto ese camino que todos los *grandes* atravesaron, llorando amargamente.

»Con la conciencia, pues, del propio valer, con el santo orgullo de la superioridad que revela mayor parentesco con Dios, el artista y el sabio deben cubrir con flores los abrojos que ha puesto á su paso la humanidad para que ésta, seducida por su aroma, se lance por ese camino y con el grave peso de sus piés se clave en ellos las espinas que con tan mala fe ha esparcido. Tiene V. en sus manos el castigo.

»Á América, pues, y no hay que desmayar. Mucha dignidad, los ojos fijos siempre en el arte, sin bajarlos jamás hasta las debilidades del vulgo, como no sea para compadecerle, y adelante sin temor.

»¡Que el público de Barcelona no ha sabido comprender á V.! No, no diga V. eso. Ha sido una parte, una parte sola de él. Hay otra que siempre le consagrará su recuerdo entusiasta, cuyo corazón palpitará siempre, al volver á verla tan grande como ahora y con mejor suerte. Adiós».

Volvió á leer esta carta al día siguiente de escrita, y encontrándola inocente y pretenciosa no la echó al correo; pero el solo hecho de haberla escrito revela sobradamente qué corazón tenía Miguel y deja comprender mejor aquella elección que todos los que le conocían extrañaban. Era que encontraba en Mercedes, con su naturaleza de artista, la misma seducción, el mismo encanto.

No obstante su amor, aquellas apariencias de que hemos hablado, que trascendían hasta al traje, en abierta divergencia con la moda corriente, un tanto extravagante, lleno de resabios traídos de Inglaterra que si caían perfectamente á su rubia cabeza, á su cuerpo alto y delgado, al modo de llevar los brazos, siempre caídos y en movimiento de péndulo, desento-

Digitized by Google

naban no poco con el gusto corriente en su país; esas apariencias, decimos, que Miguel no podía corregir, le retrajeron mucho tiempo de casarse, temeroso de disgustar á su padre y de que éste compartiese la opinión que de aquella original muchacha tenían muchos. Pero, muerto el viejo Castellfort, casóse Miguel, llevándose loco de alegría á Mercedes á su casa, á la que, desierta hasta entonces, llevó ella muy luégo la alegría, como ruiseñor que anida en una gruta.

Estaba la casa de los Castellfort situada en la calle de la Puertaferrisa. Tenía cinco pisos, cuatro balcones por piso, toda la fachada estucada, tiendas en los bajos y anchurosa entrada. En el portal se hallaba, á la izquierda, la escalera para la vecindad, de ingreso no muy claro, y más adentro un patio cuadrado, estucado también, con cuatro balcones de antepecho por piso, y del cual arrancaba la escalera del piso principal, toda de mármol de Carrara, hasta el pié de una puerta de caoba y bruñidos bronces. En el fondo del patio se hallaba el escritorio y almacén, que tenían comunicación interior con el cuarto principal, y cancela de cristales con reja al jardín; recibían ademas luz zenital de la azotea, por claraboyas de cristales raspados. La morada de los Castellfort respiraba comodidades y bienestar; pero la completa carencia de buen gusto en el mobiliario y las mezquinas proporciones de las piezas principales, de la azotea y del jardín, que debían servirle de desahogo, daban á la habitación toda un aspecto muy determinado de menestralía.

—Ya sabes que mi pobre padre, absorbido por los negocios, no pensaba en lujos ni en adornos—decía Miguel á su mujer.—Yo deseo que amuebles la casa á tu gusto. Tienes, pues, carta blanca para hacerlo.

—¿Cuánto destinabas para ello?—interrumpió Mercedes sonriendo.

—Tres, cuatro ó cinco mil duros....

Digitized by Google

—Bueno; emplearemos mil para lavarles la cara á nuestras habitaciones.... y dame otro tanto.... para los pobres.

—¿Cómo? ¿Vas á fundar algún hospital?—exclamó él sonriendo.

—No te preocupes de eso; acaso no me duren un año. Pero puedes desde luégo añadir al presupuesto de gastos igual partida anual, bajo la inscripción de «Egoísmo».

Miguel no comprendía. Mercedes leyendo las dudas en su rostro, se le colgó al cuello y le dijo muy bajito:

—Quiero que los pobres bendigan siempre esta unión.

Un beso lleno de ternura selló su frente.

—Pero ¿y las habitaciones de respeto para las personas de cumplido?—preguntó el enamorado esposo.

—Oh! la gente de cumplido hará subir al lacayo á quien recibirá nuestro criado, y tomándole la tarjeta dirá que no estamos en casa. Las visitas reciben la noticia con alegría.... *e tutti contenti, tutti.* ¿No te parece?... En cambio nuestras habitaciones de confianza estarán á disposición de los amigos.

—¡Ah, Mercedes! ¡Eres mi media naranja!—exclamó Miguel.

Y....

—¡Es su media naranja!—decía con envidia, y toda pensativa Toneta, después de haber conocido á Luís, al salir de aquella casa en donde había sorprendido por indiscretas rendijas á los esposos en coloquios de luna de miel.—¡Qué dulce, qué hermoso debe ser el quererse!... ¡Ay! ¿Cuándo llegará el lunes?

Digitized by Google

VI

Llegó por fin aquel lunes tan ansiado por Toneta. La aurora, como diría algún retórico, descorrió con sus rosados dedos la cortina de la noche. El día nació claro, sereno como la frente de un ángel, llenos los espacios de una brisa tan sonora, que hacía soportables hasta los estrépitos de los carros cargados de hierro. Á Toneta se le antojaba que hacía un sol de día del Corpus, que las auras traían perfumes de flores, que todo lo que la rodeaba, menos aquel rebelde mechón de pelo y aquel espejo empañado, todo respondía á la armonía universal que resonaba en su corazón.

Antes de marcharse, dió un abrazo muy apretado á las hijas de la señora Madrona rebosando alegría su corazón. Bajó las escaleras, aturdida como un pájaro, y en ocho minutos llegó á la calle de Roig.

En todos los balcones ondeaban las cortinas, borrando en las fachadas el carácter severo de la piedra, cubriéndolas de una como escama leve, ligera, con que jugueteara la brisa. El empedrado estaba regado y

Digitized by Google

limpio; alegraban el espacio trinos de pájaros. El corazón de Toneta latía con mayor apresuramiento á medida que iba acercándose á la casa de huéspedes; en sus ojos brillaba una alegría candorosa y vivísima al mismo tiempo. Pero de pronto, al pisar el umbral, sintió algo como temblor, que la privó de subir con serenidad la escalera.

Delante de la puerta del cuarto permaneció un rato sin llamar, con objeto de reponerse; y creyendo oir entre los rumores de adentro la voz de Luís, se ruborizó y volvió á sujetarse sobre el pecho, con el imperdible, el mantón que ya se había soltado.

—¡ Qué acalorada viene usted !—dijo la pupilera al abrirle la puerta.

—Es que he venido algo de prisa. Creí que llegaría tarde—contestó la joven con el imperdible entre los dientes y la voz temblorosa.

—¡ Tarde ! No, hija; si acaban de dar las siete en casa de Erasmo.

Y así diciendo, doña Pepa hizo pasar á la costurera á la salita del primer día, la instaló al lado del mismo balcón, poniéndole el costurero y el cesto de la ropa delante y apretando las cintas que sujetaban al balcón la cortina, arrollada y batida por la brisa, como vela de barco, se marchó, cerrando la puerta tras sí.

Cuando Toneta se vió sola, le dió pereza de trabajar, cayéronsele las manos encima de la pieza que tenía sobre la falda y con una hebra de hilo entre los dientes, paseó displicente la mirada por la habitación, moviendo la cabeza de uno á otro extremo, como un pajarito, á cada rumor que desde el otro lado de la puerta llegaba hasta ella.

Aquella sala estaba amueblada con una sillería de asiento acolchado, cubierto con las consabidas fundas de dudoso color; un velador de mármol en el centro, cubierto de papeles empolvados y una cómoda de caoba;

Digitized by Google

todo perteneciente al gusto indefinible que, hasta hace unos cinco años, cultivaron los tapiceros catalanes con ensañamiento. Colgaba de las paredes, cubiertas de un papel listado, una colección de litografías iluminadas que representaban las aventuras de Malek-Adhel, y encubría el desarreglo de la alcoba, tibia aún, una gran vidriera con cortinillas de percalina roja. Por encima de las sillas se veían piezas de vestir de doña Pepa y el espejo de la consola reproducía el quinqué de petróleo de pié de alabastro y pantalla de dibujo dorado sobre fondo verde, acompañado de dos candeleros y un joyero de vidrio plateado, que á su vez retrataban en miniatura los papelotes, cepillos y demás chismes esparcidos sobre el mármol.

Toneta comparaba todo aquello con el atalaje de su nidito y lo encontraba muy superior. Lo miraba como una semi-propiedad de Luís y aparecía á sus ojos como envuelto en cierta aureola, que inspiraba cariño y daba á los objetos todos una distinción de que positivamente carecían.

Al fijarse en el espejo, no pudo ya contenerse: dejó su asiento, y de puntillas, fué á mirarse y alisarse el pelo, á establecer la posible euritmia entre todos los elementos de su atavío.

El miedo á que la sorprendiesen no le dejó emplear más tiempo en aquella operación. Ella misma no sabía explicarse cómo se iba volviendo tan presumida y descontentadiza de su belleza.

—¡En fin! ¿Qué le hemos de hacer? ¡Es cosa que no se compra!—acabó por decirse.

Y volvió á coger la costura, empezó á trabajar, sin quitar oído á lo que ocurría por allá afuera, sintiendo sobresaltos á cada chirrido que producía la puerta, al andar la gente por adentro, ó por las corrientes de aire que movían las otras al abrirse.

—¡Ahora viene!—murmuraban sus labios, mientras

Digitized by Google

bajaba hipócritamente la vista sobre la costura. Pero pronto se desvanecía la ilusión y pasaba el tiempo, interminable, y Luís, cuyo nombre no se atrevía á pronunciar Toneta, no parecía.

¿Qué había sacado de madrugar tanto, de haberse atosigado de aquella suerte, para presentarse tempranito en la casa, si él correspondía con aquella indiferencia á su precipitación? «Será que está durmiendo todavía», pensaba Toneta; y con la generosidad de la mujer enamorada, añadía: «Que duerma, el pobre; se habrá acostado tarde.»

Pero era el caso que en el comedor, pieza que estaba al lado, cada vez sonaba mayor rebullicio de sillas movidas, de cucharillas chocando con cristales, voces de hombres, de criadas, de doña Pepa que ya gruñía, ya reía, ya regañaba á las muchachas; y la puerta, aquella dichosa puerta que un soplo movía, no acababa de abrirse para dar paso al *avispado estudiante*. ¡Oh! No espera con mayor anhelo el preso absuelto el dring-dring de las llaves que han de devolverle la libertad! Y lo peor era que ni una criada, ni doña Pepa, entraban para nada allí. Si así hubiera sucedido, quizás á vueltas de la conversación le hablarían de él, le dirían que estaba durmiendo, estudiando, que había salido, que estaba enfermo... cualquier cosa; algo, en fin, que pusiese término á aquel deseo, á aquella inquietud que la consumían hacía ocho días, al tormento de aquella soledad llena de rumores ininteligibles, cuando tan cerca estaba la causa de su malestar! Todas aquellas gentes que á seis pasos se agitaban, podían entrar y salir libremente en la habitación de Luís, á quien verían indiferentes, y ella que tanto deseaba verle, ella que—digámoslo muy bajito—«tanto le quería», había de permanecer atada y presa en el tormento de aquella silla cuyo asiento le parecía tener espinas. Veníale á la memoria la imagen del matrimonio Castellfort, como

Digitized by Google

ejemplo digno de imitarse y al mismo tiempo parecíale sentir en el corazón misteriosa angustia.

Asaltóle de pronto una idea. Podía salir allá afuera, con excusa de hacer cualquier pregunta á doña Pepa. Casualmente tenía entre manos una camisa tan destrozada, que bien valía la pena de consultar sobre la compostura que había que hacerle.

—¡ Justo ! ¡ Justo !—exclamó para sí.

Y de pronto, ya casi incorporada y toda encendida, reflexionó :

—Mejor será que espere á que se vayan los estudiantes que estoy oyendo en el comedor.

Y volvió á caer en la silla del tormento, inclinando el cuerpo y aplicando el oído hasta que oyó que se alejaban las voces y resonó la puerta de la escalera al cerrarse.

Al abrir la de la salita, atisbó cautelosamente, como si fuese á escaparse, á escondidas, hasta que, convencida del derecho que tenía á moverse, pasó al comedor y llamó á doña Pepa. La muchacha que salió de la cocina la acompañó por un pasillo largo hasta encontrar á la señora quien, al oir que la llamaban, contestó desde el interior de la habitación con la puerta entornada, que había en el fondo de aquel pasillo, diciendo que la esperasen un momento.

—Es la Toneta que la busca á usted—dijo la muchacha.

Y al punto se oyó la voz de Luís que exclamaba desde adentro gritando :

—¡ Toneta ! ¡ Toneta ! ¿ Usted aquí ? Ahora nos veremos ! Todavía estoy en la cama. Se me han pegado las sábanas. Entre usted, éntre usted y charlaremos un rato.

—No haga usted caso á ese tarambana—se precipitó á decirle la pupilera.

—Que sí, que sí, Toneta; ya puede usted entrar. Aquí dentro mando yo.

Digitized by Google

Y Toneta escuchaba con el corazón henchido de alegría, la risa en los labios y en los ojos, con la expansión en sus facciones, trémulas, rebosando el gozo que embargaba su alma.

Doña Pepa se dió prisa á salir para contestar á la consulta y evitar que el estudiante hiciese alguna de las suyas.

—Es un bribón—decía medio riendo.—Ahora estaba cepillándole la ropa, porque si no lo hiciese yo se la pondría muy tranquilo con polvo de ocho días.

—¿Qué se le va á hacer? ¡Son jóvenes!

—¡Oh, no! Con los otros no hago yo eso. ¡Pues estaba aviada!... Pero éste yo no sé qué es lo que me ha hecho, que me tiene sorbido el seso. Es una calamidad, hija, una calamidad!

Acordado lo de la camisa, volvió Toneta al balcón y recobró la tarea, tranquila y alegre por haber oído al estudiante. No había sino esperar un poco y pronto le tendría delante. Los pájaros seguían trinando por el espacio sin punto de reposo; por todas partes se oían voces femeniles cantando coplas y valses alegres. Toneta no podía permanecer muda en medio de aquel coro universal de primavera, cuando tan llena de gozo se sentía, y cantó también.

Por fin allá hacia el medio día, es decir, tres horas, tres siglos!.. después de haberle oído hablar en su cuarto, se abrió la puerta y entró Luís, con el pelo alborotado, sin chaleco, subido el cuello del chaqué, mal abrochado sobre el pecho como quien no se ha vestido aún. Al oirle entrar, Toneta bajó otra vez la vista sobre la costura fingiendo un sobresalto de sorpresa al ver interponerse entre la aguja y sus ojos la fina mano de Luís que la invitaba á estrechársela sin decir una palabra.

—¡Ay! ¡Qué susto me ha dado usted!... ¿Hasta ahora no se ha levantado usted de la cama?—dijo en seguida

Digitized by Google

levantando tiernamente los ojos y abandonándole la mano, una mano fría.

—¿Á qué hora se acostó usted anoche?

—Á las diez.

—Pues yo no me he metido en la cama hasta las cinco.

—¡Pobrecillo!

—¿No lo cree usted? Pues sí, hasta las cinco he estado estudiando, siempre estudiando... es decir siempre que he podido echarla á usted del pensamiento.

—¡Vaya! ¿Ya la tenemos? ¡Pobre de mí!—exclamó Toneta cortando nerviosamente la hebra de hilo con los dientes y poniéndose colorada.

—¿No lo cree usted? Mire usted que es desgracia la mía: ¿que nadie haya de querer tomarme en serio? les ha dado porque siempre estoy de broma y llegará el día en que me muera y seguirán diciendo: no hagan ustedes caso, si es una broma! ¡Estoy lucido! Sepa usted, ingrata, que desde el lunes pasado no he podido quitármela á usted de la cabeza; que he soñado con usted, que he andado dando vueltas por esas calles con la esperanza de volver á verla; que me han parecido un siglo estos ocho días, y después de todo, ¿para qué? para que no crea usted nada de lo que le digo, estoy seguro!

Toneta lanzó en una carcajada estridente la duda y la alegría que la dominaban. Mentira ó verdad, aquellas palabras la halagaban, llenábanle el corazón. Pero

Digitized by Google

siguiendo la conducta de su sexo, creyó que aún no era ocasión de abandonar las investigaciones, de dejar la indiferencia y la desconfianza, necesarias para abrir el sumario á que someten todas las mujeres á sus enamorados, hasta que creen alcanzada la prueba plena. Escuchaba, recogía todas las palabras, se fijaba en todas las inflexiones de voz, en la dirección de todas las miradas, cazaba al vuelo la verdad y la mentira, notaba y fijaba en su memoria las contradicciones y por medio de respuestas intencionadas iba arrancando nuevas confesiones y enardeciendo poco á poco al diestro galanteador, llevándole más allá del punto á donde él se proponía llegar.

Decimos que él se proponía, porque aquello no era para Luís sino un juego, una diversión entretenida, una escaramuza de amor, de las muchas que se buscaba constantemente. Maestro consumado en ellas, tenía táctica propia, que ponía en juego siempre del mismo modo.

Primer día: indiferencia respetuosa y amable.

Segundo día: declaración, suspiros, quejas por ser mal comprendido, aires de tristeza, de aburrimiento de la vida.

Más adelante: completa sumisión, timidez ó atrevimiento, según el carácter y los deseos de la mujer á quien ya podía haber conocido.

Á todas horas, siempre, reserva y disimulo delante de las gentes.

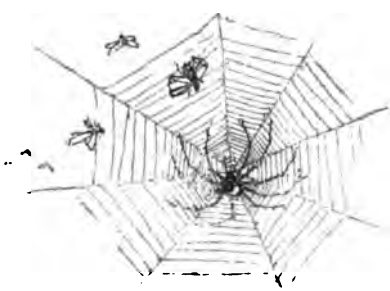
Esta conducta discreta y rigurosamente aplicada, le había producido excelentes efectos con todas las *virtudes* que se había propuesto conquistar, lo que vale tanto como decir, con todas las mujeres con quienes hasta entonces luchara. Como que todas representaban la misma comedia que él, y si no cedían á sus primeras maniobras, sólo era para dar mayor interés y duración al juego, pues todas se reían abiertamente de

Digitized by Google

las trampas que descubrían en él, y ya tenían buen cuidado en hacer la vista gorda, para no escamar á aquel punto; como todas, si por acaso presentaban diferencias de genio y gustos, reunían, sin embargo, los caracteres de homogeneidad comunes á una familia, á una casta, nada de extraño tenía que en todas obtuviese un resultado idéntico la misma táctica, mientras que en aquella costurerilla que, muy lejos de ser coqueta, estaba revestida de la seriedad y la desconfianza que en sí lleva todo amor naciente, debía producir el sistema muy diverso efecto.

Luís se encontraba, pues, en presencia de un alma noble, severa, armada con inesperadas resistencias que echaban por tierra su proyecto, cual leve castillo de naipes, al mismo tiempo que, hiriendo su amor propio, despertaban en él todo el interés de una empezada lucha.

Lejos de ella no sentía el reconcomio del amor, casi se reía de las peripecias pasadas; pero enfrascado en la lucha, se enardecía su sangre joven, embriagábale el ansia de la victoria y una delicadeza del pudor ó una ingenua reconvención cariñosa le entusiasmaban hasta el delirio, le infundían verdadera pasión, arrancábanle comprometedoras protestas y juramentos. Cualquiera hubiera creído en tales momentos que Luís quería de veras, y así era la verdad; pero solamente quería en aquellos momentos.



Digitized by Google

Digitized by Google

VII

Tres días hacía ya que no salía de su cuarto Luís sino á la caída de la tarde, hora en que se subía á la azotea para aprovechar los postreros fulgores del sol, estudiando los insípidos capítulos del Golmayo que no había mirado en todo el curso. Verdad es que para tal estudiante, el curso entero se contenía en un mes, el de Mayo, que era el que á la sazón corría. Durante él se daba buenos atracones de ciencia, estudiaba catorce ó quince horas diarias y, gracias á su privilegiada memoria que, ayudada de fácil comprensión y de una fuerza de voluntad inquebrantable, hacía milagros, se presentaba á examen tan bien preparado como el más aplicado de sus condiscípulos. Es verdad que pasados tres meses ya no se acordaba de nada de lo aprendido; pero había salido con lucimiento del compromiso y, al volver á Ripoll, podía presentar á su madre una lista de brillantes notas que hacían enternecerse á la pobre viuda, después de haber arrancado también á doña Pepa alguna lágrima de admiración. ¡Vaya! Aquel chico era una pólvora, un Séneca, que

Digitized by Google

valía todo el oro del mundo; de fijo que en cuanto acabase la carrera, llegaría á ser lo que le diera la gana.

Tal era la opinión de muchas gentes y, sobre todo, de la buena de la patrona, la que por entonces, al dejar á media noche sobre la mesa de Luís un vaso de leche, exclamaba así:

—¿Sabe usted, don Luisito, que me da pena verle estudiar tanto? Está usted adelgazando que es un dolor; y eso no es bueno; la salud antes que todo. Yo he oído decir muchas veces que el demasiado estudiar vuelve tísicos á muchos jóvenes...

—Quienes van á volverme tísico serán usted y la Toneta que no quieren decirme dónde vive.

—Vaya, hombre; no sea usted loco. Si querrá usted hacerme creer que un señorito como usted va á enamorarse de una pobre costurera... y huérfana de padre y madre por añadidura.

—¿Qué dice usted? ¡Huérfana! ¡Pobre muchacha!

—¿Pues no lo sabía usted?

—No; pues no le faltaba más que eso para acabar de robarme el corazón.

La patrona cogió una silla y se sentó enfrente de Luís como mujer rendida de cansancio, mientras removiendo la leche en la copa con la cucharilla, seguía el estudiante hablando de este modo:

—Doña Pepa, ya usted me conoce y sabe cuán enamoradizo soy; tengo demasiado blando el corazón, lo conozco. Pues bien, créalo usted, lo que me pasa con Toneta nunca me ha sucedido con ninguna otra muchacha; empecé por broma y al segundo día de verla ha logrado hacerme tomar la cosa en serio, de tal modo, que el lunes, antes de que se marchase, ya me sentía dominado y transformado; le decía que la quería con voz trémula, porque me palpitaba de prisa el corazón y me salían las palabras impregnadas de sentimiento, miedosas, tímidas como lo son las del amor verdadero.

Digitized by Google

—¡Buen pájaro está usted! ¡Y qué farsante! ¡Pobre chica si le llega á hacer caso! En bien de ella, por el bien de usted mismo, y para evitarle remordimientos que de fijo tendría, con el tiempo, voy á decirle á la Toneta que no vuelva á poner los piés en casa; no, no vendrá más á coser.

—Pero me dirá usted dónde vive...

—Yo me guardaré bien; y además aunque quisiera no podría porque no lo sé.

—Eso es lo que me está usted diciendo hace ya dos días; pero ya sabe usted que á mí no me la da.

Y el estudiante sin soltar el bollo que tenía entre los labios, cómicamente, se arrodilló á los piés de la patrona, y con voz melodramática exclamó:

—Angel caído del cielo, divinidad, prenda del corazón, señora de mis.... de mis pensamientos, yo os pido á vuestros piés rendido que me digáis.... ¿dónde vive, en dónde vive mi dulce amor?

—Vaya, calamidad del mundo, no me haga reir más —dijo la patrona apartándose con la silla y poniéndose en pié como movida por un resorte.

—¡Ah! Con que no me lo quiere usted decir, eh?— prosiguió el estudiante levantándose al mismo tiempo y fingiendo ponerse serio.—Corriente: estoy resuelto á saberlo sin esperar al lunes, cuando sin hacer caso de su prohibición podría seguirla y averiguarlo, no; estoy resuelto á saberlo ahora, ahora mismito. Ó me lo dice usted ó hago una que sea sonada. Verá usted: llamo á los compañeros que aún no se han acostado; la cogemos á usted entre todos y la damos masculillo; la paseamos en vilo por toda la casa, con cerillas encendidas en procesión, cantando el *gori-gori* para que lo vean todas las criadas, para que se entere toda la vecindad, toda la calle.

—¡Sería usted capaz!...—dijo aterrada la patrona.

—¿Yo? ¡yo soy capaz de todo!

Digitized by Google

—Menos de una mala acción como esa.

—Fuera bromas, doña Pepa. Hace días que no puedo estudiar una palabra; tengo á Toneta clavada en el pensamiento, necesito verla; no juego con ella como he jugado con otras, no; estoy verdaderamente enamorado. ¡Vaya! Dígame usted dónde vive.

—¡Le juro y rejuro que no lo sé, hombre de Dios! Vino á casa por recomendación y conducto de una desconocida que encontré en la plazuela, que se me acercó, me preguntó si necesitaba costurera, le dije que sí y me la envió á casa, para ver si me convenía.

—Pues entonces, ¿cómo ha sabido usted que es huérfana?

—Porque me lo dijo ella misma.

—No me engañe usted, señora.... porque entonces, llamo á los compañeros y va usted á andar por el aire como un pelele.

—Es tan cierto lo que le digo como esa luz que nos alumbra.

—Esa luz hace muy mala cara....

—Vaya, don Luisito, palabra de honor....

—¡Veamos! ¿Qué es lo que entiende usted por honor?...

—Le repito como si estuviese delante del confesor, que no lo sé. Tenga usted formalidad alguna vez, hombre; luégo se quejará usted de que nunca se le crea en nada.

—Bueno; paso por eso, con la condición de que usted.... fíjese usted bien.... de que usted hará todo lo que pueda para averiguar las señas de Toneta; por supuesto, sin perjuicio de que ahora me va á dar usted palabra de no deshacerse de ella, como ahora poco me dijo se proponía.

—Corriente; pero, en cambio, prométame usted que no abusará de la inocencia, de la bondad, de la candidez de esa muchacha.

Digitized by Google

—Usted me falta, señora doña Josefa.

—Nada de eso. Quiero decir que no me enamore á esa pobre paloma.... con marrullerías como las que usted sabe; pronto cae una niña así....

—Palabra de que no la obligaré á que me quiera.

—¿De que no le echará chicoleos, de que no le hará comiquerías?

—¿De que no la requebraré? Pida usted al sol que no caliente. ¿De que no haré comiquerías? Palabra, palabra y palabra: ya tiene usted tres á falta de una. ¿Las quiere usted por escrito?

—Vaya, bueno. Pues yo le prometo á usted que no la despediré.

Luís se bebió de un trago el vaso de leche, y enjugándose el bigote con el pañuelo en dos movimientos encontrados, añadió:

—Pues, buenas noches, doña Pepa; que todavía tengo que aprenderme *la disciplina vigente sobre el nombramiento de coadjutores*.

—¡Ave María Purísima! Qué desatinos les hacen aprender en esa Universidad!...

Y Luís, al alejarse la patrona, oyó que al compás del leve traqueteo del plato y la copa resonaba confusa por el oscuro pasillo la palabra *conconjugadores*.

Digitized by Google

Digitized by Google

VIII

las ocho de la mañana del lunes siguiente, sentada otra vez Toneta en el consabido balcón de la casa de huéspedes, ya tenía á su lado al estudiante, quien cabizbajo é inclinado el cuerpo sobre el velador, desmenuzando maquinalmente con las tijeras un trozo de cinta, le juraba y perjuraba que sentía por ella una atracción profunda, irresistible.

—Pues entonces, coja usted los libros y váyase á estudiar—dijo Toneta procurando dar á su voz toda la tranquilidad posible.

—Eso quiere decir que....

—Quiere decir, que si es cierto lo que usted está diciendo, debe usted seguir mi consejo, porque.... ni yo puedo picar tan alto, ni usted mirar tan bajo.

—El amor no tiene categorías, Toneta.

—¡Pobre de mí si creyese eso!

—¡Cómo! ¿Usted cree que es imposible?...

—Hablemos de otra cosa, si á usted le parece.

—¡Á usted le han hablado mal de mí!

—Nada de eso. Fuera de esta casa no conozco á nadie

Digitized by Google

que pueda hablarme de usted, y los de aquí sabe usted muy bien en qué concepto le tienen.

—Los de aquí no me conocen, Toneta. Para ellos soy un tarambana incapaz de tomar nada en serio.

—No; no lo creen así. Doña Pepa le tiene á usted por un muchacho alegre y algo atolondrado, como es natural en la edad de usted; lo compara á una mariposa, pero al propio tiempo confiesa que le tiene sorbido el seso y esto no puede ser por cosa mala.

—Pues si me cree tan bueno, ¿por qué no quiere decirme dónde vive usted?

—Si no creo que lo sepa, ¿cómo quiere usted que se lo diga? Pero aparte de esto, le repito á usted que no trate de averiguarlo, que no piense en seguirme, ni en pararme en la calle, ni pasearme la mía, si no quiere que deje de mirarle á la cara para siempre. Será una aprensión, una terquedad, como usted dice, será lo que usted quiera, pero no puede ser otra cosa. Tengo motivos muy serios para obrar así y es preciso que usted respete mi resolución. ¿Qué le cuesta á usted hacerlo? ¿Qué había usted de sacar de no hacerme caso?

Y al decir esto, con la aguja bajo la tela y ésta á medio doblar y tendida, trazó nerviosamente el dobladillo de una orilla al hilo cual si se complaciera en hacerle al blanco lienzo un largo rasguño ó arañazo. Luís ilustraba con un lápiz la uña de su pulgar y callaba. Toneta empezó á hilvanar el dobladillo. En medio de aquel silencio subían claros y cercanos todos los ruidos, todo el ajetreo de la calle de Roig, sin alterar el recogimiento de aquellos dos seres. En ambos latía desaforado el corazón, bullía el pensamiento, engendrando ideas que dejaba escapar una tras otra, cual huyen las neblinas á impulsos del viento.

De pronto, preguntó Luís con voz enérgica:

—¿Quiere usted una prueba?

—¿De qué?—replicó Toneta, trémula.

Digitized by Google

—Basta de disimulos, Toneta. Yo la amo á usted. Usted me quiere. Las grandes felicidades son las más temidas... Usted tiene miedo y yo lo tendría, si no sintiese aquí dentro un fuego que me da fuerzas, que me exalta, que me hace hombre, por primera vez en mi vida; pero hombre resuelto, firme y valiente para saltar por todo, para alcanzarlo todo.

Á Toneta se le puso el rostro como un ascua; mirò sorprendida, fijamente, á Luís y de pronto afligida por extraño dolor, abandonaron sus manos la costura, para apoderarse del pañuelo con el que cubriendo el rostro, se apretó con fuerza los labios para sofocar los sollozos.

—¿Llora usted, Toneta?—dijo el estudiante más enardecido cada vez y asiéndola blandamente del brazo.

La costurera sacudió el codo y levantándose de su asiento, entró en la sala, dejándose caer en la silla más próxima.

—Sí, Toneta; llore, llore usted; desahógate... ábreme tu pecho... ensancha tu corazón!

Y con voz suave, melosa, pero balbuciente por la pasión, añadía con los labios casi en su oído:

—Yo te amo, te amo con toda mi alma, como tú, sí, como tú á mí. ¿Quieres una prueba? Pídemela ahora, porque el lunes que viene ya no me verás; esta semana me marcho. Pídeme, pídeme esa prueba hoy; el lunes ya no podrá ser y tendrás por delante todo un verano de dudas, de tormentos. Á mí no me sucederá eso; porque lo he conocido ya, porque ya lo he leído en tus ojos, porque me lo dicen esas lágrimas, porque veo que eres un ángel incapaz de fingimiento. Tú, tú, que me has visto de broma hasta hoy, quizás dudas todavía, quizás no te basta el fuego de mis palabras, que salen llameando de mi corazón, el ardor de mis manos que no podrías soportar; mira, toca...

Y posó discretamente el revés de su mano sobre la

Digitized by Google

que Toneta tenía contra el rostro, apretando el pañuelo á los ojos.

—Sí, Toneta, una prueba; estoy dispuesto á darte la que quieras; pídeme una prueba grande, muy grande. Todo lo haré.

Toneta se puso en pié, imponente como una estatua, y señalando la puerta, con voz enronquecida, pero resuelta á la vez, exclamó:

—¿Una prueba? Pues salga usted de aquí ahora mismo y no vuelva á entrar en todo el día.

—¡Oh! Eso es demasiado, demasiado...

—Ni una palabra más—replicó la costurera sin dejar su apostura severa é imponente, ni siquiera al recibir el beso que, desde la puerta, le disparó el afligido estudiante, antes de cerrarla con estrépito tras sí.

Luís se metió en su cuarto trastornado, vencido, esclavizado. Se tiró de un brinco sobre la cama y tendido en ella boca abajo, con la vista ofuscada, con las manos apretando la ardorosa frente, permaneció media hora, sin poder coordinar sus ideas.

Por su parte, Toneta, enjugadas las lágrimas y creyéndose ya repuesta, volvió á sentarse en el balcón y recobró la costura para disimular, pues la aguja no corría, caíasele de los desmayados dedos, y profundamente afectado su ánimo por la anterior escena, en vano procuraba confortar el corazón y ahogar el sentimiento. La retirada de Luís la halagaba y la atemorizaba á la par; halagábala por cuanto en aquel acto veía un sacrificio que era una revelación, una prueba evidente de amor; la asustaba porque pensaba que el amor del estudiante no podía acarrearle más que riesgos y disgustos, como ya ella misma le había indicado. En dos semanas el sentimiento de simpatía que despertó la primera entrevista, aguijoneado por la privación de un contacto frecuente, exaltado por las ilusiones que la imaginación siembra en los temperamentos

Digitized by Google

apasionados, inflamado por las dificultades que en perspectiva veía levantarse, temerarias y tenaces contra la unión de dos corazones, que á ella le parecían nacidos uno para otro, se convirtió en atormentador deseo de volver á ver al estudiante ; el deseo en necesidad, la necesidad en amor incipiente, pero amor al fin. Puesta en tortura noche y día, sentía á veces su corazón el abatimiento de las crisis largas, y entonces, recobrando el entendimiento su dominio, le demostraba la imposibilidad de la soñada unión, acabando por hacer brotar de sus labios una irónica sonrisa, que era discreta reconvención á sus pasados delirios. Pero en pos de la reflexión venía la fantasía ofreciendo armas destructoras con las cuales era segura la victoria ; la imaginación cercaba de esplendente aureola al sér querido ; el deseo, con aires de experto, prometía serenidad y firmeza, para mantenerse en los límites debidos, y el corazón, bañándose en agua rosada, volvía á saborear con deliquio las fruiciones del amor. Ciertas escenas sorprendidas entre doña Mercedes y su marido le conmovían el alma con cierto dejo de envidia. Harto sabía el desequilibrio de fortuna que existía en aquel matrimonio, pero por ello mismo se solazaba pensando lo comunes que son en el mundo tales uniones.

Cuando en esto pensaba, invadíala una esperanza dulce como la luz del alba.

Pasando por tales trances, había vuelto á la casa de huéspedes y esperado la tercera entrevista con el estudiante. Desconfiando todavía de las declaraciones del segundo día, engañábase á sí misma suponiendo que todo aquello no era otra cosa que un divertido simulacro en el que nadie peligraba, que los afanes que en casa padecía eran simples desvaríos de la imaginación, que bastaría á desvanecer fácilmente la realidad : Luís era demasiado listo para ir á encapricharse con una mujer de su humilde clase; y en cuanto á ella, cómo,

Digitized by Google

reflexionando con frialdad, había de pensar seriamente en Luís! ¿Qué había, pues, que temer?

Pero cuando el estudiante se presentó otra vez, rendido y enamorado; cuando ella vió que se enardecía y arrebataba hasta el punto de desafiarla con que le exigiese pruebas heróicas; cuando le pareció oir los acentos del amor por tanto tiempo esperados con ansia, y surgió del fondo de su corazón un relámpago de extraordinaria alegría, á cuyo fulgor pudo percibir, de repente, la sima á que corría desbocada, espantada por el peligro, trató de salvarse alejando al estudiante. Después que él, debía ella salir, para no volver á poner los piés en aquella casa.

Tal fué el primer intento de Toneta; pero faltáronle fuerzas para ponerlo por obra, ante el temor que la embargó de despertar sospechas ofensivas para la honrada conducta de Luís y hasta no tardó en sentirse invadida por cierta compasión hacia él, que se presentaba con las apariencias de torturador remordimiento. Al fin y al cabo ¿qué le había hecho el pobre muchacho para quitárselo de delante de aquel modo?... ¿Qué motivo tenía para dudar de sus intenciones?... ¿Quién podría probarle la absoluta imposibilidad de casarse con él, aun teniendo en cuenta la diferencia de posición?... ¿No podía unirlos un amor puro, un amor grande, un carácter noble y entero como había sucedido al matrimonio Castellfort?... Aun cuando hubiese sido una reina ¿no hubiera estado dispuesta á luchar hasta la muerte para conseguir aquella unión? ¡Pues ya lo creo! Y ¡que no lo haría! ¡que no sería capaz de trocar un trono y una corona y mucho más por aquel amor que la tenía ya dominada! Y por fin, ¿no era una ofensa, una gran injuria para Luís suponerle capaz de otros sentimientos, que los que á ella misma la animaban?

Al llegar á este punto de sus angustiosas reflexio-

Digitized by Google

nes, sintió deslizarse sobre las baldosas un papel que había entrado, como flecha disparada, por debajo de la puerta.

El corazón le dió un brinco en el pecho, levantóse al punto y recogió el papel. Era una carta. ¡Oh! maldita ignorancia! ¡No sabía leer!

No conocía más que la primera plana de la cartilla: las letras mayúsculas.

Y á pesar de esto, abrió la carta, y extendiéndola ante sus ojos, clavábalos en ella recorriendo ansiosa los renglones, cual si esperase recibir milagrosa infusión de saber.

Al pié de aquella masa de renglones veía en geroglífico más reducido y fácil la firma, que por extraña intuición descifraba. Sí, aquello era una *L*, la letra con que comienza el nombre de Luís, una *L* que estaba hablando.

Los trazos esbeltos é inclinados semejábansele dos cañas que silbaban heridas por el soplo del viento, produciendo un sonido muy parecido al de todo el nombre Luís, y luégo la *i*, puntiaguda, con el acento que pesaba sobre ella y la *s* final revolando, como cola enroscada por el aire, acababan de darle la clave de aquel geroglífico. Oh, sí; allí decía Luís; lo hubiera leído hasta en las manchas de la luna; no necesitaba la car-

Digitized by Google

tilla para entenderlo: Lu... ís, Lu... ís... la misma lengua lo decía, el mismo papel lo había pronunciado al pasar por debajo de la puerta. Pero aparte de esto, nada; hileras de festones de negra tinta, retorcidos, enrevesados, sutiles, como los puntarajos negros de una rapaza, que no supiese aún manejar la aguja. De fijo que en ellos había palabras de amor, lágrimas, juramentos; gritos del alma que ella sospechaba, que sentía, que zumbaban en su oído. ¡Oh maldita ignorancia que hacía un tormento de aquel tesoro! ¡Nada, nada más que la firma Lu... ís lograba leer! ¿Y á quién confiar aquel secreto? ¿Á quién entregar aquel papel sin revelar el amor de su alma? ¿Cómo confesar al mismo Luís una ignorancia tan vergonzosa, que por sí sola podía empequeñecer el objeto amado, de una manera deplorable, cruel! ¡Y cómo vivir sin saber lo que aquello decía! ¡Acaso la desesperación, el despecho habrían dictado condiciones que, de no aceptarse, producirían un atentado, un suicidio quizás!!...

Esta idea la hizo levantarse de la silla y arrugando el papel entre los dedos, fuera de sí, sin plan ni idea acerca de lo que iba á hacer, corrió hacia la puerta, la entreabrió y asomando la cabeza, vió allá al extremo del pasillo, atisbando desde su cuarto, á Luís en actitud interrogadora. Toneta se sintió aliviada de un gran peso, y con la cabeza y con la mano llamó al señor de su albedrío, quien acudió desalado cual golondrina que se refugia en el nido.

La costurera estaba caída en una silla, con los brazos colgando, su cuello de paloma enarcado al peso de la cabeza que descansaba en el respaldo; una de sus manos tenía todavía fuertemente asida la carta; la otra el pañuelo y de sus ojos manaban libremente, surcando el rostro, torrentes de llanto.

—Sí, tuya soy, Luís, tuya soy; ya no puedo luchar más, no puedo ya ocultarlo por más tiempo... me fal-

Digitized by Google

tan las fuerzas. Soy pobre, no me querrás; mátame, hazme pedazos, pero yo te amo, te amo y...

—Ah, sí, sí; eso es lo que yo quería oir de tus labios—exclamó Luís, acogiéndole la sedosa cabecita en el amoroso nido que formaba su brazo izquierdo medio cruzado sobre el corazón.—Sí, Toneta mía, sí;

—añadía, reproduciendo los conceptos de su carta sin sospechar que no había sido leída—yo estaba resuelto á cumplir tu cruel mandato; pero antes de irme y de pasar tres meses de tormento y de angustias, quería escuchar de tus labios esa confesión consoladora.

—Oh, no, no te vayas, Luís. Ya es inútil callar, yo te quiero, te quiero, no puedo ocultártelo, no puedo más... ¡No te vayas, por Dios! ¡Qué será de mi pobre corazón si le abandonas!

Y al decir esto, sus labios cayeron involuntariamente sobre la trémula mano de Luís y los de éste se clavaron en la frente ardorosa de la doncella. Por las venas de entrambos circuló como un frío enervador.

Digitized by Google

—Tengo que irme, por causa de mi madre—dijo el estudiante.

—Tu madre te ha tenido toda la vida... Pero no; véte, véte... ¡Dichosa ella!... ¡Dichoso tú que tienes madre!

Toneta bajó la cabeza llorando con mayor desconsuelo aún.

—¡Oh! no llores, no llores, que me haces daño—exclamó el joven, luchando conmovido por levantarle la cabeza.

—Pues bien—dijo la costurera de pronto y enjugándose las lágrimas—no me opongo á que te vayas á tu casa; pero ¿no me pedías una prueba? Ocho días más ó menos no han de hacer infeliz á tu madre, si sabes encontrar una buena excusa... No te vayas hasta fines de la semana que viene; así tendremos un día más, el lunes podremos volver á vernos.

Y pronunciaba este ruego con acento de pasión y abrazando tiernamente á Luís por la cintura.

—¡Oh! ¡Vaya una prueba! ¡Qué gran sacrificio me pides!—exclamó Luís sonriendo y arreglándole el pelo sobre la frente.—Sí, mujer, concedido... pero no creas que con eso te doy prueba alguna ni hago ningún sacrificio.

Uniéronse estrechamente sus manos como celebrando el restablecimiento de la calma que comenzaba á alborear en sus corazones; y cambiando una larga mirada llena de pasión, se levantó Toneta y corrió otra vez á su tarea para evitar cualquier sorpresa en que hasta entonces no había pensado.

Digitized by Google

IX

Libre ya de sus exámenes, el jueves escribió Luís á su madre, relatándole las notas obtenidas menos la correspondiente al derecho canónico, de que suponía no se examinaría hasta fines de la semana entrante, por haberse indispuesto casualmente el catedrático.

«Al día siguiente de los exámenes—añadía—haré las pocas visitas de despedida que usted me encarga y al otro tendré el gusto de emprender el camino de casa y abrazarla. Este retraso imprevisto aumentará la lista de mis gastos, de modo que no alcanzará á cubrirlos el dinero que últimamente me envió usted; así es que si le parece bien, pediré á los señores Jofre, Bellpuig y Compañía unos doce duros más, para no dejar pendiente deuda alguna y hacer, mejor provisto, el cami-

Digitized by Google

no. Agradeceré á usted mucho me conteste antes del lunes.»

La contestación fué como sigue:

«En cuanto á los doce duros puedes pedirlos á los señores Jofre, Bellpuig y C.ª, y mayor cantidad si la necesitas, para que no dejes cuentas pendientes, por más que yo creía que te hubieran sobrado de los que te llevó la *Teresona*, pues tiré de largo, contando con los imprevistos que siempre aparecen á última hora; pero te recomiendo que tengas juicio porque la cosecha no se presenta nada bien y necesitamos ir con piés de plomo; que si no fuese por esto, ya premiaría yo tu aplicación á medida de los grandes deseos de tu madre, que te bendice y espera con ansia el momento de abrazarte.

María Fortuny, viuda de Oliveras.»

Leída la carta, restregóse las manos Luís alegremente, repasó en su memoria las cuentas que había echado días atrás y corrió más que aprisa á cobrar no doce sino diez y seis duros á casa de los señores Jofre, Bellpuig y C.ª. Con esto, además del retrato, podría dejar á Toneta un pequeño recuerdo, una sortija, por ejemplo.

Bien se lo merecía la pobre muchacha: ¡le quería tanto!

—¡Me quiere tanto!—repetía interiormente.—Y vea usted, cómo ha ido á enamorarse de mí; ¿qué le he dado? ¿qué le he hecho? ¡Pobre chica! Si supiese que á mí no me dura la furia más que un momento, cuando la tengo delante, cuando la veo tan triste ó tan exaltada como el otro día! ¡Oh! entonces sí, late mi corazón por ella, mi alma se soldaría con la suya. ¡Está tan hermosa con los ojos bajos! ¡Se pone tan guapa, tan majestuosa cuando se enfada! Sería preciso tener un

Digitized by Google

corazón de roca, para no enamorarse de ella en aquellos momentos. Y mi flaco, que han sido siempre las mujeres sentimentales y serias, las que fruncen el ceño como un hombre y le retan á uno con el brazo extendido, á estilo de Norma, y pretenden sujetarnos á sus caprichos! Todo esto lo reune Toneta. Si fuese yo capaz de fijarme en alguna mujer, sería en ésta. Lo confieso, me atrae, me seduce... Pero no quiero jugar con ella; no debo buscarlo; ella se interesa con toda su alma en el juego y es una infeliz, una huérfana... Hasta pudiera suceder que me encaprichase yo también con toda formalidad y esto no puede ser; ¡pues mal jaleo se armaría luégo en casa! Ya he hecho mal en quedarme esta semana más; pero ¿quién no se había de quedar cuando se lo pedían de aquel modo y en aquellos momentos en que estaba yo tan afectado? ¡Qué hermosa estaba!... ¡Bah! ¡Bah! Le daré el retrato, le regalaré la sortija, con esto quedará más contenta por unos cuantos días y luégo desde Ripoll ya encontraré manera de irla desengañando y curando poco á poco por medio de mis cartas. Teniéndola delante no sabría hacerlo... Luégo, también puede ser que doña Pepa, que nunca está contenta con la gente que la sirve, se canse de la costurera mientras yo esté en el pueblo, que la despida y así, cuando vuelva, resultará que toda esta historia de ahora no habrá sido sino un capítulo más de los muchos entretenidos que podrían contener mis memorias de estudiante. Y el caso es que me duele de veras... una chica que vale tanto, que me querría de veras!...

Y puso fin á sus reflexiones, mordisqueándose el labio, moviendo la cabeza y dejando vagar por el espacio una mirada, con la que parecía despedirse de toda una bandada de fugitivos placeres.

Al bajar los ojos tropezaron con una placa ovalada de latón colgada en el quicio de una puerta, y que en

Digitized by Google

letras esmaltadas decía: *Jofre, Bellpuig y Comp.ª*. Dió dos pasos más y llegando á una cancela semi-exagonal en la que se repetía el letrero grabado sobre grandes cristales ovalados, empujó una puerta que al abrirse hizo sonar fuertemente un timbre argentino, y se internó por el largo y silencioso almacén, en busca de *su cajero*, como él decía.

Digitized by Google

X

En casa de doña Pepa sólo quedaban ya dos estudiantes: Luís y Tomás Llassada. Todos los demás, examinados ya, habían levantado el campo y partido á los pueblos respectivos á pasar las vacaciones con la familia.

Doña Pepa comenzaba á respirar con desahogo, como si también hubiese salido de exámenes; y de aquella situación en que no hallaba momento de ir á misa y visitar á las amigas, pasaba á una temporada de días desocupados, espléndidos, que le daban vagar para todo, dejándole hasta horas y más horas para dormir, aún más de lo que podía desear.

Para entrar de lleno en tan venturoso estado sólo una cosa le faltaba: hacer la última colada, aclarar y planchar los grandes fardos de sábanas y mantelería que habían ensuciado los estudiantes ya ausentes. Pero esta obra se empezaría á otro día, poniendo mano las tres mujeres; ella y las dos criadas, y en todo el miércoles quedaría la colada hecha y la casa como un oro.

Digitized by Google

Bien podía, pues, hoy domingo, aprovechar la tarde, como prólogo á su vida de descanso, yéndose con las del sastre del principal á pasar unas cuantas horas en la *torre* que tienen en la montaña de Montjuich, cerca de *Vista-alegre*. El señorito don Tomás había salido ya, segun su costumbre, con rumbo á los billares del café de Francia; daría permiso para salir á las dos criadas, y si don Luisito quería acompañarla, lo que sí haría, por lo que le gustaba enredar con la Sofía, cerraría la casa con la llave de combinación y se iría descansada.

Dicho y hecho; las criadas salieron, brincando por las escaleras, como chicas que salen de la escuela, con los pañuelos revolando sobre sus cabezas, charlando como cotorras sin escucharse; y doña Pepa, compuesta que estuvo, entró en el cuarto de Luís. No encontrándole en la habitación, que de una mirada se registraba toda, lo buscó en la alcoba donde de fijo debía estar tumbado en la cama. Pero tampoco estaba allí: ¿dónde *demonches* se habría metido la *mariposa*? El balcón estaba abierto de par en par, en el hueco había dos sillas y un libro abierto sobre el asiento de una de ellas; pero del estudiante, ni un pelo. De pronto se oyó próxima la voz de Luís, cual la de un fantasma invisible. Doña Pepa pasó por entre las sillas, asomó la cara al balcón y sorprendió al estudiante imprudentemente abalanzado sobre el ángulo de la barandilla con objeto de que la Sumpteta, una modistilla vecina, pudiese atarle á la punta del bastón un magnífico clavel. La patrona tuvo la discreción de retirarse (extraña discreción, que se explica porque «estaban reñidas») y, sin salir al balcón, le tiró del faldón del chaqué á Luís.

—¡Allá voy, allá voy!—dijo Luís.—Me alegro de que me haya usted llamado, porque ya empezaba á cansarme esa chica con sus aspavientos.

—¡Si yo no sé cómo es usted, hombre! Usted con todas se ha de meter. ¿Pues no ve usted que esa mo-

Digitized by Google

cosa es la mujer de más pretensiones de todo el barrio? Cuando salen á la calle la hija y la madre, parecen dos tarascas, y con más orgullo que don Rodrigo en la horca.'

—Sí, sí; pero la chica tiene quince años.

—¡Quince!... Y más de diez y ocho también.

—Tiene muy buen palmito, y para pasar un rato...

—Vamos, vamos, no se emplee usted en cosas tan inferiores. Usted que es un muchacho guapo, bien puede encontrar cosas de más mérito.

—¿Me está usted haciendo el amor, doña Pepa?

—¡Yo! ¡Pobre de mí! ¡Ya estoy mandada retirar! Pero debo decirle la verdad, bien lo sabe usted... Vaya, ¿está usted ya listo? Póngase ese sombrero más ladeado, hombre. ¿Y esa corbata? Jesús! Venga usted acá, hombre, venga usted á que le haga ese lazo como Dios manda. ¡Qué poco presumido es!... ¡Ajá! bien estiradito. Ahora sacúdase usted esas botas. No tiene usted mala suerte en que, como suele decirse, no necesita compostura la catedral.

Doña Pepa que iba endomingada con su traje de lanilla color de ceniza y su *casabé* de lo mismo, todo lleno de rizados y guarniciones de entredoses y sobrepuestos ribeteados de negro, un lazo morado, como moña de toro, al pecho, con flamante manto de granadina y encaje, no quería que su acompañante la desluciese. Además, no dejaba de temer que le echasen la culpa de la dejadez de su huésped.

Cerraron la puerta entre los dos y bajaron al principal de donde salieron á poco, con toda la familia del sastre distribuídos en tres grupos. Abría la marcha Luis con Sofía y su hermana Mercedes, ambas vestidas de percales claros, brillantes y de corte extremadamente estrecho, un ramito de flores al pecho, en el encuentro del pañolillo de ilusión; y una cinta color de cereza rodeando el moño y anudada en un lazo sobre

Digitized by Google

la cabeza. Seguía después el padre, el señor Vernet, vestido de verano, de color de avellana, todo nuevo, planchado, sin una arruga, la cabeza derecha, resguardada por sombrero de paja, un puro en la boca y un chiquillo asido de cada mano, uno todavía en faldetas; el otro con traje de figurín de primera comunión. Cerraban la comitiva, pesadas como dos gansos, el cuerpo echado atrás, abanicándose valientemente y con los codos muy apartados del cuerpo, doña Pepa y la señora del sastre. Las muchachas iban riéndose de las ocurrencias de Luís, removían la cabeza como palomitas, zarandeaban el cuerpo, agitaban los abanicos y hacían desplantes rebuscados, tomando actitudes afectadas. Los padres y doña Pepa afectaban también cierto aire marcial, y era su aspecto el de honrados menestrales que se las echan de señorías. Cualquiera hubiese dicho que iban derechitos al Parque. La consigna era salir de la ciudad por la puerta de Santa Madrona, con objeto de evitar el polvo todo lo posible, y así fueron llegando á las calles de Guardia y de Montserrat.

En esta calle, y en el taller del carpintero pasaban la tarde, como todos los días de fiesta, jugando á la brisca, sentadas en sillas bajas al rededor de un escabel cubierto con un mantón de lana, Madrona, sus hijas y Toneta. Ésta se hallaba sentada de frente á la calle, y, poco interesada en el juego, fijaba más la vista en ella que en las cartas. De repente un coro de risotadas, que iba aproximándose, le hirió el oído de un modo particular. Entre la confusión de las risas le pareció distinguir la voz abaritonada de Luís. Puso atención, fijó la mirada; sobre la acera bañada por el sol avanzaron tres sombras humanas, que entraron al sesgo, lamiendo la tienda. Luégo aparecieron los tres cuerpos que proyectaban aquellas sombras. Sí, era Luís, con dos muchachas airosas, elegantes (así pare-

Digitized by Google

cieron á Toneta) y al atravesar el hueco de la puerta, la voz, ¡oh sí! la voz de Luís que retumbó en la estancia diciendo:

—Sofía, Sofía; no la voy á querer á usted.

Á duras fuerzas pudo Toneta retener en la mano la última carta...

Sus ojos desvariados siguieron mirando á la calle por donde continuaba desfilando la comitiva. El sastre y los chicos no le llamaron la atención, no los consideró unidos á los otros; pero pronto apareció doña Pepa á confirmarle que no se había equivocado como aquel otro día de la calle Nueva; era Luís, era Luís. Afortunadamente, ni el estudiante, ni la patrona habían advertido su presencia.

Tiró la carta sin mirar quién ganaba, y diciendo que estaba cansada de jugar, salió al umbral de la puerta para seguir á Luís con la vista. El lodazal que al regar la acera había hecho el muchacho del confitero obligó á la comitiva á pasar al otro lado de la calle. Mejor que mejor: así vería más libremente todos los ademanes de Luís y de sus amigas.

—¡Y qué entretenidas van! ¡Y cómo se rien y cómo las hace reir el grandísimo bribón!—balbuceaba Toneta entre dientes, dando nerviosas pataditas; y parecía comerse con los ojos á aquel terceto, midiendo de alto á bajo con la vista á aquellas dos mujeres, grabándose en el cerebro el contorno de sus figuras, el color de sus vestidos, calculando la edad que tendrían, recogiendo los movimientos intencionados de Luís, para descubrir cuál de ellas era la preferida. De repente ¡ay! ¿qué es lo que hace Luís? ¿Qué hace la más alta? ¡Ah! ¡Luís le da el clavel que lleva en el ojal: ella le regala en cambio el ramito de flores del pecho! Se aproximan las cabezas, se hablan en voz baja. ¡Ah! ¡Ella, la altona, la Sofía es! Sí, Sofía ha dicho, cuando pasaba por aquí...

Digitized by Google

Y Toneta no se daba cuenta de que, arrastrada por aquel imán, se había alejado ya hasta tres casas más arriba de la del carpintero. Para ella no había más tierra, ni más distancia que las que mediaban entre sus ojos y Luís; más porción atmosférica que la faja visual por donde corría en suspensión una cinta de imán invisible. Y á pesar suyo sentíase empujada á conservar la distancia, á dar un paso á cada paso que *ellos* daban, como el cuerpo atado sigue al extremo de la cuerda. Algunos desocupados la veían desde los balcones, espiando, deslizándose de aquel modo á lo largo de las paredes, y como por la calle apenas pasaba alguien más que ella, se entretenían en contemplarla, haciendo suposiciones, forjando historias sobre las causas de aquella fascinación que parecían presenciar.

—Sí, Sofía se llama—continuaba encelada Tona, siempre avanzando calle arriba.—¡Y parece guapa! ¡Ay! ¡que vuelven la cabeza!... No, no es nada... Le habla al señor que lleva á los niños de la mano; debe ser el padre... ¡Ay Dios mío! Que no se vuelva Luís. ¡Ah! Ya vuelve á hablar con él. No es guapa: tiene el pelo rojo, la nariz respingona, la boca grande. ¡Me parece que va perdida de polvos!... ¡Miren qué aspavientos va haciendo! ¿Y eso le puede gustar á Luís?... ¡Sí; puede que sea rica!

Y así como de una ojeada había percatado la fisonomía de aquella mujer, de una sola mirada fijándose en los trajes de toda aquella gente adivinó en ella la familia de un sastre.

—¡Bah!—dijo frunciendo la nariz. No son más que artesanos acomodados que van á divertirse.

Y no supo si alegrarse ó no.

En aquel momento se perdió la comitiva entre la confusa muchedumbre de municipales, agentes de policía, fosforeros, criadas, marineros y trabajadores que

Digitized by Google

obstruían la calle de lado á lado, delante del teatro del Circo en donde se representaba por centésima vez *De Sant Pol al Polo Nort*. Cuando Toneta vió de cerca todo aquel hormigueo, cayó en la cuenta de lo que había ido andando y recobró la conciencia; pensó en

volver atrás, pero el afán de saber sobre poco más ó menos, adónde iba á parar Luís, la hizo seguir adelante valida de la libertad con que anda sola por las calles una obrera. Y penetró luégo en el remolino de aquel público que gritaba, reía, disparataba y se concentraba en dos masas hirvientes y abigarradas, cada vez que llegaba un ómnibus de familia que iba avanzando para descargar amas, criaturas y padres candorosos. Metida entre aquellos empujones, allí donde la luz del día parecía encogerse y el tropel hacía andar por fuerza, miraba sin ver nada. No sabía si *ellos* se habían metido en el teatro, en cuyo vestíbulo se veía una enfadosa *cola*, ó si habrían pasado de largo. Y

Digitized by Google

con la inquietud de la duda, rompiendo aquella marejada, llegó á la esquina de la Rambla de Santa Madrona, que escudriñó de punta á punta con la vista.

El sol doraba la extensa y tostada fachada del cuartel de Atarazanas y dos buenos tercios de la calle, dejando extendida en toda la acera del otro lado la sombra regada y íresca que proyectaban sus bajos edificios. Por la parte del cuartel no transitaba alma viviente; solamente alguno que otro coche y dos ordenanzas de caballería trotaban, haciendo resonar el empedrado, en direccion á las ramblas centrales, de las que venía un gran trasiego de vida. Poblaban la acera, tapizada de sombra, grupos de soldados, mujerzuelas y marinería extranjera.

Apartándose de aquella gentuza y encaminándose á la puerta de Santa Madrona, aún alcanzó á ver á Luís y á su pareja, pero sin dar un paso más, los acompañó, con la vista nublada por el llanto, hasta que desaparecieron tras el ángulo de la muralla. Volvió á casa del carpintero para avisar que se iba arriba á *dar unas puntadas*, y al entrar en su dormitorio, cayó en la silla de coser, hecha un mar de lágrimas. Lo que había visto en Luís, parecíale una infidelidad imperdonable, sentía el corazón herido y de su llanto se escapaban rugidos de celos.

—¡Maldita sea la hora en que le conocí!—exclamaba interiormente.—¡Mal haya mi flojera de genio que me hizo reconciliarme con *él* cuando ya todo se había acabado! No se burlaría ahora de mí, como se está burlando; yo, yo hubiera sido quien se riese de él, poco há, al verle tan embebecido con aquella mosquita muerta, chata, figurera y relumbrante, como las Marcolfas de quienes se apartaba.

¡Dios me perdone! Oh! no, mañana no me acerco allí, no ha de volver á verme; le voy á dar buen chasco. Si ha esperado una semana, que siga esperando.

Digitized by Google

¡Puede que no lo haya hecho por mí, sino por la otra! Y yo, yo, simple de mí, tan mema creyendo que se había quedado para darme una prueba, la única prueba de amor que le pedía... ¡Ah! no, no me la da á mí. ¿Pues qué diría él, si hoy me viese chicoleando á otro, regalándole clavelitos y comiéndomele con los ojos?... Si no me quiere, si no me ama, ¿por qué ha venido á pegárseme á las faldas y á jurar y llorar y escribirme cartitas y darme claveles como á esa misma Sofía? ¿No está eso muy mal hecho? ¿No es una maldad, una infamia? ¿He ido yo á buscarle, ni le he dicho nunca que me venga haciendo farsas, ni que me quiera á la fuerza? ¡Ah! ¡Pues si cree que soy yo alguna Sofía, qué equivocado está! Ha jugado conmigo una vez, pero no jugará mas. Yo soy una pobre, sí, muy pobre, ni siquiera tengo padres; pero llevo el corazón en la mano, tengo mi dignidad y no quiero, no quiero que nadie juegue con mis sentimientos.

Y se levantó, sacó de una cajita muy guardada en la cómoda, un clavel ajado, no del todo seco todavía, y comenzó á deshojarlo, á hacerlo trizas con encarnizamiento, mientras repetía:

—No, no me llamo Sofía, no soy como esa Sofía; conmigo no se juega, se va con formalidad; los regalos que á mí se me hacen, no se les hacen á otras. Eso está muy mal, es una burla, un insulto que yo no puedo consentir.

Y recogiendo de la falda con desesperación los despojos de la flor, mojados en lágrimas suyas, los estrujó más todavía, y haciendo con ellos una pelotilla como si sintiese cierto deleite en prolongar aquel estallido de dolor, la lanzó á la calle, volviendo á desplomarse en la silla con el desmayo de quien acaba de hacer un supremo esfuerzo. La ahogaba la exaltación, tenía el alma en un hilo y en medio de aquel desfallecimiento de fuerzas, llegaba hasta ella la vida de la

Digitized by Google

ciudad levantando sus clamores por fuera y llegando allí dentro con sus contrastes, sus ordinarias discordancias que nunca notamos tanto como en medio del sufrimiento. Al pié del balcón de Toneta, ejecutaba un organillo el vals de *Las Cien doncellas;* la campana de Santa Mónica tocaba á viático; en desafinado coro, voces aguardentosas cantaban obscenidades en una taberna de la vecina calle de Trenta-claus; y á lo mejor, el organillo quebraba la melodía dejando pendiente una *fermata* silbante, para que pasase un coche que llenaba de estrépito la desierta calle ó para recoger los cuartos que llovían de algún balcón.

Digitized by Google

XI

Al día siguiente, Toneta no trabajaba en el balcón de la calle de Roig, sino en una de las habitaciones desocupadas de la casa de huéspedes; una pieza interior que recibía luces de un patio, tenía entrada por la antesala y estaba por tanto inmediata á la puerta.

Todas aquellas resoluciones tan firmes y terminantes adoptadas por la costurera en la exaltación de sus celos, habían fenecido antes del alba, después de haber consultado con la almohada. Toneta quería de veras, y aplacado el acaloramiento que era hijo del mismo amor, no se sentía con bastantes fuerzas para renunciar por siempre á ver á su amado. Si había de volver á verle, era mejor que fuese en seguida, ya para darle una lección merecida y huir de él después, haciéndole padecer, *para que otra vez no hiciese sufrir á otra*, ya para perdonarle con las convenientes reservas, en caso de que puesta en claro aquella *mala pasada*, resultase que en aquel paseo y en aquellas flores no

Digitized by Google

había habido malicia alguna. Hablando, se entiende la gente y las apariencias á veces engañan. Cuando una reflexiona, recuerda las veces que se ha enfadado inmotivadamente, por dejarse guiar por falaces apariencias; luego bien hubiese querido una deshacer lo hecho y no tener que arrepentirse toda la vida. Toneta le había besado la mano á Luís, se había dejado besar la frente, le había abierto su corazón, confesádole su amor y recibido de él juramentos y declaraciones honradas que le salían del fondo del alma. Existía pues entre ambos un compromiso, que valía la pena de ser examinado detenidamente antes de romperlo, con tanto mayor motivo, cuanto que de él dependía la felicidad ó la desgracia de toda la vida. Ella sabía de sobra cuán apasionada era, cuán arrebatada, que tenía el genio vivo, que en el breve tiempo de sus relaciones con el estudiante, había luchado ya muchas veces con las mayores vacilaciones de espíritu, sin saber dominarse, porque el amor, por un lado, y la conducta de Luís, por otro, la vencían.

—¡ Vaya, vaya! ¡ No hagamos tonterías !—acabó por decirse.

Y sin haber pegado los ojos, se levantó y volvió al nido de sus amores, resuelta empero á dejar bien sentada su dignidad; y como el enfado y los celos estaban aún calientes, no había duda alguna en que lo lograría.

Doña Pepa creyó conveniente trasladarla á aquella otra habitación; en primer lugar, porque lejos de las distracciones de la calle, podría trabajar mejor; y además, porque la dejaba guardando la casa allí, desde donde podía estar al cuidado de la puerta. Era día de colada, y como Luís y Tomás almorzaban de despedida en el restaurant, se veía relevada de guisar para los estudiantes; la lumbre sola y alguna ojeada de Toneta bastarían para que se hiciese la comida de las cuatro

Digitized by Google

mujeres, y así, ayudando á las muchachas á aclarar, adelantaría mucho más el lavado.

Sería un día bien aprovechado, uno de aquellos días afortunados en que todo se combina bien y que tanto escasean, por desgracia.

—Con que en eso quedamos ¿ eh, Toneta ? Me zurcirá usted todas esas medias, me compondrá las camisas, me cortará aquellos saquitos y dará una ojeada al fogón. El arroz ya lo hará la Ramona... Á la una menos cuarto estaremos de vuelta. Cuando se marchen los estudiantes, tenga usted mucho cuidado con la puerta ¿ eh ? una de las chicas vendrá por el cesto que dejamos aquí. Con que, hasta luégo.

Sería cerca de las nueve cuando Toneta oyó resonar por el pasillo el taconeo de Luís alejándose hacia el cuarto de doña Pepa, para salir á poco, é ir recorriendo diversas habitaciones como persona que va en busca de algo y no lo encuentra. Por fin pararon los pasos junto al sitio donde estaba ella, se abrió la puerta y apareció Luís en traje de calle y con el rostro rebosando alegría.

La costurera levantó la cabeza y lo recibió con mucha seriedad.

—¡ Hola ! ¡ Hola ! ¿ Qué es eso ? ¿ Estás mala ?

—No, gracias á Dios, ¿ y usted ?

—¿ Cómo *usted ?*... ¡ Si no hay nadie !—dijo Luís cogiendo una silla y sentándose amorosamente muy cerquita de la costurera.

—Mire usted que me va á quitar de coser. Tenga la bondad de apartarse un poco, que me pisa las piezas.

Luís contestó haciéndole una mueca y meneando la cabeza con aire zumbón.

—No, no, nada de bromas, que estoy de mal talante; apártese usted, don Luís... No me toque la costura. No sea usted tan largo de manos si no quiere que le pinche con la aguja... ¡ que le pincho !... ¡ Tome usted !

Digitized by Google

Y Luís, todo sorprendido, retiró la mano herida y empezó á chuparse la sangre que le manaba de un dedo, sin dejar de mirar fijamente á Toneta, quien, como avergonzada de su acción y más colorada que un pavo, no se atrevia á levantar la cabeza.

Reinó un momento de tan profundo silencio, que se oía el tic-tac del reloj que Luís llevaba en el bolsillo.

—Cuanto más pienso y más cavilo, Toneta, menos comprendo lo que estoy viendo. *Usted*—dijo recalcando la palabra—usted sabe cuántos juramentos le hice la otra tarde; usted me pidió el retrato que ahora voy á recoger... ¡Ah! Por eso será; ¿porque salgo de casa, porque quizás le han dicho á usted que cómo fuera? ¡Ay pobrecilla! No me pongas mala cara por eso, no me aborrezcas por tan poca cosa. Mira; iré y volveré á casa del fotógrafo para traerte el retrato... ¡Qué demonio de sangre! ¿sabes que el pinchazo ha sido de veras?—interrumpió chupando de nuevo.—Y al restaurant no iré, comeré con vosotras ¿sí? Era un simple compromiso con mi compañero, pero es un amigo bastante considerado y me dispensará.

Y le dió respetuosamente dos golpecitos en el hombro.

Toneta, impresionada por la vista de aquella sangre, sin levantar los ojos de la costura y esquivando con un movimiento la caricia de Luís, contestó con voz trémula, que no había nada de lo que él afectaba presumir, que era muy libre de ir á donde quisiera.

Esta contestación aumentó la confusión del estudiante.

—¡Pues señor! Repito que no lo entiendo. Me he quedado en Barcelona una semana más para esperar este lunes que tanto ha tardado en llegar, y hoy que entro aquí con el corazón lleno de alegría, ansioso de repetirle á usted que la adoro y de oirle decir á usted que me ama, hoy me recibe no ya con frialdad, sino

Digitized by Google

hasta con rabia. Aquí hay un misterio que yo con mi conciencia muy tranquila, no puedo comprender; a *usted*, á *usted* le toca hablar. Hable usted; pregúnteme, acúseme; yo contestaré. Y no digo más; también yo tengo mi dignidad, Toneta, y sabiendo que no he faltado, nunca me humillaré. Si es que hay personas que nos tienen mala voluntad, que inventan cuentos y usted se aviene á escucharlos, lo siento por usted; porque yo no he de hacer caso de habladurías, ni admito que se entrometa con nosotros gente chismosa y enredadora.

—¡Si no hay tales entrometimientos, no señor, ni chismes, ni enredos de nadie!—dijo Toneta exaltándose ya y levantando, descompuesta, la voz como una mujer ordinaria.—Yo, yo misma lo he visto... Usted, como todos los señoritos, cree que las pobres no servimos más que para burlarse de ellas...

—¡Vaya! Lo del otro día, lo de siempre; esa susceptibilidad apestosa de los pobres, que les hace inferir un insulto á cada instante, viendo siempre fantasmas á medio día...

—Yo no insulto á nadie; usted, usted es quien me insulta viniendo aquí á fingirme amor, á robarme la paz del alma, para irse al día siguiente á hacerle los mismos juramentos á la Sofía y regalarle claveles...

Una estrepitosa carcajada de Luís cortó el discurso.

—¡La Sofía!—exclamó muerto de risa.—¡La Sofía!

Y desvanecido de repente todo enfado, se abalanzó á Toneta, le levantó la cabeza por fuerza, estampó un beso en su frente y reteniéndole el rostro hacia sí, fijó en sus ojos una mirada de amorosa compasión, exclamando:

—¡Tonta, más que tonta!

—¡Estos, estos lo han visto!—replicó con energía pero ya más calmada Toneta, señalándose los ojos con

Digitized by Google

dos dedos abiertos y tiesos como las piernas de un compás.

—¡Ah! Tonta, retonta!—repitió el estudiante sin dejar de reirse.

—«Sofía, no la voy á querer á usted»; eso, eso oyeron mis oídos y usted le regaló un clavel... y ella á usted un ramito de flores y toda la tarde estuvieron ustedes juntitos y mientras yo estaba padeciendo, ustedes vengan risas y más risas... Sí, sí, lo mismo que se está usted riendo ahora...

—¡Tonta, más que tonta!... Pero no; habla, habla, que ahora te metería yo en una copa de agua como á una cereza y de un sorbo te haría entrar en mi corazón... Tonta, más que tonta, si la Sofía está para casarse!...

—Eso lo dice usted.

—¡Vaya, deja ya ese *usted* cargante!... Digo la verdad, lo que es cierto... Y aunque no lo fuese, ten la bondad de hacer más favor á mi buen gusto. ¿No viste qué chata es, qué gestera, qué pelo de color de zanahoria tiene?...

—Será rica...

—Es claro. Hay muchos banqueros que lo son y nunca se me ha ocurrido enamorarme de ninguno... Vaya, vaya. Dejemos esto que me enfada mucho.

—¡Pues ahí verás! Después de todo, si fuese rica, sería lo natural. Cada oveja con su pareja.

Toneta volvía ya á tutearlo sin darse cuenta de ello.

—Pero como yo no miro más que á la cara y al corazón, una cara de cielo como la tuya, unos ojazos como los tuyos, un corazón como el tuyo, grande, simpático hasta cuando se enfurruña, cuando me pincha y me hace sangre... ¡El dinero! ¡el dinero! ¡Pues qué! No sé yo ganarlo? ¿Voy á casarme yo con una caja de caudales? ¡Pues vaya un dote que tendrá la tal Sofía, hija

Digitized by Google

de un pobre sastre de la calle de Roig!... ¡Ay qué cabecita, qué imaginación más levantisca la tuya! ¡Te hace falta algún calmante, hija mía, sí, algún calmante!

Toneta sonrió por primera vez.

—Bueno, vaya, ¿quedan hechas las paces, eh? Venga esa manita... vaya, dame la mano, venga acá, no me hagas rabiar. Así... ¡buena chica!

Y entonces, Toneta, como si le avergonzase dar á entender otra vez sus celos, como si temiese hacerlo en voz alta, acercó su rostro al del estudiante y le dijo en el mismo oído:

—¿Y por qué te reías tanto con esa Sofía? ¿Por qué ibas tan entretenido con ella?

—Porque no podía sospechar que me estuvieses viendo y menos que estuviese haciéndote padecer: porque, cuando hace falta, yo encima de las brasas extiendo siempre una capa de ceniza para mejor guardar el rescoldo.

Toneta le apretó la mano, y luégo con hosca mirada y apuntando con las tijeras á la nariz del estudiante, le dijo:

—Pero no te enfadarás ¿eh? Todavía no te creo del todo; ya averiguaré yo si es verdad que la Sofía está comprometida. Ahora véte á buscarme el retrato y almuerza con tu amigo.

—No; almorzaré con vosotras.

—De ningún modo; podría sospechar algo doña Pepa.

—Pero estaríamos solos toda la mañana...

Un hálito como de deseo y de temor al mismo tiempo, arreboló el rostro de la joven antes de pronunciar una negativa absoluta.

—Tienes razón, adiós; dame esa mano... las dos!...

Y ambos rompieron á reir á dúo, como si nada hubiese pasado entre ellos.

—¡Luís, Luís!—le gritó ella al verle llegar á la puerta.

Digitized by Google

—¿Qué quieres?

—Escucha... más cerquita: ¿te duele el dedo? ¿Me perdonas?—añadió muy arrepentida.

—Bésame la mano, la mano herida—dijo el estudiante.

Ella se negaba, pero al fin obedeció. Y una vez satisfecho, salió él con los labios clavados sobre el sitio besado, medio vuelto el cuerpo para que lo viese Toneta.

—Psit, psit—volvió á llamar la costurera, haciendo entrar otra vez al estudiante.—¿Has salido bien en el retrato?

—Todavía no he visto la prueba; me dijeron que sí.

—¿Qué traje llevabas? ¿Este? Con la cabeza descubierta, el pelo rizado, ¿más alborotado que ahora?

—Sí; ya verás.

—Es que tengo mucho afán por verlo. Anda por él, anda.

El estudiante dió media vuelta sobre un pié.

—Pero no, no; porque de todos modos no volverás hasta después del almuerzo ¿no es verdad?

—Vendría antes...

—Ya te he dicho por qué no lo debes hacer. ¿Qué hora es?

—Las diez.

—¿Dónde te has retratado?

—En casa de Larauza.

—No sé dónde está. ¿Es muy lejos?

—Al lado del Teatro Principal.

—¡Ah!...—dijo distraídamente y con las manos cruzadas sobre la costura, sin dejar de comerse con los ojos á Luís. Éste esperaba en pié la terminación del interrogatorio.

Hubo un momento de silencio. Toneta se había distraído. Luégo, como recobrando el hilo de sus ideas:

Digitized by Google

—¿ Tienes alguna otra diligencia que hacer antes de ir al restaurant ?

—Una visita.

—¿ Se puede saber á quién ?... ¿ siempre será á alguna señorita... ?

—Á mosén Antón, un sacerdote que estuvo de vicario en Ripoll.

—¿ Qué pronto las urdes ?

—¿ Ya volvemos... ?

—No, no. No quiero entretenerte... Ah, sí; escucha: ¿ se queda aquí el otro estudiante de quien me ha hablado doña Pepa ?

—No; saldrá ahora conmigo.

Los ojos de Luís relampaguearon como alumbrados por una idea súbita. Dió dos pasos, como si fuese á sentarse, y de pronto retrocedió y salió de la estancia, dejando á Toneta por un momento confusa en la interpretación de aquellos movimientos.

—¡ Será que le cuesta mucho trabajo al pobre chico! —acabó por decirse.

La reconciliación la había dejado no sólo aliviada de un gran peso, sino más enamorada que nunca. Aquel modo noble y valeroso de abordar la discusión, aquel grito de dignidad á que ella contestó con voz desentonada, porque fué cuando se vió más rendida, hicieron adquirir al estudiante grandes proporciones á los ojos de la altiva costurera. Así era cómo ella le quería; no le gustaba la sangre de horchata. Además, ¡ qué manera tan ligera y compasiva de tomar la acusación, cuando supo de qué se trataba! Aquella indiferencia con que miró todo lo que se refería á meras suposiciones! Ni preguntó en dónde le había visto con la Sofía, á qué se debió esta casualidad, nada; todo su empeño se redujo á desvanecer el error y devolver la tranquilidad á su corazón que era lo importante.

Todo esto lo había visto Toneta con su inmejorable

Digitized by Google

instinto, y al hacer comparaciones con su propia conducta, cuando le venía á la memoria aquel pinchazo, se encontraba pequeña, mezquina, indigna de él, y se sentía poseída, á un tiempo mismo, de vergüenza, de un gran deseo de realzarse y de borrar á fuerza de amor y de ternura la mala impresión que hubiese podido dejar en el ánimo del estudiante. Su apasionado temperamento no admitía las medias tintas; del mismo modo que la ponían fuera de sí la ofensa ó los celos, la exaltaba el amor correspondido. Su corazón era de esos que con la misma facilidad pasan de las lágrimas á la alegría que del gozo á la pena. El diablo de ayer era hoy un ángel, y la que ayer arrojaba, hecho trizas, una reliquia del sér aborrecido, hoy tenía que contenerse, para no caer arrodillada á los piés del mismo hombre.

Transcurrió un buen rato, hasta que sintió en el recibimiento pasos de dos personas.

—Ya se marchan—pensó medio entristecida al considerarse sola.

Y cuando menos lo esperaba, se encontró otra vez con Luís en aquella habitación.

—¡Tú aquí!—dijo con instintivo sobresalto.

El estudiante volvió á sentarse á su lado, guardando ambos entre sí mayor distancia que antes, cual si se sintiesen dominados por cierto temor, que hasta aquel momento les fuese desconocido.

—¿Cómo es que has dejado á tu amigo?—preguntó en tono de reconvención la costurera, que notaba en el rostro de Luís una expresión por demás extraña.

Sus ojos habían perdido aquella ingenua expresión que constituía su principal atractivo; los tenía como encendidos, con la mirada extraviada, vacilante, de quien está sosteniendo una lucha interior. Su boca de sátiro, entreabierta y contraída por repugnante sen-

Digitized by Google

sualidad. Cierta imperceptible, pero insistente convulsión le hacía temblar los músculos del rostro.

—¡Vaya una pregunta! Ya te lo podías figurar; por estar un ratito más contigo, no más que un rato. Ya iré después á buscarle. Él tenía que hacer una cosa, y yo ya haré mi visita á otra hora... Pero, ¿qué tienes? Parece que te sepa mal que venga á hacerte compañía...

Toneta, que escuchaba sin levantar la cabeza de la costura, mirando de reojo con evidente desconfianza, enarcando los hombros como para alejarse todo lo posible, calló por un breve rato, y al fin dijo con trémula voz:

—Pues sí que lo siento.

—¿Por qué? ¿Te doy miedo?... Entonces ya me marcho—exclamó Luís á punto de levantarse y dando marcadas muestras de querer y no querer, que ella no vió.

—Tú me habías prometido el retrato...

—Que hasta la tarde no te traería y á la tarde lo tendrás—replicó el estudiante con voz más entera, recobrando la serenidad.

Toneta se atrevió á mirar á su amado otra vez, le pareció ver más serenidad en su fisonomía, y comenzó á tranquilizarse. Aquella pícara imaginación cavilosa que Dios le había dado, siempre le estaba haciendo ver visiones, como decía Luís.

Empezó entonces entre los dos una conversación larga y amorosa. Más tarde hubiesen tenido testigos; era preciso aprovechar la ocasión.

—Por eso y por nada más es por lo que he querido quedarme un rato. Tenemos que convenir en el medio que hayamos de emplear para escribirnos este verano.

Invadió el rostro de Toneta el rubor de la vergüenza, viéndose abocada al peligro de descubrir aquella ignorancia, que tanto le había atormentado ya. Estaba

Digitized by Google

resuelta á aprender á leer y escribir durante el verano; bien valía, pues, la pena de ocultar aquel defecto. Por esta razón se negó otra vez á descubrir su domicilio, rechazando el plan de Luís. La señora Madrona, su segunda madre, era capaz de echarla de casa, de matarla, si supiese que escribía á algún hombre. Luís se resistía á creer en tanto rigor; si sus relaciones eran lícitas y leales ¿á qué tales reparos? Además, si no quería recibir las cartas directamente, siempre quedaba otro medio: buscar una amiga á quien él pudiera dirigirlas.

—Tampoco eso. Podría perdérseme alguna por casa, un descuido embrollarlo todo y comprometerme.

—Mujer, una vez leídas, romperlas.

—¡Tus cartas! No podría.

Luís acercó la silla lleno de orgullo. Toneta comenzaba de nuevo á bañarse en la dulce corriente del amor, libre ya de todo disimulo y recelo. La conversación se fué animando, las distancias estrechándose y una ternura enervadora enseñoreándose de los dos amantes. Ella se abandonaba inconscientemente hasta acariciar con sus sedosos cabellos el rostro de Luís, la costura caída en el regazo, sus ojos atentos con adorable expresión; él se enardecía profiriendo juramentos, suponiéndose más enamorado que ella, más necesitado de aquel carteo, porque la había de echar de menos con mayor anhelo, y nublaban su frente encontrados afectos delatando aquella lucha íntima, que ya había asustado á Toneta. Por fin dieron con un arreglo, con una fórmula conciliadora; el estudiante escribiría á doña Pepa, mandándole memorias para la costurera y usando alguna broma que ésta habría de tomar por lo serio; por su parte, Toneta contestaría á la patrona en el mismo tono. De esta suerte la pobre mujer les serviría de *memorialista* sin saberlo. Y esta idea les hizo reir á los dos y los llevó á hablar de la buena voluntad,

Digitized by Google

que al estudiante le tenía aquella excelente mujer.

—Desde el primer día se lo conocí y por eso tan sólo la quiero—dijo candorosamente Toneta.

Y tras esto expresó las dudas que tenía de que le cuidase tan bien como él merecía. ¿Por qué callarlo? Ella había estado ya pensando cómo le dispondría el cuarto, cómo se lo adornaría... iba á decir, «en cuanto se casasen,» pero el rubor le hizo trocar la frase por un «si yo fuese doña Pepa.»

Entonces le recordó Luís que nunca había entrado en su cuarto y la invitó á hacerlo. Toneta resistió un momento, escuchando cierta misteriosa voz del pudor; pero al fin cedió, no encontrando ningún mal en ello. De todos modos, para lo que ya llevaba trabajado, rato más ó menos de holganza, poco se había de conocer.

Ambos amantes tomaron por el pasillo, agarraditos del brazo, después de disputar un momento, para desvanecer los reparos, que otra vez suscitaba el pudor de la muchacha. Siempre visiones, siempre fantasmas; de todo tenía que decir algo; parecía que aquel día estaba dispuesta á contradecir en todo al estudiante; si estuviesen en un baile, bien le parecería ir del brazo con él, y delante de todo el mundo, además!

Al llegar al cuarto, Toneta se soltó..... Luís se quedó á dos pasos de ella, abrasándola con la mirada, con el ánimo oscilante, cual mariposa que huele una flor.

La primera impresión que produjo en Toneta aquella habitación, fué desoladora. Toda ella estaba descompuesta, sin tener siquiera aquel orden reglamentario de hospedería, aquel aseo, desprovisto de todo sentimiento, en que se hace consistir la limpieza y el arreglo en tales casas. Toneta hubiera querido ver colgado algún retrato de familia, alguna jarrilla de flores, alguna relojera bordada, alguna de esas frioleras que están diciendo á gritos: «aquí hay familia, aquí el cariño con sus delicados dedos ha dejado amo-

Digitized by Google

roso una sorpresa, un recuerdo» como lo veía en casa de los Castellfort, y en otras casas, como se veía en su mismo humildísimo nido de huérfana. Pero, nada de eso; media docena justa de sillas desparejadas, una mesa que era un desconcierto de papeles, unas corti-

nas ajadas, desprendidas quién sabe desde cuándo de sus viejas abrazaderas, un sofá descolorido y lleno de jorobas, un espejo muy turbio, sobre el cual habían fotografiado las moscas todo un firmamento; una cómoda deslucida cubierta con un tapete de hule, sembrada de peines, cepillos, papeles sucios y corbatas viejas; y allá en un rincón, agobiado por el montón de libros que parecían detenidos en su fuga por la pared, el cofre descansando sobre dos banquetillas bajas, á guisa de fúnebre tumbo.

Mientras examinaba todo esto, plantada en el centro de la habitación y sin salir de su dolorosa sorpresa, Luís seguía contemplando á su amante, recorriendo todo el contorno de su hermoso cuerpo, con los ojos

Digitized by Google

echando chispas, fruncida la nariz, todas sus facciones de sátiro exageradamente acentuadas y expresando la atención de quien espera la voz de ataque.

La expresión que poco antes había espantado á Toneta, se acentuaba más y más, por momentos. ¡Ah! si entonces le hubiese sorprendido de nuevo! Pero no; que abstraída en su amor, en aquel amor puro que la embargaba, dolíase interiormente de aquel desaliño, inconcebible para ella.

—¡Y dice doña Pepa que le tiene sorbido el seso!... ¡Estas mujeres no piensan más que en sacarles el dinero! ¡Pobres muchachos! ¡cómo los tienen, cómo los engañan! Yo sí que le tendría un cuartito como un oro, bien arregladito... Pues si no lo llega á querer...! Ella bien que tiene su gran espejo, sus sillas de tapicería, su mesa de mármol...

Y al llegar aquí, sus ojos curiosones se volvieron á la alcoba, tropezando al paso con un palanganero de hierro encima del encharcado suelo, llena la palangana de agua lechosa, la húmeda tohalla colgando de retorcido gancho. La cama estaba sin levantar siquiera, arrugadas las sábanas y conservando confusa la huella del cuerpo del estudiante, como esas piezas de moldes en yeso que se ven por el suelo en los obradores de escultor. Un tufillo tibio, tufillo á Luís, saturaba todavía la estancia. Ni él ni ella habían aún despegado los labios; iba Toneta á hablar, mas al volver la cabeza sintió en la boca un beso abrasador, y dos manos de hierro la asieron por la cintura.

La infeliz lanzó un grito de espanto.

—No grites, no grites... ¡yo te amo! ¡te amo!

—¡Quita, quita, Luís, por Dios! ¡Véte ó somos perdidos!—gritó la desventurada, temblando como la paloma en las garras del gavilán.

Digitized by Google

Digitized by Google

XII

Luís, á pesar de la primera dificultad con que tropezó después de la primera carta, para encontrar asunto de qué escribir á su patrona, sin enseñar la oreja, cumplió su palabra durante tres semanas; las tres primeras semanas de aclimatación á una vida de no hacer nada, de no ver nada, mientras resonaba aún en su corazón el rumor de las últimas aventuras.

Pero, como sucedía todos los veranos, fueron llegando algunas familias forasteras á animar la villa de Ripoll; los establecimientos termales de Ribas fueron recibiendo agüistas y se empezó á establecer en fin alegre trato entre los desocupados de una y otra banda. Luís hizo pronto relaciones con aquellas aves veraniegas, no tardó en encontrar quien le atendiese entre aquellas señoritas forasteras, y hoy yendo de merienda, mañana á San Juan de las Abadesas, el otro á Ribas, luégo emprendiendo una excursión al agreste

Digitized by Google

Montgrony ó alargándose hasta Nuria, se le fueron pasando los días, se olvidó de Barcelona, empezó á encontrar pueril el compromiso contraído y quiso poner fin á aquella correspondencia vulgar; pues la memoria de Toneta, á la viva luz de las nuevas aventuras amorosas con muchachas más ilustradas y de más mundo, fué menguando en proporción y colores como esas estrellas de los cuadros disolventes que van retirándose del foco, para ser sustituídas con otro juego.

En esta situación de ánimo se hallaba Luís, cuando al volver de un alegre paseo, orillas del Fresser, durante el cual había jurado *amor eterno* á una nueva conquista, excitado, entre otras cosas, por el rumor hirviente de aquel río que, crispándole los nervios exaltaba su imaginación, encontró encima de su mesa una carta de Barcelona que le produjo el efecto de un *memento* impertinente.

La cogió por una punta, la miró y remiró á una distancia despreciativa, sin abrirla, y habríala arrojado con desdén, á no sentirse influído por ciertas dudas que le sugería la letra. No era de doña Pepa, no, pero tampoco de persona desconocida; él conocía aquella letra, abierta, juguetona, clara, que había visto mil veces, pero que no recordaba de quién fuese.

Por fin rompió el sobre, se acercó una silla sobre la que se sentó de lado, se aproximó la luz y después de vista la firma leyó lo que sigue:

Barcelona 7 de Agosto.

»Querido amigo:

»Si te encuentras bien donde estás, no te muevas; si tienes ganas de marcharte, no vengas á Barcelona. Repara que soy yo quien escribo y tú el que lees. Si fuese á la inversa, bien podrías aconsejarme otra cosa ó ahorrarte, si no la carta, que siempre recibiría con

Digitized by Google

gusto, el consejo que difícilmente seguiría. Pero basta de preámbulo y vamos al caso.

»Ayer hubo en esta casa, más triste durante el verano que un convento, una verdadera marimorena. Ya supondrás si me divertiría yo con el jaleo; «gracias á Dios que se rompe un poco esta monotonía abrumadora,» decía para mí, de codos sobre la almohada—porque el escándalo empezó tempranito—aguzando el oído y muriéndome de risa. Si estuvieses aquí, con ese genio impresionable que Dios te ha dado, ya estabas fresco. A estas horas ya te hubieran pescado: quiero decir que estarías casado y divertido de veras. No te asustes; los fuegos de artificio empiezan siempre con bombas de aviso.

»Figúrate, pues, que se presenta una mujer como un castillo, quien, según doña Pepa, es la que le proporcionó á la Toneta, aquella amiguita tuya, á la cual, por lo visto, nuestra desconocida hace *favores importantísimos*. Pregunta por ti, le dicen que no estás y contesta que ya lo sabía. (Aquí comienza á desentonar doña Pepa, manifestándose sorprendida por aquella contestación que tenía todo el aspecto de una desvergüenza.) La giganta se sienta en la primera silla que tiene á mano y allí, con toda comodidad, pero bufando deliciosamente, empieza á soltar la lengua contra ti y contra nuestra patrona, para venir á decir, en resumen, que tú eres un perdido, que has engañado á su ahijada y que doña Pepa es... una... Celestina (permíteme este rasgo de erudición literaria en aras de la decencia que creo indispensable en este punto). Luégo acabó con amenazas de ir á buscarte y hacerte casar por malas, si por buenas no consigue doña Pepa hacerte venir á *reparar tu falta* según ella dice; á *levantar un muerto*, ó cosa parecida, como digo yo.

»¡Ay, muchacho! ¡La que se armó en cuanto doña Pepa oyó aquello! Oirlo solamente y no presenciarlo

Digitized by Google

era una lástima; no se presentan todos los días espectáculos gratuitos de esa importancia. Vestíme de prisa y corriendo y salí con la esperanza de que se agarrasen y se arrancasen el moño. Pero ¡oh sorpresa! aquel marimacho deja á un lado á la patrona en cuanto me ve á mí, y contra mí la emprende, porque había acudido á presenciar la pelea y escuchar lo que decía. Excuso decirte que no me moví; allí permanecí plantado, con las manos atrás y mi sonrisita en los labios, dejándola despotricar, dejándome insultar imperturbable como yo sé ponerme y como requería el *sainete*, en el que me había brindado yo mismo á tomar parte.

»En fin, cuando ya ella había apurado todo su repertorio de insultos é improperios, tomé yo la palabra con la mayor sangre fría y dije:

»—Usted ha hablado ya ¿no es eso? Ahora me dejará usted hablar á mí. ¿Usted no sabe ló que decía San Bernardo? *Que la mujer es órgano del demonio.* Por la cara que pone paréceme que no me entiende: quiero decir que usted y la Toneta, como mujeres que son ustedes, son representantes del demonio y que don Luís no ha de hacerles caso.

»Cierto día, en medio de una de tus exaltaciones me suponías incapaz de servirte en un momento de apuro, á causa de mi pachorra! No lo digo para echarte en cara el servicio que creo haberte hecho, sino para que veas cómo el mejor sistema es el mío: tomarlo todo con calma.

»—Es que...—dijo aquella mujer.

»—Poco á poco, poco á poco; yo la he dejado á usted llegar hasta el cabo; bien puede usted escucharme ahora; luégo podra emprenderla otra vez hasta que se canse. Vamos al caso... ¿cómo se llama usted?—Madrona.—Pues bien, señora Madrona, ¿por qué no hacen ustedes eso que usted quiere que haga doña Pepa? Escribir.—Porque no sabemos y no vamos á ser

Digitized by Google

nosotras las que publiquemos la desgracia de la niña, ni...—Basta, basta; usted lo ha dicho. ¡La desgracia! Quien juega con fuego... y las niñas que juegan una vez le toman gusto al juego, y aquí no vamos á creer que los burros vuelan ¿estamos?

»La mujer, roja de rabia al verse cogida en el garlito, quería escapar, coleaba como un pescado en la red.—Calma, calma, que no he concluído—seguía yo diciendo con la mayor tranquilidad.—Usted ha supuesto imprudentemente, sí, imprudentemente, porque ya ha tenido un desliz que no esperaba usted... imprudentemente, repito, que la mocita era incapaz de lo que digo. Pues bien, no se deje usted llevar de la ira, que es mala consejera; sea usted razonable como le conviene y aún más á esa muchacha. ¿Tienen ustedes pruebas del supuesto atropello? No; pues entonces no traten de ir por malas, porque los tribunales ya conocen el sistema de hacer cargar con el muerto al último que llega y no sentenciarán á don Luís á casarse, sino á ustedes como calumniadoras.

»Volvió á sulfurarse la tal Madrona y yo, en cuanto se calmó, haciendo caso omiso de todos sus desatinos, continué así:—Quiero decir que es inútil que doña Pepa escriba, inútil que ustedes escriban ó vayan á Ripoll á armar escándalo, ni que piensen en la justicia. Si escriben, no vendrá; si ustedes van allá, se gastarán el dinero, sin otro resultado que tomar una sofoquina y dar un disgusto mayúsculo á una pobre madre, que ninguna culpa tiene en lo ocurrido, y quien, entre la palabra de su hijo y las de ustedes, no hay que hacerse ilusiones, creerá siempre á su hijo. Por fin, si ustedes acuden á los tribunales, ya le he dicho lo que les sucederá. ¿No quiere usted creerme? Pues busque usted á un abogado y verá lo que le dice.

»Mi impasibilidad, esa impasibilidad tan antipática, chico, causó el efecto de un jarro de agua fría: la mu-

Digitized by Google

jer empezó á amainar velas y se volvió con el rabo entre piernas. Dudo mucho que intente cosa alguna, ni que promueva escándalos.

»Ahora tú harás lo que mejor te parezca; yo, como buen amigo, te aconsejaré que no seas bobo; que si de los mansos es la gloria de los cielos, no lo es la de la tierra, y aquí la pagan siempre. Si tú y la Toneta tropezasteis, piensa que la mujer que ha tropezado una vez cae luégo ciento, que la que tiene vergüenza calla, que en estos negocios la culpa se reparte por mitades, y en fin, que es cosa muy dura cargar con pecados agenos.

»En sustancia, tu posición es en mi sentir muy desembarazada y por esto te he dicho al principio que el consejo que te doy sería para mí, dado mi carácter, de todo punto inútil; pero como tú eres de otra pasta, insisto en lo dicho: despejada y todo como es tu situación, te aconsejo que no vuelvas; busca un pretexto cualquiera para tu madre y véte á Zaragoza ó á Valencia, por ejemplo. Así irás viendo *mundo*.

»Me temo que toda esta historia te cause algo de desazón. Muy tonto serás si lo tomas por donde quema; la cosa no vale la pena, y en estas materias ya se sabe: la mujer es quien debe guardarse; recuerda si no las justicias de Sancho Panza. ¡Qué gran jurisconsulto! ¡Lo que sabía aquel mozo, chico!

»Adiós. Me voy á los billares del café de Francia, donde ahora paso más horas que nunca, porque con el calor que hace en Barcelona no se puede vivir sino en dos sitios: en aquellos subterráneos ó metido en el agua; digo mal, la patrona añade otro: la Catedral, y bien podrá ser.

»Siempre á tus órdenes, tu amigo

Tomás Llassada.»

Luís tuvo que apoyarse la frente con las dos manos

Digitized by Google

y taparse los ojos; su cerebro no funcionaba; su corazón latía desaforadamente. La sorpresa lo había dejado aturdido.—¿Qué hago?...—murmuraban sus labios. —¿Qué hago?—volvía á preguntar dos, tres y cuatro veces. Y sin hallar respuesta, exclamaba de pronto, con voz llorosa y airada:

—¡Y este ganso, con qué cinismo me lo escribe! ¡Parece imposible!... ¡Y mi madre! ¡Cuando lo sepa mi madre! ¡Dios mío! ¡Si lo llegase á saber se moriría de pena!... Y éste, nada; tomándolo á broma! ¡Vaya una sangre!... ¿Qué has hecho, Luís, qué has hecho?

Y cogió otra vez la carta, y pasando sobre el preámbulo, apartando con disgusto los ojos de la descripción burlesca que hacía de aquella señora Madrona, buscó el pasaje tremendo, aquella acusación espantosa por su misma simplicidad y precisión: «que tú eres un perdido que has engañado á su ahijada.»

—¡Oh! ¡no!—exclamó tratando de tranquilizarse á sí mismo.—¡Yo no he engañado á nadie! ¡El amor, el amor ha sido quien á los dos nos engañó! ¡Pobre Toneta!

De los ojos del estudiante empezaron á brotar lágrimas y estuvo un buen rato moviendo la cabeza con desesperación sin pronunciar una palabra más, reconstruyendo en el secreto de su memoria toda la escena de la caída, ansioso de encontrar la clave de su disculpa en cada uno de sus detalles. Una especie de invencible hormigueo le impedía reposar, detenerse en ninguna idea; sobre el blanco papel de la carta extendida allí, encima de la mesa, se destacaban las letras, aquellas letras claras, abiertas, irónicas, y sus ojos volvían á ellas contra su voluntad, irresistiblemente.

Entonces leían: *Luégo acabó con amenazas de ir á buscarte y hacerte casar por malas, si por buenas no consigue doña Pepa hacerte venir á* REPARAR TU FALTA, *se-*

Digitized by Google

gún ella dice, *á* LEVANTAR UN MUERTO, *ó cosa parecida, como digo yo.*

Esta última apreciación le hirió profundamente, quedóse por un rato caviloso, se levantó de la silla, y paseando arriba y abajo por la sala desacompasadamente, iba diciendo así:

—¿Mi falta?... No; en todo caso la de los dos. Yo no soy como él, no tengo á Toneta por una perdida; yo la conozco á fondo y él no. ¡Un arrebato, una locura, una ceguera, un momento de extravío fué aquello para los dos!... Sí, pero para los dos por igual; yo no tengo la culpa y no voy á dar un disgusto de muerte á mi madre con un casamiento imposible. No, no me casarán á la fuerza. ¡Oh! Yo no puedo sacrificar la vida de quien me la dió, de quien tanto me quiere, por reparar un momento de alucinación, de pérdida del juicio, de la voluntad, de la libertad de albedrío. Lo mismo que justifica la pureza de ella, esa pureza que yo le reconoceré siempre aunque el mundo no lo haga, me justifica á mí... ¡Oh! y he visto en algún párrafo de esa carta la palabra *desgracia*.

Y volvió á reconocerla buscando la palabra como á defensor elocuente.

—Sí, aquí está. La Madrona, la misma Madrona fué quien la profirió... ¡Oh, sí! como dice Tomás, esta es la palabra! Un caso fortuito, una calamidad fatal, esa es la desgracia, y de ella nadie es culpable, ni puede hacerse responsable á nadie. Cada uno de nosotros dos, Toneta, cargará con las consecuencias que le correspondan, nada más...! Que en ti serán más graves, por ser mujer...? ¿Y acaso yo tengo culpa de que lo seas? No; está bien claro que no. Luego por esa desproporción fatal, hija de la naturaleza, nadie puede condenarme á descargarte á ti, para cargarme á mí más de lo que me toca. Tú, que corrías mayor riesgo, debiste mirarlo más, huir más de él.

Digitized by Google

Y en medio de este sofístico razonamiento que sugería el egoísmo envalentonado, sintióse asaltado por un remordimiento terrible.

—¡Un hijo! Oh, no; nada de esto dice la carta.

La repasó otra vez con mucho detenimiento desde la cruz á la fecha, y al tropezar con una alusión harto transparente, su ingenio, aguijoneado por el mismo egoísmo, la cubría con un velo para presentarla oscura, dudosa, amfibológica.

—Oh, no, no dice que sea tal cosa; á lo más deja entender que podría suceder.

Y la misma enormidad del peligro que corría su conciencia, le impulsaba á rechazar lejos de sí la verdad aterradora y le hacía abocarse á la gran fuente de los desesperados, donde la duda toma muy pronto el acento del más desenfrenado escepticismo y las verdades más esplendentes en tiempos normales aparecen densamente entenebrecidas. Su corazón empezaba á perdonar el cinismo de Tomás; indudablemente no había leído con bastante frialdad aquella carta; ahora un poco más tranquilo su ánimo, libre ya de aquella brusca sorpresa, no la encontraba tan cínica; es verdad que bien podía haber estado algo menos zumbón, dada la seriedad del asunto; pero después de todo no podía negarse que la carta contenía apreciaciones y consejos muy dignos de atención, de meditarse con calma; bastantes veces le había demostrado Tomás que tenía mucho más mundo que él, mucha mayor serenidad de pensamiento. Y al fin y al cabo ¿no coincidían ambos en el punto capital, en lo de no avenirse al matrimonio?

—¡Oh, sí, Tomás dice bien, he de volver á leer esta carta despacio... Mañana. Mañana, que veré las cosas con mayor lucidez.

El bien y el mal, el deber y el egoísmo, contendieron encarnizadamente en su interior durante toda

Digitized by Google

aquella noche sin que quedase decidida la victoria. Eran ya las tres de la madrugada y Luis, revolviéndose en la cama, seguía repitiendo:

—Mañana, mañana veré las cosas con mayor lucidez.

Digitized by Google

XIII

Era el mes de Marzo del año siguiente.

El primer rayo de sol que se deslizó muy de mañana en la humilde alcoba, sorprendió ya una lágrima vergonzante que surcaba el rostro de Toneta. La pobre costurera, hundida en su lecho, ajado el semblante por la pena, contemplaba con profundo enternecimiento la angélica cabecita del hijo, á quien estrechaba contra el pecho con indecible amor. Ocho días hacía que lo cobijaba en aquella cama sin dejar de mirarlo un momento. «¡Qué hermoso, qué delicado, qué tranquilo! Un angelito caído del cielo para colmar de felicidad la vida entera de una familia! Y su padre no lo veía, no lo había visto aún, no querría verlo nunca quizás! ¡Ah! Si lo viese, de fijo que le daría su nom-

Digitized by Google

bre, que no querría separarse de él ni un instante. El corazón más duro no puede menos de ablandarse ante la debilidad, ante la mirada dulcísima de la inocencia. Luís está muy lejos de tener un corazón de piedra. La vergüenza, su familia, el qué dirán son quienes nos han robado á tu padre, hijo mío; pero si él te viese tan bonito, tan chiquitín, tan desvalido, con esos deditos que no pueden coger un cabello, con esa boquita que no puede dar paso á un piñón, con esos ojillos tan espabilados...!»

Y al decir esto, nubló el llanto los ojos de la madre, estrechó más al niño entre sus brazos y sus labios estamparon un largo beso en la tierna frente de aquel pobre ángel.

El niño se desazonó un poco, agitó sus piernecillas dentro de los pañales, abrió los bracitos como si buscase á alguien, con los puños muy cerrados, y lloró un momento; no más que lo indispensable, para que la diligente madre pudiese ponerle en los labios el dulce pezón, que daba al niño consuelo y alimento.

—Ya se ha despertado, ya se desvela nuestro gorrioncillo?—gritó alegremente la señora Madrona al mismo tiempo que entraba en el cuarto.

—Ya se espabila, ya—contestó la madre enjugándose las lágrimas precipitadamente.

Madrona abrió de par en par las maderas del balcón, inundando la estancia de viva claridad y entró en la alcoba con una taza de caldo en la mano.

—¿Qué tal? ¿Se ha dormido bien?

—Bien; ¿y usted, señora Madrona?... ¿Ya me trae usted caldo? ¿Cómo le pagaré tanta bondad?

—¿Qué bondad? ¡Siempre me dices lo mismo! ¿No lo harías tú por mí?... Pues entonces... Bien estaríamos en este mundo si no nos ayudásemos los unos á los otros!

Y así diciendo, en pié á la cabecera de la cama, la

Digitized by Google

corpulenta señora Madrona enfriaba el caldo, á cucharaditas que dejaba caer de alto en dorada cascada en miniatura, entre el suave vapor que subía de la escudilla.

Toneta, la infortunada Toneta, contemplábala en aquel momento con la respetuosa admiración que impone la verdadera, la pura caridad, y sentíase pequeña y desvalida para recompensar un día los afanes que por ella había pasado aquella mujer. «Porque—pensaba volviéndose á mirar á su hijo—tú, hijo de mi alma, le debes acaso la vida, y yo... ah, yo la honra ante el mundo.» Y el agradecimiento se resolvía en llanto, que la pobre Toneta procuraba ocultar restregando disimuladamente el rostro contra la húmeda almohada.

No se le escapó este movimiento á la señora Madrona, quien, sin dejar de soplar el caldo, la veía con el rabo del ojo. Pero como su delicado instinto suplía toda la educación que le faltaba, en tales ocasiones disimulaba para no arrancar involuntariamente dolorosas confidencias y solía fingirse más agena que nunca á la aflictiva situación que delante de los ojos tenía. Así es que dejó pasar el tiempo necesario para que se agotasen las lágrimas y dijo de pronto con voz alegre:

—Vaya, niña, toma el caldo que ya estoy rabiando por comerme á besos á ese torrezno. Toma, hija, toma y déjame cogerlo. ¡Eh!... ¡Cuánta teta! Estarías mamando todo el día, tunante!

Toneta cogió la escudilla con sus dedos afilados y pálidos de recién parida y dejó á su hijo en manos de la señora Madrona, quien cobijándolo con su delantal de lana, se lo comía á besos. En brazos de aquella mujerona la criatura parecía una muñeca y la madre manifestaba con cierto dolor esta impresión, preguntando:

—No pesa nada, ¿verdad, señora Madrona?

Digitized by Google

—Sí, mujer; ya va engordando. No tengas aprensión. Si acaba de cumplir ocho días! Chiquitín de la casa, dí tú: «sí que peso, sí.»

Y sin querer desmentía sus afirmaciones meneándolo, levantándolo derechito, como si hiciese equilibrios con una pluma que el aire le arrebatase de los brazos.

—¿Y las chicas, señora Madrona?

—Se han ido ya á trabajar. Como no te sentía, no he querido que entrasen y te despertasen.

—¡Cá! ¡hija! ¡Qué había de dormir yo! ¡Ya hacía horas que estaba despierta!

—¡Es claro! ¡Habrás estado cavilando como siempre? ¡Ah! ¡Si yo pudiese volverte el entendimiento del revés, como una media! Las aflicciones, las lágrimas, desahogan el corazón, lo despejan, es verdad; pero no curan, ni remedian nada. Yo siempre lo he dicho: pueden llorar, y aun con bastante trabajo, los ricos que tienen quien se lo haga todo; pero los pobres no podemos perder ni los ánimos; hemos de hacernos los fuertes y aquí caigo y allá me levanto, adelante siempre. En la picardía del don Luís no debes pensar más, porque te perjudicarías la salud cuando más la necesitas para criar á este angelito.

—No, si precisamente no he pensado en lo que otros días, ni he llorado... como cree usted.

—Sí; ¡cómo que á mí me vas á engañar!...

—Estaba pensando en que tendrán ustedes que adelantar el bautizo porque el niño tiene ya muchos días.

—¡Ya, ya! Hoy hablaré de eso con don Miguel, que tiene mucha mano con el señor cura de la parroquia. No te apures, que todo se arreglará, el niño está bueno y sano, no corre ningún peligro y no nos faltará tiempo para bautizarlo. Casualmente ayer bautizaron al de don Miguel; yo esperaba á que se levantase la señora para encargarle á ella dar los pasos.

Digitized by Google

—No, no. Ya sabe usted que las señoras no suelen salir á misa hasta los cuarenta días. Y bueno es don Miguel para dejar que salga doña Mercedes antes de lo que debe!

—Es verdad... pero yo daba largas al asunto. No sé por qué, pero me da más miedo tener que explicar al señor lo que te ha pasado, que á la señora...

—Fué un engaño, señora Madrona...

—¡Demasiado lo sé, alma de Dios!

—Una seducción; y eso no deshonra á nadie porque todas las infelices mujeres estamos expuestas á ello. ¿Quién había de esperarlo de Luís?...

—Ya, ya, mujer; demasiado lo sabemos. No te aflijas por eso...

—No tenga usted, pues, reparo: cállese usted mi nombre y nada más.

—Sí, hija mía, sí; eso haré y verás cómo todo se arregla...

Y al decir esto, se le escapó á la señora Madrona una lágrima sobre la gorrita del *bebé* á quien calentaba con el aliento, mientras la madre ahogaba los sollozos, hundido el rostro en la almohada.

El amargo desconsuelo de Toneta no tenía fin. De su mente excitada por el dolor brotaban sin cesar ideas desgarradoras que le partían el corazón. Nunca había lanzado su alma una queja tan elocuente y tan dolorosa, á un tiempo mismo. En pos de las tristes reflexiones que le sugería la infamia de Luís, venían escalonándose impresiones de amargo escepticismo contra la sociedad que, en adelante, la miraria con malos ojos, la rechazaría sin compasión, ni justicia; y luégo, sin transición alguna, la asaltaba una amarguísima reflexión: «¡Ah! ¡Tener que bautizarle sin padre, presentar al mundo al hijo de mis entrañas como si fuese fruto del vicio, deshonrado como un inclusero!» Esta era la nota dominante en aquella dolorosa elegía

Digitized by Google

que le estaba destrozando el corazón, hacía tanto tiempo. Las leyes sociales y el qué dirán, pesaban sobre ella como una losa insoportable y le parecían cien veces más crueles que la misma infamia de que era víctima. Y, después de todo, el torcedor de los desengaños se sufre con ánimo tranquilo; pero el rubor de la vergüenza remueve todo el sér, nos arroja al rincón más oscuro, nos destierra de entre nuestros semejantes, y nos ofrece como único refugio, una soledad poblada de remordimientos y enconados recuerdos, que la despojan del carácter consolador de toda soledad verdadera. Su vida iba á ser un infierno, tanto más cruel cuanto que en él se hundía desde el nacer aquel hijito suyo, inocente é irresponsable. ¡Ah! ¡Y cuando el pobrecillo llegase á tener uso de razón, cómo se le encendería también el rostro! Y entonces ¡qué atroz tormento para ella en sus miradas! ¡Cómo la reconvendría desde el fondo de su corazón! Y al lado de todo esto, ¡la pobreza, la miseria, el hambre quizás! ¡Oh! ¡Qué cuadro tan desconsolador, tan terrible le presentaba la imaginación, esa lunática compañera que así necesitamos unas veces para gozar, como se ceba otras en hacernos padecer!

La señora Madrona, que, sin dejar de mecer al niño, percibía desde la salita el mal contenido sollozar de Toneta, adivinando, como si los leyese en su interior, todos los tormentos de su ahijada, trató de distraerla, hablándole de cosas indiferentes y excitándola á que abandonase la quietud de la cama que era demasiado favorable para la tristeza. El movimiento, el trabajo, es un consuelo insustituíble, lejos de ser un castigo ó un dolor. Encontró Toneta acertado el consejo y no se hizo rogar mucho: levantóse, y con ayuda de su buena amiga, lavaron y vistieron al niño, al calor del sol que invadía el cuarto, encontrando ya la madre en este dulce entretenimiento una verdadera compensación á

Digitized by Google

sus penas. Luégo hizo la cama la señora Madrona, arregló la habitación, echó sobre los hombros de la recién parida un mantón y se vistió para ir á casa del señor de Castellfort de asistenta como todos los sábados.

—¡Cuidado con salir hoy de casa! ¿eh, Toneta? Estás muy débil todavía. La lumbre queda arreglada y si quieres caldo, en el pucherito lo tienes; á la una vendrán las chicas y podréis comer—dijo la pobre mujer, prendiéndose el último alfiler en el pañuelo. Y dando otro beso al niño dormido, cerró la puerta y bajó la escalera con los ojos arrasados.

Digitized by Google

Digitized by Google

XIV

Al llegar á la puerta de los señores de Castellfort, sintió la señora Madrona abrasada su cara por la vergüenza. Mientras esperaba que le abriesen, después de haber tirado del reluciente llamador, levantó la vista por aquel patio lleno de balcones, cuyos huecos se veían todos velados por transparentes de amortiguados colores. La intensa quietud que allí reinaba, daba al gorjeo de un pobre canario prisionero en su jaula colgada por las alturas del piso cuarto, un tono de tristeza que llegaba al corazón. No era esta la primera vez que encontraba la señora Madrona á aquella escalera un aspecto casi sepulcral, ¡que harto se acordaba de cómo había esperado en aquel mismo descanso cierto día del año 53! Reprodújole entonces su memoria toda la escena de aquel día. Eran las nueve de la mañana, poco más ó menos la hora presente; acababa de dejar destrozados, muertos en el Hospital de Santa Cruz, á los padres de Toneta, á causa de haber estallado la caldera de la fábrica de don Ramón.

Digitized by Google

¡Dios le tenga en su gloria! Venía con el corazón traspasado de dolor, con su Sión en brazos y agarraditas al vestido la Angelita y la Toneta que á duras penas andaban aún. Acudía, como loca, perseguida por la desgracia, á pedir un mendrugo de pan, más que para sus hijas, para aquel angelito de Dios que quedaba sin amparo alguno en el mundo. ¡Qué día aquel, Señor, qué día! Afortunadamente para todos, don Ramón no se portó sólo como cristiano, sino como un padre; y si se encontró viuda un día y con una hija más, que la amistad y la desgracia le echaron en brazos, las manos generosas de don Ramón, primero, más tarde las de su hijo don Miguel, no le dejaron conocer la miseria nunca. Jamás tras de aquella puerta tropezó con una negativa, es verdad; pero ¡ay! aquella escalera, aquel patio ¡cuántos suspiros suyos habían escuchado! ¡Es tan aflictivo tener que pedir!

Y al llegar á este punto de sus tristes memorias, volvió á llamar con mayor fuerza, como para quebrar materialmente el curso de sus reflexiones. Una mano encogió el trasparente del balcón fronterizo, y entre el cristal y la tela verde reconoció el rostro delgado de la doncella.

Percibióse inmediatamente rumor de pasos ligeros y recatados que se aproximaban y abrióse la reluciente puerta.

—¿Es usted, señora Madrona?—dijo la Anita cerrando.—¿Había usted llamado otra vez?

—Sí, hace muy poco.

—¡Cuánto lo siento! Estaba en la azotea sacudiendo unas alfombritas; la cocinera está en la compra y Manuel ha ido á la botica.

—¿Pues cómo? ¿No está buena la señora?...

—¡No, hija, no!—contestó la muchacha moviendo la cabeza tocada con un pañuelo á la vizcaína, bajando los ojos y casi haciendo pucheros.

Digitized by Google

—¿Pues qué hay? ¿Qué tiene la pobre doña Mercedes?—exclamó alarmada Madrona.

—No sabemos qué le ha dado. El caso es que no nos dejan entrar en su cuarto; que han hecho salir de allí hasta al ama y al niño, que no entra á cuidarla nadie más que el señor y su cuñada y que no hace media hora que ha habido consulta de tres médicos.

—¡Válgame Dios, válgame Dios!—exclamó entre dientes la Señora Madrona contrariada y llena de confusión al mismo tiempo.

Encamináronse hacia la cocina la una detrás de la otra, amortiguando el ruido de sus pisadas sobre el espesor de la estera y sin decir una palabra. La doncella dejó los paños de limpiar el polvo y los zorros que llevaba, y sentándose ambas, reanudaron la conversación.

—Pero ¿no dicen qué es lo que tiene? ¡Me parece que andas con misterios, Anita!

—Misterios, misterios... así parece que lo quieren ellos. Es decir, ellos; es ella, esa sabionda de doña Tula, porque lo que toca al señorito, lo que es ese no lo haría. Bien sabe usted cómo es. Pero esa entrometida de su cuñada lo gobierna en estos momentos como no puede gobernarlo la señorita; tiene siempre cerrada la puerta del cuarto y si necesita algo, tira de la campanilla y aunque se encuentre una á dos pasos, al poner la mano en el picaporte ya se la siente á ella

Digitized by Google

detrás de la puerta; la entreabre un poco, entrega la taza, la copa ó lo que sea y en cuanto ha dicho «traiga usted tal cosa,» se acabó, vuelve á cerrar. Eso sí, como se entretenga usted un minuto, porque el agua no esté bastante caliente, ó porque haya que enfriarla un poco, ya la tiene usted delante con dos palmos de hocico y quitándole las cosas de las manos. ¡Le digo á usted que estoy ya tan harta, que si no fuese por los señoritos ya la hubiera dejado plantada!

—No, mujer, no. Hay que tener un poco de paciencia. Cuando hay enfermos en las casas, ya se sabe, no se tiene buen humor.

—Es que lo que no tiene ella son buenos modos. Pues qué ¿vamos á pegarle alguna epidemia á la señora si entramos? ¡Si no sabremos cuidarla mejor que ella!... ¿Quién la ayuda á vestirse y desnudarse cuando está buena, más que yo? Con que muchas veces no se acuesta antes el señorito, para que yo pueda desnudarla...

—Mujer, ¡quién sabe! Puede que los médicos hayan encargado mucha quietud...

Madrona contestaba distraída, con la indiferencia de una persona absorta en otros pensamientos.

—¡Qué quietud, ni quietud! ¿Soy yo alguna chiquilla de once años que no sepa por dónde me ando?...

Un campanillazo que procedía del cuarto de la enferma, cortó la palabra á Anita.

—¡Ea! ¡Ya la tenemos otra vez!... Ahora verá usted... —dijo la doncella, levantándose con aire fosco.

—Espera, mujer—dijo de pronto la señora Madrona.—¡Oye! Yo quisiera ver al señor; ¿si pudiese salir un momento..? y si no, pregunta también si hemos de hacer la limpieza ó si me necesitan para algo.

—¡Sí, sí! ¿Creerá usted que me va á contestar á tantas cosas la doña *Maulas?* Ya le puedo decir que no.

Digitized by Google

—Vaya, chica, anda, anda...—dijo buenamente la señora Madrona, empujándola hacia la puerta con la suavidad de quien se siente ageno á ciertas mezquindades.—Volvió á sentarse, y recorriendo con la vista aquella vasta cocina atestada de reluciente batería que delataba bienestar, no pudo menos de fijarse, á pesar de su preocupación, en el extraordinario desorden que reinaba sobre el fogón, mesas y fregaderos.

—Era el señor—dijo Anita, reapareciendo con cara alegre.—Vaya usted hacia el despacho, que allí la espera. Quería saber si había vuelto Manuel de la botica. Nada, cosas de esa; vea usted si no hubiésemos entrado las medici...

Pero la señora Madrona había desaparecido ya por el pasillo del despacho. Anita cogió otra vez los zorros y se perdió por pasillos y salones.

Breve fué la entrevista de la señora Madrona con don Miguel; éste se hallaba muy impresionado por la enfermedad de su esposa, á quien cada día quería más. Los médicos se reservaban el pronóstico, y hasta exponían con alarmante vaguedad el diagnóstico. Por los indicios de aquella indisposición, que podía ser más ó menos seria, pero peligrosa siempre en el estado de la señora de Castellfort, parecían inclinados á creer que sería una *peritonitis*. La Madrona se quedó á medias luces con aquel lenguaje, y lo mismo uno que otro se escuchaban recíprocamente con poca atención. Don Miguel, queriendo acabar, hablaba de prisa, con frases cortadas, y cuando la señora Madrona se puso á exponer su pretensión, pudo verse claro que su oyente apenas la escuchaba. En pié, al lado de una mesa, hacía bailar una pesada bola de cristal, y sus ojos inquietos tan pronto se fijaban sin expresión en los de la señora Madrona, como recorrían la mancha de un mapa, la cornisa de la caja de hierro ó caían, con igual indiferencia, sobre las muestras de algodón

Digitized by Google

en rama, que yacían apiladas en paquetes encima del copiador de cartas.

Por otra parte, entorpecida la lengua de la Madrona por la vergüenza, temerosa siempre de que se pudiese suponer que la *engañada* había sido alguna de sus hijas, no acertaba la pobre mujer á explicarse sino con gran dificultad y no se le ocurría ninguna palabra *contundente*, ni frase alguna concisa ó bastante enérgica, cual requería el ánimo de don Miguel, para herirle la atención y obligarle á escuchar con interés.

—Bueno—dijo al fin—¿qué me ha dicho usted que deseaba? ¿Que vea al cura de Santa Mónica? No puedo: ya ve usted que no estoy para salir de casa ni por un momento.

La señora Madrona, con las manos cruzadas sobre la falda, no replicó una palabra.

Don Miguel tapándose media cara con la mano, y andándose en una ceja, que era en él acostumbrado ademán cuando reflexionaba, concluyó diciendo:

—Pero podemos hacer una cosa. Se presentará usted con una tarjeta mía y eso bastará.

Escribió, sin sentarse, cuatro letras, una recomendación cualquiera en la tarjeta, y entregándola á la señora Madrona, se dispuso á volver al lado de la enferma.

—Y dígame usted, don Miguel—preguntó la señora Madrona, siguiéndole los pasos.—¿Le parece al señor que hagamos la limpieza, como todas las semanas?

—Nada de eso—contestó en voz baja y sin detenerse.

—Pues el señor me mande.

—Gracias, Madrona.

—¿Supongo que no me necesitarán los señores? Ya saben que pueden mandar lo que gusten.

—Gracias, gracias—siguió diciendo don Miguel mientras se retiraba de puntillas, medio vuelto, y con el dedo sobre los labios.

La señora Madrona se detuvo por fin, al verle entrar

Digitized by Google

en el salón inmediato á la habitación de la enferma; salón sumido en tinieblas en aquellos momentos, lleno de recogimiento, y por el que hacía andar con respetuoso recato el tufillo á botica que alguna vez se esparcía por la atmósfera.

Al volver el rostro, tropezó la señora Madrona con la doncella, quien asiéndole la mano y llevándola otra vez á la cocina, le preguntó:

—¿Qué? ¿Ha podido usted olfatear algo?

—Que no quieren que limpiemos hoy. De modo que me marcho, pues tengo mucho que hacer.

—No, mujer. Si no digo eso. Le pregunto á usted por la señora. ¿Qué es lo que tiene?

—No lo saben todavía... algún hervor de la sangre... alguno de esos alifafes que, gracias á Dios, no tenemos las pobres. Vaya, vaya, muchacha; con Dios y tener paciencia; no vayas á dejar tan buenos amos por tonterías que pasan pronto.

En aquel momento llamaron á la puerta. Era Manuel que venía de la botica echando los bofes. Le habían frito la sangre... ¡Estaba aquello lleno de gente y con más ganas de conversación!

—¿Y qué? ¿No ha dicho lo que era el boticario?

—¿Por la receta lo iba á saber? Ni yo se lo he preguntado tampoco. Demonio de muchacha. ¡Qué lechuza eres! ¡Ala, ala, á barrer!

Y despidiendo afablemente á la señora Madrona, cerró la puerta con mucho cuidado, colgó la gorra y se dirigió, á grandes zancadas, con el medicamento hacia la habitación de la enferma.

La pobre señora Madrona bajó la escalera, sumida en un mar de confusiones y se encaminó hacia la casa del cura, perdiéndose pronto entre la muchedumbre de gentes y de carruajes que transitaban por las Ramblas.

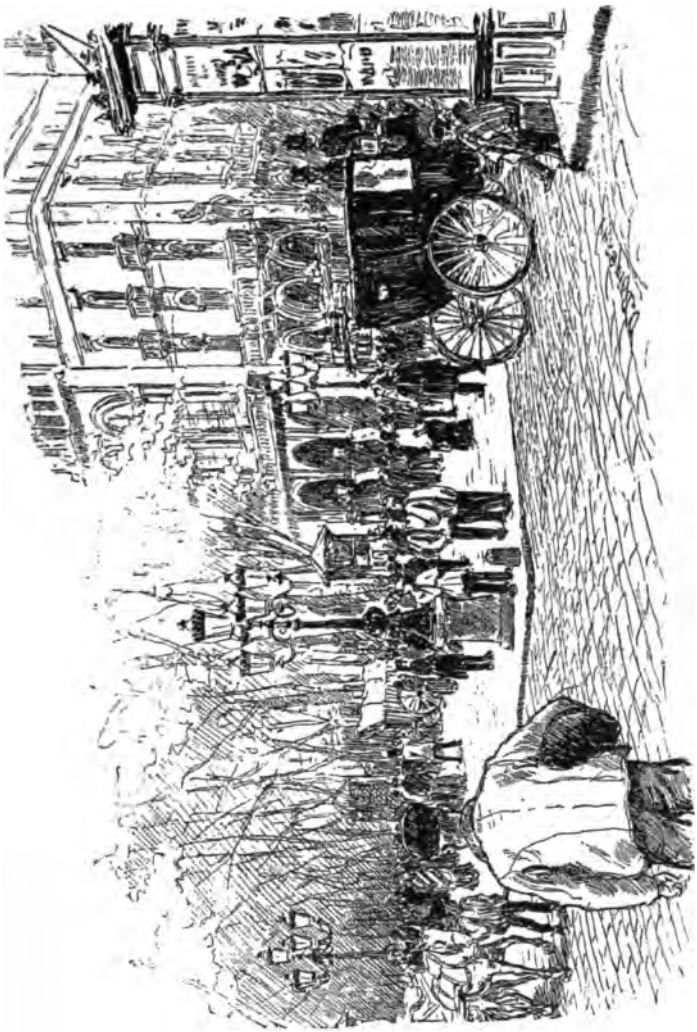
La confesión que tenía que hacer la avergonzaba profundamente.

Digitized by Google

Sólo el amor que tenía á Toneta, la compasiòn que le inspiraba el niño y el sentimiento de caridad, inextinguible en su corazón, podían alentarla á dar aquel paso. Parecíale que todo el mundo debía leer en su rostro que tenía hijas; y que todo el mundo, al oir aquella vergonzosa revelación, había de colgarle el milagro á alguna de ellas. Ya veía los ojos del señor cura mirándola, de hito en hito, hasta hacerle humillar los suyos, no atreviéndose á increparla por su falta de vigilancia, por el descuido de sus deberes de madre, dudando acaso de su ejemplar conducta, atribuyendo de fijo aquel fracaso al mal ejemplo; y con tales temores se le oprimía el pecho como jamás lo sintió en sus mayores desventuras, acortaba el paso y andaba, como á tientas, por entre aquel mar de gente, que indiferente á su estado, la empujaba y combatía como las olas á un cuerpo muerto.

Toda aquella balumba de abigarrados carruajes que, corriendo por la derecha y por la izquierda de la Rambla, llena la espaciosa vía de variado estrépito, el hervidero de millares de conversaciones, el gorjeo de los pájaros que hacia el mes de Marzo comienzan á reaparecer por el espléndido ramaje de los plátanos que ya verdean, los discordantes gritos de los mercaderes ambulantes, de los vendedores de periódicos y de cerillas, todo aquel clamor de vida que hace de la mejor vía de Barcelona una de las calles más regocijadas del mundo, no llegaba al oído de la pobre mujer, sino como remota marejada, por entre la que sobresalían con voz más alta y vibrante los agudísimos gritos de su alma. Y así, caminando en zig-zag por entre los círculos de parlanchines, compradores de flores que se estacionan en la Rambla de este nombre, abriendo brecha entre las masas de obreros que esperan trabajo en el Llano de la Boquería, paseando como discordante nota de color, su traje blanquizco de obrero, por la aristo-

Digitized by Google



Digitized by Google

Digitized by Google

crática Rambla del Centro, ó bañándose en la dorada neblina con que inunda el sol los vastos ámbitos de la plaza de las Comedias y de la despejada Rambla de Santa Mónica, llegó por fin á la de Santa Madrona, y enfilando por una escalerilla mezquina y pobre, llamó en casa del cura.

Abrióse la puerta, entró en una salita pequeña, modesta, en donde esperaban otras cinco personas, sin chistar, algunas con un rollo de papel sellado en la mano, y tomó asiento esperando vez.

Á intervalos se abría una puerta inmediata, salía la persona despachada y entraba otra. Detrás de la señora Madrona venían otras nuevas á alargar la cola de las que estaban esperando. El tiempo se hacía largo, pesado y soporífero como el silencio que allí reinaba, alterado tan sólo de vez en cuando por apagado chocar de platos, que venía de la cocina, ó por suspiros de cansancio que se permitían los más impacientes ó más atareados.

Por fin pudo entrar la señora Madrona. Eran las doce menos cuarto. Un clérigo moreno, de buenas carnes, talante aburrido, gorro de terciopelo negro en la cabeza, vestido un balandrán de esclavina, tomó la tarjeta, sentóse á la mesa-escritorio y acodándose sobre un gran libro-registro que tenía allí abierto, leyó á lo miope la recomendación.

—El señor cura no está; pero no importa para que diga usted lo que se le ofrezca—dijo el clérigo, bostezando de fastidio y con la indiferencia de un hombre de oficina aburrido de trabajar.

Digitized by Google

La señora Madrona, viéndose libre de la mirada de su oyente, expuso en breves palabras su pretensión. Toda la balumba que abrumaba su espíritu se deshizo como la sal en el agua, ante el recibimiento puramente oficinesco que le hizo el vicario harto acostumbrado á tales casos para que aquel pudiera sorprenderle.

—Venga usted mañana muy tempranito, sin acompañamiento ninguno y lo bautizaremos.

Y dichas estas palabras, levantó el registro y se lo acercó á los ojos mientras esperaba otro feligrés.

La señora Madrona volvió á su casa libre de un gran peso. Su impensada llegada coincidió casi con la de sus hijas. El felicísimo resultado que habían obtenido las gestiones hechas por ella aquella mañana, mitigó un tanto la pena que les hubiese causado en otras circunstancias la enfermedad de doña Mercedes, á quien tanto querían las cuatro.

Comieron juntas con una alegría que era cosa rara en ellas, algún tiempo hacía; el niño en el regazo de su madre, y toda la conversación tuvo por tema discutir el nombre que se pondría á aquel angelito. Convínose, por fin, en que se llamaría Ramón, como Castellfort el viejo, el protector de aquella familia, como santo tantas veces invocado por la madre, tantas veces repetido por Madrona cuando, meciendo al niño para adormirle, le cantaba en catalán al compás oscilante de la silla:

Digitized by Google

XV

La partera se presentó tan de mañana que apenas era de día. Había pasado en claro aquella noche según costumbre; porque «lo tenía observado: allá al romper el alba, á esa hora en que tantos emprenden el viaje para el otro mundo, llegan muchos también á éste. Si fuesen visibles las almas, se vería por los aires un verdadero rigodón.»

—¡Ah!—contestó la señora Madrona, que le había abierto la puerta.—Y si pudiesen hablarse los que se van y los que vienen ¡cuántos de éstos se volverían atrás!

Esta reflexión produjo ese trueque de risueñas expansiones que traen siempre en pos las verdades ingeniosas de sentido común, y ambas mujeres entraron en el cuarto de Toneta.

La débil luz del sol naciente la iluminaba á duras penas lo bastante para que se pudiese determinar la calidad de los objetos.

El chiquitín dormía profundamente, á puños cerrados, con los bracitos en alto, mal cruzados, la punta

Digitized by Google

de la lengua fuera relamiendo el labio superior, como soñando que mamaba.

—¡Mírenlo ustedes, qué alhaja!—dijo la madre desviando el cuerpo y subiéndose el canesú de la camisa para cubrir su blando seno que latía pausadamente.

Las recién venidas alargaron el cuello para contemplarlo, con esa tierna sonrisa que inspiran siempre los niños de pecho. Pero la señora Rita, la partera, fijándose más en él y empleando un tono doctoral exclamó:

—¡Á ver, á ver! Este chico mama poco. No sueña que mama; anda buscando la teta porque no está satisfecho.

Lanzadas estas palabras en aquel momento de éxtasis, helaron en los labios la sonrisa de las dos mujeres. Con los ojos velados por las lágrimas, la madre fijó la vista en la señora Rita increpándola duramente, mientras por opuesto modo la señora Madrona procuraba desvanecer el nublado, excitando á sus amigas á que vistiesen de prisa al niño para poder llegar oportunamente á la iglesia.

Toneta tomó el caldo que en aquel momento le entraba la Sión, saltó luégo de la cama y las tres se pusieron manos á la obra, por más que les doliese despertar bruscamente al angelito. La partera, con su inseparable mantilla desprendida del pecho y colgando del moño, por detrás de la silla, tendió diestramente al chiquillo en el ancho regazo y manejándolo como almohadilla de encajera, quitando alfileres, soltando nudos y deshaciendo fajas, lo desenvolvió en un abrir y cerrar de ojos, mientras la madre, por su lado, iba plegando cuidadosamente todos aquellos trapitos que apilaba con amor sobre la rodilla y la Madrona calentaba entre sus carnudos brazos envueltos en el delantal de lana, los pañales limpios.

Al sentirse suelto, el niño dejó de llorar, estiró los miembros con desperezada complacencia. Á los ojos

Digitized by Google

de la madre asomó una lágrima que hacía rato pugnaba por salir y que en aquel momento se deslizó por su mejilla. ¡ Ay ! ¡ Era verdad ; el niño no medraba ! Á la luz, ya más intensa que lo bañaba, harto bien lo veía, desnudito, destacando sus carnes un tanto amoratadas sobre la blancura del pañal, flaquillo y fofo y enseñando lastimosas pellejillas allí donde los músculos debían ir apuntando ya turgentes. La pobreza de gordura dejaba transparentarse á la sangre al través de la sutilísima epidermis que, así, tomaba un tono sanguinolento contristador. La flacura general de todo el cuerpo daba evidente desproporción á la cabeza, evocando en la afligida madre dolorosísimas comparaciones.

Por fortuna el generoso corazón de las muchachas le proporcionó una sorpresa que vino á distraerla oportunamente. Entraron las dos con una gorrita muy adornada, una chambrita y una mantilla festoneadas y una capa con su esclavina, todo de piqué blanco y cual no podía haberlo soñado la pobre madre, todo amorosamente hecho y bordado por aquellas cariñosas amigas.

Aquella fineza provocó una explosión de alegría. La señora Madrona no cabía en el pellejo ; Toneta ya no lloraba de pena, sino de gozo : « su hijo, aquel infeliz cachito de sus entrañas, ya podría, al menos, presentarse vestido con el color de la pureza, á recibir el santo sacramento del bautismo.»

Cada una de las piezas era suspendida en el aire asida con las puntas de los dedos, mirada y remirada por delante y por detrás, desmenuzada en todos sus detalles y alabada y comentada, cual ropita de muñeca, entre joviales exclamaciones.

La ocurrencia de las hijas de la señora Madrona no podía ser ni más oportuna, ni mejor presentada. Á medida que la partera iba envolviendo al niño en aque-

Digitized by Google

llas prendas, veíase mejor lo bien hechas que estaban todas. No parecía sino que le habían tomado medida; las mangas de la chambrita habían salido un poquito largas, pero con un sencillo pliegue quedarían que ni pintadas. La Angelita explicó la causa de aquel exceso; la moda lo exigía así para que las manitas saliesen como de dentro de una azucena, con lo cual las tenía la criatura más calentitas. Precisamente se habían cortado por los patrones que sirvieron para la canastilla de la marquesa de Valldeflors, que se lo manda hacer todo en el *Jazmín*. Lo único que faltaba eran unos lazos punzó en las muñequitas, y si no se los habían puesto había sido por parecerles demasiado lujo. Fuera de éste y demás adornos, en cuanto al corte y medida todo era idéntico.

Toneta lo aprobaba todo con miradas de gratitud y de gozo; pero el supremo instante de su ventura fué aquel en que al ponerle al niño la gorrita, pudo ver que no le estaba chica, como había temido; prueba evidente de que no tenía la cabeza desproporcionada como momentos antes creía.

Vestido ya el niño, se compuso la señora Madrona poniéndose el vestido negro de boda, una mantilla de pañete, con cinta de terciopelo como se estilaban en su país, antes de su venida á Barcelona, y un pañuelo blanco de la mano pellizcado por el centro.

Las muchachas rabiaban por ir de acompañantes; pero la señora Madrona no lo creyó prudente. Ya era ella madrina y con esto había bastante; aquel bautizo no consentía más.

La señora Rita presentó el niño á la madre. Esta lo besó con delirio y extendiéndole sobre la carita un pañuelo fino para preservarle del aire, partera y madrina emprendieron silenciosamente el camino de la iglesia.

Toneta se dejó caer sobre una silla y rompió á llorar sin que lograsen consolarla las reflexiones de sus bue-

Digitized by Google

nas amigas. Era la primera vez que se veía separada de su hijo; si los pronósticos de la partera se realizaban, pronto tendría que entregarle al pecho de una extraña y entonces ¡qué triste soledad la suya! En medio de su desgracia, no era para ella su hijo padrón de vergüenza, no; era por el contrario su solo consuelo, su único amor en el mundo; en ocho días de existencia se había enseñoreado del corazón entero de su madre, llenaba ya toda su vida. Cuando lo miraba, cuando lo tenía sobre su seno, él era su mundo, su vida, todo; fuera de él nada existía. ¡Y habían de quitárselo! ¡Habían de separarle ya de ella! ¡Ah! Que no le escatimasen ni un solo momento su dulce compañía!

Y se levantó, echóse un mantón y se dirigió hacia la puerta.

Inútiles fueron los ruegos de aquellas muchachas: la iglesia estaba allí, á dos pasos y bien abrigada, no había cuidado de que se resintiese su salud.

—Se enfadará madre...—exclamaban las chicas.

—Si no me va á ver; me contentaré con estarles viendo desde el otro lado de la iglesia; ea, no quiero perder de vista á mi hijo, quiero ver cómo lo bautizan, quiero estar allí para darle de mamar, si llora; vosotras no sabéis lo que es un hijo, ¡bien podéis querer mucho á vuestra madre!

—Entonces, también iremos nosotras; vamos á acompañarte.

Y salieron llevando en medio á la parida. Entraron por la puerta izquierda de Santa Mónica y metiéndose en una capilla oscura, donde se vislumbraba misteriosamente la llorosa imagen de Jesús atado á la columna, vieron á la señora Rita sentada y á la señora Madrona arrodillada, al otro lado del templo y de frente al altar mayor.

Dos sacristanes, uno sacudiendo el polvo con la irre-

Digitized by Google

verencia de quien está acostumbrado á tratar la casa de Dios como casa propia, el otro removiendo y arreglando sillas que rechinaban arrastradas sobre el pavimento y tres ó cuatro viejas madrugonas que carraspeaban por rincones invisibles, era todo lo que alteraba la quietud del templo con discordantes resonancias. La desmayada luz de aquella hora, atravesando por el menguado ventanaje de la fachada, se contentaba con hacer relucir débilmente el estuco de los arcos de la nave y las esquinas del altar mayor dejando las partes bajas envueltas en la dudosa claridad del crepúsculo matutino. Destacábase, no obstante, del seno de aquellas misteriosas tinieblas, la capilla baptisterio, inmediata á la puerta, que recibiendo luz directa y viva por su ventana cuadrada y común como la de cualquiera habitación, tenía por todo adorno una pequeña estampa en un gran marco barroco pintado de blanco, en medio de aquellas paredes desnudas y estucadas de cuarto de baño. Su aspecto producía tal impresión de frío que á Toneta se le encogió el corazón, al pensar en el peligro de resfriarse que correría allí dentro su hijo.

El tiempo transcurría pesadamente. De vez en cuando, atravesaba la iglesia á grandes pasos algún cura, saludaba al Santísimo Sacramento quitándose el solideo, al mismo tiempo que hacía una rápida genuflexión y desaparecía por la sacristía.

—¡Ese es!—se decían interiormente todas las mujeres.

Pero pasaba interminable el tiempo, la luz del día invadía gradualmente mayores espacios, acreciendo los rumores del exterior y la pobre madre encogida en la sombra se sentía desfallecer.

Por fin salió de la sacristía el señor Vicario, revestido de sobrepelliz y estola con un libro entre las manos medio cruzadas y seguido de un monaguillo. Las

Digitized by Google

mujeres se agitaron; la partera y la señora Madrona se hablaron al oído y fueron en pos del cura.

Abrió el monaguillo la reja del baptisterio y desde el oscuro rincón en donde permanecía Toneta, contempló con lágrimas de pena y de alegría al mismo tiempo, cómo bautizaron á su hijo sin el alegre acompañamiento de tales ceremonias, dentro de la glacial capilla y en medio de un silencio sepulcral.

Mientras la partera volvía á abrigar al niño, Toneta y sus amigas salieron de la iglesia. La pobre Toneta llevaba pintado en el rostro el padecimiento. Su corazón de madre no podía avenirse á que los primeros pasos de su hijito en el mundo, fuesen vergonzantes y sigilosos como los del hijo del crimen. No despegaba los labios; pero por su pálido rostro corría un mar de lágrimas y al llegar á su casa, no pudo subir la escalera.

Cuando entraron la madrina y la partera, la encontraron sentada en el primer escalón, medio desfallecida.

—¡Madre de Dios! ¡Criatura! Pero ¿por qué has salido?—exclamó llena de sobresalto la señora Madrona.

—Déme usted á mi hijo, que le quiero subir yo.

Y cogiéndole, cubrióle de besos; y como si aquello le hubiese dado nuevos ánimos, tomó por la escalera arriba, arrastrándole el pañuelo que antes le abrigaba el cuerpo. Tras ella sollozando de pena, como el duelo de un entierro, seguían las demás.

Una vez en casa, Toneta, que con los nerviosos estrujones de su cariño había despertado á su hijo, se empeñó en darle de mamar antes de que lo mudasen. Entonces hubo una escena desgarradora. La criatura tomaba y dejaba el pecho á cada momento, llorando, desesperándose cada vez más; y la madre á su vez, sorbiéndose el llanto, mordiéndose el labio, tratando

Digitized by Google

en vano de serenarse para acumular toda su vitalidad en la fuente á que en vano acudía sediento su hijo, bregaba inútilmente. La señora Madrona probaba á arrancarle el niño, la señora Rita trataba de convencerla de que llorando y mientras estuviese tan afectada, eran excusados y hasta peligrosos aquellos intentos; una de las chicas bajaba á brincos la escalera en busca de leche de cabra para hacer una muñequilla; la otra, disimulando el llanto, le aconsejaba que tuviese paciencia, calma, y nadie lograba consolar á aquella madre que veía á su hijo acalorarse y amoratarse con el lloro nervioso de las criaturas que sienten seco en sus labios el pezón maternal. Consejos, ruegos y hasta esfuerzos materiales, todo fué inútil. Toneta hallaba nuevas fuerzas en la misma exaltación de su sentimiento y no eran bastantes las de la señora Madrona para arrancarle al niño del pecho.

—Pero, hija, ¡que te estás matando!... ¡Que vas á ahogar al niño y le estás haciendo rabiar más!... ¡Dios le libre de que mame ahora!... ¡De fijo que lo matabas!...

Nada; Toneta seguía agarrada á su hijo bregando con el dolor y la naturaleza, encajados los dientes, extraviada la vista como loca, y á todo esto el pobrecito niño llorando hasta desgañitarse. Aquella lucha, lejos de encalmarse, iba en aumento y arrastraba hasta al más completo desvarío á todos los presentes. Hubo un momento en que ya perdieron el juicio; nadie obraba racionalmente; una obstinación instintiva, exaltada por la resistencia, como la que infunde la ira contra un obstáculo material, se había apoderado de aquellas mujeres. La misma criatura estaba muy expuesta á ser víctima de la fuerza que se ponía en juego para salvarle.

Por fin llegó la leche de cabra, atropelláronse la señora Madrona y sus hijas para hacer la muñequita, se

Digitized by Google

precipitaron á ponérsela en los labios al pobre niño y ya la madre cedió, con los brazos caídos, vencido el cuerpo contra la cómoda que á su lado estaba. Se había desmayado.

—¡Un médico, un médico!—gritó la señora Rita, sin soltarle el pulso.

Digitized by Google

Digitized by Google

XVI

ONETA, con los ojos cerrados, descoloridos los labios, estirados los miembros, respiraba fatigosamente entre las sábanas de su lecho. Sentada á su cabecera estaba la Sión, mientras que fuera de la alcoba la Angelita tenía dormido en el regazo al tierno niño. Madre é hijas inquirían con la vista atribulada la opinión del médico que acababa de inspeccionar á la enferma. Mandó que cerrasen bien las maderas, que se guardase el mayor silencio en la habitación, y salió para hablar con la señora Madrona.

La buena mujer lo instaló en la pieza contigua, que era de paso á las dos habitaciones, inmediata á la puerta de la escalera y en la que sólo se veía una mesa de pino, cuatro sillas de anea y el torno de hacer carretes que aún, cuando abundaba el trabajo, daba á ganar algunos cuartitos á la Madrona.

—¿Usted querrá papel y pluma?—preguntó ésta volviéndose ya hacia el cuarto de la enferma.

Digitized by Google

—No; espere usted, espere—contestó el médico sentándose arrimado á la pared, al lado de la mesa y dejando sobre ella sombrero y bastón.—Siéntese usted, que tengo que hacerle algunas preguntas.

La señora Madrona obedeció colocándose casi en medio de la pieza, temblando ya ante el interrogatorio. En el rostro del médico, joven, de esbelta figura, severamente vestido de negro y en cuyos ojos y espaciosa frente ya surcada de arrugas causadas por el hábito de reflexionar, brillaba la inteligencia, leía ella una intranquilidad desconsoladora. Instintivamente conocía que si el médico callaba, mientras se estregaba las palmas de las manos con el pañuelo, dejando vagar los ojos por las baldosas, era porque estaba coordinando ideas; pero en medio de su ansiedad, la mujer encontraba desmesurada, insoportable tanta calma.

Por fin, acariciándose la espesa y negra barba, comenzó el facultativo preguntando:

—Esa joven está recién parida, ¿no es eso? ¿Qué tiempo hace del parto?

—Hace hoy nueve días.

—Antecedentes—dijo para sí. Y luégo en voz alta.—¿Es asustadiza?

—Mucho. Verá usted: tendría unos cinco años, cuando vió morir desgraciadamente á su lado á sus padres, á causa de haber reventado mientras estaban almorzando, la caldera de vapor de que era fogonero su padre. La pobre criatura se salvó por milagro... y mire usted, yo creo que aquella impresión no le ha salido nunca del cuerpo.

—¿Sabe usted si ha padecido accidentes?

—Ninguno más que el de ese día que digo.

—¿Su genio?

—Más buena que el pan; pero una pólvora.

—Lo tomará todo con mucho calor, ¿no es verdad? ¿Es impresionable?

Digitized by Google

—¡Uy! ¡Eso no se diga! Cuando ha habido en casa algún enfermo, se ha pegado á él, no ha dormido ni sosegado; pues ¿y cuándo apretaba el trabajo? ¡cualquiera la hacía irse á la cama por la noche!

El médico sonrió con la satisfacción propia de quien ve confirmadas sus deducciones.

—¿Cuánto tiempo lleva de casada?

—No lo es—dijo la señora Madrona, bajando los ojos y la voz, tras de meditar por un momento la respuesta.

—De modo que en estos últimos tiempos ¿habrá llorado mucho?—replicó el médico fingiendo tenerla por viuda.

—Como una Magdalena. Ya ve usted; la chica tiene muy buenos sentimientos y sólo la vergüenza...—exclamó la señora Madrona sin percatar la delicadeza del doctor.

—¿Y hoy ha salido á la calle y ha tenido bascas?

—Justamente.

—El síncope le ha durado dos horas; ha desvariado un poco, luégo se ha sosegado y desde entonces tiene esa fatiga y habla con el trabajo que ahora, ¿no es eso?

—Sí, señor; así es.

—Bueno, bueno. Déme usted papel y tintero—dijo el médico ya muy decidido y como satisfecho.

La pobre mujer corrió en busca de lo que le pedían, y al dejarlo sobre la mesa, no pudo reprimir por más tiempo su dolorosa impaciencia y preguntó qué era lo que tenía la enferma.

—Es cosa del corazón. ¡Le ha hecho trabajar demasiado!—contestó el médico sin calificar la enfermedad y mientras extendía la receta.

—Quiere decir ¿que será cosa de cuidado?—replicó la señora Madrona con los ojos llenos de lágrimas.

—Por ahora, no; pero hace falta mucha tranquili-

Digitized by Google

dad, muchísima; hay que quitarle el niño, porque le es imposible criarlo y es indispensable evitarle todo disgusto, hasta la menor contrariedad. Cualquiera impresión violenta, el más insignificante trastorno lo echarían todo á perder.

—¿Y cómo hemos de conseguirlo, pobres de nosotras, si hemos de empezar por separarla de su hijo, si de eso ha venido lo de hoy?

El médico se encogió de hombros tristemente y repuso:

—No hay otro remedio; criar, no puede. Predíquenle ustedes, procuren hacerla entrar en razón, tráiganle un ama aquí para que no deje de ver al niño. Yo también la sermoneará cuando vuelva luégo, y veremos si entre todos la sacamos á flote.

Y firmando la receta, añadió:

—Con esto le darán á usted unas píldoras y un cocimiento. Le da usted una píldora cada dos horas, y cada hora, después de la píldora, una cucharada de la bebida. Busquen ustedes hoy mismo ama, porque el niño no puede seguir así y... hasta la tarde. Mucho silencio, ¿eh? mucha tranquilidad. Poca gente en la habitación; con una persona que la asista basta.

Cerrado que hubo la puerta, la señora Madrona quedó allí hecha una estatua, afligida, sin ideas, por un momento. Las palabras del médico la habían atontado como si le hubiesen dado con un mazo en la cabeza. Pero otra vez renaciendo en su pecho la esperanza, oyendo de nuevo la voz de aquella fe que fué siempre el más firme sostén de su ánimo, se sintió revestida de nuevas fuerzas, y sacudiendo la cabeza, entró resueltamente en su cuarto, tiró de un cajón y examinó el estado de su pobre tesoro. Los ahorrillos allí reunidos á fuerza de privaciones, iban menguando que era un dolor. Ya no quedaban más que veinticinco duros. Pero ¿no era Toneta otra hija suya? ¿No tenía

Digitized by Google

á ellos tanto derecho como las otras? Si se acababan, Dios proveería; para casos como el presente los había ido ahorrando. Y desechando el peso de la duda, tomó un duro y fué de puntillas á llamar á su hija Sión. ¡Pecho al agua!

—Coge una botella y vé corriendo á la botica... ¿No ha tenido novedad?... Pues anda, no te detengas, que te estoy esperando.

Hizo luégo acomodar al niño en la cuna, encargó á la Angelita que apañase la comida de cualquier modo, y como entrase deslumbrada en la oscura estancia, fué á sentarse en la silla de la Sión casi á tientas, muy pasito. Se acercó á la enferma y más acostumbrada ya á aquella oscuridad, pudo ver su rostro azuloso y afilado que se destacaba de la gran mancha gris de la cama, á la menguada luz que prestaban á la estancia dos hilos de claridad polvorienta, que se filtraban por las encajadas maderas del balcón. Aquella respiración fatigosa que hacía palpitar hasta á la cubierta de la cama no se había calmado. Una vez sentada la señora Madrona, la sentía más intensa, más viva, cual si las tinieblas diesen mayor vibración á los sonidos ó acortasen las distancias.

La pobre mujer deseaba recogerse en sí misma, para trazarse el plan de defensa que su angustiosa situación requería y no lo lograba. La misma respiración débil del tierno recién nacido parecía cobrar fuerzas y producía á veces el sobresalto que causan á media noche los ruidos misteriosos. De vez en cuando todo parecía adormirse y entonces avanzaban por su cerebro las ideas que la intranquilidad de su espíritu había contenido; pero un quejido de la enferma que se agitaba en la cama, el estruendo de un coche que hacía retemblar la casa ó el grito de algún vendedor que hasta allí llegaba, triste, soñoliento, pero aún demasiado fuerte para no romper el silencio que tanta

Digitized by Google

falta hacía allí, no tardaban en alarmarla, en sobresaltarla, interrumpiendo otra vez sus reflexiones.

Á la hora de comer, mientras ella lo hacía sola en la cocina, sentada en una punta de la silla, sin mirar lo que se metía en la boca y oyendo el molesto traqueteo de platos y vasos que hacía la Siòn en el fregadero, fué cuando la pobre mujer columbró, por fin, bien determinada, el áncora de su salvaciòn. Ama, buscándola despacio, no faltaría; pero la necesitaba ahora, inmediatamente, aunque fuese interina. Iría á ver á don Miguel; y mucho sería que tan excelente señor no hiciese la caridad de dejar que le diese el pecho por unos días al hijo de la Toneta el ama del suyo. ¡Eran tan pequeños los dos, que no había peligro de que la secaran!... En dinero para la lactancia no había que pensar: donde no alcanzase el jornal de Toneta, alcanzaría ella y sino alguna buen alma. Todo, todo se arreglaría Dios mediante, ¡con tal de que (y aquí estribaba el punto negro de la situaciòn) con tal de que Toneta se aviniese á desprenderse del niño!

Comenzaba á hacer efecto la primera píldora: la enferma descansaba, su respiración era más regular. Esto animó á la señora Madrona; refunfuñó un poco plantada en medio de aquella oscuridad y de pronto cogió resueltamente de la cuna al niño, lo abrigó bien con su mantón y salió sigilosamente hacia la escalera, encargando á sus hijas el mayor silencio.

En el oscuro descanso del piso segundo la detuvo una mujer: era la del carpintero, una de las pocas vecinas á quien no se había podido ocultar la desgracia de Toneta.

—¿Qué es eso, señora Madrona? Me han dicho que hay novedades en su casa.

—La Toneta que ha tenido una recaída y está en la cama. Así es que tenemos que buscarle ama al niño.

—¡Válgame Dios! ¡Válgame Dios! Á ver, déjemele

Digitized by Google

usted ver, pobrecillo. ¿Con que hoy lo han bautizado ustedes, eh?

—¡Vaya! ¡Ya lo olió la lechuza del tercero!—exclamó contrariada la señora Madrona, descubriendo al niño.

Estaba durmiendo con su acostumbrada tranquilidad, la carita fofa, de color de melocotón por madurar, cubierta de un vello aterciopelado que, á la luz agrisada de la escalera, se hacía más visible y tenía un tono de enfermiza blancura. No pudieron resistir al deseo de besarlo las dos mujeres.

—¡Qué caliente está el angelito! ¡Qué bribones de hombres! ¿Y *el otro* no ha parecido, por supuesto? ¡Se habrá quedado como si tal cosa; como si no hubiese hecho nada! ¡Ay, vecina, en este mundo no hay justicia contra los ricos!

—¡Como que son ellos los que han hecho las leyes!... Vaya, vaya, dispense usted, que llevo algo de prisa... Voy á ver si encuentro quien le dé de mamar, mientras le buscamos ama. Ya ve usted ¡qué trastorno! ¿Va usted arriba? No metan ustedes ruido; el médico ha recomendado mucho silencio.

—Pierda usted cuidado... Ya veré yo también por ahí, lo del ama. ¿Oye usted?...—dijo la carpintera volviendo la cabeza mientras seguía subiendo y la señora Madrona bajaba á toda prisa la escalera.

Ya en la calle, sintió rebullir al niño entre sus brazos y apretó el paso temerosa de que despertase inoportunamente. No le servían sus largas zancas para evitar que se le hiciese interminable la Rambla. Al llegar al Llano de la Boquería tomó por la Riera del Pino; con esto huía de aquella calle recta, que nunca se le acababa y todo aquel tragín de gente y carruajes que le obstruía el paso. Su proyecto era echar por la calle de Roca; pero al hacerlo tuvo que retroceder, pues obstruía la estrecha calle de acera á acera un

Digitized by Google

enorme carro de mudanzas. El niño se agitaba y empezaba á lloriquear. Madrona sudaba de angustia; dolíale el entrar con el niño llorando en casa de don Miguel, donde había enfermos, y á la que acudía en demanda de un favor. Cruzó como un rehilete por la plaza del Pino y la travesía de Petritxol y arribó por fin, con un palmo de lengua fuera, á la ansiada casa. Afortunadamente para ella, el niño no acabó de romper á llorar.

La Anita la hizo entrar otra vez en la cocina, empezando luégo á describirle con enérgica frase las tribulaciones de aquella casa y llenándole el corazón de nuevas angustias. La señora llevaba muy mal camino, los médicos la daban como cosa perdida, don Miguel estaba desolado; no había que pensar, pues, en verle, y como si toda la servidumbre no sufriese bastante con trabajar día y noche y viendo tan afligido al señor y en tan gran peligro á la señora, aquella bruja de doña Tula cada día los maltrataba más.

—Pero, ¿qué trae usted ahí? á ver, á ver. ¿Un chiquillo?—preguntó después de su charla, abalanzándose á destaparlo.

—Sí; venía á ver si el ama me le podría dar teta por algunas horas, mientras su familia encuentra quien le siga criando.

La cocinera abandonó las hornillas y acudió á ver el niño.

Las dos criadas decían que era como un sol; la Anita quería tenerlo un rato, lo comparaban con el de casa y lo encontraban más chico. La señora Madrona se consumía entretanto.

—Tómele usted, vea si pesa—dijo la doncella á la cocinera.—Me voy á buscar al amo para que venga á verlo.

Al pasar de unos brazos á otros, comenzó á llorar el niño, y por más que se esforzaba la cocinera en me-

Digitized by Google

cerlo, en acariciarle y consolarle con el calor de sus mejillas encendidas por la lumbre del fogón, nada podía conseguir.

Á poco, oyéronse una pisadas que hacían temblar el pavimento, y apareció el ama seguida por la doncella y por Manuel. Enterada ya por la Anita, quien, según su costumbre, se había precipitado á explicarle la pretensión que traía la Madrona, el ama, sin decir una palabra, cogió al niño, se lo arrimó al pecho y desplomó sobre una silla su pesado y robusto cuerpo de montañesa. La criatura empezó á chupar con tal ansia que se atragantaba.

—¡Jesús Dios! ¡qué chico más hambriento ha traído, buena mujer! ¡Ya le hace falta una buena teta al pobretín!—dijo la nodriza contemplándole con esa ternura que el amamantar despierta desde el primer momento en toda mujer.

Y pronto se vió establecerse una corriente de misterioso amor entre el inocente angelito y aquella mujer que le veía por primera vez en su vida. El niño abría sus ojos indecisos de corderillo; con sus deditos de muñeca probaba maquinalmente á agarrarse á la blanca teta, mientras por su parte, la robusta montañesa lo sostenía con amor en la sangría de su atezado brazo y con su ancha mano le calentaba la carita ó le acariciaba la cabeza.

El criado Manuel, contemplando aquel cuadro con

Digitized by Google

la sonrisa del soltero impenitente, interrumpió la conversación de las mujeres preguntando á la señora Madrona si era suyo aquel *rorro*.

—¡ Pobre de mí !—contestó ella.—¡ Para eso sirven ustedes los hombres, para tomar en broma las cosas más serias !

Anita echó de la cocina al criado con un empujón amistoso.

Nadie en aquella casa había tenido el menor indicio de lo ocurrido á Toneta. Medio año hacía que no había parecido por allí á coser, y todos la suponían con una tía suya de fuera, como había dicho la señora Madrona á cuantos pudo decirlo buenamente. Dijo entonces que Ramoncito era de una vecina por quien se interesaba ella mucho, y expuso á la nodriza cuánto se le agradecería aquel favor, caso que pudiera hacerlo. Ya hablaría con don Miguel, y entretanto resolvería todo lo preciso para encontrar un ama.

Llegó el momento propicio para hablar á don Miguel. La señora Madrona hizo un supremo esfuerzo, echó fuera toda la vergüenza que la agobiaba y descubrió la desventura de Toneta, suplicando el mayor secreto. El señor de Castellfort, harto preocupado con el estado de su esposa, recibió aquella noticia con un gesto de compasión, no puso reparo alguno en conceder el favor que se le pedía, con tal de que á la nodriza no le contrariase, y tan sólo exigió que dejasen allí al niño ó que lo trajesen para darle de mamar, pues el suyo estaba algo resfriado y no quería que lo abandonase el ama, ni lo sacasen al aire.

Ya estaba resuelto el primer conflicto: el angelito no se moriría de hambre.

—¡ Vamos á ver ahora cómo lo toma la criatura de su madre !—dijo la señora Madrona al ama, dándole las gracias por su bondad, y emprendiendo el camino de su casa, no libre todavía de cuidados.

Digitized by Google

Llamó, y al abrir Angelita, se le ensanchó el corazón. En la cara de su hija leyó que había habido mejoría. Sí; Toneta había recobrado poco á poco la respiración normal, y la debilidad de su voz demostraba que la fiebre iba bajando por momentos. No había sobrevenido la desesperación que se temía en aquella madre; parecía como que la falta de fuerzas le robaba energía al espíritu. Había preguntado por el niño, le habían confesado con miedo la verdad y se había conformado á ella, dejando tan sólo escapar una turbia lágrima que surcó pausadamente su mejilla. Luégo se había dormido y continuaba descansando todavía.

—¡Ay! ¡Bendito sea Dios!—exclamó la señora Madrona, cruzando fuertemente las manos y levantando al cielo los ojos.

Cuando Toneta despertó, volvió la cabeza al lado donde estaban sentadas sus enfermeras, y viendo á la señora Madrona y alargándole la calenturienta mano, le preguntó con voz apagada:

—¿Estará bien el pobrecito?

—¡Pues ya lo creo! No le faltará nada en aquella casa, no tengas miedo. No te apures, mira: tienen un ama lo mismo que una vaca; es muy buena mujer y cuidará tanto de él como del de los señores.

—¡Pero no podré ver á mi pobrecito hijo!

—Ya lo veré yo por mañana y tarde. ¿No tienes confianza en mí?

Otro apretón de manos contestaba afirmativamente, y después de una de aquellas pausas que el dolor concede al labio, pero no al pensamiento, nunca como entonces activo, continuó Toneta:

—Pero por eso, ¿no dejará usted de buscar, eh?

—¡Pues no faltaba más, hija! Ya lo tengo encargado á tres ó cuatro conocidas. La carpintera se me ha ofrecido ella misma. No tengas miedo, mujer; dentro de cuatro ó cinco días volverás á tenerlo aquí.

Digitized by Google

—¡Ay, no! Quiero que me lo traiga usted antes algún ratito.

—Sí, hija, sí; todo lo que tú quieras... Vaya, vaya, ahora á descansar; no hables tanto.

—Y doña Mercedes, ¿cómo se encuentra la pobre?

—Va pasando, pasando.

—¿No tendrá ningún mal que se pegue, eh? Porque entonces no quiero que esté allí mi hijo y me lo traerá usted en seguida, corriendo, corriendo—dijo de pronto Toneta exaltándose progresivamente.

—Nada de eso, muchacha, nada de eso. No pienses esos disparates... ¿Cómo puedes suponer que expusiese yo al niño, queriéndole tanto como tú? Vamos, descansa y calla, que el médico ha dicho que no te conviene hablar.

—¿Ha visto usted á la señora?

—No.

—¿Pues cómo?

—Porque no dejan entrar á nadie en su cuarto.

—Pues entonces, ¿cómo puede usted asegurar nada...? pueden haberla engañado...

—Pero, hija de Dios, no seas así... Si fuese eso, ¿cómo habían de tener allí á su hijo? ¿qué idea se llevarían al engañarnos, cuando al contrario nos hacen un favor tan grande? Sosiégate, mujer, ¡por los clavos de Cristo! ¿En qué casa podrías tenerlo mejor?

—Sí, es verdad; ¡pobres señores! bastante hacen, bastante!

Digitized by Google

XVII

Habían transcurrido ocho días; eran las nueve de la mañana y delante de la casa de los Castellfort iban formando fila algunos carruajes. El hijo de Castellfort había muerto como de repente, de una pulmonía, que los médicos no supieron conocer hasta el último momento.

Tamaña desgracia era tanto más dolorosa cuanto que el estado de la señora de Castellfort no consentía la expansión, ni la manifestación siquiera, de la pena que á todos acongojaba. Hacía veinticuatro horas que hermana y marido se relevaban á menudo al lado de la enferma, para ir á dejar correr recatadamente las lágrimas contenidas y volver á entrar de nuevo haciendo de tripas corazón y hablando con forzada sonrisa de las monadas del niño cual si estuviese en plena salud. Era aquel un tormento infernal; pero el estado de la enferma, que iba mejorando, así lo exigía, so pena de perderla á ella también. Castellfort recogía entonces, en medio de su desgracia, los resultados de su caridad hacia el hijo de Toneta. Ya le había encon-

Digitized by Google

trado ama la señora Madrona, pero aún llegó á tiempo para deshacer el trato, quedarse en casa al niño, vestirlo con la ropa del muertecito y poderlo presentar á su Mercedes como á su propio hijo, si manifestaba deseos de verlo. Cuando esto ocurría, el pobre padre salía de la alcoba, con el corazón traspasado, y al mismo tiempo daba gracias á Dios por poder valerse de aquella mistificación, tan necesaria á la vida de su idolatrada esposa. Doña Tula enredaba por la habitación como quien anda poniendo en su sitio las cosas, y la nodriza, conteniendo las lágrimas, paseaba los nublados ojos por el techo. Todos se amparaban con aquella necesidad de reposo tan recomendada, para abreviar aquellas escenas de cruel tirantez, y la madre, en beneficio de *su hijo*, á quien no quería dejar huérfano, cedía y reprimía fácilmente sus deseos.

Así había llegado la hora cruel del entierro que iba á hacerse sin pompa, ni ceremonia religiosa de ninguna especie, con objeto de que no pudiese llegar á herir el oído de la madre el menor eco de cantos litúrgicos. Acompañarían al pequeño cadáver al cementerio no más que cuatro parientes y amigos, convidados particularmente, y á quienes á la sazón recibía don Rafael, el afligido abuelo, en las habitaciones de la fachada, las más apartadas de la alcoba de la madre, y que, de propósito, estaban además incomunicadas por una puerta cerrada á cal y canto.

Manuel, vestido de negro y con cara de circunstancias, abría la de la escalera á los convidados en cuanto conocía que iban á tirar de la campanilla, y los introducía en aquellos salones tapizados de raso y en los que las cerradas maderas y las cortinas tendidas, impedían el paso á toda luz exterior, al mismo tiempo que avivaban el dorado resplandor de la estancia mortuoria, abierta á la vista de todos.

—¡Pero hombre! ¿qué ha sido esto? ¿Quién se lo

Digitized by Google

había de figurar?—exclamaban todos al entrar, hablando bajito y engrosando los círculos, que iba formando la simpatía.

—¡Pues ha sido una pulmonía mal comprendida! Los médicos andan á ciegas en tratándose de niños.

—¡Cuéntemelo usted á mí!—replicaba un padre escarmentado, con los ojos tiernos.

—¡Cómo ha de ser! Hace quince días tanta alegría en este mismo sitio... ¡Pobre Miguel!

—¡Psé! Este es el mundo. Y la Merceditas, ¿parece que está mejor, eh?

—¡Oh! sí; ya está casi bien; pero también ha estado si cae y si no cae, también!—dijo don Rafael interpelado al paso.

—En fin, del mal el menos. Peor hubiera sido que hubiese muerto la pobre Mercedes. Del niño pronto se olvidarán; ya irán viniendo otros á distraerlos.

—Es lo que pasa. Ahí tienen ustedes á Pablito Puigbó, á quien todos ustedes conocen...

Y empezaban á referir historias de amigos y conocidos, cuando el padre escarmentado volvió la espalda y se acercó á otro grupo en donde se trataba de la baja del algodón. Dos de los presentes, en otro lado, estaban acordes en opinar que los médicos no saben nada y que la medicina es impotente, ó poco menos, para remediar toda enfermedad grave.

—¡Claro! El sino de cada uno.

—¡Sí, hombre, sí! ¡Desgraciado el que tiene que morirse! Vivimos todos de milagro—exclamaba su interlocutor, prestando en seguida oído á ciertas risas contenidas que se oían en el inmediato gabinete.

—¡Gente joven; edad feliz!

Eran efectivamente tres pollos que se habían refugiado allí dentro, para hablar con libertad de la ópera de la víspera, del *quiebro* dado por una bailarina á un amigo de todos ellos y de aventuras tan propias de su

Digitized by Google

edad, como de impertinente recordación en aquellos momentos.

Entraron dos dependientes de la compañía funeraria y atravesando en silencio el salón, se dirigieron precedidos por don Rafael á la estancia mortuoria. Entregaron la llave y cogiendo uno de ellos la ligera caja debajo del brazo, siguió en pos todo el acompañamiento, de puntillas y sin despegar los labios. La nodriza, los criados y la señora Madrona atisbaban con los ojos llorosos, apiñados todos en el fondo de una habitación excusada que daba á la antesala.

¡Aquel sér que había empezado siendo grata esperanza primero, luégo brillante realidad, siempre el más hermoso y dorado ensueño de un matrimonio enamorado, había volado al cielo cual aroma de una flor, de quien se llevaban ahora con tanta ceremonia no más que su marchito cáliz, desecado por el frío hálito de la muerte!

Ya había llegado el cadáver al portal, cuando de pronto se oyó un agudo grito de espanto. La comitiva se detuvo á media escalera y todo el mundo, sorprendido, se abalanzó á la barandilla para ver qué ocurría, saliendo al mismo tiempo al descanso todos los criados, arrastrados por aquel grito.

Una mujer, una obrera de rostro demacrado, con los ojos extraviados, la color perdida, presa toda ella de nervioso temblor, asida al pequeño ataúd y con voz baja y entrecortada, con acento suplicante y conmovedor, exclamaba:

—¡No os lo llevéis, no os lo llevéis! ¡es mío, es mi hijo! ¡Yo no lo he visto morir; me lo han matado, sí, me lo han matado!

Una confusión de gritos y movimientos sucedió á estas palabras, oídas con indignación por unos, con lástima por otros, por todos con sorpresa. El enterrador acometido disputaba la posesión de la caja, levan-

Digitized by Google

tándola en alto cuanto podía. Su compañero se abalanzó, al mismo tiempo que don Rafael, sobre la pobre obrera y ambos le asieron los brazos, para hacerle soltar su presa.—¡Está loca! ¡Está loca!—fué el clamoreo general. Y arremolinada ya toda la comitiva, casi rodando unos sobre otros, se despeñó por la escalera confundiendo sus gritos con las voces discordantes que subían desde el portal, lleno ya de curiosos, mientras la señora Madrona, fuera de sí, dejando caer su atlética persona sobre la retaguardia de la comitiva, forcejeaba por abrirse paso sin miramiento alguno, vociferando:

—¡Toneta! ¡Por Dios, Toneta! ¡Que no es el tuyo, que no es el tuyo!

Pero la confusión iba en aumento. Apiñados todos en torno al grupo de la contienda, todos levantando los brazos y gritando á la par, perdíanse ruegos y amenazas entre el general estruendo, y al empuje de los enterradores y de don Rafael, se oponía la reacción del desorden, imposibilitando la huída, y clavando otra vez á la caja las manos de Toneta. El alboroto iba atrayendo público y más público, todo el portal estaba ya lleno y en las disputas empezaban á despuntar dos partidos contrarios: unos, entre los que estaban todos los del duelo, calificaban de escandaloso el ataque de *la loca* y reclamaban el auxilio de la autoridad, para que dejase franco el paso al entierro y recogiese á aquella desventurada; otros, casi todos gente del pueblo, conmovidos por los clamores de *la madre* y soliviantados por el espíritu de clase, abogaban en favor de Toneta y también pedían por su parte la presencia de la autoridad, para que hiciese abrir la caja y dispusiese después lo que procediera. Pero como á las palabras ayudaban las obras y la lucha desgarradora que sostenía aquella madre exaltaba todos los corazones, lejos de entenderse unos y otros, la confusión crecía por mo-

Digitized by Google

mentos. Á los gritos agudísimos de Toneta, que de cuando en cuando sobresalían por encima de aquella marejada de voces roncas y acaloradas, se unían los no menos fuertes que daba la señora Madrona, á medida que iba avanzando trabajosamente por entre la

compacta multitud. Cuando se la veía descollando su cabeza destocada por entre los relucientes sombreros de copa, su brazo desnudo por el aire, la faz sudosa, la mirada suplicante, y contraída por el temor toda su varonil fisonomía, gritando, llorando, rogando, infundía pavor y respeto al mismo tiempo: todos creían que era la madre de *la loca*.—¡Dejarle paso! ¡Dejarle paso!—gritaban.

—Déjeselo usted; ¿no ve usted que no puedo moverme?—contestaba el que sentía en la espalda el resuello de aquella mujer gigantesca y sobre el hombro la palanca de su brazo de hierro.

—¡Un municipal! ¿No habrá un municipal por ahí?—gritaban de continuo varias voces.

Cada vez era más formidable y compacto el concur-

Digitized by Google

so allí reunido y de más difícil arreglo el conflicto. De la sorpresa se había pasado á los comentarios, y con el acaloramiento de la confusión se daban como *hechos* realizados las suposiciones más gratuitas, empezando á entablarse ya discusiones particulares en las que no quedaba muy bien parado el buen nombre de don Miguel Castellfort. Ya comenzaba á correr de boca en boca la especie de que «allí se trataba de ocultar algún crimen misterioso.» Aquella trabajadora no estaba loca, no; era una madre desesperada: no había más que oir cómo se expresaba. Había algunas mujeres que hasta amenazaban con los puños al cuarto principal. Otros hablaban de oponerse al paso del coche fúnebre si llegaba á él la caja sin permiso de la justicia. De todos los cuartos de la otra escalera habían ido bajando los vecinos para reforzar la defensa de Castellfort; y los criados, presos en los balcones del patio, pedían á gritos explicación del hecho á la charlatana de Anita, que no acertaba á comprender cómo había podido la señora Madrona tenerse guardado el percance de la costurera. Los demás criados de Castellfort, enterados ya de lo que pasaba, habían tenido la prudencia de retirarse y Manuel corrió á avisar á su amo.

Pero mientras éste, todo estremecido, se enteraba del suceso, ya la nodriza bajaba á brincos la escalera, con el hijo de Toneta en brazos, confundíase entre los empujones de aquel tumulto, pedía paso con toda la fuerza de sus pulmones, para poner fin de una vez al conflicto. Al mismo tiempo dos municipales y dos polizontes se abrían calle desde el umbral, levantando protestas y gritos en aquellos mismos que poco antes clamaban por ellos, y Castellfort, con el alma en los dientes, erizado el pelo, bajaba la escalera de mármol, casi sin sentido.

Los municipales se apoderaron del ataúd y los poli-

Digitized by Google

zontes sostenían y contenían al mismo tiempo á Toneta, quien, de rodillas, intentaba seguir á los primeros. Afortunadamente llegaron á donde estaba aquella madre desolada, la señora Madrona, muy luégo la nodriza y por fin Castellfort.

—¡No llores, no te desesperes, hija mía! No es el tuyo el que llevan á enterrar, es el de doña Mercedes.

Toneta se negaba á escucharla, meneando la cabeza, suelto el cabello y desgreñado sobre su desfigurado rostro.

—¡Aquí tienes el tuyo! Mira, Ramoncito, mira. ¡Sosiégate, hija, sosiégate, por los clavos de Cristo!

Y cogiendo por el aire al niño envuelto en lazos y puntillas, que le alargaba la nodriza, se lo puso en el regazo á Toneta.

Hubo un momento de general expectación. Toneta cogió al niño con desconfianza, clavó en él sus ojos hinchados y encendidos, le separó la bordada gorrita, para mirarle una de sus orejitas, que debía tener un lunar como la cabeza de un alfiler, y reconociendo á su hijo, empezó á besarlo como una loca, le aprisionó entre sus brazos y rompió en sollozos que partían el alma.

Un ¡aaah! de deseada expansión desahogó todos los corazones; mil lágrimas surcaron los rostros de la multitud.

—Sí, Toneta, sí; afortunadamente para usted es el mío el que se llevan!—exclamó Castellfort haciendo un supremo esfuerzo.

Y cayó en seguida deshecho en llanto en brazos de un amigo, mientras saliendo otros de su sorpresa, lo rodeaban y cariñosamente lo llevaban hacia arriba. Una mirada de profunda compasión, lanzada por los mismos que poco antes lo tenían por un malvado, le acompañó por la escalera, mientras él con la cabeza

Digitized by Google

vuelta y llorando abundantemente, no perdía de vista el ataúd.

Sosegado el tumulto, ocupó el disputado cadáver el coche de gloria, llenáronse los del duelo, y el triste convoy se puso en marcha, comprimiendo los grupos que, esparcidos por la calle, comentaban el hecho.—¡Qué equivocación tan terrible! ¡Pobre mujer! ¡Pobre padre!—oían por todas partes, desde el fondo de los carruajes, los impresionados acompañantes, mientras cepillaban con la manga los despeinados sombreros y se componían el lazo de la corbata.

—¡Ya, ya!—exclamó uno de aquellos caballeros—¡pasan unas cosas que si se vieran en una novela! ¡Pobre Miguel!

Entretanto, un grupo todavía numeroso rodeaba á Toneta, quien, sentada en el primer peldaño de la escalera de mármol, seguía exhalando el dolor de su pecho, teniendo ansiosamente agarrado á su hijo. La señora Madrona á su lado y la nodriza delante trataban de consolarla. De todas partes llovían ruegos y consejos. «Estaba sudando, con la ropa destrozada, allí corría aire... debían echarle un mantón, abrigarle la cabeza.» Y tres ó cuatro pares de pañuelos se disputaban el favor con las prendas de vestir de la señora Madrona, que caían como del cielo sobre el cuerpo de su ahijada. Otra hacía notar que la pobre mujer se encontraba desfallecida y al punto la nodriza en cuatro zancadas subía á la cocina y bajaba una taza de caldo, mientras de otras partes aparecían como por ensalmo copitas de malvasía, agua de azahar y licores estomacales. La caridad hacía milagros, y la compasión manaba de todos los corazones á medida de las lágrimas de aquella madre.

Llegó un momento en que el niño se echó á llorar. Toneta lo levantó amorosa hasta sus labios y empezó á besarle y á abrazarle con peligroso delirio. Sólo tras

Digitized by Google

grandes ruegos y sentándose á su lado la nodriza, pudieron convencer á la encelada madre de que el niño tenía necesidad de mamar.

Quería estarle tocando, no perder ni por un momento su contacto y al mismo tiempo al sentir el de la nodriza, una repulsión de rival la hacía estremecerse toda. El amor con que aquella mujer tenía á su hijo, le hacía daño y en el fondo de su corazón se entrechocaban monstruosas contradicciones. La cruel realidad se oponía á sus anhelos de madre, obligándola á recurrir á servicios agenos, y al contemplar los que con tanta generosidad le prodigaba aquella mujer, los celos ahogaban la gratitud. Hubiese preferido una cabra á su ama, cualquier sér que no se pareciese á una mujer, á quien no pudiese el niño confundir con su madre.

Apenas quedó su hijo satisfecho, se apoderó de él otra vez; empezó á desfilar la gente y á restablecerse por fin la calma.

—Vaya ¿qué hacemos? Aquí no podemos estarnos todo el día, Toneta—díjole la señora Madrona con dulzura.—Estamos dando que hablar á la gente. ¿Ya te has repuesto, verdad? Ya te has tranquilizado y ya ves que el niño no está malo; está tan gordito que ya no lo conocías. El ama te le cría bien, le quiere mucho...

Toneta lo apretó contra su corazón con un sacudimiento nervioso, que no vió la señora Madrona.

—Esa buena mujer—continuó—me ha prometido seguir criándole y don Miguel te pagará el ama por el favor que le has hecho estos días.

—¿Qué favor?—preguntó alarmada Toneta.

—El de poder ocultar á doña Mercedes, mientras se va reponiendo, la muerte de su hijo.

Toneta frunció el entrecejo y pareció concentrarse en una idea que se desarrollaba misteriosamente ante sus ojos.

—Es una obra de caridad que nada te cuesta y que

Digitized by Google

bien debemos á quien tanto ha hecho por nosotros—añadió la señora Madrona columbrando ya objeciones.

Como empujada de súbito por un resorte, se puso en pié Toneta y aferrada al niño echó á correr hacia la calle, espantada, hosca, con ruda resolución.

Abrióle paso todo el mundo respetuosamente; nadie se atrevió á detenerla; sólo la señora Madrona corrió tras ella y la cogió del brazo en el umbral de la puerta.

—Pero ¿qué haces, hija?—exclamó mirándola fijamente, temerosa de que hubiese perdido el juicio.—¡Atiende, mujer, sosiégate; reflexiona un poco, por Dios! ¡Si podrás venir á verle todos los días y podrás estar con él todo el tiempo que quieras!

—¡No, no. Yo no me vuelvo á separar de mi hijo!

—Mira que aquí te lo crían bien...

—Que venga el ama á casa.

—Irá dentro de unos cuantos días. Ahora deja que se acabe esa buena obra... podemos matar á doña Mercedes.

—Por poco no me muero yo ahora mismo.

—¿Y por qué tienes esa cabeza?... ¿qué motivos tenías para creer que se había muerto Ramoncito? ¿De dónde podías sacar que á su entierro viniesen tantos coches, ni tantos señores?

—No me he fijado. Ayer no estuvo usted en casa en todo el día; cuando volvió usted, eran las once de la noche y esta mañana á las seis ya estaba usted en la calle. Hacía tres días que no me habían llevado el niño, la veía á usted triste...

—Ya te decía que estaba bueno.

—Y ¿qué me había usted de decir? Pero yo cavilaba, me fijaba en todo lo que hacía usted y en cuanto he podido escaparme de la Sión, he venido corriendo aquí... veo el carro de los muertos á la puerta... y ya no he visto nada más. ¡Me están engañando!—se me

Digitized by Google

ha ocurrido—¡mi hijo se ha muerto! Y cuando ponía el pié en la escalera, me tropiezo con la caja! ¿Qué hubiera pensado usted? ¡Lo mismo que yo, sí, lo mismito que yo, vaya!—exclamaba Toneta con la voz entrecortada por los sollozos y por una respiración cada vez más fatigosa.

La compasión embargaba á cuantos de nuevo la rodeaban. La nodriza y la señora Madrona lloraban á moco tendido.

Un poco rehecha ya de la emoción, repitió ésta con voz suplicante:

—Te pagarán el ama...

—Ya sabré pagármela yo; trabajaré día y noche si hace falta.

—Pero, hija de Dios, si aún estás mala, si necesitas descanso...

—Cien vidas que tuviera las daría por mi hijito.

Y llorando lo besó por milésima vez.

—Pues mejor puedes hacer este pequeño sacrificio. Podrás venir á verle siempre que quieras... esto será por pocos días; ¿qué más quieres, mujer?

—¡No, no y no!... Idos todos juntos á paseo—gritó fuera ya de sí.—No me lo arrancaréis de los brazos; me cuesta mucho y es mío; no tenéis derecho ninguno á él. Y ¡ea! dejadme pasar, hemos concluído.

—¡Señor, señor!... Pero, mujer, ¡si aquí estará mejor que en casa!

—¡Mejor que en casa! ¡Ave María purísima! Vaya usted á decirle esos disparates á otra tonta que los crea. Puede que alguna vez, por no oirle llorar, le echaran al desvan como á un gato.

La señora Madrona se santiguó horrorizada, y cruzando las manos, con una profunda compasión en su rostro, exclamó:

—¡Cómo puedes pensar eso de quien tanto bien nos ha hecho!

Digitized by Google

Esta exclamación llegó hasta lo más íntimo del corazón de Toneta y pronto bañó sus mejillas el llanto del arrepentimiento. Pero, súbitamente, herida por el temor de que iba á ablandarse, aferrando bien al niño contra el pecho apretó á correr hacia la Rambla, enredándose en los volantes descosidos de su falda, revolando á medio caérsele mantón y pañuelo, llamando la

atención de la gente con sus enmarañados pelos, con los ojos extraviados y perdida la color por el espanto. La pobre señora Madrona se resignó á seguirla, mudos los labios y destrozado el corazón por la pena. Detrás de ellas, deslizándose arrimada á la pared, iba también la nodriza, como atraída por el imán de la criatura y cuando vió la pobre que no tardó en juntarse una turba de necios curiosos y rapaces insolentes que iba acompañándolas, formando, á poco, uno de esos grupos que hacen volver la cabeza y pararse un momento al transeúnte indiferente, la buena de la montañesa se sintió avergonzada y se metió en un portal á llorar. Aquella turba se perdió Rambla abajo y miles de personas, al echar una mirada de lástima á Toneta, murmuraban: «¡Es una loca, pobrecilla!»

Digitized by Google

Digitized by Google

XVIII

El trastorno de aquella mañana ocasionó á Toneta otro ataque de *acistolia* más largo y grave que el primero. Sólo á fuerza de ventosas, sinapismos y revulsivos muy enérgicos, se logró desahogarle el corazón.

El médico encontraba más acertado cada día su primer diagnóstico; era evidente que Toneta padecía una *endocarditis* muy arraigada; la menor contrariedad podía producirle otro ataque, poniendo en grave riesgo su existencia. Convenía, pues, ante todo, una gran tranquilidad de espíritu.

—Esto no será nada. Volveré luégo—dijo al despedirse, observando en las caras de aquellas mujeres la expresión de la alarma. Pero al bajar la escalera el médico movía la cabeza con el disgusto de quien acaba de sembrar confianzas y ve inevitable el desengaño.

—¡Siempre lo mismo!—iba murmurando—buscar la verdad para ocultarla á los demás; revolver las zarzas, clavarse uno la espina y convertir en sonrisa el

Digitized by Google

¡ay! que pugna por escaparse de los labios. ¡Aun como ya tiene uno la piel curtida!

Desde aquel día pasó la señora Madrona por todas las alternativas de confianza y desfallecimiento que traen consigo las verdaderas enfermedades. La pobre mujer había visto morir mucha gente y harto conocía que el mal de su ahijada era para alarmar de veras; pero con objeto de no contagiar con su miedo á sus hijas, ocultaba las lágrimas. Otras veces, ilusionada por el consuelo que sugiere el cariño, se engañaba á sí propia, dando inmotivada importancia á las falaces llamaradas de vida que encuentra la muerte en su camino y que no son otra cosa que avanzadas de fuegos fatuos. Y sus labios tan pronto repetían aquel «¡Bah, bah! Pecho al agua!» como exclamaban con voz bañada en llanto: «¡Pobre ángel de Dios! ¡Desventurada madre!»

Á la mitad del ataque de Toneta había aparecido la nodriza, atraída por el cariño que le inspiraba el pobrecito niño. La buena montañesa se había imaginado los apuros en que se vería aquella familia, por el pronto, y no quiso que pasase hambre la criatura. Al encontrarse con aquel nuevo trastorno, ayudó á cuidar de la enferma y se ofreció á darle de mamar al niño, aunque fuese de balde. Estaba dispuesta á quedarse allí para todo lo que hiciese falta, deseando tan sólo, si era posible, llevar un par de días el niño á casa de los señores, para que doña Mercedes no recibiese el golpe tan bruscamente. Don Miguel la había conmovido con los ruegos que en este sentido le había hecho.

Por suerte inesperada, Toneta mostró tal flojera de voluntad, que todo lo facilitó. Miró al niño con ojos en que aparecía esa indiferencia que da el abatimiento, lo besó y con voz desmayada y dulce, dijo:

—Puede usted llevársele con tal de que me le traiga un ratito cada día. ¡Pobre doña Mercedes!—añadió

Digitized by Google

volviéndose del otro lado, con el dolorido desmadejamiento de los enfermos.

Á media noche se despertó preguntando por su hijo.

—¿Pues no recuerdas que se le has dejado al ama? —dijo la señora Madrona que se había empeñado en velarla.

—¡Ah! sí, es verdad! He soñado tantas cosas, que me parecía que hacía mucho tiempo de eso. Encended luz, que ya estoy harta de dormir y esa mariposa me da una tristeza!...

La señora Madrona obedeció y la enferma empezó á charlar como si tal cosa. Á buen seguro que en cuanto viniese mañana el médico, la daba de alta: cuando una está enferma no tiene ensueños agradables y ella acababa de soñar cosas dulcísimas. Todos los buenos momentos de su vida habían renacido llenos de luz, de verdad, de vida, como si volviese á ellos. ¡Ah! ¡Qué edad tan buena aquella!

—Cuando pienso que el niño la ha de pasar todavía, me pongo muy contenta. ¡Y esa edad dura más de lo que se cree! ¡vaya si dura!... Porque hasta que una tiene diez y siete ó diez y ocho años, todo son alegrías aunque tenga una que trabajar. ¡Claro está! Si yo me acuerdo todavía de que cuando nos hacíais coser, la Sión, Angelita y yo, nos hacíamos la cuenta de que estábamos cosiendo vestidos para las muñecas; y cuando me enviábais con una cesta de carretes á la fábrica, siempre encontraba por la calle alguna amiga para jugar á ver quién corría más y á pararnos delante de los escaparates para repartirnos lo que había dentro... hasta que pasaba algún chico y nos daba un tirón del pañuelo que se nos caía al cuello, mientras él escapaba corriendo y haciéndonos burla. ¡Sobre todo yo no sabía quitarme de delante de las muñecas! Me acuerdo de una grande, muy grande, como una niña

Digitized by Google

de tres años, que llevaba sombrero, falda y delantalito, con sus medias y zapatitos y todo, y que estaba colgada en medio de la puerta de unas corseteras de la calle de la Cera. ¡Qué gustos y qué sustos me había dado la tal muñeca! No podía pasar por allí sin pararme á contemplarla: dejaba la cesta en el suelo y plantada como una mujercita refitolera, atisbaba con los ojos á ver si la veía las piernas por entre las enagüillas. Me parecía cosa imposible una muñeca con las piernas fuertes y bien hechas y luégo pensaba (miren ustedes en lo que iba á fijarme!): ¿cómo la dejarán cuando la descuelguen de ahí? ¿en pié ó sentada?... Un día, que estaba muy embelesada contemplándola, salen de pronto dos gatos arañandose, y de un brinco se me meten en la cesta, esparramándome por el suelo de la calle dos ó tres docenas de carretes todos deshechos. ¡Jesús! me dió tal susto que las corseteras tuvieron que hacerme volver en mí.

—¡Y no nos dijiste nada, mala pieza!—exclamó Madrona inconscientemente entretenida por la charla.

—No; porque no me riñeseis por lo de los carretes; bastante me regañó aquel señor Ignacio, el mayordomo de la fábrica, que tenía tan mal genio.

Así, charlando como una chicuela, siguió todavía mucho rato, y la señora Madrona, escuchándola, iba animándose con igual candidez. Aquel afán de hablar, aquellas alegres memorias no podían ser más que indicios de salud.

—¡Bah! ¡Bah! ¡Pecho al agua! ¡La hemos de sacar adelante!

Al día siguiente cambió la decoración. Toneta se despertó malhumorada. Hasta la voz parecía habérsele vuelto áspera y cascada. Desde muy temprano, protestó de que la tuviesen á oscuras, y como, para no contrariarla, abriesen las maderas, la emprendió entonces contra el cielo que estaba encapotado y triste. Habién-

Digitized by Google

dose ido á descansar la señora Madrona, negóse Toneta á tomar el medicamento, si no se lo daba la Sión.

—¿Pero no ves que ha ido á la compra? Tómalo, mujer; cuando vuelva ya te atenderá ella—dijo la Angelita toda afligida, al verse rechazada tan injustamente.—Mira que cuando venga el médico nos va á regañar, pues nos ha mandado que te demos de esto cada tres horas y te está sentando bien; tú misma te estás haciendo daño. Tómalo, mujer, tómalo.

Por toda contestación apretó los dientes como un chiquillo mal criado y dijo que volviesen á cerrar las maderas.

—Para ver un día tan feo, prefiero no ver luz ninguna.

En cuanto volvió la Sión, corrió su hermana á explicarle aquella terquedad.

—No me he atrevido á despertar á madre, porque la pobre ¡está tan atrasada de sueño!... Pero ¿cómo lo vamos á arreglar, si hoy se empeña en tenerte aquí todo el día, haciéndole falta á la maestra como se la estás haciendo?

—Ya veremos. La salud de Toneta es antes que todo. Irás tú y yo haré aquí tu tarea. Que se hagan cargo de las cosas.

Entró la Sión con el medicamento y Toneta no solamente lo tomó con gusto, sino que, variada la expresión del rostro y el tono de la voz, empezó á conversar con su amiga.

—Cierra la puerta para que no éntre nadie. Tengo que hablarte de Luís. ¡Pobre chico! nadie le compadece más que yo; y ya ves ¡á quién le ha hecho él más daño!... Dios me libre de confesárselo á nadie, pero tú que eres la única á quien he hablado de esto desde el primer día, eres la que puedes hacerte cargo, ¿no es verdad?... Estoy bien segura de que si supiese lo que me ha ocurrido, ya estaría aquí, arrepentido, al

Digitized by Google

lado de su hijito. ¿No es verdad que sí? Él no tiene mal corazón, no; puedes creerlo. Pero no me ha vuelto á ver, no sabe la pena que me causó... ¡Ay! ¡Si hubiésemos tenido valor para ir á Ripoll!... Pero, ¡cómo ha de ser! Los hombres son como los chiquillos... se vuelven locos por nosotras y no paran hasta que nos destrozan, lo mismo que hacen los niños con los juguetes.

Y siguió hablando buen rato en este sentido, como si pusiese especial empeño en redimir á su verdugo ante su única confidente.

—Yo callo, me aguanto y disimulo delante de la gente, para no volver á oir aquella palabra tan insultante que un día le aplicó tu hermana...

—¡Mujer! eso fué por lo mucho que te quiere; no lo tomes así...

—¿No me quieres tú también?... Pues ¿por qué no le maltratas como ella?

Sión no supo retorcer el argumento. No se parecía á Angelita, que no podía quedarse con nada dentro del buche.

—¿Es que no le insultas porque sabes disimular?

—¡Jesús! no, hija mía, no; nada de eso! ¡Y hoy menos que nunca!—contestó la amiga encendida y sofocada, al verse envuelta en semejantes razonamientos.

Y trató de desvanecer aquellas dudas que la ofendían. Pero Toneta se emperró en la cuestión, como hubiese podido hacerlo con otra cosa, cuando tenía cuatro años. ¿Es decir que ya no podría fiarse de nadie, ni de su mejor amiga? que todo el mundo fingía, menos los que hablaban con la franqueza de Angelita? Para vivir así más valía morirse. Sí, ella ya sabía que Luís la había deshonrado, que había cometido una gran falta; pero ¿quién recibía todo el daño más que ella? Y ella ¿no le había perdonado? ¿No les decía á todos que aquello lo había hecho sin mala intención?

Digitized by Google

Pues ¿por qué razón los menos interesados no le habían de perdonar como le perdonaba ella? Cuando menos, aquellos que sabían que era el padre de su Ramoncito, debían respetarle...

Y de este modo, gimoteando y replicando y dando voces, con extraordinaria animación, contra las razones conciliadoras de la aturdida Sión, estuvo media hora para persuadirse de que su confidente no pensaba, ni obraba según ella presumía.

Como el médico advirtiese cierta hinchazón en las extremidades de Toneta, ordenó que procurasen tenérselas muy calientes, añadiendo que no hiciesen caso de aquel mal humor, que era efecto del tiempo.

—¿Todavía no me deja levantar?

—Dice que hoy no. Pero pronto te levantarás, mujer.

—¡Sí, para el otro mundo!—exclamó dejando escapar una lágrima.

Entró la nodriza con el niño, y apoderándose de él la madre, lo cubrió de besos y se lo sentó al lado para contemplarle, rogando á la montañesa que saliese un momento á distraerse. La buena mujer obedeció á una seña que disimuladamente le hizo Sión.

Una vez fuera el ama, dijo Toneta:

—¿Sabes por qué me la he quitado de delante? Porque me da envidia: todo el día me tiene á mi hijo; me está pareciendo que me lo ha robado... y para el tiempo que lo voy á ver...

—¡Qué ideas tienes hoy, mujer! No seas así; lo que has de pensar es que te lo cría como un cachorro.

—Mira; por si acaso me muero, quisiera pedirte una cosa: que no te apartes nunca de él aunque te cases... ¿lo oyes?... aunque te cases. Ya sé yo que lo querrás como si fuese tuyo...

Sión se enjugó los ojos con la camisa de batista que estaba cosiendo, y al advertirlo Toneta, le abrazó es-

Digitized by Google

trechamente la cabeza, mezclándose por largo rato sus lágrimas, mientras que el niño, fresco y sonrosado, dormía con la plácida tranquilidad de toda criatura sana y saciada.

Por la tarde, encontrándose sola con la señora Madrona, manifestó deseos de confesarse, sin que ésta se los pudiese desvanecer con las reflexiones que le hacía, para quitarle de la cabeza la idea de que se iba á morir pronto y que parecía tener clavada en el cerebro. Desde que le sobrevino su desgracia, no se había acercado al confesonario por vergüenza de declarar su falta; pero al presente se sentía presa de terrores y cavilosidades que la atormentaban de un modo horrible. El escándalo promovido con motivo del entierro, el disgusto ocasionado á don Miguel, la idea egoísta de arrancar su hijo á aquella familia, aun á riesgo de que muriera á consecuencia de ello doña Mercedes, producían con su caída una suma de pecados, que la condenaban sin remisión; y en cambio surgía una voz interior que le prometía la fortuna de su hijo, la vuelta de Luís á su lado, si, contrita, acudía al tribunal de la penitencia. Nunca se había sentido tan llena de fe y de deseos: aquel era, pues, el momento oportuno: que fuesen á buscar un confesor.

La señora Madrona previno al cura que no le hablase de darle al Señor, pues no habían ido á buscarle más que para satisfacer los deseos de la enferma y sin que el médico hubiese indicado que hubiese necesidad de disponerla, ni peligro alguno de muerte. Pero con todo, aquel acto produjo en las mujeres de la casa tal aturdimiento, que las hizo refugiarse á todas en la cocina, llorando, como si viesen por primera vez el principio de un fin nunca hasta entonces temido.

—¡Es que ve venir la muerte, la pobrecilla!—decía sollozando la madre.

—¡Tanto que nos hemos querido! ¡Ay! sí que la ve

Digitized by Google

venir, sí! Vea usted lo que me decía hoy mismo!...— añadía Siòn hecha un mar de lágrimas.

Y su hermana Angelita, escondiendo el rostro entre sus brazos cruzados encima de la mesa, zollipando amargamente, no acertaba á explicarse cómo, habiendo sido siempre tan amigas, le hubiese podido llegar á tomar aborrecimiento en los últimos momentos de su vida, sin haberle dado motivo alguno para ello.

No obstante, al día siguiente de esta escena, volvió á renacer la esperanza en casa de la señora Madrona. La confesión produjo en Toneta aquella tranquilidad de espíritu, aquel placentero bienestar del creyente que siente libre de peso su conciencia. Había entrado el mes de Abril, risueño, vertiendo torrentes de luz, que una sutil y transparente neblina parecía suavizar. Animada por aquella claridad, sentía la enferma deseos de dejar la cama; la primavera de la naturaleza parecía despertar en su corazón otra primavera que apartaba de su pensamiento la idea de la muerte. En espera del médico, quiso incorporarse en la cama, pidió que le trajesen el jilguero y se entretuvo limpiándole cuidadosamente la jaula, poniéndole cañamones en el comedero y contemplando cómo entre pitíos y brinquitos los cogía, los descascaraba con la punta de su afilado piquito y se los tragaba, ladeando graciosamente su pintada cabecita.

—Tenemos que cuidarlo mucho, que ha de servirle á mi niño para jugar. Ya veréis cómo se entretiene con él el pobrecito.

Y viendo agitarse blandamente las enredaderas nuevas que verdeaban en el balcón, pidió que sacasen al jilguero para que se alegrase. Parecía como que quisiese transmitir un soplo de vida á todo lo que la rodeaba, como si fuese ella el centro de donde irradiase la existencia universal. Su imaginación cubría de flores los campos, poblaba el mar de barquillas latinas,

Digitized by Google

con su vela arrebolada por los esplendores del sol, y le presentaba á Luís, arrepentido de su falta, y abrazando á su hijo con imponderable ternura. La caridad, el amor brillaban en sus hermosos ojos, que la enfermedad había agrandado, purificando su color. ¿Quién había de poder sustraerse á la fuerza de aquellos sentimientos generosos, que dominaban al universo?

El médico prometió dejarla levantarse al día siguiente; antes tenía que nutrirse un poco más.

Entonces empezó á saborear las delicias de los trabajos que se proponía emprender. El ama le tendría al niño, lo pasearía, era una *buena mujer* á quien bien podía confiarlo, mientras ella por otro lado se afanaría los días enteros para ganar algo, y por las noches le haría ropita muy maja. Eso si no se presentaba á lo mejor Luís con la fortuna de todos en las manos, como le auguraba su corazón; y, si por acaso, el ama necesitaba de los aires de la montaña, la acompañaría aunque tuviese que trabajar en el campo, pues una vez fortalecida ya, esto le sería muy provechoso á su salud.

Cuando luégo se presentó el ama, entregándole al niño, libre ya de casa de los señores, por haber recibido la señora de Castellfort la fatal nueva con tanta resignación que á todos dejó sorprendidos, exclamó Toneta:

—Ya ve usted cómo se necesita estar ciego de entendimiento para negar que hoy se nos abre nueva vida, señora Madrona. Dios recompensa mi arrepentimiento de ayer. Verán ustedes cómo desde hoy todo irá viento en popa.

Y despertando á su hijo á besos y abrazos, lo levantó en alto, como si quisiese hacerle bailar.

Y así, levantándose y sentándose, entregándose unos días á locas alegrías, para caer después en melancolías que partían el alma, aborreciendo hoy á la per-

Digitized by Google

sona á quien al día siguiente quería tener á su lado; unas veces mostrando entusiasta esperanza en la ciencia del médico, otras maldiciendo su ignorancia, para dejarse entregar con ciega fe, á remedios de curanderos que la carpintera y demás vecinas venían preconizándole; ya mostrándose terca como un buey, ya dócil como un cordero, y siempre afligida por ese malestar, esa inconstancia abrumadora, que exterioriza la lucha tremenda que sostienen el espíritu y la materia, cuando llega la muerte á relajar los lazos de su unión, fueron pasando días, gobernada aquella pobre familia por la tiranía caprichosa de la enfermedad y el choque constante del desengaño y la esperanza.

Avergonzada la señora Madrona por lo acontecido, se había retraído de volver á casa de sus protectores, á pesar de haber tenido que empeñar ya la mayor parte de sus alhajillas y ropas, para ir conllevando la enfermedad, cuando se le presentó un día Manuel con recado de que su señora deseaba verla. La buena mujer se precipitó á obedecer, con tener metido el corazón en un puño, por el trastorno de su casa y por la vergüenza que iba á pasar.

La señora de Castellfort, lejos de insinuar la menor queja, habló como madre desventurada que harto bien se imaginaba cuán terrible debió ser la sorpresa sufrida por la pobre Toneta, mostrándose llena de tierno remordimiento, por haber sido la causa involuntaria de aquel lance. Lo único que la tranquilizaba era que la misma señora Madrona conocía la pureza de intención de su marido y que nunca nadie pudo presumir que aquella infeliz madre se presentase precisamente en el momento del entierro, para ser víctima de tan cruel alucinación. Aquella inesperada desgracia y la subsiguiente generosidad de Toneta de dejar todavía allí á un hijo que tantas lágrimas le había costado, en poder de su marido, había aumentado sus antiguas

Digitized by Google

simpatías hacia la desventurada muchacha y se creía en el caso de recompensar tanto sufrimiento con todos los medios que estuviesen á su alcance. Prometió enviarle aquella misma tarde una excusabaraja de ropa para el niño, de la destinada á su pobrecito hijo; ofreció además ir á ver á Toneta, para pedirle perdón y darle las gracias, en cuanto le permitiesen salir á la calle, y alargó la mano á la señora Madrona para darle delicadamente un cartuchito de dinero.

La señora Madrona bajó la escalera bendiciendo á Dios.

Digitized by Google

XIX

Un fuerte estampido del timbre de la puerta sorprendió á la moza de doña Pepa, precisamente en el momento en que ahuecaba las almohadas del americano haciéndolas bailar entre sus morenas manos como si estuviese ensayando algún juego de *clown*. Lanzó la que tenía sobre la cama, y arrastrando las chanclas, corrió á abrir la puerta. Un grito de sorpresa se escapó de sus labios y después de un breve diálogo amenizado con exclamaciones y risotadas, salió como un rehilete hacia el cuarto de su ama gritando:

—Señora, señora, salga usted al momento, ¿quién dirá usted que está ahí?... Don Luís, el señorito Luís!

El rostro de la patrona se infló de alegría, resaltándole los músculos y haciéndose más hondas las arrugas, como ciertas cabezas de goma cuando se aprietan por arriba; expresión doblemente caricaturesca en aquel momento, por cuanto sobresalía del fondo gris de su menguada pelambrera destrenzada y caída atrás y quedando todas las formas del tronco ocultas bajo el

Digitized by Google

ridículo envoltorio de un peinador sin mangas, puesto á guisa de muceta doctoral.

—Pronto, Carmen, pronto, ateme usted corriendo el pelo—dijo á la peinadora, agitándose en la silla, como si la estuviesen pinchando.

Nunca está bien que le descubran á una las trampas de la cabeza. *La mariposa* era muy capaz de meterse allí de rondón. ¡Buen tipo estaba para andar con cumplimientos!

—Ande, ande; hágame usted un moño cualquiera; me echaré un pañuelo y volveré en seguida.

Y así diciendo, los dedos de una y otra se entrechocaban por la rala cabellera, cual bolillos de encajera,

Digitized by Google

escurriéndoseles el pelo cuando más querían sujetarlo. y perdiendo tiempo cuando más querían ganarlo.

Entretanto allá en el comedor se levantaba un rumrum que era un gusto. Las dos sirvientas y los cinco estudiantes rodeaban á Luís, mareándole á preguntas, tirándole de aquí y de allá, dándole palmaditas en el hombro, celebrando sus más sencillas ocurrencias con risotadas de la más ingenua simpatía. Para unos había crecido, para otros estaba más grueso, quien le encontraba más moreno, quien decía no haber variado desde que se marchó de la casa.

—¡Eso es, tú has acertado! ¡Siempre el mismo! *Mariposa* aquí, *Mariposa* allá, en todas partes, chicos, rodeado Luís de unas mozas!... ¡Vaya unas muchachas las de Valencia!... Pero, ya hablaremos; voy á pagarle al cochero... ¿Y en qué quedamos, tú, Ramona? ¿Qué dice doña Pepa? ¿Hay posada ó no para mí?

En aquel momento apareció la patrona respirando alegría, cubierta la cabeza con un pañuelo, que le encuadraba el rostro como un marco de ventana.

—¡Vaya una pregunta, hombre, vaya una pregunta! Pues claro está que la hay. No podrá usted dormir en su cuarto de siempre porque lo ocupa don Felipe. (Luís no le conocía.) Pero todo se arreglará: pues no faltaba más! Usted es de casa.

—Sí, sí, ya lo sé que soy de casa; en cualquier rincón me acomodo, verdad? Y si no, ya me dará usted sitio en su cuarto ¿eh? No tenga usted miedo, no.

Y sin más razones, pagó al cochero que dejó el cofre derecho en la antesala, y volviendo al comedor, quiso abrazar á la patrona en medio de generales risotadas, se sentó en una silla con las piernas muy estiradas y continuó sufriendo interrogatorio y comentarios mientras se enjugaba el sudor por frente y cuello y en tanto que doña Pepa se había ido á continuar el ocultamiento de sus calveros, después de haber mandado que sir-

Digitized by Google

viesen al estudiante una copita de vino generoso con bizcochos.

Luís venía entusiasmado con las valencianitas del quebrado color, con cada ojo como una castaña y una sal y un salero capaces de volver tarumba al más inglés de todos los ingleses. De seguro que el rey don Jaime había conocido alguna antes de emprender aquella conquista en la que se jugó cabeza y todo. Puestas en aquel incomparable jardín, poblado de naranjos, hacían de la ciudad del Turia uno de los mejores cielos de Mahoma, ó mejor aún del *Gran profeta*, un hombre de buen gusto que estimó imposible é innecesario imaginar cosas superiores á lo que en Valencia había visto... porque de fijo, de fijo que también él había estado allí. Era preciso que fueran todos sus compañeros. Él había hecho más conquistas que don Juan Tenorio en Sevilla.

Los estudiantes le escuchaban embelesados, muertos de risa; las muchachas interpretando aquellas imágenes con cierta envidia no exenta de rabia. ¡Eso es! ¡Como si las catalanas no fuesen bastante guapas!

Se abrió la habitación de doña Pepa, y pasó muy deprisa, muy ceñido al cuerpo el mantón negro, la peinadora. Cerró tras sí la puerta de la escalera con estrépito, haciéndola resonar toda, y poco después apareció en el comedor la patrona, muy reluciente la cabeza y estirados los pliegues de la bata, como quien acaba de componerse. Con una mirada regañona espantó de allí á las criadas embobadas.

—¡Abran paso, abran paso!—gritó la *mariposa*, acercándole una silla.—¡Vaya, hombre! ¡Qué ganas tenía ya de verla á usted! Mañana me voy á casa y tenemos que aprovechar el tiempo.

Eran ya las once de la mañana; aquello era viajar á mata-caballo, lo cual no debía permitirse; era preciso que se quedase un día más. Todos le rogaban lo mis-

Digitized by Google

mo; al día siguiente era Domingo de Ramos. ¿Adónde iba á ir en tal día?

—Tengo que aprovechar todo el tiempo porque no puedo pasar en Ripoll más que la Semana Santa, con mi madre; ya por Navidad no fuí y la pobre me estará esperando.

—Siendo así, ya no le detengo á usted; váyase, váyase—dijo doña Pepa.

La buena mujer, que tenía á su hijo por esos mundos de Dios, encontró muy natural el cariñoso afán de Luís.

Entonces fueron desfilando los estudiantes, despidiéndose hasta la hora de comer, y patrona y estudiante se enfrascaron en larga plática, refiriéndose mutuamente todo lo ocurrido durante la ausencia, sin decir una palabra de Toneta ni de la señora Madrona. Habían hablado ya bastante de esto en el mes de Setiembre, cuando pasó Luís por Barcelona, camino de Valencia. El estudiante había puesto reparos á lo de creerse autor de aquel desaguisado; ni la costurera, ni la Madrona habían vuelto á parecer por allí después de la carta de Tomás Llassada, y tranquilos Luís y la patrona ante aquel silencio, habíase borrado de su memoria todo aquello, como tantos otros recuerdos. Sofía se había casado, la otra seguía tan farsante como siempre, haciéndole carantoñas al don Felipito, el sustituto en el cuarto de Luís, un estudiante de medicina que las tenía espantadas con las calaveras y huesos humanos, que dejaba esparcidos por encima de la mesa; las planchadoras de al lado se habían mudado á otra calle y don Ignacio se iba civilizando y de vez en cuando salía al balcón á hablar con doña Pepa; pero Luís hacía mucha falta allí; la calle de Roig parecía un cementerio y luégo los otros huéspedes no paraban en casa más que para comer y dormir.

—¿Y Tomás? ¿Qué hace don Tomás?

Digitized by Google

—Hombre, hasta ese ha cambiado de vida. ¡Ya ve usted si ha habido novedades! ¿Sabe usted á qué se dedica ahora?... Juega á la *bolsa*... Sí, hijo, sí; lo que usted oye: ¡á la *bolsa!* Dice que la gran ciencia es saber hacerse rico en poco tiempo; que su padre se alegraría más si se le presenta diciéndole: *aquí tiene usted á un potentado*, que si le dice: *aquí se presenta un ingeniero*.

—Y ¿cómo había de haberle dicho eso si nunca ha mirado un libro?

—¡Ya lo creo! Si él, que le llamaba á usted mal estudiante, todavía lo es más... Y mire usted; á mí me parece que quien se expone á ganar también se expone á perder... no es eso? Pero vaya...; hasta ahora le va bien. Eso sí; quitando un rato por la tarde, lo demás, todo el santo día y aun las noches, *bolsín*... Quiero decir que por las noches va á la puerta del Liceo, ¿está usted?... No debe tardar en volver porque ya se va acercando la hora de la comida... ¡Ah! Don Luís, oiga usted; usted podría hacerme un favor. Sé que don Tomás ha dicho que puede que ahora se busque otra casa, porque esto le coge muy lejos del *bolsín*. Vea usted si se lo quita de la cabeza, por Dios. ¿Dónde lo van á tratar tan bien? Usted ya sabe que esto no es propiamente una casa de huéspedes; que aquí todo se da con abundancia, que se vive en familia y yo soy una madre de mis huéspedes, aunque me esté mal el decirlo. La verdad es que yo pronto tendría ocupado el cuarto; no tengo más que anunciarlo en el *Diario* y es cosa hecha; pero ya usted sabe que á mí no me gusta ver caras nuevas; y él... ¡todo se ha de mirar, hijo mío!... él me da tres duros más que los otros; como que es más rico también y también él gana dinero y los otros no.

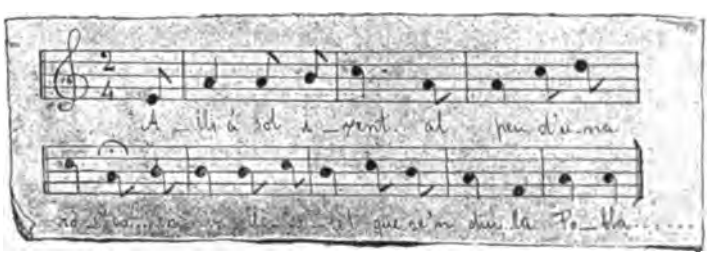
Entró la doncella á interrumpirles para poner la mesa, operación en que se aprestó á ayudarla su ama.

Digitized by Google

Luís apuntaló la silla á la pared, y medio tendido en ella empezó á leer un periódico. Mas como de pronto se acordase que estava empolvado del camino, pidió agua para lavarse un poco, y doña Pepa se desvivió para arreglarle con este objeto su propio palanganero, provisto de la correspondiente tohalla limpia, que no por eso dejaba de apestar á sebo.

Entretanto el timbre de la puerta no dejaba de sonar, golpes estridentes y rajados de monedas que caen en bandeja, y en el inmediato comedor los platos y los cubiertos removidos producían ruido semejante al que produjeran vidrio y hierro viejo agitados en un saco.

Todos los estudiantes iban presentándose. El sol entraba por los balcones con ese esplendor enervante del medio día, y de la cocina salía la voz monjil de la Ramona, quien sin dejar de andar en los humeantes pucheros, cantaba en tono triste y lánguido:



ne tinch jo l' amor—que se 'n diu Antonia,
que quan lo sol ix—ella se 'n va á l' ombra;
de tan blanca qu' es—n' apar una monja...

Era la canción de aquella atropellaplatos; una balada popular un tanto canallesca, en la que figura una muchacha que engaña á su amante, y cuando éste se va lleno de tristeza á hacerse soldado de la *Gira groga*, varía de intento al oir á un camarada que dice:

Digitized by Google

No 't fassis soldat—per una minyona;
de guapas n' hi há—al lloch de la Pobla,
de guapas n' hi há—com era l' Antonia.

Cierta tarde que se hallaban embelesados en su amor Luís y Toneta, escucharon toda esta canción casi con lágrimas en los ojos, manifestando él temores de llegar á encontrarse en el caso del burlado amante. Fué allí, en aquella misma sala, casi por la misma época del año; todavía tenía ante los ojos el costurero, las sillas en que estaban sentados uno y otro... ¡Cuánto había cambiado todo!

Y mezclados aquellos amores con sus aventuras en Valencia, desfilaban silenciosos por el panorama de su memoria, removiendo cierto peso olvidado en el fondo de su conciencia, cuando se abrió de pronto la puerta y entró Tomás dirigiéndose á él con los brazos abiertos.

Acababa de ganar quinientos duros á la baja. ¡Fuera la comida de la patrona! Era preciso remojar aquello. Ellos y Sugranyes y Marlet, dos satélites de diez y ocho años, almorzarían en *La Perla*, á cuatro pasos del bolsín. El americano convidaba.

—¡Eso es! ¿Y por qué se lo ha de llevar usted cuando acaba de llegar ahora mismo y no le tendremos aquí más que unas horas?—exclamó la patrona.—¿Acaso no se come bien en casa?... Mejor que en el restaurant.

—Señora, esto es un extraordinario. Ya volveré á cenar, se lo prometo á usted—dijo *la mariposa*, agradeciendo aquella manifestación de buen afecto.

—¡Bah! Déjala, no le hagas caso!—exclamó por lo bajo Tomás, tirándole de la americana.—¡Sugranyes, Marlet, andando!... ¡hoy es día de *juerga!* Coged los sombreros y á *La Perla*.

Doña Pepa y su doncella, hechas unos santos de palo

Digitized by Google

delante de la mesa, miraban, compungidas, los cuatro cubiertos sobrantes, y la Ramona, desde la puerta de la cocina refunfuñaba de que así se echase á perder la comida. Justamente aquel día que tanto se había esmerado para obsequiar al señorito Luís. Aquel demonio de *guachinango* era un *mifistófilis*.

Entretanto iban sentándose á la mesa los demás estudiantes, sintiendo no ser de la partida, y un gemido del timbre anunciaba la llegada de don Ignacio.

—Mire usted, mire usted, quien esta aquí.

El hombre se permitió una ligera sonrisa; preguntó á Luís, alargándole la mano, qué tal le había ido por Valencia, y obtenida respuesta fué á ocupar su sitio, guardó los anteojos, y con su ingénita gravedad metió el cazo en la sopera y empezó á servirse pausadamente hasta que tuvo el plato rebosando.

—¿Ustedes gustan?—dijo teniendo en vilo la primera cucharada y visiblemente dispuesto á no volver á decir palabra.

—Gracias.

—Gracias y que aproveche—contestó con mofa Tomás.—Vaya, ¿están ustedes listos? Pues vamos andando.

La Mariposa dió un amistoso pellizco á doña Pepa, y los cuatro estudiantes se lanzaron á la escalera, llenándola de alegre estrépito.

En diez minutos llegaron al restaurant, al que subieron con paso triunfante los dos más jóvenes, cual si fuesen á hacer una gran calaverada.

Instalóles un mozo en un gabinetito, en medio del cual había una mesa puesta, con un ramo de flores en el centro. Recibía la estancia luz zenital y, en lugar de tabique, cerrábala por un lado un biombo de lona, recubierta con papel igual al de las demás paredes. Así, á poca costa, el dueño había improvisado otro reservado, ocupado á la sazón por dos alegres parejas de

Digitized by Google

ambos sexos. Esta feliz concomitancia acababa de dar carácter á aquella escena que para Sugranyes y Marlet tenía puntas y ribetes de *tiberio*.

Así, mientras los otros dos esperaban que les sirviesen, picando en aceitunas y rabanillos, mirando los cuadros colgados ó examinando la lista, ellos todo se les volvía atender á las sonoras carcajadas de las vecinas, muy alegres, y atisbar por las rendijas del biombo si eran rubias ó morenas, feas ó guapas y cómo iban vestidas.

—Dí, tú, ¿no tendremos *champagne?*—dijo Marlet, observando la ausencia de las copas especiales destinadas á este vino.

—¡Pues no faltaba más!—exclamó rumbosamente el anfitrión.

Y pidió cuatro botellas de primera marca, con *Sauterne* para las ostras.

Sería un almuerzo por todo lo alto. El americano se había propuesto lucirse.

Pero, ¡cuanto los hacían esperar! ¡Aquel almuerzo no llegaba nunca! La contemplación de aquella mesa con las sillas á ella encajadas, como recordando la regla de urbanidad que prescribe que no se toquen hasta el momento solemne, les hacía consumirse de impaciencia. Nunca fuera tan deseada una marquesa ó un sofá. Habíanse apurado todos los recursos de distracción; los vecinos que habían advertido la presencia de aquella gente, hablaban bajo y tenían puestos los ojos en las rendijas; el paladar rechazaba la aspereza de las aceitunas; cada uno de ellos se había comido un panecillo.

Por fin llegaron las ostras y empezó el almuerzo. Era ya más de la una.

Al percibir el traqueteo de los mariscos y los platos, los vecinos, que conocieron estar ya libres del espionaje, reanudaron la broma y volvieron á oirse por allí

Digitized by Google

risotadas, al contrario de lo que les ocurría á los estudiantes que a la sazón hablaban bajito, haciendo toda suerte de suposiciones relativamente a aquellas individuas.

Luís inventaba novelas, y Tomás les pedía que no fuesen chiquillos y las dejasen en paz. Un extraño afán, una pueril rivalidad de calaverismo se apoderó

por eso mismo casi de todos y empezaron á soltar escabrosas ocurrencias, á contar novelescas conquistas, á echárselas de valientes, a encontrar detestable cuanto les servían, a quebrar copas con desenfado y á vaciar botellas sin duelo. Sugranyes y Marlet fingían acaloradas disputas, le buscaban la lengua al mozo y vociferaban descompuestos, con el chaleco desabrochado y dándose grandes puñetazos en el pecho. En medio de la simulada disputa encendían cigarros, para tirarlos á las dos chupadas, y al volver á sentarse procuraban derribar con el codo algún plato. *La mariposa* iba achispándose entre la excitación de las bromas y el calor del vino que iba trasegando á su estómago. Cualquiera hubiera dicho que era tan chicuelo como aquellos dos pollos. Al llegar el momento del *champag-*

Digitized by Google

ne, se subió á una silla y con la copa en la mano izquierda y en la derecha la botella colgando, entonó el brindis de la Gran Duquesa, haciéndole coro los demás. Por fin, rompió la botella contra la pared, protestando que no había sido allí donde había dado sino en el suelo. Llassada, que se había divertido en animarlos, y no había perdido ni por un momento su sangre fría, maravillábase de verle tan atolondrado y tan criatura. Los otros dos aplaudían desaforadamente.

. . . . . .

En fin, que cuando aquellos jóvenes bajaron la escalera, con los cuellos de los gabanes subidos y los sombreros echados atrás, quedaba demostrado que *como perdidos y barbianes no había quien se les pusiera delante!*

Digitized by Google

XX

No teniendo Luís nada que hacer, cuando lo dejaron sus compañeros, salió por la Puerta del Ángel hacia el Paseo de Gracia, para tomar un poco el aire. Los vapores del champagne le habían invadido el cerebro y lo sentía pesado y turbio. Anduvo un trecho y se sentó en un banco enfrente del derribado Tívoli, hoy calle de Aragón, dominado por blanda pereza.

Empezaban á brotar los árboles; una brisa suave hacía temblar su tierno follaje y el sol descendía pausadamente al otro lado de San Pedro Mártir, cual bomba candente que á su paso parecía traspasar un cúmulo de nubes deshilachadas y de colores de peces de estanque. Luís no pensaba en nada, complacíase en sentir en su frente la frescura de la brisa, dibujaba distraídamente con el bastón en la arena, acompañaba un momento con mirada retozona á las mujeres guapas que pasaban, ó contemplaba embebecido las pintorescas transformaciones de aquella puesta de sol. Á

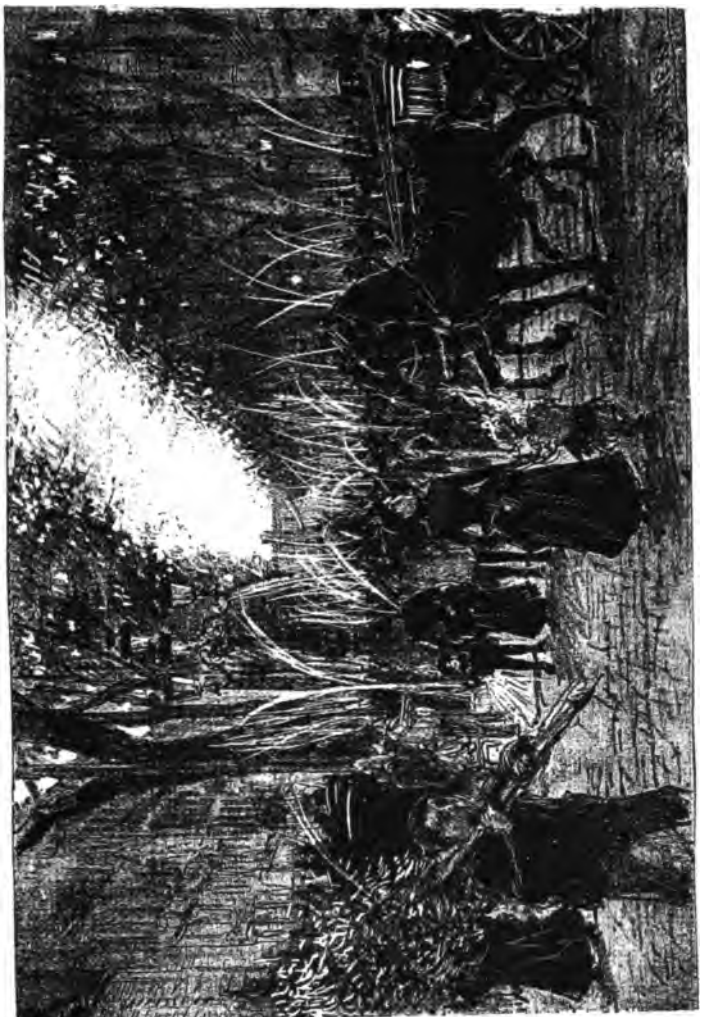
Digitized by Google

veces relampagueaba por su mente algún recuerdo del pasado almuerzo, y sonreía, burlándose de sí mismo.

Iba avanzado el crepúsculo, las nubes de fuego fueron amoratándose, tiñéndose con tonos grises, aburullonándose, y por fin se fundieron, modelándose en fantástica cigüeña sin patas, que quedó nadando en un horizonte verdoso. Entonces se levantó de su asiento y se encaminó hacia la parte vieja de la ciudad. La puesta de sol no había llegado á entristecerlo; sentía restauradas sus fuerzas, y aparte de la pesadez de la cabeza, aquel aturdimiento iba trocándose en desordenada alegría. Por la Plaza de Cataluña hormigueaba gran confusión de gentes y carruajes que venían de la Rambla, y cuando tomó por esta calle, la encontró llena de atronador movimiento.

Era aquel el momento de mayor animación para el mercado de las palmas; era la hora de la vuelta de paseo en que confluyen allí todos los coches de lujo, toda la gente elegante. La Rambla de los Estudios estaba llena de laureles; la de las Flores presentaba á uno y otro lado largas hileras de palmas que se arqueaban y mecían graciosamente bajo la arboleda. El espacio se iba oscureciendo á medida que *la mariposa* iba internándose por la ancha avenida; convertíanse los transeúntes en figuras de colores amortiguados entre los que se destacaba la nota blanca de las camisas, bruscamente manchada por el negro de las corbatas; clareaba por entre las ramas de los árboles aquel cielo color de agua que tiene toda la melancolía de los estanques, y allá, en último término del paseo, por encima de la negrura de las cabezas, se alzaba todo un bosque de majestuosas palmas que se entrelazaban formando gótica arquería, campeaban aisladas, ó se erguían derechas como gigantescos airones. Era un bosque de Oriente, que caminaba, con el murmurio de

Digitized by Google



Digitized by Google

Digitized by Google

la juguetona brisa, animado por los clamores, por las expansiones de júbilo de una entrada triunfal. Y al lado de aquella aturdidora marejada, interminables sartas de coches particulares con las cubiertas *mojadas* por aquella luz crepuscular, venían de todas partes á aumentar la confusión de ómnibus y carros, sembrando sustos en cada encrucijada, rompiendo la corriente de la gente de á pié.

Luís, que tan fácilmente se contagiaba de las alegrías con que se rozaba y que ya traía la cabeza harto caliente por los excesos del almuerzo, sintió muy pronto hervir su sangre. Una especie de mareo, una borrachera de la imaginación, tanto más violenta, cuanto más difícil le era en aquel momento darle rienda suelta, se apoderó de su ánimo. Allá á lo lejos iba encendiéndose alguno que otro farol; arriba en el firmamento, las primeras estrellas; á su lado desfilaba toda una colección de risueñas muchachas; llegaba volando la hora del amor con su velo misterioso, encendiendo antorchas, disparando flechas, despertando deseos.

Y así inflamada su imaginación, se encontró Luís de pronto detenido en la encrucijada de los carruajes delante de la Puerta-ferrissa. Echando la vista en torno, fijóse en una mujer que emprendía por la opuesta acera, ligera como un gamo, volviendo continuamente la cabeza como si temiese que la siguieran. Era su aspecto distinguido, encubríala de piés á cabeza un impermeable oscuro; y un tupido velo de encaje, echado sobre el rostro y revuelto al cuello, escondía por completo su fisonomía, como si no fuese bastante á recatarla la oscuridad de la calle.

Pronto advirtió Luís que era una señora; pero aquel andar receloso, aquel evidente esmero en guardar la cara, aquel propósito meditado de evitar el encuentro con personas conocidas, tras una verdadera muralla de carruajes, sugirieron en él vivo deseo de seguirla.

Digitized by Google

«Allí había algún misterio; aquella mujer traía algún lío.» Y abriéndose paso entre la gente y sorteando los estrepitosos carruajes que venían por la Rambla arriba, quedóse plantado en la acera, como un centinela, buscando en vano con aguzada vista en todas direcciones: la desconocida habíase sumido en las tinieblas como un fantasma. De nada servían los faroles encendidos; la desmayada claridad crepuscular vencía aún á la artificial tan miserable y desfallecida que más bien parecía agonizar que nacer. Los globos de gas de balcones y escaparates, que Luís enfilaba con la vista, lucían con el resplandor melancólico de las luces de aceite, y el alumbrado interior de las tiendas sólo hacía de sus puertas placas de color rojizo que, al extenderse por la acera, se disfumaban en tintas rosadas. Hubiérase podido decir que árboles, casas, trajes y rostros, todo había sido embadurnado por manos invisibles con una tinta gris oscura general.

Las palmas y laureles que se mecían en el aire veíanse ahora á contra luz, incoloros cual fantástica vegetación. Por todas partes reinaba aquel misterio, aquella incorporeidad, aquella indecisión, la misma vaguedad, en fin, que la agitación de la pasada orgía mantenían aún en el cerebro de Luís. Los transeúntes que iban y venían por la acera, sólo tomaban cuerpo al aproximarse; al alejarse se iban desvaneciendo cual soplo de polvo.

La mariposa dió por perdida la aventura y volvió al bullicioso mercado, dejándose llevar por la corriente que descendía. De pronto, y á contra luz de una droguería, vió de nuevo destacarse el contorno del impermeable y del velo de encaje. Era en la acera derecha. Apretó el paso; la dama se escabullía, se deslizaba arrimada á la pared, se escurría entre la gente con paso fugitivo. Corrió á ella; pero al llegar al Llano de la Boquería, en donde la claridad del crepúsculo

Digitized by Google

parecía reanimarse, libre del obstáculo de la arboleda, sintióse como mareado por la insoportable confusión de gente y carruajes que allí recobraban relieve y color. No había alcanzado aún á la acosada mujer y creyó que otra vez se le escabullía. Era que había doblado la esquina de la calle del Hospital.

—Bien; magnífico—exclamó viéndola meterse por aquellos barrios.

Y en cuatro brincos la alcanzó y empezó á echarle chicoleos. Ella se encogió de hombros, volvió el recatado rostro con altivez, y torciendo el rumbo, enojada, hacia la Rambla, se perdió en ella sin saber cómo.

Aquella travesura avivó aún más el empeño del estudiante. No había duda; aquella mujer traía entre manos algún trapicheo; era preciso averiguarlo. Aquellos andares, á aquella hora... la hora de los misterios, de las trapisondas, de los amores de tapadillo! Y escudriñaba con la vista, olfateaba, escuchaba como cazador que ha perdido la pista. No podía distar de él más de dos pasos y los daba en todas direcciones, registrando azorado, infatigable, hasta los más oscuros rincones. ¡Ah! Si volvía á atraparla no sería ya tan imprudente; la seguiría á escondidas.

Pero ¡ah!... ella! Sí, era ella, parada al pié de una escalerilla mirando á todos lados con desconfianza. Luís se amparaba de los transeúntes como de una pantalla, hubiera deseado hacerse invisible por un momento. Por desventura suya, si el cielo se oscurecía, la tierra se aclaraba, todo el gas empezaba á resplandecer con fuerza; tiendas y escaparates lanzaban torrentes de luz y los carruajes iban disminuyendo mucho.

Sin embargo, la desconocida no le había visto, y creyéndose libre de su perseguidor, se aventuró á salir de su escondite y tomó nuevamente por la Rambla abajo siempre arrimada á las casas. *La mariposa* iba

Digitized by Google

espiándola desde el centro del paseo. Pensaba en las conquistas, en las novelescas aventuras referidas en el almuerzo y se henchia de satisfacción, considerándose en camino de emprender una más sorprendente quizás; porque con picardía y con descaro, aquella mujer era suya... no había remedio... Y así discurriendo, no la perdía de vista, ya dominándola por completo en medio del torrente de luz que salía del Liceo, ya viéndola reducida á una simple sombra sobre la oscuridad de las paredes, ya fantásticamente envuelta por aureolas verdes ó carmesíes, que difundían los escaparates de las boticas.

Cuando más podía él desearlo, torció su desconocida por la calle Nueva. ¡Buena calle! No cabía duda. ¡Aquello era *perdiz muerta!*

Y el estudiante emprendió muy orondo por la sospechosa calle y siguió, siguió animándose, saboreando ya su triunfo, teniendo buen cuidado de recatarse de las ojeadas que aún, de vez en cuando, echaba atrás, recelosa, la tapada. ¡Oh! ¡Qué delicia! ¡Cómo se quedaría al vérselo delante!

Grupos de gente ociosa, parados á las puertas de los cafés ó de las tiendas, les hacían dejar la acera y en una de estas veces volvió á perder á la fugitiva. *La mariposa* atravesó desalado la calle y, al mezclarse con la gente por entre la que había desaparecido, quedó sorprendido al ver parada á aquella mujer de espaldas á un escaparate y en actitud recelosa. Una sonrisa, que él interpretó como de discreta promesa, se escapó de aquellos labios que no alcanzaba á encubrir el velo, y la acometida fué entonces más resuelta, más empeñada que nunca.

Con el corazón agitado, los ojos echando lumbre, la imaginación exaltada, el estudiante siguió á su conquista por las oscuridades de las calles de Lancáster y Arco del Teatro, hasta pararse de repente en la trave-

Digitized by Google

sía de Montserrat delante de la casa en donde entró la tapada. Con una mirada midió Luís toda la fachada envuelta en tinieblas y que no dejaba ver sino una larga hilada vertical de ventanucas por las que la luz de la escalera esparcía una claridad rojiza. En frente tenía el portal, estrecho, mezquino, que en dos pasos había cruzado la ansiada dama. No le era dado ya á Luís titubear; la miseria que aquella casa respiraba era harto elocuente. El ratón había caído en la ratonera. Y entrando resuelto, se aventuró por la escalerilla arriba, percibiendo la respiración ansiosa de la perseguida, viendo á cada revuelta deslizarse por el descanso superior la falda de seda que por debajo del impermeable revolvía el aire. Y una sonrisa de esperanza y de orgullo de conquistador iluminaba su rostro, y cuanto más subían, más se entusiasmaba, mayores efluvios de satisfacción envolvían su deslumbrado espíritu.

«¡Ah! ¿Me vas huyendo? ¿eh? ¡No te escaparás, no!... ¡Vamos arriba! ¡Aunque sea al tejado! ¡Arriba, arriba!... Si te vas con otro, vente conmigo también; tan hombre será él como yo. Sí; serás mía; ya te tengo, no te me escapas.»

La fugitiva no se detenía, sin embargo, siempre escalera arriba, ligera, llevándole ventaja, como un fuego fatuo. Y así subiendo, llegó al último piso, llamó y abriéronle en el momento preciso en que el estudiante ponía el pié en el descanso.

—¡Jesús! ¡Doña...!

La aludida ahogó la palabra que iba á oirse tapando la boca á quien abría, y de pié en el umbral, echándose atrás el velo que ocultaba su rostro indignado, mandó con voz imperativa á su perseguidor que pasase adelante. Vaciló éste é hizo un movimiento de retirada, pero la enguantada mano de su conquista le detuvo con fuerza.

Digitized by Google

—Es un amigo que ha hecho el favor de acompañarme... Pase usted, pase usted...—siguió diciendo con voz trémula y amenazadora al mismo tiempo.

Y sin abandonar aquella actitud altiva que llenaba al galán de confusión, poniéndose entre Luís y la puerta, le hizo entrar con la muchacha de la casa anunciando: que era *un alma caritativa que la había acompañado deseando contribuir á una obra de misericordia.*

Estas palabras colmaron la confusión del estudiante, cuyos impuros deseos quedaron todos abrasados en un punto por una llamarada de vergüenza. En aquel momento veía bien á las claras su injuriosa equivocación; más que humillarse, cediendo al temblor de sus rodillas que iban á doblarse reverentes, hubiese querido desvanecerse allí mismo. Ni sabía dónde estaba; más aún: aquella miseria que antes tomó por *librea* del vicio, ahora le deslumbraba con el resplandor de la caridad allí presente, insultada, escarnecida por sus bajos instintos. Descubrióse humildemente, bajó la cabeza y siguió como un cordero, ansioso de redimirse á los ojos de aquella dama.

—¿Cómo está?—preguntó ésta con evidente angustia.

—Muy mal, muy mal, doña Mercedes—contestó llorando la interpelada.—Tiene una fatiga, una sofocación que no la deja vivir. El médico nos ha dejado hoy ya muy pocas esperanzas. Nos ha dicho que puede que no pase de esta noche.

Tal había sido el recado que había llevado Anita á su señora. La señora de Castellfort, que no había salido aún á la calle después de su enfermedad, no se paró en barras. No quería que la pobre Toneta se fuese al otro mundo sin haber recibido de ella un *adiós* agradecido, sin haber dispensado una mirada de perdón á quien, sin intención alguna, contribuyera á

Digitized by Google

su muerte. Y echándose un abrigo, se cubrió el rostro y emprendió el camino, rehuyendo todo encuentro con su marido que no le hubiera consentido salir, escapando Rambla abajo, aún á riesgo de tropezar con él, ¡bien agena por cierto de que el vicio y la trivialidad pudiesen llegar á insultarla con sus desvaríos! Cuando sufrió la primera afrenta, trató de huir, de hacer perder su rastro; pero advirtiendo luégo que era inútil cuanto hacía, para desvanecer la insidiosa ceguedad de aquel malhadado desconocido, se revistió de energía y pidió á su ingenio medios de curarle. Le obligaría á entrar: pondría al vicio en presencia de la suprema batalla de la vida, más horrorosa cien veces que la misma muerte.

El estrecho pasillo y la salita que atravesaron estaban á oscuras; reinaba allí ese recogimiento alarmante, ese silencio angustioso que anuda la garganta, sella el labio, atenaza el corazón y hace andar de puntillas. Se abrió una puerta y de aquella otra habitación salió resplandor y olor á cera, olor á iglesia y *la mariposa* se espantó. Quería huir; pero el respeto que le imponía el remordimiento le cerraba el paso. Allí veía luces; había llegado la hora de abrasarse las alas.

Él, el autor de aquella desgracia, se hallaba allí arrojado á un mundo desconocido. Percibía el angustioso trabajo de la dísnea de la enferma, al través de la cortina de la alcoba, y no sospechaba que aquella infeliz pudiese ser su víctima; veía á un niño durmiendo en el regazo de una mujer, allí al pié de una cómoda que tenía delante y no le decía el corazón que era hijo suyo, sangre de su sangre, vida de su vida. La señora Madrona, sus hijas, que recibían á la señora de Castellfort con lágrimas en los ojos, sólo le dieron la fría mirada que se concede al rodrigón.

En el breve diálogo que se cruzó entre aquellas mujeres, oyó sonar el nombre de Toneta. Una idea aterra-

Digitized by Google

dora hirió su cerebro; sus ojos miraron de piés á cabeza á la gigantesca señora Madrona y en el mismo instante oyó nombrarla. ¡Oh! Seguramente. ¡Aquella era la Madrona que citaba Tomás en su carta!... Y Toneta, su víctima, abandonada sin compasión, su antigua amada ¿sería la moribunda? ¡Oh! No; no podía ser, no podía ser!

Cediendo á un impulso irresistible se lanzó al centro de la habitación, clavó los ojos en la alcoba que entre las cortinas extendía su mancha blanca, esplendente de luz. Y allí dentro, rodeada por personas para él desconocidas y acompañada por un sacerdote, sentada en la cama, apoyado el cuerpo en una pila de almohadas, reconoció á Toneta. Helósele la sangre en las venas, secósele la garganta y quedó como clavado en el suelo sin apartar los ojos de aquella horrible visión. Todos los circunstantes le contemplaron sorprendidos, espiando su primera palabra, su primera acción, movidos por una vaga sospecha; mientras que él, ageno á todo lo que no fuese la enferma, seguía mirando cómo se desvanecía su primera impresión. ¡No, no era aquella su amada de otros tiempos! Sumido el rostro por la demacración, descoloridos los labios, abierta la sedienta boca, teñida la piel de azulados matices, los ojos medio en blanco, con dolorosa expresión, realmente Toneta no conservaba de su fisonomía más que aquellas líneas generales que se graban en la memoria y que la atención sostenida parece borrar. Cuanto más la miraba, más la desconocía, mayor empeño ponía en tranquilizarse á sí mismo, en ansiosa demanda de la evidencia de haber padecido una alucinación. Pero harto decía su misma insistencia que aquella evidencia no llegaba nunca, cuando de repente, la enferma bajó los ojos, los fijó en el estudiante, una llamarada de vida alboreó en sus abultados ojos, poco antes amortiguados, y con sorpresa de todo el mundo se le

Digitized by Google

quitó la dísnea, extraordinario júbilo iluminó su semblante y volviendo, animada, á la vida, gritó:

—¡Luís! ¡¡Luís!!

Y sus brazos secos y demacrados de cadáver aprisionaron con delirio la humillada frente de su amado.

La sorpresa embargó á todos los presentes. ¿Era sueño ó realidad aquello que estaban presenciando? ¡Luís! ¿Cómo había llegado hasta allí en aquel supremo instante? ¿Llevado por la señora de Castellfort que no le conocía? Y ésta perdonaba la ofensa inferida y daba gracias á la Providencia, por haberle proporcionado, á tan poca costa, el medio de recompensar las tribulaciones de aquella madre. Un sentimiento de profunda ternura, ese gozo que abre dulce paso al llanto, inundó todos los corazones; el confesor, todos los demás salieron de la alcoba, sin cambiar una palabra, todos se fueron dispersando por la habitación, sentándose de cualquier modo en las sillas y empezaron los sollozos, llenando la estancia de rumores de gruta.

Entretanto sobrevenía una reacción milagrosa que vencía al mal; la agonía, que parecía inminente, se había parado en seco; aquel resuello corto y asmático, como el de la máquina que se va enfriando, transformábase en respiración desahogada y tranquila; aquella cabeza bañada en sudor frío, inquieta como el péndulo de un metrónomo, reposaba, dulcemente inclinada, y una sangre virgen arrebolaba su rostro y en sus labios asomaba toda una aurora de vida. Sí; Toneta renacía en las mismas puertas de la muerte, regenerada por la aparición de su Luís, de su Luís que lloraba arrepentido, humillado en su regazo. Aquella vuelta, aquella esperanza durante tanto tiempo acariciada, se había realizado y ya nadie podría hablar mal del padre, ni del esposo: un momento de contrición borraba todas sus culpas.

Digitized by Google

Y Toneta llamó con un ademán á la nodriza y presentó á Luís el inocente fruto de sus entrañas, dormidito como un ángel, como un capullo de rosa. Un torrente de lágrimas inundó su rostro. *La mariposa* tenía partido el corazón, todos los sentimientos generosos de su alma se levantaban contra el pasado y reclamaban su redención. Quería ser esposo, padre, para lavar aquella tremenda mancha de frivolidad y de egoísmo.

Á su grito de arrepentimiento respondió una exclamación de alegría velada por el llanto.

—¿ Y cuándo los podremos casar ?—preguntó la señora Madrona al confesor, en voz baja y entrecortada.

—Ha de ser esta misma noche, esta misma noche.

—¿ De veras ? ¿ Y podrá ser ? ¿ No podríamos esperar á que se ponga buena ?

El bueno del clérigo la miró compasivamente, sorprendido, y poniéndose en pié contestó con penosa expresión:

—Yo mismo iré á buscar al señor cura. En estos momentos, crea usted que vale más nuestra experiencia que la de los médicos.

—¿ Pero no ve usted que parece otra ?

—Hija mía, eso no es más que la reanimación que viene antes de la muerte. En el estado en que se encuentra, esta última impresión la mata.

La señora Madrona se tapó la cara con el delantal, y el cura que salió corriendo, se tropezó en la puerta con Castellfort que acudía, alarmado, en busca de su mujer.

—¿ Qué has hecho ?

—La Providencia me ha guiado ; calla.

Los dos esposos se retiraron á un rincón para conversar en voz baja.

—¡ Pecho al agua !—dijo para sí la señora Madrona al cabo de dos minutos.

Digitized by Google

Y sorbiéndose las lágrimas, y sacando fuerzas de flaqueza, se levantó y llamó á sus hijas, para que la ayudasen á estirar la vuelta de la sábana y á arreglar la cama de la enferma, para que tuviese más lucimiento la ceremonia.

—¡Oh! ¡Bien te esperaba yo! ¡Bien sabía yo que no eres malo!—decía entretanto Toneta á Luís, con aquella voz dulcísima y triste de los que se van.—¿No lo estáis viendo?—añadía mirando á la señora Madrona y á sus hijas—¿no lo estáis viendo cómo ha vuelto y me ha curado de todos mis males? Nunca me he sentido tan bien... Y queréis casarnos ahora? Bueno, que nos casen... ¡lo he estado esperando tanto tiempo!... Que nos casen; ¿verdad, Luís?

—Sí, sí, ahora mismo!—balbuceaba éste con un nudo en la garganta.

—Pero esto no es porque Dios tenga que arrancarme de vuestro lado, no. Mira; respiro bien; ¿ves? ahora que me ahuecan las almohadas, mira cómo me tengo sola. ¿Lo estáis viendo? Estoy mejor que hace ocho días... Me pondré buena, nos iremos á Ripoll, ó á donde tú quieras, con el niño y el ama y viviremos en paz y en gracia de Dios. ¡Ya verás qué hermoso es! Tiene la misma naricilla tuya y aquí, detrás de la oreja, el mismo lunar que un día te estuve mirando... Vaya, no llores más; ya todo pasó... ¿No me habéis dicho que está ahí doña Mercedes?... Dejadla entrar. ¿Por qué no ha entrado, la pobre señora?

Y recibió á la señora de Castellfort y á su marido, con la misma alegría, les pidió perdón por su pasado arrebato, que entonces no acertaba á explicarse, les dió repetidamente las gracias, por todas las obras de misericordia, que en beneficio suyo habían practicado, y les presentó á Luís toda confusa, sin sospechar de qué modo había llegado hasta allí.

De repente le acometió un golpe de tos, que á todos

Digitized by Google

alarmó. Luís la sostuvo apasionadamente, auxiliándola espantado, al advertir que la invadía otra vez aquella palidez cadavérica, aquel sudor frío de antes. Ella se esforzaba por reanimarse, por tranquilizar á todos, quería hablar y pugnaba por arrancar la telilla que se le ponía en la laringe, por desahogar bien los pulmones que otra vez sentía contraídos y produciendo hondo estertor. ¡No quería morir! ¡No! ¡No moriría! ¿Por qué ardían tantas luces desde media tarde? Porque la vista se le velaba y ella misma las había hecho encender sedienta de claridad. Pero ahora veía bien; podía contar hasta la última pestaña de Luís. No estaba en peligro, no; aquella opresión de pecho le pasaría; quizás tuviese mucha ropa encima.

Y quiso quitarse alguno de los mantones y Luís veía con terror cómo se escapaba la ropa de aquella mano de cera, engalanada con la sortija que él le regaló. Todo lo que alcanzaban á hacer los dedos era arañar el mantón por encima; iban perdiendo visiblemente las fuerzas... ¡Ah! ¡Dios del cielo! Él, que daría entonces toda la sangre de sus venas para devolverle la salud!

Por fortuna llamaron á la puerta y entró el cura de la parroquia, con el confesor y el sacristán. Sión llevó la lámpara de la cocina y el tintero al cuarto de su madre; el confesor asentó los nombres, el cura se revistió de sobrepelliz y estola y entraron en la habitación de la enferma. Serían testigos Castellfort y el carpintero, á quien su mujer había ido á buscar, escapada.

La señora Madrona, en su afán de hacer bien las cosas, había improvisado un altar en la mesita de la alcoba, sustituyendo todo el arsenal de medicinas que la ocupaba, con un Crucifijo alumbrado por dos cirios, que difundían su resplandor sobre el blanco mantelillo y por las enjalbegadas paredes sobre las que se dibujaba la sombra confusa de personas y objetos. El

Digitized by Google

confesor suplicó que saliesen de la alcoba todos los que no hubiesen de tomar alguna parte en el acto y luégo todos los presentes se colocaron en la oportuna disposición. Á la cabecera de la cama, Luís profundamente conmovido, sin abandonar á la moribunda; a su lado, medio vuelto hacia la santa imagen y los novios, el celebrante; y detrás de éste los testigos. Todos los demás á respetuosa distancia contemplando la ceremonia, reunidos en medio de la salita. Vagaban los ojos, de la enferma al sacerdote, de éste á la enferma, que parecía recobrar otra vez buen aspecto, pintada en su rostro la dulce expresión de la Joconda.

Reinaba solemnísimo silencio: la curiosidad ahogaba el llanto del enternecimiento.

El sacerdote pronunció entonces con voz solemne la fórmula sacramental:

—Señora doña Antonia Camps y Vinyas, ¿queréis al señor don Luís Oliveras y Fortuny por vuestro legítimo esposo y marido, por palabras de presente, como manda la Santa Católica y Apostólica Iglesia Romana?

—Sí, quiero—contestó, conmovida, Toneta.

—¿Lo otorgáis como esposo y marido?

—Sí, otorgo.

—¿Lo recibís?

—Sí, recibo.

—Señor don Luís Oliveras y Fortuny ¿queréis á la señora doña Antonia Camps y Vinyas por vuestra legítima esposa y mujer, por palabras de presente, como manda la Santa Católica y Apostólica Iglesia Romana?

—Sí, quiero—contestó Luís con voz humilde.

—¿La otorgáis como esposa y mujer?

—Sí, otorgo.

—¿La recibís?

—Sí, recibo.

—Dénse ustedes ahora las manos derechas—prosiguió el cura con la misma entonación. Y bendiciendo

Digitized by Google

aquella unión, murmuró á media voz:—*Ego vos in matrimonium conjungo in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. Amen.*

Y echada la bendición, se retiró solemnemente, seguido de los testigos, atravesando por entre los espectadores silenciosos que le abrieron calle. Á todos sorprendió la brevedad de la ceremonia, en la que esperaban algo de original y más complicado. ¡Pero nada, ni plática, ni epístola de San Pablo, ni bendición del anillo! Á las muchachas les parecía imposible que con tan pocas palabras se ligase un nudo tan apretado y perdurable.

El júbilo que respiraba Toneta despertó esperanzas y animó á todos á dar la norabuena á los novios, y, uno tras otro, fueron despidiéndose los de fuera de casa, ya esperanzados y conmovidos. Lo que habían presenciado parecíales un sueño.

—¡Vamos á ver! ¿Y usted qué opina?—preguntaba Castellfort al confesor en el umbral de la puerta de la calle, mientras su señora desaparecía en el fondo del carruaje.

—Que no llega á mañana. ¡He visto tantas enfermedades del corazón!

Y eran las cuatro de la madrugada cuando, mientras el niño sonreía angelicalmente en la cama de la nodriza, el alma de su madre volaba al cielo y su padre caía prosternado, inundando en llanto la mano helada, que hasta aquel momento había tenido estrechada con amor.

Digitized by Google

EL CHICO DEL PANADERO

Digitized by Google

Digitized by Google

I

Todas las mañanas á las ocho, como si obedeciese al retintín de un despertador, abre los ojos una nena de cuatro años.

La primera palabra que se escapa de sus labios es «mamá»: la primera que balbucearon y que, de fijo, pronunciarán con ternura mientras tengan vida.

La madre cierra el devocionario que leía con recogimiento, á la indecisa claridad que penetra por las rendijas, y abre un postiguillo del balcón, por donde entran la luz y el sol, inundando el aposento de alegría.

Tierna como una flor de mayo, la niña levanta su cabecita, se restriega los adormidos párpados, con sus blandos y regordetes puñitos y pronto salta de la cama á colgarse del cuello de su madre, prodigándole mil besos que resuenan como los pitíos en un nido.

—¿Quién es la hermosa del mundo?—dice la madre estrechando al angelito contra su pecho y devolviéndole estrujones y besos.

Y la niña empieza á relatar los sueños de la pasada

Digitized by Google

noche, en los cuales figura casi siempre la muñeca que, entretanto, yace desmayada á los piés de la camita, el canario que gorjea ya en el comedor, como si quisiese despertar á su amiguita, y, alguna que otra vez, un sereno de voz bronca ó un trapero con el saco repleto de los chicos que no han sido buenos, reminiscencia del cuento del coco.

—¡Has soñado con un *sereno!*... ¿y te daba miedo? ¿Qué, te hablaron ayer las muchachas de *serenos?* ¡Cómo te engañaron esas pícaras, hija mía! ¡Sí, te engañaron! Mira, los *serenos*...

—Sí, mamá; cogen á las niñas...

—No, amor mío, los *serenos* guardan á las niñas, guardan á sus papás y á todo el que es bueno, y no cogen más que á los malos. Tú no eres mala y á ti no te cogerán, á ti te quieren.

—Sí que me quiere el sereno, sí, que siempre me trae anises... Y, ¿sabes quién me quiere también? El *chico del panadero*...

—¿Quién es el chico del panadero?

—El chico que trae el pan todas las mañanas, ¿no sabes?

—Ah! sí; ¿y tú le quieres también?

—Sí; hoy me va á traer un bollo.

—¡Un bollo!

Y la madre se ríe mientras acaba de vestir á la niña.

—Ahora, á rezar. Á ver, diga usted el padre nuestro.

—Llaman, mamá, que llaman: ¡debe ser el chico!—dice la niña removiéndose y queriendo escurrirse de las manos de su madre.

—Ven aquí, ven aquí, aturdida, diablejo, estáte quieta.

Y ríen hija y madre, pugnando la una por escaparse y la otra por detenerla, ya estirándose, ya dejándose caer, ya corriendo una y otra hasta la puerta del cuarto, ya volviendo la primera prisionera de la segunda y

Digitized by Google

siempre entreverando las risas con candorosos besos.

Aquella habitación es un pedazo de cielo. Desde los cuadritos de género moderno que representan escenas parecidas á las de la madre y la hija, hasta el papel de las paredes, de color perla, con guirnaldas de flores y nidos de tórtolas, todo es adecuado y risueño; en todo se contempla el gusto sencillo y regocijado de un alma tan candorosa, como modesta. Los muebles, desde la cama al velador, son ligeros, esbeltos, de maderas claras y forma elegante. El sol se estrella en todo cuanto hiere, y después de reflejarse en el agua y el espejo del lavabo, juguetea con sus inquietos rayos sobre las medias-cañas doradas del techo, animando al paso las flores de la jardinera, suspendida en el centro de la habitación.

Mil veces se me ha ocurrido que si los pajarillos conociesen este recinto, habían de escogerlo como deliciosa pajarera.

Al fin, suenan de nuevo el timbre de la puerta y el confuso rumor de repetido traqueteo sobre ella.

La nena se escapa á todo correr.

II

No se había equivocado. Es el chiquillo del panadero; un rapaz espigadito, rubio, cuya humilde posición declaran su blusita á rayas azules, su pantalón de pana y sus alpargatitas.

Es tan jovencillo, que no puede subir el cesto hasta aquel cuarto; lo deja en el primer descanso de la escalera y solamente sube dos gruesas y largas barras que

Digitized by Google

trae cruzadas y abrazadas sobre el pecho, como si le inspirasen viva ternura. Parece la estatua del mártir del trabajo, celoso de su propia cruz.

Si no llamase más que con el timbre, la niña podría confundirle con cualquiera, por eso se pone á traquear la puerta, á silbar, á darle con los piés, cual perro fiel que se desvive por ver á su amo.

Y metiéndose por entre las faldas de la criada que abre la puerta, sale la niña, cuyo rostro, así como el del rapaz, resplandecen de alegría.

La blancura de la niña, que rivaliza con la de su nevado delantal, contrasta vivamente con el rostro y traje polvorientos del prematuro trabajador. Es aquella la imagen del bienestar y de un sonrosado porvenir; es el otro la predestinación al trabajo con todas sus consecuencias.

Hacía poco tiempo que se conocían; pero desde el primer día quedó establecida entre ellos esa secreta corriente de confraternidad que, á despecho de todas las desigualdades y prevenciones, que tanto separan á los hombres, une á todos los seres inocentes.

Comenzaron por mirarse y sonreirse, después se tocaron suavemente la ropa, antes de decirse nada; y rompiendo al fin el hielo del infantil rubor, sostuvieron animados diálogos, y uno y otro esperaban cada día el momento de verse, cual si fuesen dos enamorados.

No tardó en nacer entre ellos el deseo de obsequiarse mutuamente, cambiando florecitas, estampas, confites y otras frioleras, de las cuales tocaba siempre al chicuelo la mejor parte. Cualquiera hubiese podido creer que nacía en ellos el sentimiento del amor.

Digitized by Google

—¿Has perdido la pelota que te dí ayer?—preguntó la niña.

—Mírala—contestó él sacándola del bolsillo.—¡Oye! Hoy te traigo el bollo... y te lo traeré todos los días.

—¡Ay qué gusto! Le daremos también al canario.

Y tirándole de la mano, la niña se llevó á su compinche al comedor, en donde hasta entonces nunca había entrado. Ya el canario parecía estar esperándoles, posado de través en su cañita y con las doradas alas á punto de saltar hacia los alambres.

—¡Mírale qué precioso! ¡Titit, titit!... Coge una miguita y dásela; yo por este lado y tú por el otro.

El canario salta de los hierros á la caña, de la caña á los hierros, ya á la derecha, ya á la izquierda, picando, dando agudos pitíos, sin saber á dónde volverse, aleteando y batiendo la colita con sin igual viveza. Los niños parecían dos flores, el canario una mariposa, y á veces las alas de éste y los rizos de aquellos se confundían en una sola hoja de oro que rizaba un soplo mismo.

Entretanto los padres de la niña, sonrientes de felicidad, contemplaban aquel juego inocente, abrazados por la cintura, como para apretar más los vínculos de protección y de defensa que para la vida de su hija habían formado. El anillo de boda, herido por el sol, brillaba en el dedo de la madre como la estrella de la felicidad, deslumbrando al pobre panaderillo, cada vez que sus ojos tropezaban con aquel destello.

Cansados ya de dar vueltas en torno á la jaula, llevó la niña al amigo á enseñarle un verdadero almacén de juguetes. El pobre sonreía, intentaba de vez en cuando marcharse, como *hombre* esclavo de su obligación. Pero la niña lo retenía, llamándole la atención sobre cada una de aquellas prodigalidades del amor paternal.

Ya daba cuerda á una muñeca vestida de amazona que salía disparada sobre su caballito y empezaba á

Digitized by Google

dar vueltas como en la arena de un *circo;* luégo le enseñaba un salón de baile en miniatura, alhajado con una magnificencia capaz de despertar en el pobre chico peligrosas ambiciones; venían por último las cajas de sorpresa, estereoscopios, aros con cascabeles, pelotas, cuentas de vidrio, y, en fin, como antes hemos dicho, toda una tienda de prodigalidades, todo un metrallazo de deseos que, inconscientemente, podía clavarse en el corazón del pobre muchacho.

—¿Verdad que es muy bonito?—preguntaba la niña con todo el candor de la inocencia.—Mira: esto y esto y estas vistas, me lo trajeron los reyes. El salón y la cocinita me lo compró papá después del sarampión. Este cochecito era para ir á paseo cuando aún no andaba yo, cuando era pequeñita... ¿sabes? Ahora ya no me llevan nunca... ahora ya soy grande... ¿verdad?... Y tus papás, ¿no te compran juguetes?

El niño la escuchaba con bondadosa sonrisa.

—¡Qué! ¿No tienes tú papás?

Una sombra de tristeza cubrió la frente del niño, y después de un momento de reflexión, contestó:

—No.

La niña frunció el entrecejillo.

—Pues entonces, ¿quién te compra los juguetes?

—Nadie.

—¿Te los traerán los Reyes, eh?

—Tampoco.

Si dura más el interrogatorio, rompe á llorar el chico. Una niña más pequeña que él, le hacía pensar por primera vez en su triste suerte.

El panaderillo era inclusero, y de las manos de la nodriza encargada de criarle, pasó á poder del panadero á quien servía, sin que él mismo se hubiese percatado exactamente de cómo había sucedido aquello. Recordaba que muchos le llamaban incluserillo, pero nunca se había preocupado del sentido de esta pala-

Digitized by Google

bra; también se acordaba de que nadie le había comprado juguetes; y al contemplar aquella aureola de amor en torno á la niña, se fijó por vez primera en su propia suerte que le pareció harto desventurada. Pero no por esto vió con bastante claridad su origen, ni su presente, y, mucho menos, lo que nadie puede prever, su porvenir.

¡Por dicha suya, tenía pocos años! Así que no se preocupó por su suerte, ni la falta de padres, siempre para él desconocidos, dejó en su corazón más rastro del que deja el relámpago en el cielo.

No tardó en distraerse, y con la pelota y un par de cuentas de vidrio que le regaló su amiguita aquel día, bajó las escaleras de tres en tres, precedido por aquellos objetos que hacía saltar por los escalones como alborotada vanguardia de una pandilla de duendes.

III

Al llegar abajo el chico, se quedó como clavado en el suelo, frío, medio muerto. El cesto del pan había desaparecido.

Las cuentas y la pelota, abandonadas, rodaron lánguidamente hasta la calle, mientras el pobre muchacho, acurrucado al pié de la escalera, lloraba amargamente. ¡Cómo iba á presentarse delante de su amo! ¡Qué sería de él! ¿Á dónde iría á dormir?... ¡Quizás á la cárcel, en lugar del ladrón que le había robado!

—¡Ay! Madre.... madre mía!—gritaba la infeliz criatura perdida en el desierto de la vida, sin que nadie contestase á su voz. Pensaba en la niña de arriba,

Digitized by Google

tan querida de sus padres, tan afortunada, tan libre de semejantes peligros... y los sollozos le ahogaban.

—¡Ay, madre!... ¡madre mía!—repetía en su desconsuelo; pero la gente que discurría á dos pasos de él, quizás la misma persona á quien le pedía amparo, seguía indiferente su camino. Y no porque el desdichado estuviese, como el verdadero dolor, escondido de la vista de los hombres. Lo mismo hubiese sido que lo estuviera. ¿Qué importa un niño que llora? ¿Acaso no lloran todos? ¿Á qué investigar la causa? ¡Dejad, pues, que se pase la aflicción del pobre expósito en la sombra, que es el elemento de su existencia! Ya le consolará el tiempo, compañero el más constante del hombre.

Ved: hasta otro niño, inocente como un ángel, va á clavar otra espina en el ya harto destrozado corazón del panaderillo, apropiándose sus cuentas y su pelota, el único patrimonio que éste debía á la generosidad humana! ¿Pero qué importa?... ¡ya se consolará el pobrecillo cunero! El valor de aquellos objetos, por más que representen la única ilusión de un desgraciado de nacimiento, no merece la pena de llorarlos.

No lo vería así el infeliz cuando con las manos metidas en los bolsillos, iba corriendo por las calles, presa del mayor desconsuelo.

Ni él mismo sabía adónde iba; el deseo de tropezar con un desenlace cualquiera le encaminaba hacia la tienda de su amo; el azoramiento le empujaba por caminos opuestos.

IV

Á la mañana siguiente, la nena esperó en vano á su amiguito. No oyó traqueo en la puerta, ni silbidos;

Digitized by Google

tras de un golpe de timbre, apareció un mozallón de veinte años, cubierto el ancho pecho con una manta blanca y llevando al hombro un gran cesto del que sacó, con gran disgusto de la niña, el pan que antes traía el chico.

Por tres días consecutivos recibió igual desengaño.

—¿Y el chico?—preguntó el tercer día.

—Ya no volverá.

—Sí que volverá—replicó la niña dando pataditas en el suelo.

—¡Si ya no está en casa! Era muy malo—añadió el panadero.—¿Para qué quieres al chico?

—¿Me traerás tú bollos también?—dijo sencillamente la niña.

—¡Ah! ¿Quieres bollos? Pues ya lo creo: todas las mañanas tendrás bollo de leche y seremos amigos, ¿eh?

Y la nena con la esperanza que esta promesa le ofrecía, se fué corriendo al comedor y dando saltos de alegría.

—¡Titit!—dijo al canario.—Mañana tendremos bollo.

Digitized by Google

Digitized by Google

El Trasplantado

Digitized by Google

Digitized by Google

I

El señor Daniel, ó sea el Tahonero de las Monjas, si lo quieren ustedes conocer por su nombre popular, entregado en cuerpo y alma al trabajo desde muy joven, viendo cómo sus gotas de sudor caían en el cajón, convertidas en monedas de plata y de oro que guardaba su mujer más que como instrumentos de cambio, como medallas honoríficas, era un hombre feliz y no creía que hubiese en el mundo otro pueblo tan hermoso como el suyo.

Debido á su imperturbable felicidad ó quizás á que la harina alimenta hasta con el olor, había conservado siempre la mayor robustez, acabando por tener tal abdomen y tal obesidad, que casi daba grima el verle. Y digo casi, porque el color sano de su rostro, la tranquilidad de su mirada y la sonrisa permanente en sus labios delataban tal contentamiento y tanta salud, que era imposible conservar el sentimiento de compasión que, al primer golpe de vista, podía infundir el aspecto de aquella deforme humanidad.

El aburrimiento, el cansancio de la vida, las enfermedades éranle desconocidos. La felicidad del Taho-

Digitized by Google

nero de las Monjas era proverbial en el pueblo y en toda la comarca.

No había podido librarse, es verdad, en los sesenta años de edad que ya contaba, de esas desgracias que afligen á todos los hombres, como pérdidas de familia y entre ellas la muy dolorosa de su mujer; pero todas las penas, hasta las más hondas, eran de poca duración para el señor Daniel, gracias á su buena pasta, mucho mejor que la de los panes que enhornaba y gracias también á la *filosofía* y *religión* de que en casos tales sabía revestirse.

Para todo el mundo tenía siempre alguna palabra, y nadie pasaba por delante de su casa, sin darle los buenos días ó sin preguntarle *si tomaba el fresco*, ó *el sol* ó si *estaba haciendo tiempo*.

La popularidad que á tanta gente desvanece, era el flaco del Tahonero de las Monjas, y en granjeársela ponía todo su empeño, procurándose las simpatías de pobres y ricos, halagando á todos y no ofendiendo á nadie.

Esto que no deja de ser difícil en todas las esferas sociales lo es en grado extremo en los pueblos; pero como el instinto á todo alcanza y el señor Daniel lo tenía para ello y además poseía la patente de *ser inofensivo*, fácilmente logró su objeto. Así consiguió *meterse* con el doctor Andreu, hombre sapientísimo de la localidad á quien escuchaban con la boca abierta todos los vecinos formular preguntas sobre historia, geografía ó astronomía y que él les hacía poco después de haber aprendido de memoria las respuestas, así como los refranes y *sentencias* que, cual otro Sancho Panza, soltaba por aquella boca, viniesen ó no á cuento.

En una de aquellas pláticas que, por lo instructivas, sin duda calificaba el doctor Andreu de conferencias, dijo un día que «en la aldea, se empobrece, se envejece y se envilece.»

Digitized by Google

Ignoro si al expresarse así lo hacía el buen doctor reconociendo que él había venido á menos ó si era que creía en la posibilidad de que sus oyentes hubiesen sido unos sabios alguna vez. Tampoco sé que el señor Daniel tuviese motivos para creerse postergado en aquel pueblo donde había nacido y en donde vivía tan dichoso. Lo que sí sé es que el corazón humano ofrece absurdas rarezas y que por una de ellas quizás, dió aquella sentencia mucho en qué pensar á nuestro sencillo Tahonero, quien, desde aquel instante, comenzó á acariciar el deseo de salir algún día de su pueblo, en busca de nuevos horizontes, como diríamos nosotros. Sé, por fin, que, debido á aquel fenómeno, el señor Daniel vió con gusto á su hijo mayor marcharse á Barcelona á aprender el oficio de peluquero, no obstante la pena que, de una parte la separación, de otra el romper con la rutinaria costumbre de dar al mayorazgo el mismo oficio del padre, podían ocasionarle. ¡Quién sabe si el buen hombre creía que á su hijo podría entrarle la ciencia por los dedos, peinando académicos y señorones, á los que son autoridades en todas cosas y lucen cruces y bandas!

Sea de ello lo que fuere, es lo cierto que el hijo del «Tahonero de las Monjas» hizo su aprendizaje en Barcelona, y en la época á que nos referimos se disponía á abrir un *salón* por su cuenta, invirtiendo en su instalación y ornato, una buena parte de las medallas con tanto esmero guardadas por su madre.

El establecerse en *salón* propio tenía demasiada importancia para realizarlo sin la presencia del señor Daniel y, como era natural, fué su hijo á buscarle y se lo trajo á Barcelona en donde aquél no había estado nunca.

Hallábase situado el salón en la Rambla y debía inaugurarse solemnemente en el día siguiente al de la llegada. Era no sólo bonito, sino verdaderamente lujoso. Miguelillo, que en el mundo industrial llevaba por nom-

Digitized by Google

bre de guerra *el Rumboso*, tenía más gramática parda que su maestro *Fígaro*. Había comprendido su época; sabía cuán reproductivos son hoy día ciertos gastos y no quería ahorrar nada. Así, no satisfecho con haber puesto un *salón*, como no había otro en España, creyó conveniente calentar la cosa en los periódicos, y siguiendo el ejemplo de toda empresa, resolvió dar un banquete á los representantes de la prensa periódica, según la frase consagrada.

Llegaron á Barcelona él y su padre la víspera por la noche. Ya hemos dicho que el bueno del Tahonero no conocía la ciudad y fáltanos añadir que tampoco había visto nunca alguna otra de igual importancia. Juzgue el lector de sus impresiones, mucho más profundas que las que experimenta en tales casos cualquier niño á quien falta siempre suficiente criterio para penetrarse del valor absoluto de las novedades, y conocimiento cabal de lo que ha visto, para compararlo con lo nuevo.

Pocos kilómetros antes de llegar, no acertaba ya el señor Daniel á darse cuenta de lo que le pasaba, al contemplar las extensas hileras de faroles que unas veces veía enteras, otras interrumpidas á trozos según las curvas ó pasos á nivel que el tren iba recorriendo. Ningún barcelonés ha visto nunca la ciudad tan grande como aparecía á los ojos del forastero. El hijo de éste contribuía en gran manera, además, á agrandar la impresión.

—¿Ve usted, padre, aquella hilera á mano izquierda por donde corren farolitos de colores? Es el paseo de Gracia. Las otras transversales son calles del Ensanche.—Mire usted á la derecha: toda aquella fila tan larga de faroles es un camino, el camino de Sans. Allá arriba está Montjuich. ¿Lo ve usted ahora que ha salido la luna de entre esos nubarrones? ¿No distingue usted por debajo, allá á lo lejos, un gran esplendor? Es el mar. ¡Ahora que le da la luna.... mire usted

Digitized by Google

qué magnífico! ¡Parece talmente un lago de plata hirviendo!

El señor Daniel miraba á la derecha, á la izquierda, arriba, abajo, á la tierra, al cielo y le faltaba poco para sentirse mareado. Una pared, una casa, un desnivel de la vía, la misma velocidad del tren, le hacían ver los faroles relampagueando con tan extraña movilidad, que á veces los confundía con las estrellas y llegaba á perder la noción del cielo y de la tierra.

—Venga usted á este otro lado. ¡Ahora sí que se ven faroles!

El señor Daniel ponía unos ojos como naranjas.

—Si fuese de día le enseñaría á Pedralves, Sarriá, Vallvidrera, San Gervasio, Gracia, un caserío que no acaba nunca. Ya nos vamos acercando.... ¡Hola! El tren de Sarriá.... Mire usted este terraplén que atraviesa la vía; ahora va á pasarnos por encima otro tren.

El Tahonero, harto mareado ya, casi no comprendía cómo podría pasar un tren por encima de ellos, sin aplastarlos; y estuvo á punto de santiguarse.

Por fin silbó la máquina, y ya parado el tren, aparecieron los empleados de la estación á recoger los billetes, deslumbrando con sus brillantes é inquietas linternas á los viajeros.

Entretanto, siguiendo el señor Daniel la indicación de su hijo, contemplaba la pesada mole de la Universidad que, envuelta en la sombra, semejábasele una monstruosa muralla, flanqueada por dos grandes castillos.

Digitized by Google

—¿Ha visto usted aquella aguja tan esbelta de más abajo? Es un convento de monjas: las Adoratrices. Hemos pasado también las Arrepentidas, San Juan de Dios, y otros conventos. Todo eso está lleno de conventos. Los frailes y las monjas la entienden como siempre; esta es la parte de mediodía.... Ya volvemos á andar; ahora nos empuja por detrás la máquina. Venga usted: ¿ve usted esas cuatro filas de faroles? son la Gran-vía: una calle que tendrá, lo menos, cuatro leguas de largo.

Empezaron á rechinar los frenos y las ruedas fueron arrastrándose perezosamente.

—¡Ea! Ya hemos llegado—dijo el Rumboso, guardando en el bolsillo la gorra y poniéndose un sombrero muy elegantón.—Avíese usted y mucho ojo al reloj... que andan por aquí unos pájaros...

Renunciamos, en obsequio al lector, á describir minuciosamente cada una de las impresiones que nuestro buen hombre fué recibiendo al recorrer la Rambla. Los faroles de color, de los coches, que corrían en diversas direcciones, la gente que ocupaba la imperial de los del tran-vía, los torrentes de luz que salían de las tiendas, los grupos de personas paradas delante de ciertos escaparates, la muchedumbre que paseaba por debajo de los árboles, los farolones de los anunciantes: todo ofrecía á sus ojos extraña novedad y acababa de marearlo.

Parecíale Barcelona un cielo por lo iluminada, un infierno por su agitación. No sabía si le gustaba ó no; deseaba llegar á casa y al mismo tiempo hubiese querido no llegar demasiado pronto.

Aquella vacilación de su espíritu le dejó rendido. Por esto, cuando después de haber cenado, se vió en la cama, respiró el hombre con satisfacción y cerró los ojos para dormir. Pero era inútil; su agitado ánimo parecía más empeñado que nunca en no descansar.

Digitized by Google

Si abría los ojos, le parecía distinguir entre la oscuridad que los ángulos superiores é inferiores de la estancia se hundían ó se elevaban como los del camarote de un barco, entregado á la perpetua movilidad de las olas. Si los cerraba, veía un enjambre de lucecitas de todos colores revolando en inmensa constelación desligada de toda ley física. El señor Daniel no sabía qué hacer en aquel lecho de tormento y más de una vez pensó en levantarse. Por fin el amodorramiento pudo más que la excitación nerviosa, la habitación permaneció envuelta en las tinieblas tranquilas é impenetrables de la noche; las lucecitas se fueron ahilando hasta convertirse en sutilísimas líneas de pálido fulgor y el espíritu del señor Daniel se deslizó pausadamente por la suave pendiente del sueño, en donde toda conciencia vital se desvanece.

No fué día de menos emociones el siguiente. Mañana y tarde discurrió por Barcelona parándose á cada paso delante de los escaparates y á respetuosa distancia de los coches que veía venir hacia él.

La vista del puerto con su bosque de mástiles y cordajes por entre los cuales apenas se vislumbraba el interminable hormiguero de la Riba; los coches de lujo con sus arrogantes troncos y sus galoneados lacayos; la Plaza Real con su agradable simetría y su limpieza; la Rambla con su murmurio y el Paseo de Gracia, lleno también de movimiento y de vida, tenían al señor Daniel embelesado.

Pero sumadas todas las impresiones del día, no alcanzaban á poderse comparar con las que le proporcionó el banquete de aquella noche.

El señor Daniel no cabía en su amplio chaquetón cuando contemplaba á su hijo rodeado de los representantes de la prensa, quienes, paseando la mirada ya por las paredes ya por la mesa, y mientras esperaban las viandas, colmaban de elogios al anfitrión, por

Digitized by Google

la riqueza y buen gusto desplegados en el establecimiento, y le auguraban un gran porvenir. Los espejos, las lámparas y tocadores y sobre todo las pomadas, aceites, esencias y cosméticos de procedencia inglesa, verdadera novedad que el flamante peluquero les enseñaba para mejor acreditarse, eran minuciosamente examinados y alabados con el mayor entusiasmo.

No podía el Rumboso dejar de serlo en aquel momento, y con un guiño expresivo hacía que uno de los aprendices fuese empaquetando los frasquitos y tarros que más elogios merecían, sin pararse en que con esto perdía el escaparate toda la simetría y abundancia que á primera hora presentaba.

Al «Tahonero de las Monjas» le faltaba muy poco para llorar de alegría. Su hijo era un sabio. ¡Ah! ¡Bien decía el doctor Andreu que *en la aldea se empobrece, se envejece y se envilece.* ¿Cuándo hubiese Miguelillo tratado con tanta gente de letras ni aprendido á vivir entre ellos con tanta confianza é intimidad? La perspicacia del viejo, por poco cultivada que estuviese, empezaba á ver en todo aquello cierta corriente secreta de utilidad, que su hijo explotaba con toda la refinada malicia de un cortesano ó, si se quiere, de un industrial del día. Como se dice en el país, en el acertijo del fuego, «todavía estaba el padre naciendo, cuando ya andaba el hijo saltando por los tejados.»

Durante el banquete que, como era de rigor, se había encargado á un *reputado restaurant*, por más que se verificase en la misma peluquería, fué escasa la conversación al principio, se animó poco á poco, á medida que las viandas y el vino empezaron á exaltar las cabezas, y al aparecer el *champagne*, estalló en toda su fuerza.

El peluquero, sin inmutarse, y como si á ello estuviese habituado, levantó la copa y pronunció un verdadero discurso en el cual «la prensa, la voz de la

Digitized by Google

opinión pública, la gran palanca del progreso y de la civilización,» quedaba colocada sobre todos los poderes del mundo; «porque—decia el orador—nadie como vosotros se asocia para proteger toda empresa, por humilde que sea.» «La prensa, lo mismo asiste á los convites de Palacio que á los de un modesto industrial como yo; ya nunca á nadie desdeña y la misma confraternidad que guarda entre todos sus representantes sin distinción de partidos, dispensa á todas las clases sociales.»

Los comensales aplaudieron estrepitosamente; el Tahonero lloraba y reía á la vez.

Entonces comenzaron los brindis de los periodistas. Uno, en nombre de la prensa, no barcelonesa, ni española, sino del universo, dió las gracias al peluquero por los elogios que había prodigado á la «institución más grande de la época presente.» Otro trató de demostrar que no hay acto humano que pueda dejar de ser útil á la obra del progreso por insignificante que sea, y añadió que, por esto, la prensa, como había dicho muy bien el dueño del establecimiento, no se desdeña de asociarse á la más pequeña de las empresas, protestando, empero, de que pudiese calificarse de pequeña la de una peluquería, en donde aparecen unidos el arte de la decoración, que purifica el gusto, y el arte de cortar el pelo, que redondea y perfecciona la cabeza del hombre civilizado, en tal manera, que á la primera ojeada se puede distinguir de la del salvaje.

La frente del Tahonero de las Monjas estaba á punto de estallar.

Otro, con datos estadísticos que traía apuntados en la memoria, probó que en el mundo civilizado no hay todavía más que un peluquero para cada cincuenta mil hombres, y que si bien en Barcelona no existía tal desproporción, podía asegurarse, con todo, que el servicio no estaba bastante explotado y que, por lo

Digitized by Google

tanto, la nueva peluquería tendría muy pronto gran parroquia.

Esta última palabra inspiró otro brindis en el que se sostuvo que el arte de cortar y peinar el pelo no era indiferente ni al mismo catolicismo, como lo demostraba la diferencia de peinados que usaban los frailes y los edictos de excomunión que en tiempos antiguos había tenido que expedir la Iglesia contra ciertas modas exageradas, que en Inglaterra y otras naciones daban al hombre y á la mujer aspecto de seres monstruosos; de todo lo cual deducía el orador, que la inauguración de una peluquería no carecía, en realidad, de importancia, ni de interés para todo aquel que estudia la esencia de la civilización y no cree que sea elemento de progreso todo lo nuevo, sino todo lo bueno.

Yo no diré lo que pasaba por el entendimiento del tahonero. ¡Todo aquello le parecía un sueño! ¡Estaba rodeado de sabios mucho más sabios que el doctor Andreu... y quien los había reunido, quien los obsequiaba y recibía sus elogios era su Miguelillo!

Una vaga aspiración á ser conocido entre todos aquellos caballeros tan ilustrados surgió en el ánimo del señor Daniel. Aquel espectáculo de promiscua confraternidad entre personas á quienes veía con los ojos de una dorada ilusión, le transportaron á la esfera de los más candorosos entusiasmos. Recordó la *sentencia* del doctor Andreu y nunca como entonces la encontró exacta. Todos los vecinos de su pueblo le parecieron dignos de profunda conmiseración. Vivir en Barcelona era vivir. Lo que había visto de día, lo que á la sazón estaba viendo era un sueño que le invitaba á convertirlo para sí en perpetua realidad. Estaba decidido; á la vejez iba á hacerse ciudadano de Barcelona. Entróle el afán de vivir entre *personas*, y sintiéndose en cierto modo superior á sí propio, quiso también brindar.

Digitized by Google

El Rumboso, que estaba al otro extremo de la mesa, disimuló con forzada sonrisa el temor de que su padre hiciese alguna barrabasada. Callaron todas las voces, todos los ojos buscaron sobre el mantel un punto donde fijarse. Este silencio desconcertó al nuevo orador aun antes de despegar los labios; pero había contraído el compromiso; su corazón quería hablar.

—Señores—dijo al fin el señor Daniel;—estoy muy agradecido... pero mucho... y... brindo á la salud de ustedes y de toda su familia... y... no digo más, porque no puedo.

Y cayó desplomado sobre su asiento, arrasados en lágrimas los ojos, mientras el auditorio en masa lo ensordecía con sus aplausos, mordiéndose los labios.

Dos ó tres discursos más, de otros tantos periodistas, coronaron aquel monumento de oratoria, y antes de servirse el café, vino la gran sorpresa que, con el mayor sigilo, tenía preparada el Rumboso.

Tratábase de una especie de urna de metal blanco, cubierta y de elegante forma etrusca. Colocada en el centro de la mesa, nadie había creído que pudiese ser otra cosa que un objeto de adorno destinado á aumentar su magnificencia, entre las flores, los candelabros, las copas, botellas y cubiertos, en los cuales se reflejaban las luces del gas deshaciéndose en mil colores, á cual más vivo é inquieto. Pero no era este el destino de aquella urna.

Levantóse Miguelillo, apretó el botón en que remataba la figurada sobrecopa, y por cien surtidores, invisibles por lo pequeños, brotaron con fuerza otros

Digitized by Google

tantos rayos de aromática esencia que refrescaron la atmósfera del salón, harto cargada de humo, y la saturaron de deliciosa fragancia.

No hay que decir si fué celebrada la idea. Todo el concurso aplaudía á rabiar, y con la sibarítica fruición de romanos del bajo imperio, se empapaban deleitosamente en la suave rociada de aquel enervante rocío.

El perfumado vapor del café se elevaba hasta el techo ensortijándose con los círculos de humo de los cigarros; las bujías daban una luz más blanca y sutil; las bombas de gas tomaban un tono azulado, y un sopor de enternecimiento y bienestar embebecía los ánimos.

Al día siguiente, todos los periódicos de la ciudad, sin excepción alguna, describían la nueva peluquería cual un palacio de hadas, alababan todas las innovaciones importadas por el Rumboso, y citaban á los industriales que habían intervenido en el decorado, bien que incurriendo algunos, al hacerlo, en errores ó inexacta atribución de los respectivos nombres.

Digitized by Google

II

Las impresiones descritas y la fortuna que Miguelillo estaba haciendo, engendraron en el señor Daniel el deseo de traspasar su tahona y trasladarse á la capital, para pasar en ella los últimos años de su vida. Bastante había trabajado ya para que se le pudiese criticar que á la vejez se entregase al descanso. Su caudal se lo permitía, y además su hijo le ofrecía de buen grado amplia y cariñosa hospitalidad.

Con tales propósitos, se volvió el señor Daniel para el pueblo, en donde durante tantos años había vivido dichoso. Si no hubiese llegado á él con la firme resolución de dejarlo, quizás habría acabado de decidirle el triste desencanto que sufrió al pisar de nuevo aquellas calles.

Era en otoño y nuestro hombre llegaba al anochecer.

Los que sólo han visto los pueblos en verano, no pueden apreciar la tristeza que infunden á la entrada del invierno, y cómo crece esa impresión melancólica, cuando se ha ocultado el sol tras las montañas.

Digitized by Google

La primera golondrina que se ausenta es, para los pueblos, la precursora del aislamiento y del silencio. Tras ella marchan las demás dejando vacíos sus nidos, antes calentitos y animados, y que el viento y la lluvia descompondrán después. Las masías quedan cerradas á piedra y lodo; los pocos coches y tartanas *de lujo* van á aletargarse en las cocheras, donde no tardará en cubrirlas una capa de polvo y telarañas, y las diligencias no dan abasto para llevarse á los veraneantes que, durante tres meses, han animado el pueblo y sus contornos. Se han acabado las *fontadas*, los bailes y partidas de campo, las fiestas del pueblo, *festas majors*, con sus jaleos y alegría; toda la vida se reconcentra en las casas y muy pronto calles y caminos serán del exclusivo dominio del viento.

Cuando el Tahonero de las Monjas entró en su calle, se había extinguido por completo la luz del crepúsculo. Ya no encontró los corros de gente que pocos días antes tomaba allí el fresco, ni vió abierta la carpintería, con las piezas de madera en trabajo levantadas y arrimadas á la pared, muy regado el suelo y el comedor-tribuna que en el fondo se columbraba á la pálida vislumbre de una lámpara de petróleo á media luz.

Todo estaba cerrado; no se veía alma viviente, y sobre los desiguales tejados se tendía á guisa de toldo dentellado un lienzo de cielo azul *turquí* tachonado de estrellas. En medio de aquella soledad oyó el silbido de la garlopa, el gruñido de la sierra y los golpes del martillo en el taller del carpintero.

Tales ruidos llegaban amortiguados al corazón del buen Daniel quien, por una vaga asociación de ideas, vino á suponer que el tal carpintero estaba haciendo un ataúd.

Diez pasos más arriba retiñía un martillo sobre el yunque cual lejano esquilón, y por el postiguillo de su

Digitized by Google

puerta vió el señor Daniel á su vecino el cerrajero, quien entre el rojizo resplandor de una estrella de rayos y al compás de los martillos, estiraba ó encogía sus puntas como erizo de fuego en el tormento.

El señor Daniel empujó la pesada puerta de su casa apareciéndosele enfrente la encendida boca del horno, llena de brillantes llamas que saltando por el aire y lamiendo la estrecha puerta de su cárcel, parecían dar la bienvenida al dueño. Cundió la alegría por la tahona. Todo el mundo dejó el trabajo, rodeando al señor Daniel, quien no sabía á qué lado volverse, ni cómo contestar á las cien preguntas que á la vez se le hacían.

Cuando llegó á su habitación y se asomó á la ventana, como impulsado por cierto confuso deseo de comparación, ofrecía la calle la más triste soledad. Arrastrábase el viento por el suelo empujando polvorientos y alados fantasmas, la oscuridad envolvía las fachadas, y solamente el canto, casi perdido, de una madre que mecía á su niño, mezclado con el coro no menos flébil de unas costureras y el largo retintín de una cancela de campanillas que parecían escarnecer á las del canto de gloria, destruían el efecto de cementerio que todo aquello producía.

El señor Daniel se sintió contristado. Bullía en su cerebro toda Barcelona y en vano buscaba en su oscura calle aquellos atractivos que durante su vida entera le había encontrado.

—¡Si al menos hiciese luna!—decía para sí. Y era que le faltaban todos aquellos torrentes de luz que al cerrar la noche inundaban la ciudad Condal; la esplendente claridad de la peluquería; la iluminación *veneciana* de los coches y tran-vías que desde el balcón de casa de su hijo veía pasar en rápida carrera y haciendo caprichosos caracoleos.

No es preciso estar acostumbrado de mucho tiempo á la buena luz artificial. Basta haberla gozado alguna

Digitized by Google

vez para echarla muy de menos. Calcule, pues, el lector, lo que debía suceder á nuestro buen tahonero después de haber vivido en un establecimiento en donde, desde el negro sombrero de copa del parroquiano hasta el mismo mosaico del pavimento, todo brillaba, reflejando la clara luz de cien mecheros de gas.

Creyó ya imposible vivir alegre en aquel pueblo tan oscuro, tan sucio, tan solitario, y recordó el banquete á la prensa, el refrán del doctor Andreu, los medros de Miguelillo y los ofrecimientos que le hacía, con su propia promesa de aceptarlos, los motivos que tenía para descansar... y cerrando la ventana se metió en la cama más resuelto que nunca á abandonar su pueblo natal.

Digitized by Google

III

El traspaso de la tahona fué asunto fácil; mas no lo fué tanto el apartarse de aquellas paredes que, pasados todos los entusiasmos del primer momento y en cuanto empezaron á palidecer los recuerdos de Barcelona, volvían á ganarle el corazón ostentando toda la historia de una vida feliz, de pronto, y quizás sin bastante fundamento, menospreciada. Pero era muy firme la resolución; la tahona estaba ya traspasada; en el pueblo no le quedaba al tahonero más que una hija casada que no vivía con él, y en Barcelona viviría con su hijo, trataría con *personas* y mil diversiones le ayudarían á pasar el tiempo que aquí, ya sin trabajar, se le había de hacer insoportable. Además, por los veranos volvería al pueblo; ¿acaso no había de volver á ver ya nunca su casa?

Con que bien podía dejarla... Y aquel hombre que tanta tristeza sentía, pocos días antes, al volver á su pueblo, lo abandonó casi con pena, con lágrimas en los ojos, pero haciendo de tripas corazón.

Creemos, no obstante, haber pintado con bastante exactitud la intensidad de las impresiones que nues-

Digitized by Google

tro hombre había recibido en Barcelona, para que se comprenda que, en cuanto se vió fuera del pueblo—volvieron á prometerle mil delicias para el invierno.

En el seno de la colosal humanidad del señor Daniel se cobijaba un alma de niño, la cual, como todas sus semejantes, se sentía más inclinada á la alegría que á la tristeza. Así que, en cuanto vió de nuevo las filas de faroles que le anunciaban la llegada, el hombre olvidó ya la poesía de su casa y de su horno y pensó otra vez que entre aquello que dejaba y lo que la ciudad le ofrecía, no podía ser dudosa la elección.

Pero el señor Daniel olvidaba también que Barcelona no podía ofrecerle diarias novedades y que la fuerza de la costumbre, á cierta edad, es por demás avasalladora.

En su primera estancia, había recorrido casi toda la ciudad; su hijo, ocupado en la peluquería, no podría acompañarle, tendría que pasear solo, y si veinticuatro horas de renta son insoportables aun á los mismos vagos, ¡cuánto más no habían de serlo á un hombre acostumbrado al trabajo!

Al día siguiente de llegar empezó ya á tocar los resultados de esta situación. Acostumbrado á levantarse de la cama cuando las amasadoras habían dejado amasada una hornada de pan, despertóse á la hora de costumbre para él, pero que en la peluquería era desusada, y como ya no estaba allí como forastero y no quería perder la costumbre de madrugar, nuestro hombre saltó de la cama. El alba clareaba justamente lo preciso para que á su naciente luz pudiese vestirse el tahonero, adivinando al tacto cuáles eran las piezas de su traje que colgaban de las sillas, como telas de incierto color. El resto de la casa dormiría aún tres horas, y el mismo calorcillo y silencio que reinaban en dormitorios y salas, hacían andar de puntillas y contener la respiración al que acababa de levantarse. Éste, por otra parte, no

Digitized by Google

sabía dónde paraban las llaves de la puerta de la escalera y de la calle, y por lo tanto no podía salir de la casa. Si alguna vez se viese el lector en semejante situación, encerrado en un cuarto que por todo desahogo tiene una ventana á un patio, sabrá lo que es padecer y la angustia que debió pasar el señor Daniel aquella madrugada.

Así como en su pueblo pedía luna una noche, ahora pedía sol á la ciudad. Sus labios murmuraron:—*¡Por todas partes hay cien leguas de mal camino!...* y no pudiendo, al fin, soportar la sujeción de su encarcelamiento, atravesó las habitaciones, aun exponiéndose á interrumpir el sueño de la gente de casa, y abrió uno de los balcones que daban á la Rambla, para esperar más distraidamente á que se levantaran los demás.

Medio tropezando de sueño, los faroleros iban apagando el gas, que, todo amarillento, parecía estar ya fatigado de hacer visajes; alguno que otro coche cerrado, tal cual carro vacío y escasas personas medio perdidas por la desierta vía, constituían todo el movimiento de aquella Rambla, que en la noche de la llegada del señor Daniel le había mareado con su constante hormigueo. Pero, poco á poco, el velo ceniciento que se extendía desde el puerto á la montaña fué replegándose sobre ésta, barrido por una brisa tan fresca que bastaba á despabilar los sentidos más amodorrados. Los árboles enderezaron las pocas hojas verdes que aún conservaban y removieron su ramaje como para sacudir el sueño; bajo un cielo de azul purísimo relumbraron las puntas de los para-rayos, los hierros y los cristales de campanarios y miradores, semejando deslumbrantes estrellas; fueron abriéndose puertas y ventanas y un hormigueo de gente y de carruajes, que aumentaba por momentos, empezó á circular por todas partes, cual enjambre de abejas al rededor de su colmena.

Digitized by Google

Algo más tarde, los aprendices de la peluquería, como envidiosos de todo cuanto reposaba, vinieron á despertar el salón á zorrazos, á limpiarlo con las escobas, á lavarle la cara, á arreglarlo y vestirlo; en una palabra, á dejarlo en disposición de recibir á los parroquianos que no tardarían en visitarlo.

Cuando el tahonero bajó por la escalera, todavía estaba durmiendo el Rumboso; pero el salón estaba ya limpio, reluciente, estirado como todo aquel que sabe honrar su propia dignidad y quiere que nadie pueda hallarle desprevenido, por temprano que se levante.

No diremos que el señor Daniel pasase el día aburrido. Todavía el contraste de la animación de Barcelona con la soledad y quietud de su pueblo le tenían entretenido y distraído; pero no tanto como en su primer viaje.

Los edificios y las tiendas no le ofrecían ya novedad alguna; se sabía de memoria, ó poco menos, lo que iba á encontrar á la derecha y á la izquierda, al tomar por tal calle ó tal plaza de las principales, y, para experimentar nuevas impresiones, tenía que alejarse hasta barrios que le eran desconocidos, ó bien embobarse delante de alguno de esos espectáculos que siempre atraen la atención de los desocupados, por más vistos que sean, como los charlatanes sacamuelas, los pajaritos de la buena ventura, la orquesta de ciegos de San Cayetano, las monas que trepan á los balcones y tantos otros de los que, á los dos días de estar en la ciudad, conocía el señor Daniel más que todos los habitantes de ella.

Un día visitando la Barceloneta, viendo otro el castillo de Montjuich, ya yendo á Pedralves ó á Casa Antúnez, ó á Vallcarca ó á la Bona-nova, y, en una palabra, recorriendo todos los rincones que la primera vez no pudo ver, pasó todavía un mes distraído; pero no por eso se hallaba el tahonero en su centro. Había perdi-

Digitized by Google

do, sin saber cómo, aquella alegría que durante largos años resplandeciera en su corazón; por mucho sol que hiciese y por muy bonitas que fuesen las cosas, aparecían á sus ojos envueltas en cierta sombra misteriosa, que le causaba más enojo que complacencia. Recordaba su pueblo, su vida pasada, é iba convenciéndose de que todavía podría soportarla bien. Otras veces evocaba el recuerdo del banquete de la prensa, pensaba en la suerte que estaba haciendo su hijo y sentía penetrar en sí mismo un nuevo rayo de esperanza y de felicidad. Pero al llegar á su casa, después de cuatro ó cinco horas de pasear solo, sin despegar sus labios, y al verse obligado á permanecer sentado en la antesala como un portero, ó bien en el comedor, sin tener con quien hablar, porque así lo exigía el trabajo del *Salón*, nuestro hombre volvía á caer en un abismo de melancolía.

Ni él mismo acertaba á darse cuenta de lo que le pasaba, ni alcanzaba á descubrir la causa principal de aquel malestar.

—¿No tengo buena mesa, buena cama? ¿No disfruto de la mayor libertad é independencia? ¿Acaso no me trata bien mi hijo?... ¿No ha de servirme de satisfacción ver cómo adelanta su establecimiento, y no me encuentro yo donde hace muchos años venía deseando?

Todas las contestaciones á estas preguntas debían ser afirmativas.... y á pesar de esto, no quedaba satisfecho.

La privación que sintió la primera mañana, se había corregido aquel mismo día, facilitándose al señor Daniel las llaves necesarias para que fuese dueño de salir y entrar siempre que quisiese; y como ésta, su hijo había ido destruyendo, una por una, todas las demás privaciones de que aquél se había quejado. Cada día procuraba indicarle nuevos paseos, y en las noches de

Digitized by Google

poco trabajo le acompañaba á ver algún teatro ó café, mientras el hombre quisiese ir á tales sitios, que fué bien pocas veces, porque prefería dormir en su cama á dormirse en público.

Digitized by Google

IV

Una noche volvió á casa muy contento; había encontrado un paisano y hablado largamente de su pueblo. Era la primera vez que había paseado por Barcelona hablando, si se exceptúan los escasos paseos que había dado con su hijo. Aquel mutismo en medio de la multitud, era una de las cosas que le ponían de peor humor. Recordaba que en su pueblo todo el mundo le saludaba, y no podía conformarse con aquello de atravesar por entre miles de personas como una sombra indiferente. Por esta razón en medio del confuso bullicio de la muchedumbre, el señor Daniel encontraba un silencio glacial, mucho más triste que el de un desierto. Así es que instintivamente, le llevaban los piés, á veces, á sitios apartados; y un día que Miguelillo le manifestó su extrañeza por ello, le contestó que aquel movimiento le entristecía, que el centro de Barcelona le producía el efecto de un cementerio por donde se paseasen los muertos.

Digitized by Google

El paisano del señor Daniel le encontró decaído, con el pelo mucho más cano y, valiéndonos de su misma frase, «como si hubiese menguado ó le hubiesen puesto calzones crecederos.» Observó, además, que mientras le hablaba de Barcelona casi no le escuchaba, y en cambio se complacía mucho en recordar el pueblo, en preguntar por todo el mundo de allá, en enterarse de todo lo que allí había ocurrido desde que él lo dejó, dejando caer alguna lágrima al tener noticia de los fallecimientos ó de los nacimientos que le comunicaba.

Al ser conocidas en el lugar todas estas observaciones, fueron muy comentadas atribuyéndose á desavenencias entre padre é hijo por unos; á un principio de apoplegía por otros. En esto podrá juzgar el lector del acierto de los comentadores; pero también tendrá que reconocer que á su altura suelen encontrarse, en esta ciencia, los más sabios.

Aquella noche soñó el señor Daniel con su pueblo. Vióse primero paseando con la señora Rosalía, su mujer, por el cementerio que estaba entonces cubierto de yerba mezclada con amapolas y campanillas azules que se enroscaban en las pocas cruces que allí había; vió después un cielo de fondo casi negro, en el cual centelleaba con gran viveza multitud de estrellas; y del propio modo que había pasado de la claridad del sol á una noche completa, sin tránsito crepuscular, se encontró también, sin saber cómo, dentro de su casa, en mangas de camisa y con la pala en la mano, delante del horno, cuya boca parecía un segmento del sol. Su vivo fulgor, escapándose de la semicircular abertura, caía sobre el embaldosado semejante á la del círculo luminoso de una linterna mágica; y en medio de ella veía el señor Daniel la sombra de su propia figura,

Digitized by Google

encogiéndose ó alargándose á merced del inquieto reflejo de las llamas y reproduciendo en monstruosas proporciones las contorsiones que hacía con la pala. Entretanto, el pan, dentro del horno, crecía y se esponjaba como semilla abrigada en buena tierra; poco después tomaba color de oro, y era entonces de ver maniobrar al señor Daniel para embarcarlo en la pala y traerlo hacia sí, en medio de aquel río de fuego, que parecía disputarle la presa.

Al llegar á este punto, un grito medio ahogado turbó el solemne silencio del dormitorio. El señor Daniel se volvió del otro lado y por sus labios se deslizó una suave sonrisa; era el último adiós de la alegría que le visitaba aquella noche. Luégo.... su espíritu reposó profundamente.

Al despertar, claváronse sus ojos por un momento en el balcón del patio, y una lágrima vergonzante se deslizó por su mejilla.

Entonces se puso á calcular el señor Daniel cuánto tiempo faltaba desde el mes de Enero en que vivía hasta el próximo verano; aquellos cinco meses le parecieron un siglo. Pero como el mismo deseo de consuelo engendraba en él nuevas esperanzas, nuestro hombre concibió una muy pronto y fué la de que yendo á la estación del ferro-carril, vería algún día llegar á otro paisano.

Mas no cayó en la cuenta el señor Daniel, de que estando su pueblo en la provincia de Tarragona y á cinco horas de distancia de la vía férrea, sus vecinos no venían á la ciudad condal sino por causas extraordinarias; y que contando el pueblo pocos habitantes, eran muy escasos los que, al año, visitaban la capital.

Y de aquí que nuestro hombre hiciese en vano viajes y más viajes á la estación, llevando siempre á la ida una esperanza y siempre volviendo con un desengaño.

La nostalgia, entre tanto, iba minándole más y más.

Digitized by Google

Ya no era el señor Daniel el obeso tahonero de las monjas; cada día le venía la ropa más ancha y más larga; tenía todo el pelo blanco y un círculo azulado de amarga tristeza rodeaba sus ojos, dando á su rostro un aspecto desencajado y casi cadavérico.

Miguelillo acabó por advertirlo, á pesar de la poca atención que podía dispensarle, y quiso llevarle á que le viese un médico. Pero todo fué en vano; el enfermo había echado mal genio: no tenía fe en los facultativos de allí, y, lo que era peor, no quería ponerse en cura. Aborrecía su situación, detestaba la vida, y en su interior sentía al propio tiempo un misterioso afán que no acertaba á definir, sino diciendo ser así como cierto deseo de correr, correr mucho y empujar las horas que nunca acababan de transcurrir. La honda excitación en que vivía le hacía pasar desde la mañana á la noche por toda una escala de exaltaciones y abatimientos. La simple vista de una panadería en la cual no puede el comprador atisbar el horno de donde salen los panes, le ponía furioso. Otras veces podía vérsele dulcemente divertido en la contemplación de las flores ó de los pájaros que se venden en la Rambla. Si se le hubiese preguntado por qué se complacía allí, hubiese contestado que nunca, hasta entonces, se había fijado en las flores ni en los pájaros y que, no obstante, ahora los contemplaba con gusto sin saber por qué! ¡Quizás sin percatarse de ello, descubría en ellas una secreta relación con la primavera, precursora del anhelado verano! El hombre esclavo de un deseo, ¿no escucha por todos lados, misteriosos llamamientos del objeto de sus afanes?

Á la misma voz obedecía, sin duda alguna, la inclinación que sentía el tahonero hacia la soledad y más aún por los alrededores de la estación del ferro-carril. Ya no se contentaba con andar rondándola á la llegada del tren; todas las tardes dirigía sus paseos por aquel

Digitized by Google

lado de la ciudad. No parecía sino que por la vía le llegaban ciertos efluvios de su pueblo, sin los cuales no podía ya vivir.

Una tarde que le llevaron las piernas más allá del convento de las *Adoratrices*, llegó á un sitio desde el que partía en línea recta la vía hacia el horizonte, en donde parecían juntarse los acerados carriles en afilada punta, que se sumía en la violada bruma de la distancia. Allí clavó sus ojos, ansioso de traspasar el límite del horizonte, y fascinado, acaso por secreta atracción, siguió andando junto á la banqueta de la vía.

Hundíase majestuosamente el sol por la cañada opuesta á Vallvidrera; el caserío de Pedralves, Sarriá y San Gervasio envolvianse poco á poco en una neblina cenicienta, y la gigantesca sombra de la montaña invadía solemnemente el llano todo, al mismo tiempo que las nubes iban cambiando, y oscureciendo cada vez más, sus variados colores. En la trinchera de la vía espiraba por momentos el crepúsculo, mientras en su fondo tomaban los *rails* el brillo que da al agua la dudosa claridad de las estrellas.

La mirada del señor Daniel se deslizaba sobre aquellos relucientes rieles como la de un desterrado sobre el río que ha de pasar por su lejana patria. El pobre hombre lloraba. No sabía explicarse cómo aquel camino que tantos placeres le ofreciera un día, podía á la sazón entristecerle tanto. Justificaba una vez más la exactitud con que afirma el poeta que todo espectáculo lo lleva el espectador dentro de su alma.

De repente, el señor Daniel se levantó y emprendió resueltamente la vuelta hacia la peluquería, con el semblante tan animado como hacía tiempo no lo había tenido.

—¡Gracias á Dios que le veo á usted contento!—dijole su hijo.—Parece usted otro. ¿Á qué se debe esa repentina alegría?

Digitized by Google

—Creo haber dado con la causa de mi mal y pienso ponerme en cura. Me estoy consumiendo aquí y mañana me vuelvo al pueblo.

—¡Pero, padre! ¿Se ha vuelto usted loco? ¡Echar de menos en Barcelona una población de mala muerte! ¿No recuerda usted ya el efecto que le produjo el lugar, al ir de aquí?

—Esto me pareció entonces un cielo y hoy es un cementerio para mí.

—Espere usted siquiera hasta el verano. ¿Es que le falta á usted alguna cosa?

—Me falta todo y no me falta nada. Vete tú á saber. Yo soy ya árbol viejo que por mal acuerdo me he dejado trasplantar. Si me quedo aquí, me moriré de tristeza, de fijo. Deja que me vuelva á mi casa y no lo lleves á mal. Te agradezco todo lo que has hecho por mí, lo aprecio muchísimo.... pero me vuelvo á casa.... ¡Qué le vamos á hacer, pobre de mí, si me estoy consumiendo de tristeza.... me consumo y....!

Y al llegar aquí el señor Daniel lloraba, y en un apretón de mano á su hijo incluyó cien protestas de agradecimiento, todas las demás razones en que se fundaba su resolución.

Miguelillo comprendió el estado de su padre y á la mañana siguiente le acompañó hasta la estación.

Era ya tarde. La alegría es una savia que, en perdiéndose á cierta edad, ya no se encuentra. En el señor Daniel se había secado para siempre, y si al volver al pueblo donde nació pudo creer por un momento que la había recobrado, pronto hubo de desengañarse.

Él mismo lo había dicho. Era un árbol viejo trasplantado. Y los árboles viejos, una vez arrancados, en vano se replantan en su primitivo alcorque; ya nunca más rebrotan.

Digitized by Google

¿Á qué vendría ahora presentar otra vez al pobre tahonero en su pueblo, fuera de su casa y de su tahona que tan precipitadamente traspasó, perdiendo progresivamente la salud y las fuerzas, y con los ojos, enturbiados por las lágrimas, fijos en el suelo; sin gusto para hablar ni ver á nadie, sin una alegría, sin otra esperanza que no fuese la de acabar con el sufrimiento en la mortaja?

Ni siquiera pudo llegar á ver aquel verano, tan deseado algún día. Hacia el mes de Mayo las yerbas revueltas con las amapolas y las campanillas azules envolvían ya la cruz de hierro que se levantaba sobre la tumba del infortunado señor Daniel y de su mujer, bajo el risueño manto del puro cielo de la primavera.

Digitized by Google

Digitized by Google

Recuerdos de Niño

Digitized by Google

Digitized by Google

UANDO era yo chico, dominaba en mi pueblo el salvajismo. El mal ejemplo de las guerras y trastornos que se sucedieron casi sin interrupción desde el año 8 hasta el 45, había acostumbrado á mis convecinos á matarse, á robarse la vida unos á otros, muchas veces por un quítame allá esas pajas.

Había yo oído ponderar como verdaderas heroicidades, á personas muy sensatas, las hazañas estupendas de nuestros bagajeros de la guerra del año ocho, quienes acababan traidoramente con el mayor número de los heridos franceses al transportarlos, y aún recuerdo la fruición con que se relataban las sangrientas revanchas y crueldades que la guerra de los siete años había promovido en ambos partidos. Hijos y hermanos de las víctimas vivían aún para escucharlo, y allá en el fondo de su corazón ansiaban que llegase la hora de lo que ellos llamaban «tomarse la justicia por su mano.» Una vez descubierto el objeto de sus odios, cuando menos se lo podía figurar éste, le clavaban un puñal por la espalda; quedaba el hombre tendido en el suelo y nunca la autoridad podía descubrir al asesino. Si

Digitized by Google

álguien había visto el crimen, se lo callaba, unas veces por miedo, otras por ser de los que abrigaban iguales proyectos, ya en fin por una extraña aberración del sentido moral que les llevaba á compadecer al matador, pensando no más en lo que éste había sufrido antes al perder alguno de los suyos.

Era, pues, una situación deplorable. Falto todavía el pueblo de alumbrado, la mitad del año no podíamos salir de noche sin un farol por delante, y más de una vez teníamos que retroceder espantados al ver, á su resplandor, el bulto de un hombre tendido al pié de una esquina solitaria. Y á todo esto dormíamos con las puertas abiertas, sin pensar en ladrones, y pasábamos los veranos tranquilamente en nuestra casa de campo, rodeada de bosques bastante bravíos y desiertos para que, de vez en cuando, bajase á visitarnos alguno que otro lobo. Aún recuerdo haber oído sus aullidos y visto las lucecillas fosfóricas de sus ojos centellear en las tinieblas de la noche, desde la rendija por donde atisbaba, todo temblando y agarrado á las faldas de mi madre.

Pero aun esta impresión, que la hora y la imponente quietud de la naturaleza dormida debían hacer más penetrante, no me quedó tan profundamente grabada como la que voy á describir.

Habitábamos nosotros en el pueblo una casa antigua y grande; un verdadero caserón solariego, con su huerto atrás, lleno por la noche del misterio en que se envuelve la vegetación; las bodegas subterráneas, grandiosas, de naves tan altas que parecían iglesias; sus azoteas y desvanes, cementerio de recuerdos donde iban á parar todos los trastos viejos, formando fantásticos montones; sus pasadizos largos y oscuros y una gran escalera de piedra de la que sólo iluminaba el farol un trozo pequeño. No hay que decir, pues, si vería fantasmas por todos aquellos ámbitos tenebrosos mi ima-

Digitized by Google

ginación infantil, harto exaltada siempre por cuentos del hogar y tremebundos episodios del pueblo mismo.

Mi familia era numerosa y en ella abundaba la gente joven, que con su buen humor, atraía cada velada gran tertulia. Solíamos cenar tarde y yo había ya descabezado el sueño encima de la *Aritmética* ó del *Fleury*, cuando entraba en la sala de reunión y en plena visita me entregaba al sueño en cuerpo y alma, cómodamente arrebuñado dentro de una inmensa poltrona almohadillada con antiguos tapices que me preservaban de las corrientes de aire. Así es, que cuando íbamos á cenar, bajaba abrazado á mi madre, mejor dispuesto á soñar que á otra cosa. Llegábamos al comedor del entresuelo; la familia, animada aún por la plática de los contertulios, se sentaba alegremente en torno á la larga mesa, y yo me arrimaba á ella con tales estremecimientos de frío, que hasta sentía pereza de llegar con la mano á los platos y á aquellos cubiertos tan relucientes. Por fin me ponía á comer y no hacía más que engullir sin saborear nada, esperando la ansiada hora de irme á la cama, es decir, de subir bien acompañadito aquella gran escalera y entrar en el espacioso cuarto, con la seguridad de que no me habían de dejar solo mientras no viniese á vigilar mi sueño el ángel á quien me hacía encomendarme mi madre al desnudarme. Solamente la idea de que pudiese despertarme, abandonado, en medio de aquellas inmensas salas oscuras, me llenaba de espanto.

Y hay que tener presente que, si como antes he dicho, los de casa no se preocupaban de si la puerta de la calle quedaba ó no abierta, en cambio yo la tenía fija en el pensamiento. Al salir al descanso del entresuelo, mis ojos se deslizaban involuntariamente hasta la puerta que columbraba en el fondo oscuro como boca de lobo, y mi amedrentado magín atravesaba el espesor de las tablas y se representaba la calle ya en

Digitized by Google

tinieblas, ya bañada por la azulada luz de la luna, con hombres tendidos en el suelo, fantásticamente manchado de sombra, si no es que además colocaba en las esquinas traidoras figuras rebujadas hasta los ojos en ásperas mantas. Todo esto aparecía en mi fantasía como en un espejo á media luz. Pero yo me echaba á temblar, apretaba el paso y hacía á mi buena madre la pregunta de todas las noches:

—¡Madre! ¿Han cerrado la puerta?

Ella repetía la pregunta con más serenidad, y desde el fondo del gran salón que habíamos dejado atrás, solía contestar la voz robusta y soñolienta del criado:

—No hay cuidado, señora, no hay cuidado.

¡Nunca, nunca oí que dijese *sí* ó *no!*

Cierta noche estábamos cenando en aquella gran mesa, acaso con mayor animación que de ordinario, por tener en nuestra compañía al juez, un buen amigo de la familia, joven, aficionado á retirarse tarde y que procuraba alargar la tertulia todo lo posible. Como que era hombre de mundo, de mucho palique y alegre, su conversación á todos nos gustaba. Tan de vena estaba aquella noche, que hasta á mí había logrado desvelarme, cuando poco antes estaba muy dormido en mi colosal poltrona. Quizás entonces encontraba yo simpática por primera vez la luz de aquella lámpara solar que iluminaba la mesa, acrecentando la blancura de los manteles y quebrándose en tornasoles dentro del líquido de las copas.

Rato hacía que no cesaban de resonar en el comedor las carcajadas del *hereu,* que ocupaba la cabecera de la mesa, las risas de mi madre, de mis tíos y de mis tías aún muy mozas, cuando, de pronto, cortó en seco todas las voces un seco golpazo del postigo que había batido con furia contra la pared del zaguán al abrirse.

Todos nos miramos sobresaltados, volviendo en seguida los ojos con ansiedad hacia la mampara; retem-

Digitized by Google

bló el piso, abrióse aquella violentamente y saltó hasta donde yo estaba un hombre desconocido, lívido, aterrado, manchado en sangre.

—¡Señor, sálveme, acabo de matar á un hombre!—dijo con entrecortada voz, los ojos brotándole de las órbitas y sin ver indudablemente á nadie más que al *hereu*.

Un grito de espanto de las mujeres siguió á su horrible confesión; los hombres todos saltaron de las sillas, y yo, presa de violento temblor, me agarré á los brazos de mi madre sin perder de vista aquel rostro desencajado que nunca se me despintará.

Era un hombre pequeño, rehecho, de facciones esquinadas, lampiño y blanco como la cera, con una gran descalabradura en la sién izquierda que le manaba sangre por detrás de la oreja y le goteaba por el cuello abajo perdiéndose entre el espeso vello de su pecho que se entreveía por la abertura de la camisa. Traía también ensangrentadas las manos que parecían de santo de piedra empolvado, y en su pobre vestido había dejado la lucha evidentes señales de tierra, sangre y desgarrones. No cubría su cabeza ni una mala gorra; parecía como que aquellos pelos erizados habían de despedirla al suelo. Pero lo que á mí me causaba mayor espanto era aquel hilo de sangre, aquellas narices abiertas y fruncidas, aquellos ojos de gato acorralado, de indefinible expresión.

Sólo por un momento paralizó la vacilación á todos los hombres. El juez se había puesto en pié también y pareció hacer un movimiento instintivo como para agarrar al criminal. Pero el más joven de mis tíos se interpuso al mismo tiempo que por otro lado llegaba el *hereu*, cogía á aquel desgraciado por la manga y desaparecía con él, deteniendo á la autoridad con una mirada imponente, avasalladora.

Un minuto después volvía con nosotros, alegando con una mirada conciliadora sus deberes de hospitali-

Digitized by Google

dad, que ni al criminal podía negarle en momentos tales; y comprendiéndolo así, el juez le alargó la mano, se las apretaron ambos con fuerza, y le despidió en dos palabras: — «Quien había estado presente allí era el amigo: el juez nada había visto; pero abajo había un cadáver, él tenía que ir á instruir la sumaria.»

Y sin acabar de cenar, sin que nadie supiese dónde había escondido mi tío á aquel desventurado, todos, mudos de terror, fuímos desfilando hacia nuestros dormitorios, para no cerrar los ojos en toda la noche. ¡Qué larga, qué tenebrosa fué para mí! Quería probar á dormirme, y en la vacuidad de las tinieblas se me aparecía aquel rostro de cera, aquel reguero de sangre y aquellos ojos, aquellos ojos que me llenaban de terror.

Ni al día siguiente, ni nunca más supe en dónde se escondió aquél hombre, ni la justicia con todas sus pesquisas pudo cogerle. Á la hospitalidad de mi casa debió su salvación, y ni él me conoce, ni de él sé más de lo que he narrado. Su rostro, sin embargo, se me ha aparecido en sueños tantas veces, que sería capaz de dibujarlo; mas estoy seguro que por bien que lo hiciese, nadie conocería al original. Tan horrible fisonomía sólo ha podido tenerla aquella noche, y si no se la ha roído la muerte, ha debido borrarla el arrepentimiento.

Digitized by Google

ANGUSTIA

Digitized by Google

Digitized by Google

Qué oscuro, qué solitario estaba el patio del Hospital! Los tres ó cuatro faroles diseminados por allí apenas lucían lo que las pálidas estrellas que se vislumbraban entre brumas. El reloj de la torre daba triste y pausadamente nueve campanadas, rechinaban herrumbrosos goznes, y tras estruendosos portazos oyéronse caer las pesadas fallebas y correr los fuertes cerrojos.

Antoñito caminaba todo trémulo, sintiendo crugir la arena bajo sus piés, en medio de aquella aterradora soledad. Inscrito como practicante, se dirigía á hacer su primera guardia nocturna y no podía ya volverse atrás, por más que lo desease su corazón.

En el centro del patio se encontraban dos escaleras desarrolladas dentro de grandes pórticos de arcos rebajados. La de la derecha conducía al departamento de las mujeres; la de la izquierda al de los hombres y entrambas tenían por toda luz la mortecina lámpara que ardía en la capillita colgada en el muro del descanso más alto de cada una, á pocos pasos de la puerta.

Su vacilación le había llevado hasta el pié de la esca-

Digitized by Google

lera de la izquierda, cuando un triste convoy le hizo apartarse de ella: dos hombres, con largas blusas, bajaban en unas parihuelas un cadáver caliente aún. Uno de ellos iba silbando una tonada alegre, el otro renegaba del peso en voz alta, y el canto del uno, con las voces del otro, resonaban por el patio y se perdían tristemente por las vagas soledades del espacio.

¡Qué encuentro! Un cuerpo menos, una cama más, dirán estos hombres, pensó Antoñito. ¡Ah! ¿y dónde iba aquel cuerpo? Á reposar allá, en el depósito, entre dos luces agonizantes, encima de la losa que poco antes sostenía otro cadáver, ya á aquella hora despedazado en el anfiteatro. ¡Dios mío, Dios mío, qué soledad, qué tristeza, ni un hermano, ni un pariente, ni un amigo! ¡pobre gente, cuánta miseria!

Así pensando, llegó Antoñito al primer descanso de la escalera de la izquierda. Los escalones parecíanle gigantescos, pesadísimos; había perdido en anchura, pero era interminable en longitud. Descansó un momento y, apoyándose en el antepecho de piedra, siguió con la vista el triste convoy que iba sumiéndose en la oscuridad.

Luégo siguió subiendo la pesada escalera, cada vez con mayor trabajo, más fatigoso el resuello. Y la escalera se estiraba, se estréchaba é iba presentando escalones más altos, más extensos.—¡Arriba, arriba!—decía entre sí;—pero á medida que iba subiendo, los escalones se ensanchaban más y más. Ya no eran gradas, sino rellanos, aquí de dos pasos, luégo de tres, luégo de cuatro, y al levantar el pié para ganar el siguiente escalón no acertaba á explicarse si era que éste crecía ó que se hundía el inferior.

Por fin llegó al final de la escalera, dando gracias á Dios. La luz de la lámpara, que le daba en la espalda, lanzó al suelo la sombra de su cuerpo, negra como una mancha de tinta y tan larguirucha, que no cabien-

Digitized by Google

do en el descanso se enderezaba por la puerta morada del departamento arriba.

Tomó alientos otra vez y miró al santo de la capilleja por ver cuál fuese. En vano; el cuerpo de la lámpara proyectaba sobre la imagen una sombra, tan vacilante como densa, que borraba hasta su contorno.

Entreabrióse la puerta escasamente una cuarta, y de las tinieblas de la abertura destacáronse un rostro y una mano: una cara chupada, amarilla, de nariz larga y corva, ojos chicos, hundidos y brillantes, boca simiesca y barba arrastrojada, que le ocultaba las mejillas, hasta confundirse con mechones de pelo que salían de un gorro negro, de punto, rematado por una borlita que oscilaba de continuo, al menor movimiento de la cabeza.

La mano, una mano huesosa y de extraña blancura, le llamaba con agitación nerviosa, al compás de la cabeza que no cesaba de saludarle silenciosamente. El cuerpo, á quien pertenecían aquellas extremidades, quedaba envuelto en la oscuridad interior. Parecía como que aquel cuerpo y aquella mano estuviesen suspensos en el aire, visión impalpable, espantosa; fermento de los vahos de fiebre que salían por aquella tenebrosa abertura.

Antoñito se asustó, dió un paso atrás y la cabeza y la mano siguieron llamándole callandito. El rostro reía enseñando una dentadura desencajada, acentuando fuertemente todas las arrugas de sus facciones, dando

Digitized by Google

á sus ojos una expresión irónica y una brillantez luminosa. ¡Pobre Antoñito! Quiso huir y vió que la escalera se había hundido y al borde del descanso una sima profunda, oscurísima.

La mirada de aquel rostro le absorbía, le fascinaba como la serpiente al pájaro; la mano parecía cobrar, á cada movimiento que hacía, braza tras braza de la cadena que lo arrastraba hacia la puerta; y el pobre practicante, contra su voluntad, iba cediendo, más muerto que vivo, sintiendo correr por sus venas oleadas de hielo.

Así atraído, perdido el pensamiento en los mares del terror, llegó á la puerta y la mano huesosa le asió por el brazo, arrastrándolo hacia dentro.

Cerróse de golpe la puerta tras él y el practicante se encontró en una sala cuadrada, guarnecida con bancos pobrísimos y despojada de todo adorno. Un farol de escasa luz colgaba del techo altísimo y, á su angustioso resplandor, vió completa la figura que había tenido por visión: era un enfermero vestido con gran levitón negro recubierto de un delantal azul que le colgaba del cuello y se le ceñía á la cintura con unas cintas; el rostro sonriente, la borlilla del gorro enhiesta como la borla de un cucurucho.

Sin despegar los labios, invitaba al practicante con los ojos á empujar una mampara que tenía delante, y viendo que el joven no se decidía, lo arrastró hacia ella sin compasión.

¡Oh Dios! ¡Qué espectáculo al abrir la puerta!

Antoñito penetró en una sala larguísima, tristemente iluminada por una fila de lámparas de petróleo, cubiertas con grandes reflectores ó pantallas, colgando del centro de las enormes vigas soleras. Á entrambos lados de la sala, se veían dos interminables hileras de camas vacías, abiertos los embozos, blanqueando cual placas de nieve á la luz de las estrellas, y verticalmen-

Digitized by Google

te sobre las camas, colgando de las vigas, en espesas ringleras, á dos de fondo, todos los enfermos en camisa. Quejas, ayes, aullidos de dolor, hipos de agonía, golpes de tos y llanto, poblaban aquel espacio, saturado con el tufo de la calentura.

Flaqueáronle las piernas á Antoñito, oprimió su pecho un peso inmenso y sus ojos se hubieran clavado en el suelo, si el dolor no hubiese poblado de gritos el espacio. El enfermero, todavía aferrado á su brazo, seguía mirándole sarcásticamente, sin proferir una palabra, con la borlita meneándosele encima de la cabeza en la punta del gorro negro. Al levantar de nuevo la vista, Antoñito sintió una impresión insoportable, espantosa. Sus ojos, habituados ya á aquella tétrica claridad, dominaron mejor lo que le rodeaba.

Los enfermos estaban suspendidos de los sobacos por una correa negra correctamente numerada con grandes cifras blancas. Los desmayados dejaban caer la cabeza sobre el pecho; á los agonizantes se les caía encima del hombro, la faz sudosa, los ojos hundidos, la nariz blanca y afilada, los labios retorcidos y amoratados, el pecho anhelante, con el quejido seco y fatigoso de la máquina de vapor que se va enfriando.

Había otros que, en furioso ataque de nervios, pateaban horriblemente, mientras el vecino se encogía hasta doblarse por la cintura, para mitigar los dolores de estómago ó soportar mejor los sacudimientos de la tos que le abría el pecho; todos, todos ellos mostrando el mal que los mataba, desollada, abierta la entraña donde arraigaba aquél. Ninguno hablaba, pero casi todos solicitaban al practicante, agitando el brazo, arrimándole el pié á la cara, como iba pasando cerca de ellos.

¡Triste espectáculo que semejaba la malvada caricatura de un museo anatómico con todos los ejemplares, sanguinolentos, vivos aún y revueltos por las contor-

Digitized by Google

siones del dolor, batallando en vano en el vacío, mientras, por debajo, se extendían tendidos é inocupados los lechos!

Antoñito no acertaba á descifrar aquel misterio, la causa, el motivo de aquel tormento. ¿Sería, acaso, que los enfermos lo prefiriesen á la dureza de aquellos colchones empedernidos, quizás sembrados de espinas que se les clavaran en el cuerpo á cada movimiento? Se lo preguntaba al enfermero y éste movía la cabeza, siempre con su sarcástica sonrisa y la inquieta borlita. ¿Era, quizás, que el aliento de la fiebre quemándole la frente, le presentaba en aquella forma terrorífica los padecimientos del mal acompañado por la miseria? El enfermero movía la cabeza siempre con su sarcástica sonrisa y su inquieta borlita. ¿Á qué respondía, pues, aquel espantoso tratamiento? ¿Era por ventura una prescripción médica, tan inhumana como absurda, para orear á los enfermos? Ocurriéronsele mil infamias, mil absurdos, y á todo contestaba el enfermero con su meneo de cabeza, con su imperturbable sonrisa y su borlita epiléptica.

—Pero ¿quién los ha operado? ¿Qué malvado ha podido abrirles las entrañas y dejarlos así sin recoserlos? —siguió preguntando.

Y el enfermero se encogió de hombros, siempre con la sonrisa en los labios y la borlita tembleque.

—¿Y cómo socorre usted á esos infelices?

El enfermero soltó por primera vez á Antoñito, cogió una caña en cuya punta había hincada una esponja, la mojó en un medicamento, y así como dieron á Jesucristo hiel y vinagre, pasó aquél la esponja por los labios de uno de los colgados. Luégo volvió al lado del practicante, le asió de nuevo y siguió llevándole sala arriba, siempre con la sonrisa en los labios y la borlita meneándose.

El viaje del Dante por las cavernas infernales no

Digitized by Google

era tan doloroso como aquella horrible excursión.

Antoñito quería correr, escapar; pero el enfermero, aquella temerosa caricatura de su Virgilio, le retenía por el brazo, y sus ojos no veían sino una salida: la puerta que columbraban entre las tinieblas, allá al fin del pasillo formado por las cuatro hileras de camas. Y entretanto, veía sobre su cabeza cerebros y tráqueas, corazones, pulmones é hígados abiertos, arterias palpitantes con mayores ó menores intermitencias, según era la fuerza de la sangre que á borbotones transportaban; los brazos y las piernas seguían agitándose en el aire, llamándole, y á la tos cascada de unos respondía el hipo cavernoso de los agonizantes, los horrorosos aullidos, los amargos sollozos de los otros.

Partido el corazón, perdido el seso, con el deseo impotente de escaparse, llegó Antoñito, siempre agarrado por el molesto acompañante, á la suspirada puerta; pero al atravesar su dintel, apareció otra sala, igualmente larga, dispuesta del mismo modo, poblada de los mismos horrores, y pasada ésta, otra más, y después otra y otra más después. Y mientras recorría aquellas salas, sintió de pronto un golpe sordo, espantoso; volvió la cabeza y vió tendido boca abajo sobre una cama á un hombre. Perdida la vida, acabada la fuerza muscular, se le habían escurrido los brazos por entre la correa, y había caído, *come corpo morto cade.*

Antoñito se sintió dominado por un terror profundo; ya fuera de sí, arrastraba al enfermero hacia la puerta, y si al abrirse ésta se encontraba en otra sala, ya no veía á los enfermos, ni oía sus gritos; sus ojos, su corazón volaban hacia la puerta del otro extremo. De pronto desembocaron en una sala más reducida, sin camas, cubiertas las paredes por inmensos armarios mal cerrados que llegaban hasta el techo; en un rincón se veía unas parihuelas, con dos blusas tiradas sobre

Digitized by Google

los brazos, en otro una gran mesa, toda grasienta y llena de frascos y objetos, que no se distinguían con precisión en aquella semi-oscuridad.

El enfermero cerró con llave la puerta de entrada y dejando al atónito practicante, fué á abrir otra. La abertura se iluminó con vivo fulgor, y mientras aquél la atravesaba, Antoñito corrió tras él. El enfermero se volvió, obstruyó con su cuerpo el paso, y cuando Antoñito devoraba con la vista un grupo de enfermeros que allá afuera contemplaban ansiosos los dados que botaban sobre un tapete verde, aquél con su sonrisa sarcástica y su temblona borlita, hacía al practicante una irónica reverencia, y despidió con fuerza la puerta. Antoñito sintió el golpe en la frente y despertó encontrándose tendido en el suelo. Todo aquello no había sido más que un sueño. . . . . .

. . . . . .

Cuando al otro día el doctor Solall pulsaba á su hijo, presa de la fiebre, y escuchaba de sus labios el relato de aquel sueño espantoso, dijo con expresión reflexiva:

—Tranquilízate, Antonio; dejarás los libros de Medicina y emprenderás otra carrera. Tienes demasiada imaginación para ser médico.

Digitized by Google

Una Visita

Digitized by Google

Digitized by Google

os horas hace, no más, que mi mujer y yo hemos hecho una visita. ¡Pero qué visita! Hubiese querido que me acompañase en ella toda esa gente que se conmueve con las emociones de la sencillez, fuente tan rica para mí en íntimos deliquios, como para ciertos cuitados que no creen serlo, llena de prosa, de tedio y de ridículo.

Eran dos obreros recién casados: una ex-planchadora de casa y un cerrajero. Confieso que al subir la escalera casi me iba ya pesando la visita. Hemos tenido que subir más de cien escalones tan altos y tan pinos, como torcida y mezquina debe ser la conciencia dei dueño de la casa. Íbamos a un piso cuarto con honores de quinto, en la calle de Trafalgar.

Dispense el lector este exceso de detalles; á mí me parecieron todos de primer orden.

El gas de la escalera no llegaba hasta aquellas alturas, sino con la vaguedad de un recuerdo de luz. He llamado á la puerta dando resoplidos todavía y oyendo con pena resonar por allá abajo el taconeo de mi mujer. Se ha abierto la rejilla y sólo después de varias preguntas, hechas con voz trémula, y contestadas por mí con acento franco y jovial, nos ha dado la puerta paso libre.

Digitized by Google

—¡Qué sorpresa! ¡Quién me lo había de decir! ¡Ustedes por aquí y á estas horas! ¡Cuánto me alegro! Pasen ustedes, pasen adelante y dispensen. No puede tardar Luís en venir. ¡Ay, señorita, tengo un miedo á estas horas, cuando no está en casa mi marido, que en cuanto he oído llamar á la puerta me he echado a temblar!

—¿Y cómo no se le ha ocurrido á usted que fuese el marido?

—Porque aún faltan diez minutos y además él tiene un modo de llamar que en seguida le conozco. No tardará mucho, no. Entren, entren ustedes. ¡Qué alegría tengo!

Y nos decía esto en pié, en medio de la antesala, con una lámpara de petróleo en la mano, levantada en alto de manera que me permitía contemplar el gozo que resplandecía en su agraciado rostro y todo el contorno robusto de su figura, alta y bien trabada como las de los cuadros de Bretón.

Toda su charla se dirigía á mi mujer; detrás iba yo, observando, recogiendo impresiones, gozando más de lo que en su sencillez podía imaginar la pobre muchacha.

—¡Ay, señorita! Verá usted, verá usted, qué cuartito de muñecas; pero qué mono, muy mono! Estaba ahora cuidando de la menestra. Luís va á venir pronto ya. ¿No le conocen ustedes todavía, verdad?

Y al decir esto, después de atravesar un pasillo por el que, de reojo, he visto relucir los azulejos valencianos de la cocina, hemos entrado en una salita alhajada con una cómoda de jacaranda imitada, seis sillas con fundas blanquísimas y en medio una mesita de entalladuras suizas. Las paredes, las puertas recién pintadas, contribuían á hacer resaltar la limpieza que respiraba todo. El mármol de la cómoda apenas daba espacio para los objetos *artísticos;* un inmenso ramo de flores

Digitized by Google

artificiales debajo de un fanal, una cestita bordada, una almohadilla recubierta de puntillas y sostenida sobre piés de bambú; una relojera de cañamazo con iniciales; las fotografías de los recién casados con marcos de metal dorado; un palillero de porcelana, una modesta licorera, que simulaba una cubita sobre una cepa de oro, entre cuyos pámpanos se cobijaban copitas de sutil cristal... en fin, qué sé yo... mil cosas por el estilo.

—¡Sí que es muy mona esta casita! ¡Vaya! ¡qué cuartito más cuco tiene la Anita! ¿verdad?

—¡Ay, señorita, calle usted por Dios! Para dos pobres como nosotros demasiado es. Venga usted, verá usted la alcoba.

Y nos ha abierto las vidrieras de aquel camarín, como nos había ya abierto el corazón á las primeras palabras.

La alcoba era pequeña, pero arregladita como la sala. Ocupábala, casi por completo, una cama de la calle de los Baños, negra, reluciente, con su colcha floreada muy estirada. Á la derecha tenía una mesita de noche, á la izquierda una silla, y colgado cerca dél techo oscilaba el péndulo de un reloj de pared, que me ha hecho exclamar:

—¿Cómo es eso? ¿Un reloj en la alcoba? ¿Y cómo pueden ustedes dormir?

—Muy bien, señorito; rendidos de fatiga, de tanto trabajar, dormimos perfectamente. Pero es que tiene despertador, ¿sabe usted? Lo ponemos á las seis menos cuarto y de ese modo puede dormir Luís sin cuidado. Pero no crea usted; sólo con esta idea ya él de por sí se despierta. Como que está acostumbrado y....

En este momento le ha cortado el discurso la aldabilla de la puerta. ¡Qué repiqueteo más largo y más especial! Aquella aldabita cantaba. Á mí me ha parecido que decía:—Aquí llega tu marido; cumplida su sagra-

Digitized by Google

da misión del día, vuelve con el corazón henchido de gozo á disfrutar de las delicias de este nido, querida esposa.

Ésta ha saltado de la silla, gritando de alegría ha pasado volando el pasillo y sin preguntar:—¿Quién?—ha abierto la puerta.

—Tenemos visita, entra, entra...

Y hemos oído pronunciar nuestros nombres, mientras nos comunicábamos mi mujer y yo con la mirada la alegre impresión que todo aquello nos producía.

No se ha hecho esperar Luís. Es un muchacho de unos veintisiete años, ni alto, ni bajo, seco de carnes, enjuto de rostro, pero con nervios y tendones de hierro; lleva bigote y sus ojos negros y vivos tienen una expresión de bondad que le ganan los corazones desde el primer momento. Quien hubiese esperado verle con blusa, se hubiera llevado chasco. Es verdaderamente la media naranja de Anita: en cuanto concluye su trabajo, se lava, cambia de ropa y, al salir del taller, se le ve con su chaqueta negra, su cuello de camisa derecho y su reloj en el chaleco. Sólo las callosidades en las manos y el sombreado negro que el hierro le ha incrustado en los poros, pueden revelar el oficio á que se dedica. Yo se lo he conocido también en otra cosa: al darme la mano. ¡Vaya un estrujón! Bien se echa de ver que está tan acostumbrado á apretar las tenazas, que al coger una mano de carne y hueso, no se fija el pobre chico y ¡zás! sin querer le hace á uno levantar una pierna, cual si fuese un Juan de las Viñas cuando se le tira del hilo. Á pesar de mi disimulo, el cerrajero me ha visto levantarla y se ha puesto colorado.

—¡Vaya! ¡Vaya! ¿Con que es usted el marido de Anita? Que sea por muchos años. Ya vemos que están ustedes como el pez en el agua. Bueno, bueno. Que sea por muchos años.

—Haremos lo que podamos. Pero, ¿qué es eso? ¿No

Digitized by Google

se sientan ustedes? Póngase usted el sombrero. Ya, ya sabía yo que ustedes querían bien á la Anita. Buenos plantones me he llevado esperándola junto á la casa de ustedes. ¡Pero, Anita! ¿Qué haces que no vienes?

Al entrar su marido, la planchadora se había quedado en la cocina. El recién casado rabiaba por vérsela al lado.

—Es que había perdido una cosa y ahora me encuentro con dos.

—¡Mejor! Así seremos más ricos. ¿Y qué tal? ¿Ya han visto ustedes qué casita tenemos?

—Sí, sí; ya hemos dicho que es muy bonita.

—¿Hace mucho que han venido ustedes?

—No; unos cinco minutos.

—¿Les ha enseñado á ustedes Anita la galería? ¿No? ¡Oh! Pues permítanme ustedes, voy á quitar el barrote y abrir el balcón. ¿Ve usted? He puesto sus barras á todos los huecos y allí arriba en la ventana, ¿ve usted? he abierto un postiguillo para ver luz desde la cama... ¡Ea!... ya está abierto; pasen ustedes, pasen ustedes.

En este momento ha vuelto la planchadora con la lámpara en la mano.

—Mire usted, mire usted, señorita, qué galería más hermosa... ¿Ve usted? Aquí puedo tender la ropa, ¡vaya!... y tengo media docena de macetas...

—Llévate, llévate la luz, Anita, que así nos pueden ver de la vecindad...

—Pues está muy bien; es un gran desahogo y de día debe ser muy bonito...

—¡Oh! sí, señora; mire usted todo aquello negro de allá abajo son jardines; todo está cubierto de galerías que ahora bien se ven aquí y allá con las luces y transparentes que clarean... Da ahí una manzana de casas muy buenas. ¿Ve usted? Toda esa parte de la izquierda es de la calle de Ronda.

—Muy bien, muy bien.

Digitized by Google

—Mire usted qué sofá me he hecho para tomar el fresco en verano.

—Muy bonito, mucho; como los del Parque... ¿Y se lo hizo usted mismo?

—Sí, señoritos; él, él mismo. ¡Uy! ¡Pues si tiene unas manos...!

—Siéntese usted y verá; es muy cómodo, comodísimo—decía candorosamente el autor, mientras su mujer, desechando rápidamente una llave, abría una puerta que daba á la misma azotea.

—Ahora les enseñaré el cuarto de los trastos.

—Trae ahora la luz.

Y hemos visto aquel pequeño trastero tan arregladito y tan limpio como la sala, lleno de estantes, percheros y ganchos y no sé cuántos útiles ingeniosos para que todo tuviese cabida, ocupando el menor espacio posible: era un camarote de barco.

Desde aquel momento pareció como que la feliz pareja se desvivía por demostrarnos franqueza y amistad. Más que amigos, parecíamos individuos de su familia. Era que se les desbordaba la felicidad.

Anita fué abriendo, uno por uno, los cajones de la cómoda, repletos de ropa blanca, bordada, almidonada y tan arregladita, que hasta estaba recubierta cuidadosamente en cada cajón, con un paño de percalina rosa.

El marido, entre tanto, me enseñó el estuche de las joyas, que eran de oro y diamantes, y el reloj, de oro también y esmaltado, regalo que había hecho á su novia el día que se tomaron los dichos. En uno de los cajones se encontró Anita con un cigarro puro.

—¡Luís, mira lo que me he encontrado!

Luís me explicó la historia de aquel cigarro. Un día, el dueño de la fábrica (él trabaja en un taller de reparaciones), le dió para cierto objeto una caja vacía de los de la Habana, el obrero encontró en ella un cigarro, se lo llevó al principal y éste se lo regaló.

Digitized by Google

—¡Si yo no fumo!

—Pues dáselo á algún amigo ó pariente que fume.

Y el cerrajero se prometió conservar siempre aquella muestra de afecto de su principal.

—¿Ve usted? lo tengo señalado—me dijo arrancando del cigarro una aguja que tenía clavada en la tripa.

—¡Ah!—dijo en seguida sacando del mismo cajón una cajita que contenía un imperdible, que representaba un coleóptero de granate, oro y perlas.—Vea usted el regalo de boda del capitán de mi compañía, cuando yo era soldado.

—Mire usted, el pobre señor: ¿es muy bonita, verdad?—dijo la muchacha á mi mujer.

Y á seguida, con la mayor naturalidad:

—¡Ay Dios mío, que se me olvidaba lo mejor! Mire usted si se ha portado bien el principal de Luís, ¡mire usted!—añadió sacando del fondo de un cajón un gran estuche, que guardaba un cucharón y media docena de cubiertos de plata.

Los ojos de los dos obreros brillaban y los nuestros también.

Terminada esta exposición nos hicieron pasar á la cocina en donde una fosforera bastante pesada, una cantarera de hierro, una cajita para guardar los cubiertos y otros diversos artefactos, atestiguaban la habilidad del cerrajero.

Cierto tufillo á pegado nos advirtió que estábamos estorbando; nos apresuramos, pues, á despedirnos. ¡Pero sí, sì! La Anita declaró entonces que cuando llegó su marido había ocurrido ya el desastre y que ella había retirado la cazuela de la lumbre disimulándolo con aquel chiste.

No hubo otro remedio que seguir visitando hasta el último rincón de aquel nidito.

¡Oh! Y á mí me faltaba por ver lo mejor: la cerra-

Digitized by Google

dura de la puerta. No exagero nada si digo que no hay banco, ni acaudalado banquero, que pueda enseñar una puerta tan bien asegurada. Al pronto me preguntaba yo: ¿y para qué? ¿qué puede tener que guardar este pobre muchacho? Luégo comprendí que no se trataba solamente de asegurar aquella pequeña riqueza, para él mucho mayor de lo que á mí podía figurárseme; sino de haber hecho una obra maestra en el arte á que el buen Luís se dedica. Una sola llave pequeña como un punzón, pone en movimiento no sé cuántas barras que suben, bajan, se cruzan en todas direcciones; y al cerrar la cerradura usual, por medio de un juego de pequeñas palancas queda tapado el ojo de la otra cerradura, de tal suerte, que no es fácil descubrirlo, y si se descubriera no podría forzarse. Es, en fin, una de esas invenciones que no encuentra el ingeniero repleto de teorías y que el obrero catalán, inventor anónimo de mil simplificaciones, descubre con la atenta observación de los elementos mecánicos que ve puestos en juego y realiza sin más aspiración que darse el gusto de oirla elogiar á sus compañeros. ¡Ah! De fijo que el bueno de Luís soñó durante años enteros con tener casa no más que para construirse aquella cerradura.

Y no paró aquí la exposición, ni terminó tampoco en esto el inventario de muebles relativamente lujosos que poseen aquellos obreros. Comen en la cocina; pero no les falta su comedorcito con su mesa de corredera, y su lámpara colgante, y su canario holandés, y un buen armario de caoba, y una máquina de coser; y en un cuartito muy chico tiene también Luís su escritorio y su espejo para peinarse la Anita.

¿Cómo han llegado á reunir todo esto aquellos dos seres que por toda dote no han tenido sino los útiles de sus respectivos oficios? Con un secreto que poseen muchos obreros catalanes; con juicio, orden y ahorro.

Digitized by Google

Aquí mismo, sin embargo, y en otras tierras sobre todo, hay quien busca la felicidad en el desorden, en la borrachera, en el vicio. Que vengan estos á visitar conmigo á nuestros honrados obreros. Pero ¿qué digo?... que venga un rey casado á su gusto, si alguno hay, y que me diga si su luna de miel es comparable con la de esos dos corazones agenos á toda ambición, á toda envidia!

¡Ah! Seguro estoy de que si no les persigue la desgracia, que acaba hasta con las más poderosas naciones, esos dos obreros disfrutarán todavía, dentro de treinta años, la felicidad que hoy les envidiaba yo; y desde aquellos humildes y elevados balcones ¡cuántos muebles, cuanta desgracia verán barridos de los cuartos inferiores por los remolinos que se producen en otro mundo, para ellos desconocido!

Digitized by Google

Digitized by Google

El Bofetón

Digitized by Google

Digitized by Google

I

Hará unos cinco años que los vecinos de la calle de la Canuda vieron inaugurarse el obrador de planchadora de la Anita.

Aparte de una sencilla vidriera pintada de color de ceniza y con cristales muy limpios; y de la muestra ovalada, de tabla, que encima se balanceaba á guisa de bacía de barbero ostentando en deplorable perspectiva pintados una plancha y unos hierros de encañonar, el obrador nada tenía que llamase la atención. La gente que iba por aquella acera pasaba de largo, sin fijarse en tal *establecimiento*, como el viento no hiciese rechinar los ganchos de la muestra. Y aun en tales ocasiones escapaba temerosa de alguna descalabradura. Ni siquiera la vecindad de la casa hubiese tenido noticia de la existencia de la planchadora, si ésta no hubiese andado diligente, repartiendo anuncios por mano del sereno. Los únicos vecinos que se fijaron en la nueva tienda fueron las tenderas de la calle.

—¿Quién puede ser? ¿Quién será?—Todas aquellas mujeres portaleras destacaron á la chiquilleria para husmearlo.

Digitized by Google

Y aquel día viòse la planchadora espiada á ciertas horas por unas cabecitas rubias que se le pegaban á los cristales bajos de la vidriera, devorándola con ojos de curiosidad. El aliento de aquellas infantiles espías pronto empañaba el vidrio. La planchadora, que había estado haciéndose la distraída, planchando de espaldas, esperaba aquel momento, y cuando ya no veía más que las rosadas manchitas de las naricillas aplastadas contra el cristal, se acercaba con disimulo daba con la uña en medio de cada naricilla y en seguida contemplaba risueña al través del segundo cristal la huída de los niños, quienes, levantado el vuelo, no paraban hasta cobijarse en la falda de sus madres. Según las diversas impresiones, era alta, bajita, blanca, morena, vieja, joven, gruesa, delgada; cada cual la había visto á su modo y no se podía sacar nada en limpio.

En vista de esto las vecinas más impacientes comenzaron á rondar por sí mismas la tienda, con cualquier excusa; la zapatera del lado hasta le barrió y regó la acera antes de que saliese la criadita á hacerlo.

Abriòse la vidriera y pudo la oficiosa vecina conocer á la Anita. Era, si bien delgada, una buena moza, bien plantada y muy garbosa. Moreno y agraciado tenía el rostro, negro el pelo, las manos más cuidadas que las de las mujeres de su clase, y en su vestido, esmerado y airoso, en su natural tiesura y en cierta expresión de la mirada resplandecía un no sé qué de ingénita seriedad, que atraía y contenía al mismo tiempo á los espíritus ligeros.

La Anita dió las gracias con una sonrisa que, sin ser provocativa ni insolente, escamó con su expresiva elocuencia á la zapatera. «Me ha conocido la intención» pensó esta. Pero como aquella sonrisa era más indulgente que ofensiva, la zapatera no reparó en entablar conversación para trabar relaciones.

Por la noche ya pudieron saber las vecinas que la

Digitized by Google

planchadora era novicia en el oficio y en el matrimonio; que acababa de casarse con un buen mozo, carnicero de la Boquería; que ella había estado sirviendo en casa de unos señores marqueses durante mas de diez años; que se llamaba Anita; que tenía muy buena facha y mejores palabras; que parecía muy mujer de su casa y poco dada á espontanearse, en fin, «bastante *escamona*». Esta síntesis hizo torcer el gesto á todas las oyentes, quienes ya se pusieron sobre sí, aun antes de tratar á la nueva vecina. Lo que es ésta de fijo que no sería de su camada.

Sin embargo, la Anita se ganó en breve no solamente el afecto, sino aun la admiración de todo el barrio. Su trato con personas finas durante diez años, había pulido sus modales y su lenguaje; le había enseñado á dominarse en presencia de los extraños y á revestir todos sus actos de una discreción extraordinaria y desacostumbrada entre la gente de su clase. Sin aquella tiesura que el hábito de recibir órdenes deja impresa en sirvientes y soldados, cualquiera la hubiese tomado por una señorita que había venido a menos. Agradable, humilde, puntual en el cumplimiento de sus palabras, á nadie daba motivo de queja. Levantábase con el día, arreglaba su cuartito, un entresuelo como la cámara de un pailebot, siempre hecho una tacita de plata, y cuando se abrían las demás puertas, ya estaba la Anita con la plancha en la mano, la pieza de ropa sobre la blanca mesa de su obrador, alisado y reluciente el pelo, un cuellecito almidonado ceñido á la garganta y prendido sobre su vestido ceniciento el delantal de pechera, blanco como papel satinado. Y así todo el santo día, hasta la hora de cenar, cuando Lorenzo, su marido, quitaba las vidrieras y cerraba la puerta.

El barrio entero admiraba aquel afán continuo por el trabajo, sostenido por una sonrisa en los labios y

Digitized by Google

ayudado por inimitable listeza. Cuando venía alguna vecina á pasar allí un rato, ó cuando al volver Lorenzo del café, por la tarde, se sentaba en un rincón para conversar con ella fumando un puro, Anita escuchaba, charlaba también, soltaba alguna carcajada, pero sin levantar la vista de su faena, planchando, plegando, almidonando, yendo y viniendo, depositando en las excusabarajas aquella gloria de ropa blanca, inmaculada, como la nieve de las montañas.

—Usted se atosiga demasiado.

Y sin entenderlas contestaba candorosamente:

—¿Por qué?

—Por trabajar así.

—¡Ay Dios mío! ¿por trabajar?... Que haya, que haya trabajo... ¿Pues qué quiere usted que haga?... En qué pasaría el tiempo?

Anita trabajaba como canta el ruiseñor, porque había nacido para trabajar. Nada hubiese habido para ella más aburrido que las tardes de los domingos, si no hubiera tenido al lado á su querido Lorenzo para pasarlas en algún teatro. Allí, si el cuerpo reposaba, funcionaba el alma, latía el corazón á impulsos de las emociones dramáticas, siempre nuevas y encantadoras para la Anita, quien lloraba y reía y seguía la trama del poema con toda la ilusión de un niño.

—No llores tanto, mujer—le decía alguna vez Lorenzo.—Eso no es divertirse.

—Sí, hombre, sí; ¿no te gusta reconocer que tienes corazón? ¡Hay tantos que no lo tienen! Luego piensa una: Si á mí me sucediese lo que á esa pobre mujer... y me acuerdo de lo feliz que soy y me alegro tanto... y entonces, te quiero más.

No es preciso decir que todo esto se refería á un drama en el que desempeñaban principal parte los celos, que era el sentimiento de mayor resonancia en el corazón de la planchadora.

Digitized by Google

Lorenzo, sin percibir muy á fondo las primeras delicadezas de las anteriores apreciaciones de su mujer, se sentía penetrado por la última declaración; y el autor dramático, sin habérselo propuesto, era causa de que aquella tarde volviese á casa más feliz que nunca, más que nunca unido, el matrimonio, harto enternecido en su luna de miel. La Anita airosa y esbelta, con sus orejitas de escarlata destacándose sobre la seda azul del pañuelo de la cabeza, iba del brazo con aquel mocetón, colorado y fornido, que la llevaba triunfante de gozo. Ambos andaban ligeros como gamos por entre el barullo de gente que, como ellos, salía del teatro, y la pareja llegaba á su casita de la calle de la Canuda, sin despegar los labios, dándose apretones de brazo, sin ver á nadie, como suele caminar la dicha.

Las vecinas que en la tienda del zapatero jugaban á las cartas, decían al verlos pasar:

—¡Qué dichosos son!

—Dios quiera que dure... todas hemos pasado por eso.

Y las más gordas soltaban una risotada llena de recuerdos, que las hacía recudir el voluminoso abdomen.

Digitized by Google

Digitized by Google

II

Empezando por la marquesa, no fueron pocos los que extrañaron la elección de la planchadora. ¡Ella, tan pulcra, tan señorita, casarse con un carnicero! Por buen muchacho que fuese, Lorenzo tenía un oficio demasiado grosero para convenir á una muchacha de tan buenas prendas. Pero la Anita habia contestado á todos, que no hay trabajo legítimo que implique deshonra, y que no encontraba grosero oficio alguno, siendo desempeñado con inteligencia y dignidad. Lo que Lorenzo cortaba en su tabla comíanlo la marquesa y hasta el mismo rey en sus mesas; además, él no tenía que desempeñar la repugnante faena del desollador; toda su misión se reducía á cortar bien los filetes, las costillas, *entrecôtes* y demás, y á llenar el platillo del peso para volcarlo en las cestas de las cocineras y en los serones de los mozos de fonda, que acudían á la Boquería. Lo que hacía falta era buen carácter y amor al trabajo, virtudes ambas que nadie podía negarle á Lorenzo.

Verdaderamente era bueno y desempeñaba como

Digitized by Google

es debido su oficio de cortador; pero en su mirada solapada y su pesado andar parecía relatarse algo así como de una naturaleza un tanto silvestre, que á nadie agradaba y mucho menos á la marquesa. Anita, por otra parte, con la esclavitud de su oficio, le había tratado demasiado poco para conocerle lo bastante. Unos cuantos días en la Boquería con la cuchilla en la mano, y algunos domingos por la tarde tratando ya seriamente de la boda mientras paseaban por Barcelona, no dàban tiempo suficiente para desflorar un carácter.

Pero la Anita tenía ya veinticinco años, estaba harta de servir, sentía en su alma de mujer formal el ansia de medrar, ese noble impulso de independencia que hace de toda catalana una criada inaguantable en pasando de aquella edad, y estaba la mujer, en fin, como suele decirse, rabiando por casarse.

Discreta y formal como era, gustábanle los hombres serios, foscos, únicos á quienes encontraba verdaderamente varoniles y dignos de ser queridos. Los alfeñiques, los vanidosos y relamidos eran para ella degeneraciones monstruosas, que no merecían ni una mirada. Si lo que busca la mujer en el matrimonio es un apoyo, ha de procurar que sea sólido, decía ella; y al menos, físicamente considerado, Lorenzo era un verdadero puntal de fachada.

Nunca dejó de verlo tal como lo vió la primera vez; allí, en la Boquería, un escalón más alto que el círculo de gente que le pedía por favor sus servicios, destacándose la mitad de su corpulenta figura detrás del vasto tablero de mármol; la cabeza pequeña, rubia y rapada como la de cierto busto romano que tenía la marquesa; los ojos grandes y atrevidos, la nariz recta, huesosa y fuerte encima de un labio que sin bigote y todo imponía respeto; su barba dura y redonda como un tobillo, á una cuarta del gran delantal que le cubría el ancho pecho, remangados los brazos, muscu-

Digitized by Google

losos y velludos hasta el codo, la nervuda mano izquierda aferrada á una sangrienta cadera de buey, la derecha dando briosos tajos, á un dedo de la otra, con una gran cuchilla, tan segura y diestramente, que nadie pensaba en el horrible riesgo de la mutilación. ¿Y la limpieza de aquella mesa? La esponja mojada pasaba sobre el mármol como una lengua curiosa; las piezas envueltas en blancos paños, colgaban brillantes como aquellos grandes jarrones de ágata que Anita limpiaba diariamente; las herramientas eran de bruñido acero, las pesas brillantes como el oro. En fin, ¿quién ignoraba que, por aseo no más, Lorenzo apenas podía dar abasto al despacho, á pesar de vender dos cuartos más caro por tercia?

Por otra parte, aunque desabrido, no era desagradable al hablar; hasta de vez en cuando tenía ocurrencias que hacían reir á la Anita, inocentadas que la sorprendían tiernamente. Una cosa descubrió en él que si al pronto la asustó, bien considerada luégo, hubo de complacerle mucho: Lorenzo tenía un genio pronto y era terco: quería llevar siempre la razón; pero aun en estos casos hablaba poco y no solía gritar, porque, recordando la Boquería, decía que el escándalo era cosa de mujeres.

—No sé lo que me parece un hombre de poco genio —decía ella.—Lo sensible sería que tuviese mal carácter á todas horas, que fuese un ponzoña; pero él, tan enemigo del escándalo, se dejará llevar. Y que, en caso necesario, el hombre sepa imponerse, ya conviene. Demasiado acostumbrada estoy á aguantarme; no tendrá muchas ocasiones de pegarla conmigo. Luego ya

Digitized by Google

yo sabré manejarme; ya iré conociéndole y ablandándole.

Hechas estas reflexiones, se tomaron los dichos, se casaron, y se instalaron independientes en la calle de la Canuda con una sola criadita de doce años para que hiciese los recados.

Lo de la tienda no dejó de discutirse, pero al fin uno y otro opinaron que era una gran idea. Contar por todo recurso con el jornal de Lorenzo, era poca cosa; trabajando ella para fuera, tampoco les ayudaría mucho. Con la ayuda de Dios, el apoyo de la marquesa y las grandes relaciones que en su casa había hecho la Anita, ¿no habían de poder salir adelante?

No se engañó en sus cálculos: trabajando noche y día, pronto tuvo más trabajo del que podía despachar. Con esto y con haberse hecho embarazada, era un dolor verla cómo se estaba matando; el mismo Lorenzo no paró hasta hacerle tomar un par de ayudantas, una de ellas la Leonor, ex-doncella también de la marquesa, casada con un muchacho cerrajero, chica muy formal y dispuesta, que le vigilaría á las demás.

Porque el único reparo que ponía Anita á tomar muchachas solteras, era el riesgo que corría su tranquilidad de esposa enamorada. El oficio de cortante sólo ocupaba á su marido por las mañanas; á mediodía ya estaba en casa, se iba á tomar café y á pasar un rato, y con su espíritu pobre en recursos, sin maldita la gana de leer, á fuer de buen español, pasábase las tardes en el obrador ó sentado en el umbral de la puerta balanceando las piernas, y á lo más, á lo más, desflorando la gacetilla de los periódicos, que dejaban los repartidores para los vecinos de la casa.

Mientras estaba sola, Anita, lejos de censurar esto, le halagaba, considerándolo como un tributo pagado á su amor, como un efecto inesperado y preciadísimo de sus atractivos, que le dolía perder. Pero viniendo

Digitized by Google

ya otras mujeres, acaso mozuelas de poca confianza, como tantas que andan por esos mundos de Dios con las uñas recatadas, se ponía en peligro de que le echasen á perder aquel marido ejemplar. Con harto dolor de su corazón, estuvo cavilando varios días en arrancarlo de aquella ocasión de pecar. Pero como quería tanto á su marido, deseaba encontrarle, en todo caso, ocupación de poca molestia. Y el tiempo pasaba y su amor creciente era causa de que, como le sucedía á Bertoldo, cuando no encontraba árbol de que ahorcarse, Anita no encontrase colocación bastante buena para su Lorenzo.

Pero los temores de la Anita no eran sino cavilosidades de mujer celosa; á Lorenzo no le daba por ese lado. Su corteza recia y dura no dejaba transparentar el gran fuego que conservaba en su pecho para su mujer, á quien quería, de la manera que él lo hacía todo, como un salvaje. Ella era la primera y la única mujer en quien hasta entonces pensara, y no tenía trazas de pensar en ninguna otra.

Más pareció peligrar bajo otro concepto. Al llegar el invierno, notó Anita que iba alargando mucho sus sesiones del café, y averiguando la causa supo que había tomado gran afición al juego de damas. Á una ligera observación que le hizo Anita, le contestó bastante descompuesto:

—No tengas miedo, que no me jugaré un ochavo tuyo. ¿En qué voy á pasar el tiempo? ¿Es algún pecado el jugarse un par de reales con un amigo?

Anita calló y le dejó hacer; sin duda por tema, se pasó dos ó tres tardes enteras jugando, pero él mismo dejó sin esfuerzo aquel vicio de menor cuantía, en cuanto tuvo el primer hijo. Y aquel hombrón llegaba del café, se subía al entresuelo, y mientras la Anita con sus chicas planchaba abajo, él no se cansaba de contemplar, ni de pasear, cuando hacía falta, á aquel

Digitized by Google

angelito, rubio como él, hermoso como su madre.

El trabajo, entretanto, había aumentado de tal manera en el obrador, que ya no bastaban cuatro mujeres. Anita pensó en tomar la tienda del lado. Á Lorenzo le habían aumentado el jornal, todo iba viento en popa. Entrambos veían prosperar la casa, y con la venida de su hijito no soñaban en otra cosa que en sostener la emprendida empresa, para procurarle un buen porvenir. Anita, sobre todo, trabajaba de noche para mejorar la obra y no faltar en entregar puntualmente la ropa planchada. La puntualidad era para ella el principal secreto de su oficio. Para sostenerla trabajaba á deshora, tomaba nuevas oficialas, no perdonaba medio. Y así el obrador alcanzó un renombre, que desde la plaza de Junqueras á la de la Universidad, desde la de Cataluña á Belén, todo el mundo daba á planchar la ropa á la Anita.

Digitized by Google

III

Pronto se vió obligada á tomar la tienda vecina y el otro entresuelo de la casa. Se derribaron tabiques para hacer de dos piezas una sola trastienda grande, se abrieron puertas de comunicación, se condenó con una reja la puerta de la nueva tienda, se instalaron grandes hornillas de gas, máquinas para planchar lo liso y almidonar, se tomaron ocho oficialas más y se dividió el trabajo en secciones: á un lado la ropa de plancha, á otro la de máquina, arriba, en el entresuelo, los encañonados, los plegados, todo lo más delicado y entretenido.

La Anita se reservaba la alta inspección, la distribución de la ropa, el recibir á los parroquianos. Sólo con presenciar todas estas operaciones ya tuvo Lorenzo entretenimiento para días; luégo Anita le proporcionó ocupación, encargándole los asientos de entrada y salida; de este modo le evitaba el aburrimiento; le tenía muy sujeto y la casa ganaba mucho.

. Lorenzo se consideró obligado á desempeñar el cometido y lo hacía con gusto. El establecimiento de su

Digitized by Google

mujer producía ya cuatro veces más que su jornal de cortador; Anita era el alma de todo; era digna no sólo de que se la admirase, sino de que se la secundase con entusiasmo. Teniendo diversas secciones que vigilar arriba y abajo, no podía atender á todo sin matarse. ¡Y además estaba criando á su hijo, la pobre! ¡Harto cansada debía de estar por las mañanas! Así que Lorenzo, á pesar de no poder tirar mucho de pluma, empezó abriendo un libro-diario, instalándose en la trastienda, especie de almacén que tenía una larga pared llena de estantes numerados, en los cuales se depositaba la ropa antes y después de ser planchada. Grandes cortinas de cretona la preservaban del polvo. En el rincón del fondo había dos contadores de gas: uno para el de la calefacción y otro para el del alumbrado. Dos ventanas enrejadas que daban á unos jardines, alumbraban aquella parte, y entre ellas se colocó el escritorio de Lorenzo. Allí asentaba en su libro el nombre de los parroquianos, el número y clase de piezas recibidas, el número de registro que le correspondía, el día y hora en que debía quedar listo el encargo.

Durante el primer mes, como cada letra le costaba emplear la paciencia de un calígrafo, el pobre muchacho casi no podía separar los ojos del libro, cual si llevase los de un gran banquero. Pero al fin llegó á adquirir tal práctica, que ya para todo le sobraba tiempo. Había simplificado las notas con grandes abreviaturas, y como se sabía de memoria el orden de las casillas, lo llevaba ya á ojos cerrados. Con esto volvió á aburrirse en el taburete del escritorio; se levantaba, se traía un rato al niño, que ya empezaba á andar, ó echando un cigarro charlaba con las oficialillas que estaban bajo la inspección de la Leonor.

Era entre ellas la de mejores manos quizás, no obstante ser la más tumbona, cierta rubia cachigordita, bastante espabilada, que á todas entretenía—y á Lo-

Digitized by Google

renzo también—con su charla un tanto picaresca, sus palabras de doble sentido y sus chistosos cantares. En sus ojos, sus labios gruesos, en sus movimientos, en fin, se advertía un sensualismo instintivo que agradaba á los hombres, pero alarmaba á las mujeres. No hay que decir si la Anita tendría ojo avizor sobre ella, hacía ya tiempo, más aún que por lo dicho, por la afición que la mocita tenía á andar muy ligera de ropa, enseñando en demasía brazos y hombros. Acaso la hubiese despedido ya, á no ser porque la Leonor se hacía lenguas de lo despachada y ligera que era para el trabajo. Pero cierta tarde que, estando delante de Lorenzo, la vió Anita sobradamente escotada, no pudo contenerse y hubo de increparla por aquel exceso.

—¿Y qué le voy á hacer, pobre de mí, si tengo tanto calor? Este ardor de la plancha á mí me sofoca, señora Anita.

Y con la cabeza baja, guiando la plancha y haciendo un guiño de desenvuelta malicia á las otras que la miraban con el rabo del ojo, añadió:

—Además, no enseño nada que no haya estado en misa. Vaya, señora Anita, no sea usted tan...

—¡Psit!—dijo la Anita más seria que nunca y cortando á un tiempo la palabra á la rubia y las risas á las demás, así como á Lorenzo que también se reía.—Ya le he dicho á usted otra vez, Ramona, que no me gustan esas bromitas. Con que tápese usted un poco más y tengamos la fiesta en paz.

Y llevándose de allí á su marido con una excusa cualquiera, desapareció del obrador, toda preocupada y de

Digitized by Google

mal humor, reprimiéndose prudentemente, para no echarle en cara á su marido aquella risa suya, que tan mal efecto le había producido. En cuanto encontrase otra oficiala que pudiese sustituir á aquella mocita, plantaba á ésta de patitas en la calle.

Entretanto el obrador, de donde se había ausentado la Leonor por un momento, resonaba con las risotadas de las oficialas á quienes hacía desternillar de risa la Ramona remedando á la maestra y burlándose del dominio que parecía tener sobre aquel hombrón. *¡Pobre calzonazos!*

Éste se había metido en su escritorio, cuando aún duraba la conversación. Rojo de vergüenza había oído el juicio que acerca de él se formaba, la chacota de que era objeto, y sintió herida su varonil independencia por el agudo aguijón del ridículo. Enojado y todo, parecióle que aquella muchacha tenía razón; sorprendióse al contemplarse tan enervado y apoderóse de él un ansia irresistible de rehabilitación, cual si hubiese cometido alguna bajeza. «¿Él calzonazos? ¿Él dejándose gobernar; un hombre como él?» Y repasando entonces su conducta como marido, vióse ridículamente pegado á las faldas de Anita; primeramente, pasando tarde y noche columpiándose en una silla, contemplándola planchar; luégo paseando al chico como una niñera; más tarde clavado en el taburete de la trastienda apuntando ¿qué? enaguas y pantalones y cuellos y bordados y gorritas de niño; toda una lista de lavandera, faena de mujer y nada más! Y cuanto más alargaba el inventario de sus actos, mayor era su vergüenza, más fundado le parecía el juicio de aquella muchacha, más en ridículo se veía. Empezó á sentir hacia la mujer á quien tanto había querido la punzante aversión que produce todo abuso de confianza, y al mismo tiempo que aborrecía á la Ramona, que le había escarnecido, le daba la razón, estaba rabiando por hablarle, y en su

Digitized by Google

imaginación la veía tan rubia, tan apetitosa, tan pizpireta, mejor que su Anita, en una palabra. En la exageración de su acaloramiento, las más insignificantes exigencias de su mujer eran como los granos de polvo que al meterse en un ojo adquieren inmediatamente nombre y proporciones de guijarro. En cambio, aquella muchacha le había espabilado, había hecho caer la venda que le tapaba los ojos dejándole caminar á tientas ó caer en el abismo del ridículo, en el estado más lastimoso para un hombre. «¡Él calzonazos!» ¡Jamás, jamás, eso sí que no!

Así, perdiéndose en las exageraciones de su enojo, la oscuridad iba invadiendo la casa hasta el punto de que fué preciso encender el gas. Ramona entró en la trastienda, según costumbre, á abrir la llave del contador. Ni pensaba siquiera en Lorenzo, cuando en el oscuro rincón del contador sintió enroscársele á la cintura el potente brazo de aquel hombre que la estrechaba contra su pecho, al mismo tiempo que tapándole la boca con una mano le decía al oído con voz entrecortada y amoroso acento:

—Tengo que hablarte... no grites... tengo que hablarte, ¿oyes?... Á las nueve te espero á la puerta de tu casa.

Ramona, temblando de miedo y de gusto, escuchó sin despegar los labios, abrió la llave, y al desaparecer por la puerta, volvió la cabeza y disparó á Lorenzo una sonrisa llena de voluptuosa coquetería.

Digitized by Google

Digitized by Google

IV

Desde aquel día Lorenzo se convirtió en otro hombre; la paz de aquel matrimonio pendía tan sólo de un hilo. El marido quería salir solo todas las noches, repitiendo á cada paso que él era dueño de sus acciones. No encontrando una fórmula bastante correcta para negarse á llevar el registro, lo resistía de hecho, abandonándolo más cada día; en cambio no cesaba de rondar por el obrador entre las oficialas y, lo que era más alarmante todavía, por los pasillos y las piezas de las hornillas. Á los pocos días ya sospecharon las muchachas por quién era todo aquello. La Ramona estaba más circunspecta que antes, pero venía mejor peinada y compuesta, con cintas al cuello, no se quitaba de los piés en todo el día las ajustadas botitas, y sin percatarse de ello, hacía de vez en cuando ciertos movimientos tan perezosos, que llamaron la atención.

—Pero, chica, ¿qué te pasa?

—Es que me duele el cuello de tenerlo tan encogido.

Y no podía contenerse. Al dejar la plancha, hinchan-

Digitized by Google

do todo el pecho, echaba la cabeza atrás, estaba un rato rodándole sobre el cogote, como hacen á veces las gatas, y lanzaba al espejo unas miradas llenas de languidez. Hubiérase dicho que sus entornados ojos miraban hacia adentro en donde guardara voluptuosas imágenes.

Sin comunicarse sus recelos, sus amigas pusiéronse en acecho. Ideas de otros tiempos habían madurado en el caletre de Ramona; era preciso saber al calor de qué sol. Desde aquel momento las relaciones de Lorenzo y Ramona fueron acosadas por la más insidiosa vigilancia. No podía él decir palabra, que no se alambicase secretamente en cada uno de aquellos cerebros; y como el carnicero quería echárselas de hombre, procuraba decirlas de doble sentido. Ni él ni ella daban un paso que no fuese seguido de cerca. Por fin, no tardaron en caer en el garlito; en el espejo atraparon á la Ramona una mirada de amor, de esas que no se confunden con ninguna otra. Una sonrisa de satisfacción iluminó los rostros de las espías. Desde entonces los movimientos de Ramona quedaron más desligados, y aquella misma tarde mientras abría la llave del gas, tres compañeras, porque no cabían más en la puerta de la trastienda, viéronla entre las tinieblas del rincón, apoyada en los brazos de Lorenzo, hablarle al oído. Pero aquella misma tarde le daba la cuenta la Anita, y en la puerta de la calle recibía también al oído la orden de no volver á pisar aquel umbral, mientras Lorenzo entraba y salía quitando las vidrieras.

Anita dió aquella orden con una prudencia que no le valió, pues en cuanto salieron todas las planchadoras, se le puso delante Lorenzo echando lumbre por los ojos, amenazándola con marcharse él también si no volvía á recibirla.

Entonces estallaron los celos de Anita que hacía tiempo le roían el corazón:

Digitized by Google

—¡Ah! ¿Lo has visto, lo has oído, eh? Con que estabas espiando!.. ¡Que la vuelva á recibir!... Pues si crees que vale más ella que yo, abierta tienes la puerta, véte con ella.

Dejóse caer sobre una silla, y entre lágrimas y sollozos añadió:

—¡Cuánto has cambiado, Lorenzo!... ¡La infame, la sin vergüenza!... Véte, véte, bendito de Dios: tú traidor y ella una perdida, no haréis mala pareja...

—Vuélvela á tomar y hemos concluído—murmuró otra vez, sin encontrar palabras con qué contestar á las que acababan de silbar sobre su rostro, cual otros tantos latigazos. Avergonzado de reconocer que por su parte sólo era una farsa todo aquello, quería al menos que no los recibiese la Ramona.

Anita se puso en pié al sentir herida su dignidad de esposa, y erguida, blanca como la cera, temblándole los músculos del rostro y señalando á su marido la puerta en actitud imponente y voz amenazadora exclamó:

—¡Véte, véte, bendito de Dios... que Èl te ilumine!

Lorenzo, sin encontrar una palabra en defensa propia, se ofendió entonces por lo serio; y por terquedad no más, haciendo con la cabeza un movimiento de desprecio, salió. Su mujer se lanzó á la puerta para llamarle; pero rehaciéndose, dió un paso atrás, cerró y volvió á caer sobre la silla, hecha un mar de llanto.

En media hora vivió diez años. Allí, en aquella silla, delante de la lira de gas que á media luz alumbraba melancólicamente la blanca mesa que había recogido las primeras gotas de su sudor, con tanto gozo vertidas para la prosperidad de aquella casa, allí, sola, traicionada, despreciada por el adorado esposo, la que no había hecho otra cosa que desvivirse por él, turbios los ojos por el llanto, veía desfilar en descoloridas imágenes todos los acontecimientos de su existencia, to-

Digitized by Google

dos los dulces recuerdos de su amor, sin tino, sin alientos ni fuerza para detenerlos en consuelo suyo. Su fiebre daba cuerpo á escenas y personas que iban pasando ante sus ojos, con miradas irónicas, y se desvanecían como exhalaciones. Su imagen de niña, saltando y cogiendo flores en los bosques de castaños de Arbucias, su pueblo natal, y la de su madre tendida en su lecho de muerte, afilado el rostro de cera, los ojos hundidos, los zapatos tiesos, eran las únicas que habían pasado llorando. ¿Por qué habían pasado riéndose la marquesa y sus criados? ¿Por qué se reían también el cura que la casó, los padrinos, los suegros y toda la boda? ¿Por qué las vecinas de su calle, sus chicos con la naricilla pegada á los cristales, la zapatera del lado, la primera de la cuadrilla? ¿Por qué se reían, en fin, sus oficialas y Lorenzo y la Ramona?... «¡Ah! sí; ¡vosotros dos lo comprendo, traidores, infames! La misma perversidad que os ha empujado al crimen ha de presentaros ridícula y digna de mofa la situación de una mujer honrada, ultrajada, escarnecida, abandonada por su marido; ¡ridícula y digna de mofa la víctima de vuestra maldad!... ¡traidores, infames!»

Y así cavilando, anonadada, agitábase en la silla, llorando amargas lágrimas de fuego, sin perder por eso el hilo de aquel desvarío que le oprimía el pecho y le envenenaba el alma.

—«En vosotros—insistía—en vosotros lo comprendo. Pero y la marquesa que tanto me quería, ¿por qué ríe? ¿Acaso le dí jamás un motivo, ni tanto así, para que ahora aplauda mi desventura? ¿Y su servidumbre, vosotros, amigos míos...? ¿Es que no lo erais quizás, que me engañabais?... No, no puede ser que os haga tan crueles mi resistencia á rechazar al hombre querido, por el mezquino defecto que le encontrabais. Oh, no, acordaos. Yo os escuché, yo logré convenceros.»

Digitized by Google

Y la pobre Anita iba de este modo interpelando á todos los personajes de aquel cortejo, recordandoles, en vano, su buena voluntad, sus simpatías, su lealtad de siempre... Los personajes desfilaban tiesos, inalterables, envueltos en su velo fantástico y descolorido sin escuchar su ruego ni abandonar su desgarradora sonrisa. Desvanecíanse en el aire, volvían á pasar y siempre cerraba el cortejo una pareja de mayores dimensiones y colores más vivos. Lorenzo y la Ramona, ésta cada vez más desenvuelta, más provocativa.

De repente oyóse llorar á un niño, lejos, arriba en el cuarto. Desapareció la visión; Anita prestó oído un segundo, latió su corazón, se le secó el llanto en los ojos y resplandecieron serenos, interrogantes. El llanto continuaba, Anita miró en torno suyo.

—¡Oh! sí; ¡es mi hijo, estoy en mi casa! ¡Es mi hijo, el hijo de mi corazón; ya no estoy sola!

Se levantó como impulsada por un resorte, subió en tres saltos la escalera, y al pegar sus labios á los del niño sintió que recobraba toda su perdida fortaleza.

—¡Hijo mío! ¡Por ti, por ti, velaré siempre!

Y le pareció que se fundía de repente todo su amor de esposa en el amor de madre y se juró irreconciliación eterna, para librar á su hijo del mal ejemplo. Más aún que el propio abandono, le irritaba el de aquella criatura. Lorenzo se le representó como un hombre sin entrañas, indigno de perdón.—«Nunca, nunca jamás volvería á verle. Ella sola se bastaría, ella sería el amparo de aquel niño, para él había de ser todo el fruto de su trabajo, toda su sangre, toda su vida.»

Presa de la fiebre de la desesperación, no había podido aún pegar los ojos á la una de la madrugada, cuando le sobresaltó un aldabonazo en la puerta de la calle.

Si era *él* quien llamaba, venía á echar por tierra todos sus planes; ¿quién otro podía ser? Su primer im-

Digitized by Google

pulso fué no moverse y obligar á quien quiera que fuese á llamar segunda vez. Decíale el corazón que era Lorenzo y estaba resuelta á no abrir. ¿No se había decidido á romper con él para siempre? ¿Cómo recibirlo, pues, cuando ni tiempo había tenido para arrepentirse sinceramente, cuando quizás, quizás, acababa de separarse de *la otra?* Aquella repentina aparición venía á agravar la ofensa, denotando un descaro inaudito.

—*¡Pom... pom... pom!*—hizo otra vez el aldabón.

Anita se echó á temblar como sorprendida por una descarga á boca de jarro. ¿Es decir, que estaba resuelto á todo, incluso el escándalo? ¡Cómo se había transformado aquel hombre, gran Dios! Y ante el temor al escándalo que era lo que más la aterraba, se echó de la cama, se abrigó de cualquier modo á la claridad de las estrellas, que dejaba entrar un postiguillo entornado, y se asomó al balconcillo del entresuelo.

Por más que la esperase, la presencia de su marido al pié del balcón le heló las palabras en los labios. La calle estaba solitaria. Apagados la mitad de los faroles, los interlocutores no pudieron reconocerse más que por el contorno de sus respectivas figuras. Aquellas tinieblas y aquella soledad reanimaron á Anita.

—Abre—dijo su marido.

—Es inútil que lo pretendas.

—Tengo derecho á que me abras. ¡Abre!

—No es esta hora ni lugar de disputarlo. Lorenzo, no por mí, sino por el buen nombre de la casa en donde está tu hijo, no muevas escándalo. Estoy resuelta y no entrarás.

—Anita, vengo arrepentido.

—Puede...

—Anita...

—Te digo que no.

—Te repito que estoy en mi derecho.

—Has renunciado á él, al marcharte de casa. Sólo te

Digitized by Google

pido que no escandalices, porque sería peor. No entras.

Y Anita cerró el balcón, y cayendo sobre la silla más próxima, desahogó su pecho en un gran suspiro. No podía más. Si hubiese seguido insistiendo, le hubieran faltado las fuerzas. Escuchó y vió el cielo abierto al sentir los pasos de Lorenzo que se alejaba.

—Le ha dado miedo el escándalo: aún vale algo.

Luégo le pareció tan cruel su propia conducta que lloró por lo que había hecho. Lució la clemencia en su corazón y pensó ya en perdonarle. Lo que acababa de hacer era cruel é imprudente en demasía; acababa de lanzar á aquel hombre por un camino de perdición. ¿Á dónde iría á aquellas horas? ¡Ah! ¡qué mal aconsejada! Entonces le vinieron á la memoria varios dramas que había visto, para recordarle que la esposa que calla y sufre es la que á las postrimerías triunfa siempre. La humildad es la grande arma de la mujer; á fuerza de achicarse y achicarse acaba por enternecer al hombre y hacerle ver el abuso de fuerza que está cometiendo. Entonces y sólo entonces siente el hombre asomar las lágrimas á sus ojos, se humilla y coge en sus brazos á la mujer, para besarla como se besa á un niño. No se ha hecho la ira para ella, sino para los fuertes, y para destruir esta ponzoña tienen los débiles una triaca: la resignación, el sufrimiento mudo y pasivo, que inspira lástima.

Anita no sabía formulárselo en términos tan concretos, pero lo sentía. No tenía otro remedio que perdonar. Con constancia y buen juicio ella sabría volverlo al buen camino. ¡Sí! Tenía que hacerlo. Lorenzo era el padre de su hijo, y si ella faltaba... ¿si ella moría antes de haber modificado Lorenzo su conducta? ¡qué peligros para aquel angelito de Dios! Esta reflexión la exaltó más contra sí misma. ¿Cómo había estado tan ciega hasta entonces? ¡Perdón, perdón, hijo mío; yo

Digitized by Google

sufriré, callaré, convertiré á tu padre, no quedarás huérfano de uno y otro, sino cuando sea la voluntad de Dios! Y fatigada por la lucha y por el dolor, acabó por aletargarse esperando el momento de comenzar su obra.

Digitized by Google

V

RAN las cinco cuando se levantó. Estaba despuntando el alba. Á su gris claridad, se lavó y se sentó delante del espejo para peinarse. No la abandonaban las ideas de perdón; cuando se presentase Lorenzo era preciso que la encontrase transformada, ejemplar; el contraste de su conducta le avergonzaría, y como no tenía mala índole se convertiría muy pronto.

Se miró en el espejo y se vió los ojos ribeteados de tanto llorar. Se encontró fea, privada de toda seducción, y se propuso recobrarla; al fin, era mujer. Lo primero era hacer de tripas corazón, serenarse; la voluntad obedeció y logró tranquilizarse. Luégo, refrescarse la cara, borrar á toda costa las huellas de aquella noche de insomnio y de pena, que tanto la desfiguraba. Por primera vez en su vida echó en el agua unas gotas de la de colonia, y se dió polvos aprovechando los que empleaba para el niño. Pero su apuro fué el peinado; probó dos ó tres, y sólo á medias quedó satisfecha del último. Revolvió todos los lazos, la pequeña colección de sus joyas, y sólo la reflexión de que

Digitized by Google

sería muy chocante, por lo impropio en un día de trabajo, pudo retraerla de emperejilarse como una novia. Esto no obstante, se adornó en la medida que le permitió su discreción, púsose vestido y delantal recién planchados y, cuando terminado todo, se quitó algo de los polvos de la cara y sonriendo al espejo obtuvo su aprobación, volvió de pronto á la cómoda. Le había asaltado un pensamiento: tenía un pañuelito rosa que gustaba mucho á su marido. Lo sacó y se lo puso al cuello con estudiada coquetería, dejando descubierto un buen trozo de pecho sobre el cual colgaba de una cinta cereza el medallón que le había regalado Lorenzo. ¡Ah! Si por milagro hubiese podido volverse rubia! La imágen de la rival, estereotipada en su mente, había presidido á aquella *toilette;* ni una caricia del peine, ni un alfiler, ni un lazo, habíanse sustraído á la comparación. Y Anita no veía á todo esto que sobrepujaba á la rival, como la mujer bella y casta sobrepuja siempre á la lasciva, por hermosa que ésta sea. El blanco de sus ojos parecía haberse purificado con las lágrimas, haciendo brillar con extraordinaria luz la negra niña sobre un fondo de madreperla. La pasada excitación mantenía aún en sus labios el vivo rojo de la cereza, así como conservaba una expresión de encantadora seriedad que correspondía á la languidez, que se notaba en sus cejas y frente. Su cutis todo, como esponjado por el llanto, tenía la fresca morbidez de la rosa, y en el continente de toda su alta figura, robustecida por la maternidad, llevaba el majestuoso atractivo de la madurez, la majestad de la madre fuerte. Nunca, nunca había estado Anita tan espléndidamente hermosa como aquel día.

Hacía ya rato que la ciudad bullía á los primeros rayos del sol que rayaba de plata las alturas de los pisos cuartos, cuando la planchadora besó una vez más á su hijito, dormido todavía, cerró otra vez los

Digitized by Google

postigos del balcón, despertó á la muchacha y se fué derecha á abrir la puerta de la tienda, para arreglar el obrador y preparar la tarea del día.

Al pasar por la tienda, débilmente iluminada todavía por los pocos rayos de claridad que lograban penetrar por las rendijas de la puerta, no pudo menos de fijarse en la mesa que veía la noche antes confusamente y en la silla sobre la que pasó su crisis. Las vidrieras estaban arrimadas á la pared, como esperando á Lorenzo. Hoy las colocaría ella por primera vez. La idea de la soledad y del abandono volvió á apoderarse de ella haciéndole ver patente la necesidad del perdón, de la reconciliación. ¡Ah! ¡Si lo supiese Lorenzo!

Abrió. La luz invadió la tienda y la larga sombra de dos personas rayó el embaldosado. La planchadora ahogó un grito de sorpresa y bajó trémula del umbral. Había visto á su marido surgir de una puerta vecina y plantársele al lado, pálido como la cera.

Anita se acogió al quicio interior de la puerta, con la cabeza y los ojos bajos. Lorenzo mantuvo su corpulenta figura plantada sobre el umbral, en medio de los montantes que sostenían las vidrieras, en actitud entre amenazadora y despreciativa. De una sola ojeada midió de alto abajo á su mujer que seguía encogida sin mirarle, y preguntó con fingida calma:

—¿Se puede entrar?

—Estás en tu casa, Lorenzo—se atrevió á decir la planchadora, cada vez más humilde y avergonzada.

Entró Lorenzo, se detuvo, clavó los ojos en su mujer, y no paró luégo hasta la cocina, que estaba al lado de la trastienda. Mudo y agitado se sentó en la primera silla, echó los codos sobre las rodillas, y puso entre las manos la cabeza, derribando al suelo el apabullado sombrero. Delante de él sobre un vasar estaban apiladas sus herramientas de carnicero, cuchillas y cuchillos de varias formas y dimensiones. Anita seguía he-

Digitized by Google

cha un ovillo en su rincón, toda confusa: él esperando; uno y otro rehuían el escándalo, pero era evidente que Lorenzo promovería una escena violenta. Nunca le había visto su mujer tan demudado.

Pasaba el tiempo y ni él ni ella se movían. Anita sintió impulsos de correr a ponerse de rodillas delante de su marido; pero el orgullo se rebeló en ella. Aquello no sería perdonar, sino pedir perdón. Cualquiera otro paso le daba miedo; el silencio de su marido estaba preñado de amenazas.

Por fin, éste reapareció en la puerta de la trastienda y al ver á Anita en la misma actitud, avanzó, se lanzó de un salto al otro extremo, y cerró la puerta de la calle. Anita se dió por muerta.

—¡Ah!—exclamó Lorenzo cruzando los brazos.—¡Vaya, con la mosquita muerta!... No tienes tú mala suerte... Bien te has valido de que no me gustan los escándalos... ¡Y por eso me has hecho pasar la noche al sereno! ¡Mal rayo!...

Lorenzo se acercó, imponente, á su mujer, quien no levantaba la vista del suelo, rehilando como el corderillo en el tajo.

—¡El ama!... (Un paso más.) ¡¡El ama!!... (Otro paso y asiéndole una muñeca le sacudía barbaramente el brazo.) ¿Quién es el amo en esta casa?—preguntó apretando los dientes y alargando las sílabas.

—Tú, Lorenzo, tú—contestó Anita, atreviéndose á llorar en el momento en que sentía aflojar la dolorosa presión de su muñeca.

—¿Yo, eh? ¿Yo cuando meto miedo, verdad? (Otra sacudida dolorosa.)

—Tú, tú y sólo tú siempre.

—¡Mala landre! Pues no parecía eso anoche... No he dormido, ¿lo oyes?... He pasado la noche dando vueltas por las calles como un mendigo, como un perdulario, ¿te enteras?

Digitized by Google

Anita iba ya á caer de rodillas á besarle los piés, por repentino remordimiento para implorar perdón; pero Lorenzo más exaltado cada vez preguntó:

—Y ¿quién ha tenido la culpa, dí?

Anita se irguió como si la hubiese picado un escorpión. Con fuerte sacudida trató de libertar el brazo para huir; tanto miedo tenía á lanzar la respuesta que tenía en la punta de la lengua. Ambos brazos lucharon un instante, y aquella lucha brutal acabó de ofuscar al carnicero.

—Dí, bribona, dí; ¿por culpa de quién ha sido? Dílo...

—¡No quiero, no quiero decirlo!... Suéltame, déjame marchar... Yo te perdono; perdóname tú.

Ahora fué él quien se enderezó. Y soltando á Anita, cerrándole el paso por donde iba á escapar gritó con voz formidable:

—Dí: ¿quién ha tenido la culpa de que yo no haya dormido en mi casa?

—Perdóname, Lorenzo, perdóname...

—Contesta á lo que te pregunto; quiero saberlo, mujer hipócrita, falsa, traidora, miserable, que te encoges de miedo... ¿Por culpa de quién?

—¿Lo quieres saber, eh? ¡Pues por culpa tuya!

La enorme mano del carnicero se desplomó estrepitosamente sobre el bañado rostro de su esposa, quien quedó aturdida, se tambaleó, se cubrió la cara con las manos, buscó á tientas una silla, y rompiendo en estridente lloro, exclamó:

—¡Y yo que te perdonaba!... ¡Cuánto te han cambiado, Lorenzo!...

—No eres tú quien ha de juzgarme, ni quien me pone á mí la ley. Aquí no hay más amo que yo... ¿lo entiendes? yo y nadie más que yo... Si tú has llevado los pantalones hasta ahora, no los llevarás más.

Y dicho esto parecióle á Lorenzo que se había qui-

Digitized by Google

tado de encima todo el peso que le agobiaba el pecho. Luégo tomando un tono casi amistoso, pronunció un «ea, basta,» que era como decir: «no hablemos más de esto, ya te he perdonado, todo ha pasado ya.»

Á fuer de terco de nacimiento que era, nunca iba más allá en sus enfados. Para lograr el fin que se proponía nada perdonaba, no respetaba ley alguna, nada le paraba más que la vergüenza ó el escándalo públicos; pero una vez conseguido su objeto, se entregaba á la alegría, desarmado, sin recelos, antes arrepentido que rencoroso, más dispuesto á inculparse que á mostrarse severo con su adversario. El plan trazado la noche antes quedaba realizado: ya había hecho sentir el peso de su autoridad, de su fuerza, ya había dicho que *sólo él llevaba los pantalones*, la frase sacramental, el móvil de su calaverada que ya daba por concluída: ¿qué más, pues? ¿Á qué acordarse ya de ello? Y el infeliz, en su buena fe de ciego obstinado, creía legítimo el comportamiento brutal de su acción puramente instintiva, negando á su misma víctima el derecho de juzgarla y someterla al alambique de la razón. ¡Tanto más, cuanto que, para él, naturaleza inculta, no tenían las palabras más importancia que la de cualquiera vagido instintivo! «El hombre se dispara, no sabe lo que dice; ¿á qué acordarse pues de lo dicho? Los palabras son soplos, el viento se las lleva.» Esto es, ni más ni menos, después de todo, lo que dicen los más de los mortales, cuando por la palabra se ven comprometidos.

Pero Anita, más acostumbrada á contenerse y á velar por su dignidad, hábito que infunde á las almas susceptibles toda dependencia, mayormente la del servidor, medía sus acciones y sus palabras, y en aquella ocasión parecióle que las que acababa de soportar, rebasaban la medida proporcionada á sus fuerzas. ¡Un bofetón! ¡El primero que le envilecía el

Digitized by Google

rostro! Brutales estrujones, suposiciones insolentes y falsas; amenazas, insultos y dicterios por parte del pecador, á quien tenía que pedir perdón y ofrecer enmienda!... ¡Ah, no! Aquella escena sí que demostraba toda la desigualdad de su casamiento. Entre ella y su marido se había levantado una barrera indestructible, una antipatía eterna que ella no sabría dominar. La mejilla hinchada, ardorosa, agravaba con el dolor físico el dolor moral.

Nada de perdón, se había hecho imposible: «basta.» También ella dijo «basta ya,» pero en tono harto distinto. Y tapados aún los ojos para no ver á aquel hombre, se subió resuelta al entresuelo, cuando Lorenzo con ridícula candidez iba á pedirle el almuerzo.

Digitized by Google

Digitized by Google

VI

ENTONCES comprendió Lorenzo que había ido demasiado lejos, con el bofetón, se entiende. «Pobre chica, tenía razón; él la había encelado con bastante fundamento, al menos en apariencia. ¡Jem! ¡Interceder con la mujer propia, en favor de la que se solicita, de la rival! Cualquiera otra hubiese obrado de igual manera. La verdad es, que queriendo á Anita tanto como la quería, se había excedido: por una cuestión de amor propio, por una insolencia de aquella estúpida, ir tras ella como un estudiante y darse á fingir lo que no había. ¿No hubiera valido más, hacerla despedir en el acto y mudar él de oficio, dedicándose á otro que le ocupase por más tiempo el día, ó negarse sencillamente á llevar aquel registro?» Y pensando y cavilando, ya ni encontró afeminada la ocupación, ni pudo explicarse la ofuscación de que por algunos días fué víctima. Traía á la memoria toda la época de su matrimonio y no alcanzaba á hallar ni un solo momento de dominio de Anita sobre él, exceptuando el de la noche anterior. Él era quien guardaba el dinero que ella ganaba; no daba ella un paso, ni había gastado un céntimo, ni aun en los mismos instrumentos de su in-

Digitized by Google

dustria, sin permiso de Lorenzo; por él había sufrido ridiculeces é imposiciones de los suegros; por él y por su hijo se había desvivido y aperreado. Y vióse obligado á admirar su codicia por el trabajo, su amor de madre, su fidelidad de esposa, su talento extraordinario de catalana, que con sus propias fuerzas funda una industria, fundamenta y asegura el porvenir de una familia toda. Vió los progresos realizados, recordó el capital que tenían guardado, no debido á sus propios esfuerzos, sino á los de ella; vió todo aquel prodigio de previsión que le aseguraba la vejez tan problemática para el obrero; reconoció todo el tesoro de amor y de ternura que sobre él había vertido aquella mujer, y lloró, lloró amargamente, se arrepintió, se acusó, se avergonzó, y exaltado contra sí mismo, empezó á dar vueltas por el piso bajo como un loco, buscando una fórmula para su acto de contrición, la exposición de su firme arrepentimiento y á la vez su castigo. Ninguna expresión le parecía acertada; todos sus pensamientos eran flojos, insuficientes.

De un brinco subió al entresuelo, resuelto á dejarse llevar, como siempre, de su instinto.

En la habitación estaban la Anita y la muchacha con el niño en brazos. Estaban ya hechas las camas, las sillas en orden, y en un gran pañuelo de algodón, extendido sobre una de estas, se veía un montón de ropa que Anita, arrodillada delante de un cajón abierto, iba sacando de la cómoda.

Lorenzo se quedó espantado, aturdido por lo que aquello significaba.

—¿Qué es eso?—preguntó.—¿Vas á dejarme?

Anita no contestó hasta que se lo permitió el llanto, que le embargaba la voz.

—¿Todavía lo preguntas?... ¿Te has creído que soy yo de piedra, que no tengo sentido ni vergüenza, que no me estimo en nada?

Digitized by Google

Y decía todo esto sin volver la cara, mezcladas las palabras con los sollozos, separando ropa y aumentando la pila con un ahínco que no dejaba la menor duda acerca de su inquebrantable resolución. La muchacha y el niño, vestidos ya en traje de calle, miraban con ojos asustados á Lorenzo, sin atreverse á hacer un movimiento. Aquel pequeño de dos años conocía que pasaba allí algo extraordinario y adivinaba que de ello tenía la culpa su padre, que estaba serio, descolorido, cruzado de brazos, fijos los ojos en su madre que lloraba sin volverse. ¿Era que estaba riñéndola á la pobrecita? La criatura empezó por inquietarse y acabó por romper á llorar.

—Anita, no hagas desatinos. Guarda todo eso y no se hable más del asunto. No te vayas.

Pero la madre no se incorporó sino para coger á su hijo y consolarlo. En el frenesí de su honda pena, lo besaba sin descanso, contenía como podía las lágrimas que la ahogaban, y con la punta del delantal enjugaba las que le brotaban de los ojos.

Lorenzo se sintió, como nunca, herido en el corazón. Él era la causa de aquel desconsuelo; él había abofeteado á aquella dolorosa, á la madre de su hijo, á la esposa adorada, á la mujer envidiada por todo el barrio; por él se iban madre é hijo ¡hasta aquel niño que llevaba la sangre de sus venas! Iba á perderlos para siempre.... ¿y todo por qué? por una palabra insolente de una perdida, por un movimiento de bestial orgullo? «¡Ah, no no!... esto me lo perdonaba Anita; lo que los arranca de mi lado es el bofetón».

Y en medio de esta profunda pena tierna y honrada, no encontraba Lorenzo palabras de perdón que llegasen hasta el corazón de aquella mujer íntimamente ofendida.

El niño seguía llorando con la instintiva tenacidad del sér amilanado.

Digitized by Google

—Véte, hombre, véte por Dios. ¿No ves que estás haciendo llorar á tu hijo también? Le das miedo. Déjanos en paz.

—No te vayas pues; prométeme que no te irás—dijo Lorenzo con el estúpido candor de los imbéciles.

Y como en el silencio de su mujer leyese el irrevocable propósito de no darle oídos, murmuró:

—Pues no te marcharás, yo te lo aseguro.

Digitized by Google

VII

CONSOLADO el niño, entregado el lío á la muchacha, la Anita, con su hijo en brazos, para que no se lo quitase su marido, contempló por última vez, al través de sus lágrimas, su cuarto nupcial, el nido de sus amores, el lecho en donde había esperado morir, donde había dado la vida á aquel sér hoy ya desvalido; y haciendo un repentino esfuerzo para serenarse, bajó resueltamente.

Animada acaso porque veía ya el fin de su esfuerzo, todavía halló voz entera para llamar á su marido, de quien no podía separarse sin que diese un beso á su hijo.

Viendo que no contestaba, se dirigió hacia la tienda, temiendo nuevas violencias, recelando encontrarle, acaso ante la puerta de salida, con la llave en el bolsillo, cerrándole el paso. Se había equivocado; la tienda estaba desierta, la llave puesta. «Es que no quiere verme!» pensó. Y con el corazón en un puño, desechó una vuelta de la llave. Pero la voz de su marido llamándola con un acento de ruego que afligía, le hizo volver atrás.

Digitized by Google

Aquella voz partía de la cocina. Tembláronle las piernas y un presentimiento vago, pero horrible, le estrujó aún más el corazón. Instintivamente dió el niño á la chica y entró en la cocina, que era una pieza reducida, baja de techo, ocupada por el fogón de guisar y las hornillas para las planchas, el fregadero, la coladera, estantes y mesa de servicio, de modo que no podían revolverse allí dos personas. Por una ventana, que daba al patio, entraba una luz cenicienta.

Bajo aquella ventana, medio desmayado sobre una silla, estaba su marido, con un brazo metido en la abertura de la blusa, el otro colgando á plomo, como la cabeza. Ni se movía, ni decía palabra. Anita deslumbrada por la mancha de luz de la ventana, sólo le veía á contra luz, como un bulto confuso. Aquel silencio la alarmó, y olvidando todos sus propósitos, se le acerca, ve que tiene los ojos cerrados, el rostro amarillento... ya no repara en tocarle: un sudor helado bañaba sus sienes.

—¡Lorenzo, Lorenzo! ¿qué has hecho?

Él entreabrió los ojos, y, señalando con la cabeza el fregadero, balbuceó con voz desmayada:

—No te pegaré más. no me abandones.

Por milagro de Dios, no cayó Anita sin sentido al suelo. Sobre el mármol del fregadero se desangraba una mano suelta, separada del brazo; á su lado había un hachuela, salpicada de sangre, humeante todavía! Era la expiación de un salvaje, era la mano del bofetón.

Digitized by Google

Mi Jardín

Digitized by Google

Digitized by Google

I

DETRÁS de mi casa, como si estuviese dentro de un gran cajón rectangular, había un huerto, que si era demasiado reducido para proveer á las necesidades de la familia, era bastante capaz para esparcimiento mío y de los compañeros que llevaba allí á jugar.

¡Cuántas travesuras tenemos hechas! Los vecinos que allí tenían vistas, azoteas ó salidas al mismo nivel de la tapia del huerto, bien podían decir que tenían palcos de los más divertidos. Rara era la tarde que no se veían todas aquellas barandillas festoneadas de cabecitas rubias descansando sobre los brazos doblados encima de la barandilla, siguiendo con ojos llenos de envidia nuestros más insignificantes movimientos. ¡Á los pobrecillos se les hacía la boca agua al verme con el tricornio de general, charreteras de papel dorado, una cinta de cuatro dedos cruzándome el pecho de parte á parte de la blusa y una espada de palo en la mano, y tras mí todo un ejército de ocho muchachos, por lo menos, provistos todos de gorras de cuartel y

Digitized by Google

fusiles, no de caña ni de feria, nada de eso, sino tan altos como ellos; y que si bien carecían de llave, tenían cañón de hojalata y su cazoleta correspondiente, de modo, que cuando teníamos *pólvora* y fósforos podíamos disparar y todo! Lo malo era que, á veces, detrás de nuestro público predilecto aparecían los rostros de las mamás y las criadas ya machuchas, quienes con la amenaza de que iban á avisar á mi familia no nos dejaban hacer fuego. ¡Qué mujeres más miedosas! Siempre con aquel estribillo: «¡Mirad que os vais á lastimar, demonios!... ¡que os vais á destrozar! ¡Se lo vamos á decir á tus papás!...

Y arrancaban á puñados de los antepechos á los chicos, cuando más embelesados contemplaban el encender de los fósforos, y cómo, dividido en dos bandos, se acometía el ejército furiosamente á la bayoneta, al compás del *titatarita, tita, tita, tita; titatarita, tita, tita, ti*... que tocábamos un trompeta y yo, hecho clarín el puño á medio cerrar pegado á los labios, corriendo delante de todos y contestando á la embestida contraria con tan fuertes sablazos como podíamos. ¡Cuántas espadas rompí!... pero hasta con la empuñadura y todo me despachaba!... «¡Os sacaréis un ojo, empecatados!... ¡Os vais á hacer pedazos!» seguían diciendo aquellas voces que dominaban hasta á nuestras cornetas.

¡Y vea usted lo que les daba miedo! ¡Ver á algún herido con las patas en alto, luchando con el vencedor que le tenía puesto el pié sobre el vientre y el fusil al pecho! ¿Cómo querían que se rindiese, pues? ¿Qué se figurarían aquellas mujeres que era una batalla? ¡Como que nos íbamos á hacer caricias y darnos besitos!

Naturalmente, con el tumulto del combate y aquellos gritos de espanto, á lo mejor se presentaba algún pariente del general en el terradillo de casa, que cual

Digitized by Google

palco de la presidencia ocupaba todo el frente de uno de los extremos del huerto, y un grito de: «¡niño, sube!» dado con voz imperativa y severa, terminaba en seco la acción. Levantábanse los heridos, sacudíase todo el mundo la tierra de los pantalones, se enjugaban

con húmedos pañuelos los sudosos rostros, y durante la ausencia del general platicaban en voz baja los combatientes, dominados por un mismo terror; terror desconocido entre los ejércitos de verdad, el terror á la paz, al licenciamiento en masa.

No andaban descaminados aquellos soldados pundonorosos; veían, á poco, volver á su general exonerado, desarmado, restituído á la triste condición de estudiante de segundo año de latín, con la cara limpia y encendida como una amapola, los hombros caídos y las manos en los bolsillos, colgando de las muñecas un buen pedazo de blusa, y, lo que era más triste que todo, seguido por una fregona, ¡ni siquiera era un criado! á quien todo el ejército, sin chistar, con el imponente

Digitized by Google

silencio de un ejército prisionero, entregaba gorras, furnituras y armamento.

Una conferencia diplomática, invisible como lo son todas para los beligerantes, había decidido de su suerte sin consultarles, había impuesto el desarme, y aquella criada, inviolable como todo embajador, nos imponía la humillación, con cierta sonrisa burlona en los labios. Y haciendo un lío con todo, marchábase con él bajo el brazo tan tranquila, no obstante nuestras miradas que cual saetas le clavábamos en la espalda, hasta que la perdíamos de vista. Luégo nos volvíamos y les enseñábamos los puños cerrados á las vocingleras del público, causa de aquella afrenta.

Pero, afortunadamente para todos, no éramos rencorosos. Convertidos en paisanos, luégo al punto tratábamos de matar el aburrimiento de la paz, inventando juegos, si tanto ó más expuestos, menos bulliciosos que la guerra. Al extremo del huerto había una higuera colosal guarnecida por mí de argollas, trapecios y columpios. ¡Andando! á hacer gimnasia.

Y allí, ¡qué de contracciones y dominaciones, planchas, volteretas y batacazos, y el árbol asaltado hasta sus ramas más altas por una verdadera manada de monos!

Otras veces salíamos con trajes estrafalarios á hacer comedias, es decir, tragedias, porque casi siempre moríamos todos; ó bien pantomimas de payasos con las caras enjalbegadas con yeso y las manos con almagre, para que dejasen señales las bofetadas. Otras remedábamos las danzas populares del país ó inventábamos alguna diablura contra nuestras espías, como por ejemplo: rociarlas con jeringas de caña, ó asustarlas con tiros de cerbatana desde algún rincón escondido. Y no hay que decir si jugaríamos á montar á cabritos, al marro, á los ladrones y mozos, y *á geps*, como decíamos al de perseguirnos á pelotazos. Harto lo de-

Digitized by Google

claraba el suelo del huerto con sus bancales duros como si estuviesen apisonados, las alcachoferas tronchadas, las pocas lechugas mustias, las caceras cegadas, todo, en fin, arrasado como un campo de batalla, menos las veras de la pared donde crecían flores y árboles de jardín.

Pero después de todo, lo que decían en mi casa refiriéndose á mí: «así lo tenemos seguro; así no nos da guerra.» El huerto era, como si dijéramos, mi parcela de jardín de aclimatación, el cercado de una cabrita que necesitaba triscar y hacer diabluras.

Digitized by Google

Digitized by Google

II

Llegó por fin un día en que, cansado ya de hacer cabriolas y aburrido de verse *el general* todo el año de cuartel, y con el ejército en la holganza, tratamos muy formalmente con el corneta de disipar aquel letargo, convirtiendo el huerto en jardín.

Ni aquel mi compinche ni yo teníamos escasos alientos, ni éramos tampoco de los que piensan mucho las cosas; así es que, al día siguiente ya estábamos manejando la azada, mejor que cualquier jornalero del campo. Pero nuestro proyecto no comprendía toda la superficie del huerto, que medía muy bien sesenta pasos por veinte. Bastábanos la mitad y dejamos á un lado la enorme higuera con todo el trozo que cubría su pomposo ramaje. Ya sabíamos que su sombra era malsana y además temíamos la voracidad de sus raíces.

Pero ¡vaya una manera de trabajar en el trozo escogido! Removímoslo todo á la profundidad de una vara, y no contentos con esto limpiamos la tierra una y otra vez hasta no dejarle ni una piedrecilla del grueso de

Digitized by Google

una lenteja. Luégo la abonamos copiosamente, formamos nuestros cuadros y canastillas simétricamente compartidos, apisonamos los paseos cubriéndolos con una gran capa de arena, colocamos en el centro de las canastillas jarrones de barro cocido para los cactus, levantamos en medio de todo un cenador ochavado cuya construcción nos llevó cerca de un mes, cercamos todo el jardín con una empalizada rústica, y una vez provistos de las necesarias semillas y esquejes, empezamos nuestra plantación.

Desde entonces todas las tardes, riega que regarás, nos poníamos los piés perdidos; tanto, que yo acabé por coger unas anginas. ¡Pero cá! Cuando bajaba por las mañanitas con la última sopa del chocolate en la boca todavía y contemplaba, aquí cómo rompía la tierra el brote de una adormidera, allá entreabrirse una yema, en otro lado desplegarse las hojitas de un capullo, ¡qué gusto! Parecíanme todas las plantas hijas mías y despertaban en mí tal ternura, que en su desarrollo veía algo así como misteriosas travesurillas de la naturaleza, que me ensanchaban el corazón.

—Mira, mira, chico, este geranio; ¡qué manera de abrirse! Parece propiamente que entorna un ojo y nos hace guiños. ¿Has visto aquel clavel? Hay que ponerle un buen tutor; siempre con la cabeza baja como un santurrón... Venga usted acá y levante esa cara, que bien bonita es...

Y le daba un golpecito bajo la barba; pero él, todo lo que hacía era concederme una mirada llena de fuego. Movía la cabeza á uno y otro lado como si se enfadase, y el terco volvía á tomar su contrita actitud.

Como era de esperar, estas faenas que emprendimos dispersaron muy luégo á todos nuestros camaradas y hasta al público de las azoteas. Aquellos las encontraron demasiado pesadas para ayudarnos; los espectadores poco divertidas. Tras tanto alboroto, el huerto disfru-

Digitized by Google

tó, pues, de extraño recogimiento. Podíamos contar los azadonazos que rompian el silencio de aquellos espacios, con la sequedad de pisadas metálicas que avanzasen cautelosamente. Oíamos piar los pájaros en los aleros, cantar coplas de cuna á nuestras antiguas *espías*, quienes ya sólo por casualidad asomaban á los palcos la cabeza. Pero mi amigo y yo, nada, como frailes trapenses, cavándose la huesa.

Sin embargo, allá hacia las cinco de la tarde, animábase un tanto aquella vecindad. Era la hora de merendar y siempre había una parte del antiguo público que se asomaba á contemplar los progresos de nuestra obra, mordiscando una manzana, rechupando golosamente el jugo de algún melocotón tan sonrosado como la carita de quien se lo comía. A más de los niños, habíamos visto entonces unas curiosas que nos gustaban mucho más: una comparsa de modistillas cuyo obrador estaba en la casa de la derecha, frente por frente al jardín. Habíalas para todos los gustos entre once ó doce que eran; blancas, morenas, buenas mozas, pequeñitas, gorditas, delgadas, bulliciosas, tristes, unas serias que no decían nada, otras parlanchinas que nunca estaban calladas; pero reunidas todas, hacían á la vista el efecto de un ramo de flores y al oído agradable gorjeo de pájaros, cuya falta notábamos en pasando la hora.

En mi casa, donde conocían mi genio voluble, no sabían cómo explicarse que durase tanto mi manía jardinera; y era que cuando ya empezaba á hartarme, fijáronse mis ojos en una de aquellas modistillas, y pasábame el día acechándola.

¿Cómo se llamaba? Ya me guardaré yo bien de profanar su nombre. ¿Cómo era? No lo sé; cual la veía yo entonces no podría describirla ahora la pluma. No podré decir sino que para mí, era lo que debe ser el sol para el ciego de nacimiento que cobra la vista. Su mate-

Digitized by Google

rialidad se confundía en una idealidad brillantísima, fruto indudable de mi candoroso espíritu. Bien sé que no la rodeaba gloria alguna, pero mis ojos la veían irradiar todo aquel encanto que debió llevar la Virgen en sus apariciones. Y lo que sé también es que no podía apartar de ella mi vista, que hubiera caído de hinojos á sus piés, y que siendo tan comunicativo con todo el mundo, delante de ella no acertaba á despegar los labios. ¿Y para qué? Demasiado me comprendía.

¡Dichoso terradillo, y qué de miradas mías debe guardar! ¡Qué desierto y qué triste cuando no estaba ella! ¡Tan lleno de luz y vida con ella sola! Sí; ella sola; ¡benditas sean aquellas escapaditas que hacía allí con el más fútil pretexto! En cuanto aparecía, sus ojos chocaban con los míos, un mismo rayo de sol fundía nuestras miradas, nuestros corazones latían con el mismo ritmo, y nada, ni una palabra; el arrebol en las mejillas; una sonrisa angélica iluminando los rostros!

Por aquella época, estudiando ya retórica y poética, me pasaba el día recitando trozos de poesías que nos señalaba el catedrático como trozos selectos. Y tanto me habían gustado desde el principio las odas heróicas y los romances históricos, que de continuo me ensayaba en componer en esos géneros; pero, desde que conocí á la modistilla, no acertaba á hacer más que elegías, églogas y madrigales. ¡Tan bello que había de ser para mí el mundo y tan triste que me parecía al coger la pluma! Aún recuerdo que un día, presintiendo el amor que hoy profeso á nuestra lengua catalana, un día que debía encontrarme muy triste, escribí unos versos que comenzaban así:

Horas d' amor, suprém deliqui
que daureu la vida
del feble cor del home:
totas passáreu com al cel s' envola
l' ánima pura del fillet volgut....

Digitized by Google

¡Y á todo esto, ni yo sabía qué era el amor, ni la vida, ni el hijito querido! Pero sentía, sí, algo que me anticipaba en misteriosa refracción futuros dolores que hoy doy por pasados cada vez que el presente me permite esquivarlos. Era algo como profundo y misterioso anhelo que minaba mi corazón.

Después de estos yo no sé cuántos centenares de versos escribí en castellano, inspirándome en aquella niña. Pero lo mejor del caso es que ella no sabía una palabra de todo esto. Algunos llevé al aula como muestra de mis progresos, mereciendo la aprobación del catedrático, quien nada tenía de poeta quizás por ser muy buen retórico, y *ella*, mi *Filis* adorada, no llegaba á conocerlos.

Por fin un día pude romper el hielo; la veo en el terradillo, sola; cojo una rosa, envuelvo el tallo en un papel que traía muy plegadito en el bolsillo, le pido su consentimiento con una seña expresiva, ella lo otorga bajando la cabeza toda ruborizada; me acerco á la pared, disparo el paquetito, lo reciben unas manitas de color de rosa, envío un beso con las puntas de los dedos, y sin haber cambiado una palabra, ella desaparece y yo me meto en el cenador, trémulo, palpitante, fuera de mí. Aquel papel contenía su nombre, una declaración en verso, ideal, sentida, escrita con lágrimas, y al pié la firma, bregando por escapar de la enredada madeja en que la envolvió la nerviosa pluma.

Pero ni aun esto bastó á disipar aquella cortedad que nos embargaba. Ni yo le dije nada, ni ella tampoco, y ambos nos comprendimos. Aquel silencio tenía un deleite inconmensurable, enteramente espiritual, que nos arrebataba de la tierra para remontarnos á no sé qué espacios, en donde se helaba la palabra temerosa en el mismo abismo del labio.

Entre tanto mi jardín estallaba en flores de colores vivísimos parecidos á los de esos hermosos cohetes

Digitized by Google

que pueblan el espacio de deslumbrantes ramilletes. Acercábase el mes de Mayo, y en la parroquia del pueblo tratábase de celebrar con extraordinaria pompa el Mes de María. No sé por qué hacía ya cuarenta y ocho horas que mi amada no aparecía en aquel terradillo en el que mis ojos morían de afán. Durante la noche del veintinueve de abril no pude dormir de pura angustia. Pero ¡qué sorpresa tuve el día siguiente, cuando desde el cenador veo aparecer en la puerta del huerto la cabecita rubia de mi adorada! Tenían sus mejillas el fresco color de la rosa, andaba con la mirada en el suelo y cuatro muchachas más con grandes cestas la seguían sonriendo.

—Las hijas de María—me dijo sin levantar los ojos y dejando llegar por primera vez su melosa voz hasta lo más hondo de mi corazón.

No sé qué fué lo que contesté, ni lo que por mí pasó en la media hora que duró aquella aparición; solamente recuerdo que el jardín quedó saqueado, que las cestas rebosaban flores y yo seguía acudiendo todavía con nuevas brazadas olorosas, ansioso de colmarlas más y más.

—Son para la Virgen—decía.

Y cuando ya las muchachas huían con las colmadas cestas, riendo, riéndose sin duda de mi mal disimulado entusiasmo, tan trastornado estaba yo, que por fuerza obligué á mi amor á aparar su delantal, para llenarlo con un diluvio de flores.

—Son para la Virgen—repitieron mis labios.

Y ella recogió aquella pueril blasfemia con sonrisa compasiva, los ojos entornados, el rostro encendido ya en rubor.

Digitized by Google

III

Tanto ella como yo creíamos la cosa muy oculta, como siempre les sucede hasta á los más expertos enamorados, pero todo el pueblo hablaba ya de ello. Así es que un día, me llamó mi madre para preguntarme, medio riendo, si era cierto aquel rum rum. Traté de negarlo, pero toda mi sangre acudió al rostro para delatarme. Estaban presentes mis tías y aquella delación arrancó á todas tales carcajadas, que me sacaron de quicio hasta el punto de que, perdiendo todo respeto, me puse á decir á voz en grito como hubiese podido hacerlo un hombre contradicho:

—¡Pues, sí, ea! Es verdad; la quiero y ella será mi mujer, ella y sólo ella.

No tengo para qué decir cómo sería acogida semejante declaración en boca de un rapaz de diez y seis años. La hilaridad se trocó en delirio, y yo no pudiendo sufrir ya tanta afrenta, escapé furioso, sin hallar otro desahogo que repetirme con gran resolución: «ella será mi mujer, sí, ella y sólo ella.» Y así como vierte la madre todo el tesoro de su amor sobre el hijo

Digitized by Google

que va á morir, yo me dediqué á quererla á *ella* todo aquel día entero.

¡Ah! ¿Y cuándo volvió á salir sola á la azotea? ¡Entonces sí que hablé!

—¡Te quiero, te amo, te adoro! ¿Lo estás oyendo? —dijeron mis labios, precipitados como si fuese á ahogarme, con los ojos brotados y la mano sobre el corazón. Y ahora, que vuelvan á reirse, dije para mí, como si con aquel *acto* hubiese asegurado ya indestructiblemente nuestra boda.

Á todo esto, terminó el curso y en setiembre tuve que irme á Barcelona á estudiar el último año del bachillerato. ¡Qué pena, señor, qué pena! Tener que abandonar, por vez primera, á mi madre, dejar la casa de mis padres, el lugar de todos los goces de mi infancia, el sitio donde nací, mi cuartito, mi jardín, aquellas flores regadas con el sudor de mi frente; ¡perder de vista aquel terradillo, alejarme de mi amor, de aquella que había de ser mía y de nadie más! La ciudad de Barcelona, para mí desconocida todavía, qué oscura, qué triste se me ofrecía á cambio de los esplendores presentes y de la aureola que irradiaban mis recuerdos! Á *ella* le dije:

—Me marcho á la fuerza, parto como un desterrado, pero mi alma queda aquí, entre estas flores; tu recuerdo no me abandonará ni un momento; pero escríbeme; si no me escribes, me matará la pena.—Y dos lágrimas ardientes surcaron mi rostro.

—Sí, te escribiré—me contestó toda conmovida; mas no sé si por profético presentimiento de mujer, ó por el temor natural de perder lo que más aprecia uno, añadió:—Pero, ¡ay! mucho será que no te canses tú muy pronto de contestarme. Tan lejos, tanto tiempo, tantas diversiones, tantas muchachas más guapas que yo....

Y al llegar aquí, se le hizo un nudo la garganta, huyó

Digitized by Google

con los ojos velados por las lágrimas y yo también tuve que irme á un rincón á llorar á moco tendido.

—Ella, ella y sólo ella....—estuve repitiendo más de cien veces entre llantos y suspiros.

Digitized by Google

Digitized by Google

IV

Y mi jardín, entregado a sí mismo, sin una mano piadosa que lo regara, que lo removiera y replantase, aún pudo sostener toda la deslumbrante lozanía de una copiosa florescencia para recibirme, cuando volví por vacaciones en el verano.

Movido por un impulso de gratitud, estuve cuidándole algunos días; pero muy pronto parecióme como que me caía encima un frío espantoso. La vecindad entera yacía aletargada en triste silencio; más que nunca me parecieron feas y pobres aquellas casas; la tapia desportillada dejaba al descubierto trozos de ladrillo que parecían manar sangre; la luz del sol era amarilla; los niños que aparecían allá á las cinco semejaban figurillas de cera de pesado movimiento; las modistillas, mal trazados maniquíes de modas antiguas, y *ella*.... ella era ya una flor deshojada, digna tan sólo de guardarse entre las hojas de un libro de memorias.

¡Pobre chica! ¡Bien lo había presentido! ¡Tan lejos, tanto tiempo...! Los primeros fríos del invierno de la ciudad bastaron á congelar toda la tierna ilusión de

Digitized by Google

aquel inocente idilio. Pretender resucitarlo era empresa tan temeraria, como esperar que en mi jardín volviesen á brotar las agostadas flores.... ¿qué digo? ni siquiera querer que las nuevas tuviesen igual perfume, los mismos colores, idéntico encanto que las ya pasadas.

Encontró la media naranja que le deparaba el destino, como yo más tarde hallé la mía; y si alguna vez ha vuelto al terradillo aquél y ha visto el jardín con el cenador agobiado por las enredaderas que se amontonan, enmarañadas, sobre el derruído maderamen; deshecho á trozos el rústico cercado, la broza enseñoreada de paseos y cuadros, yo creo que este osario de nuestras ilusiones ha de enternecerla, como á mí me enternece; y que sin escrúpulos de fidelidad, aceptaría de buen grado, de mi mano, una de las florecillas que, como nuestros gratos recuerdos, pugnan allí todavía por levantar su corola entre la yerba que las ahoga.

Digitized by Google

La peor pobreza

Digitized by Google

Digitized by Google

Era el anochecer de un día de Octubre. Sólo una veintena de hombres, desparramados en pequeños grupos, paseaban por los soportales de la plaza, pisando la sombra oblicua de sus cuerpos que se extendía, contrahecha por las desigualdades del empedrado, sobre el que crujían tristemente las botas de los paseantes.

Los faroles del centro lanzaban mortecino fulgor sobre un desierto de arena; el gas de las tiendas ardía sólo para los horteras que cabeceaban detrás de los mostradores. De repente un hombre atravesó precipitadamente la plaza, se paró ante uno de los grupos, y quitándose la gorra de visera con la misma mano en que llevaba un bastón, dijo:

—Señor juez: un herido en el hospital; el criminal en la cárcel.

El juez se despidió de sus amigos con afectada sonrisa, se llegó con el alguacil al hospital, en donde le esperaba el escribano de actuaciones, y una vez tomada declaración al herido, se encaminó con sus auxiliares á la cárcel. Por el camino le fué explicando el caso el alguacil. Había ocurrido en una taberna cerca de la

Digitized by Google

plaza; la víctima era un voluntario, el otro un pobre diablo que vivía echando las redes y de faenas más humildes; ambos amigos y sin resentimientos. Acababan de beber una copa, cuando empezaron á disputar sobre quién pagaría los dos cuartos de gasto. «—Que si yo no lo he ofrecido, que si eres tú quien ha convidado, que si no tienes palabra, que si eres un pillo,»—se han ido calentando, y ¡zás! ya la tenemos. Y eso que, señor juez, bien puede decirse que era un hombre á carta cabal.

***

La cárcel dormía á la luz de la luna que lamía de soslayo las truculentas rejas y á la de los malcarados faroles, colgados en las paredes de los corredores. Constituyóse el tribunal en la Sala de visitas, encima de la tarima, detrás de una mesa sobre la cual ardían dos bujías, cuya luz no alcanzaba más allá de cuatro pasos. Todo el resto de la sala se perdía en tenebrosa vaguedad. Poco tardó el carcelero en traer al preso. Era un hombre bajito, de pelo de estopa, con la cabeza baja y aire imbécil; iba pobremente vestido de pana color de aceite, salpicada de barro seco. Á una orden del juez, le acercaron un escabel delante de la mesa y allí le hicieron sentar.

—¿Cómo se llama?—preguntó el presidente.

—Ramón...—contestó el preso con voz oscura, sin levantar la cabeza, rascándose las costillas por dentro

Digitized by Google

de la despechugada camisa, tambaleándose como si estuviese borracho.

—¿Y qué más?

—Ramón...

—¿El apellido?

El preso seguía rascándose, baja la cabeza, la mirada en el suelo, balanceándose estúpidamente.

—De apellido de padre ¿cómo se llama?

—Ramón.

—¿Ramón Ramón?...

—Ramón.

—¿El apellido de su madre...?

—Ramón.

El alguacil que estaba detrás del preso le largó un buen pellizco, el juez empezó á morderse el bigote, el carcelero á esconder la cara por aquellas oscuridades.

—¿En dónde estaba hoy al anochecer á las ocho?—intentó aún preguntar el juez.

—Ramón...—volvió á decir el preso tan marrajo como antes.

—¡Basta!—gritó el juez, y encarándose con el carcelero, exclamó algo brusco:—Este hombre no ha estado incomunicado; en su calabozo hay algún otro.

—Es que...

—Es que si esto vuelve á suceder, será usted procesado. Encierre á ese hombre solo, completamente solo.

El preso salió arrastrando los piés hasta la puerta; pero, al llegar á la escalera, los golpes del alguacil y del carcelero le hicieron subir, saltando de dos en dos, todos los escalones.

Á las once de la mañana siguiente el sol inundaba con sus rayos la Sala de visitas. Volvió á entrar el preso siempre con la cabeza baja, pero ahora por la humildad y con evidentes huellas de insomnio en el rostro. Sencillísima fué la indagatoria. Á la primera pre-

Digitized by Google

gunta, contestó el hombre, relatando del principio al fin todo lo ocurrido, seguido y corriente como quien desovilla un carrete. La conciencia, en el aislamiento, había hecho el milagro.

—Firme aquí—le dijo el escribano...

Y el preso firmó: *Ramón Xaloch* con unas letras como garbanzos.

Lleváronsele. Al cabo de un cuarto de hora entraron dos camilleros con unas parihuelas y una caja en donde traían el cadáver del voluntario. Volvieron á entrar al preso por una puertecilla que se abría sobre la tarima y en dirección que no le permitía ver la caja. Se puso en pié el juez, bajó del estrado con el preso, y haciendo abrir la caja preguntó á aquel si conocía al difunto.

—Sí, señor; él era—contestó con humildad y el rostro lívido.

—¿Es éste á quien mató?

—Yo le herí...

El actuario extendió la diligencia de reconocimiento, y alargándole otra vez la pluma al preso, repitió:

—Firme aquí.

Y firmó el otro *Ramón Xaloch* con unas letras de á dos dedos, cayéndole sobre el papel una lágrima en la que se anegó toda la *X*.

—¡De qué buena gana le daría un pescozón y lo echaría á la calle!—exclamó para sí el juez todo conmovido, mientras se llevaban al reo.—¡Por dos cuartos, infeliz! ¡Por dos cuartos! ¡Oh ignorancia!

Llantos y gemidos sacáronle de su abstracción. Era que al atravesar el reo por delante de la escalera grande se había producido una escena que partía el corazón. Á la parte de afuera de la gran reja esperaban al preso la mujer con sus dos hijos, uno en brazos, otro agarrado á la falda y todos con los rostros metidos por entre los hierros.

Digitized by Google

—¡Ramón, Ramón! ¿qué has hecho?—gritó la mujer llorando.—¡Mira tus hijos; mírame á mí!... ¡Soltadle!... ¡Qué va á ser de nosotros sin él! ¿Por qué lo has muerto?... ¿Por qué te has perdido?... ¡Por una pieza de dos cuartos perdernos á todos, Señor!

El interpelado temblaba, los niños lloraban espantados... el llavero empujó al Ramón hacia la reja... sonaron tres besos abrasadores... y el reo, amarillo como la cera, llorando á lágrima viva y tambaleándose, perdióse escalera arriba, mientras aquella madre, estrechando á sus hijitos, caía desfallecida en tierra y exclamaba sollozando:

—¡Por una pieza de dos cuartos, hijos míos! ¡por dos tristes cuartos! ¡Y yo que me creía pobre!... ¡Ahora sí que lo somos, hijos míos, ahora sí que lo somos!

Digitized by Google

Digitized by Google

Indice

	Págs.
Carta de Emilio Zola á Mr. A. Savine	v
Narciso Oller	ix
La Mariposa	15
El chico del panadero	225
El Trasplantado	237
Recuerdos de niño	269
Angustia	277
Una visita	287
El bofetón	299
Mi jardín	341
La peor pobreza	361

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

3 2044 036 965 820

Digitized by Google

Digitized by Google

3 2044 036 965 820

Digitized by Google

Digitized by Google